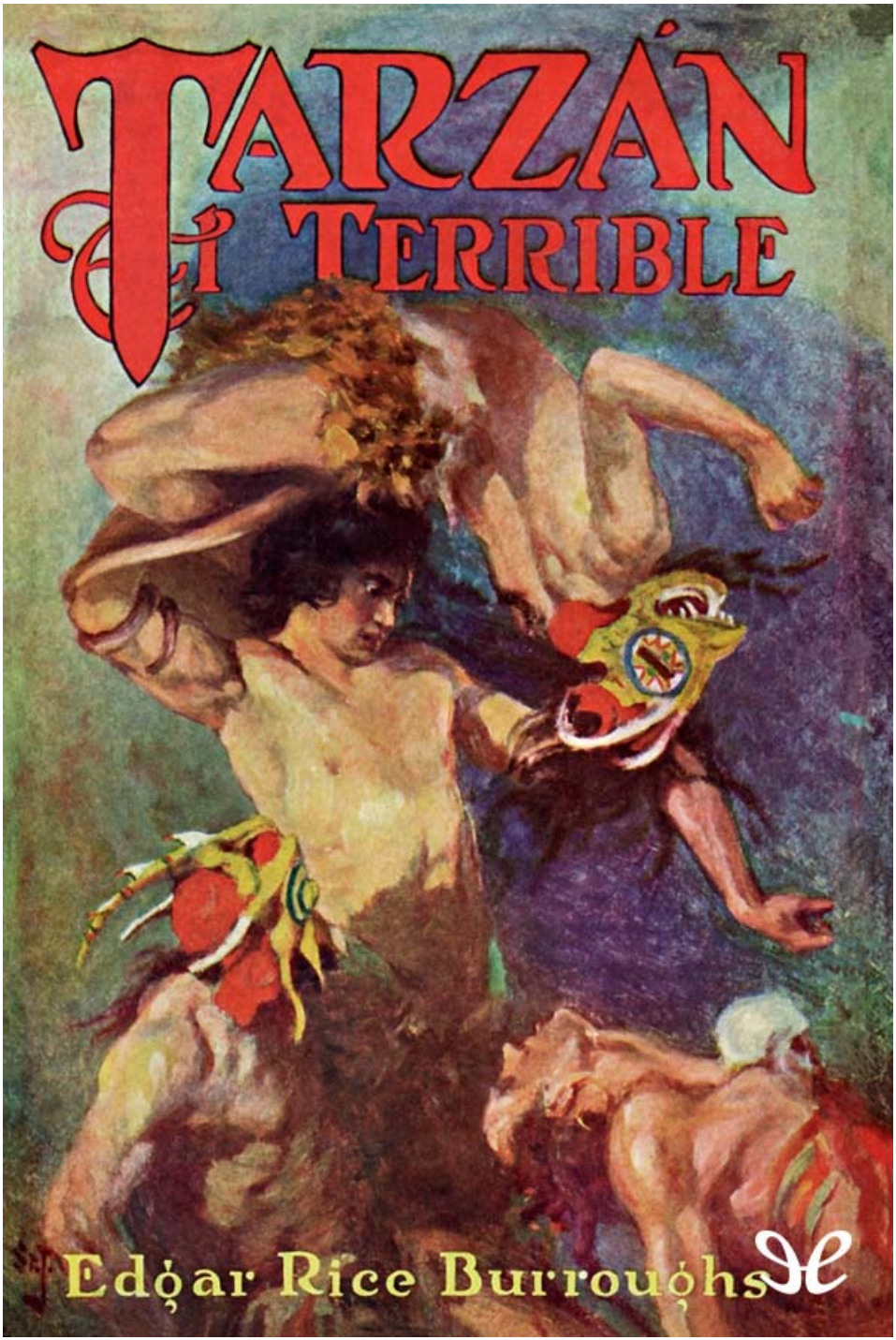
Tarzán el terrible



Edgar Rice Burroughs

Octavo libro de la serie sobre Tarzán, han transcurrido dos meses desde el final de la historia anterior y Tarzán continúa la búsqueda de Jane. *Tarzán el terrible* es uno de los más importantes hitos en la serie de Tarzán, continuando con una secuencia que comenzó con *Tarzán el indómito*, continuará con *Tarzán y el león de oro* y finalizará con *Tarzán y los hombres hormiga*, en los que la viva imaginación de Burroughs y su capacidad narrativa alcanzaron su expresión más elevada, por lo que se consideran el punto culminante de la serie.

Tras conseguir escapar de la persecución de Tarzán, el teniente del ejercito alemán Obergatz continúa su huida por la selva al lado de Jane, a la que retiene como prisionera. Pero Tarzán todavía sediento de venganza, no se da por vencido; sigue el rastro de su compañera y éste le llevará a uno de los parajes más desconocidos e inquietantes del corazón de la jungla, donde Tarzán vivirá algunas peripecias capaces de dejar sin aliento al lector.

El instinto de supervivencia incluso en las condiciones mas adversas, un genuino sentido de la amistad y el deseo de justicia guiarán los pasos de Tarzán hasta su fiel compañera.

Edgar Rice Burroughs

Tarzán el terrible

Tarzán 8

ePUB r1.4
Titivillus 11.03.17

Título original: *Tarzán the Terrible*
Edgar Rice Borroughs, 1921
Traducción: Emilio Martínez Amador
Portada original 1ª edición EE.UU.: J. Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian
Ilustraciones originales: James Allen St. John
Restauración ilustraciones: Zaucio Olmian

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.0

TARZÁN
el terrible

CAPÍTULO I

EL PITECÁNTROPO

SILENCIOSA como las sombras a través de las cuales se movía, la gran bestia avanzaba por la jungla a medianoche, redondos y fijos sus ojos verde amarillentos, su nervuda cola ondulándose detrás de él, la cabeza baja y aplastada, y cada músculo vibrando por la emoción de la caza. La luna de la jungla salpicaba de luz algún ocasional claro que el gran felino siempre procuraba evitar. Aunque se movía a través de espesa vegetación sobre un lecho de innumerables ramitas quebradas y hojas, su paso no producía ningún ruido que pudiera ser captado por el torpe oído humano.

Aparentemente menos cauta era la cosa perseguida que se movía aún más en silencio que el león, a un centenar de pasos al frente del carnívoro de color tostado, pues en lugar de rodear los claros naturales iluminados por la luna los cruzaba directamente, y por el tortuoso rastro que dejaba se podía adivinar que buscaba estas vías que ofrecían menor resistencia, como muy bien podía hacer, ya que, a diferencia de su fiero perseguidor, caminaba erecto sobre dos pies; caminaba sobre dos pies y era lampiño salvo por un mechón negro sobre la cabeza; sus brazos estaban bien formados y eran musculosos, sus manos fuertes y esbeltas con largos dedos ahusados y pulgares que le llegaban casi a la primera articulación del dedo índice. Sus piernas también estaban bien formadas pero sus pies se diferenciaban de los de todas las razas de hombres, excepto posiblemente de los de unas pocas de las razas inferiores, en que los grandes pulgares sobresalían del pie formando ángulo recto.

La criatura se detuvo un momento a plena luz de la brillante luna africana, volvió su oído atento hacia la retaguardia y entonces, con la cabeza levantada, sus rasgos pudieron verse fácilmente a la luz de la luna. Eran fuertes, bien definidos y regulares; unos rasgos que habrían llamado la atención por su belleza masculina en cualquiera de las grandes capitales del mundo. ¿Pero esa cosa era un hombre? A un observador situado en los

árboles le resultaría difícil decidirlo cuando la presa del león reanudó su camino a través del tapiz plateado que la luna había extendido sobre el suelo de la tenebrosa jungla, pues por debajo del taparrabos de piel negra que le ceñía los muslos sobresalía una larga cola blanca y pelona.

En una mano la criatura acarreaba un pesado garrote, y suspendido de una correa a su costado izquierdo llevaba un corto cuchillo envainado, mientras que una correa que le cruzaba el pecho sostenía un zurrón a la altura de la cadera. Ajustando estas correas al cuerpo, y también aparentemente sujetando el taparrabos, llevaba un ancho cinto que relucía a la luz de la luna como si estuviera incrustado de oro virgen y se cerraba en el centro del vientre con una enorme hebilla de ornado diseño que relucía como si estuviera recubierto de piedras preciosas.

Numa, el león, se acercaba sigiloso cada vez más a su pretendida víctima, y esta última no era del todo ajena al peligro que corría como demostraba la creciente frecuencia con que volvía su oído y sus aguzados ojos negros en dirección al felino que le seguía el rastro. No aumentó mucho su velocidad, un largo paso vivo donde lo permitían los lugares abiertos, pero aflojó el cuchillo en su vaina y en todo momento mantenía el garrote listo para la acción inmediata.

Avanzando al fin por una estrecha franja de espesa vegetación de la jungla el hombre-cosa penetró en una zona casi sin árboles de considerable extensión. Por un instante dudó, echó varias miradas rápidas atrás y luego hacia arriba, hacia la seguridad que le ofrecían las ramas de los grandes árboles que se balanceaban en lo alto, pero al parecer alguna necesidad mayor que el miedo o la precaución influyó en su decisión, pues se alejó de nuevo cruzando la llanura y dejando tras de sí la seguridad de los árboles. La herbosa extensión que se abría al frente estaba punteada, con intervalos más o menos grandes, por reservas hojosas, y el camino que tomó, yendo de una a otra, indicaba que no había renunciado enteramente a la discreción del viento. Pero después de dejar atrás el segundo árbol la distancia hasta el siguiente era considerable, y fue entonces cuando Numa salió del amparo de la jungla y, al ver a su presa aparentemente indefensa ante él, puso la cola rígidamente erecta y atacó.

Dos meses —dos largos y tristes meses llenos de hambre, de sed, de penalidades, de decepciones y, lo peor de todo, de un dolor corrosivo— habían transcurrido desde que Tarzán de los Monos se había enterado por

el diario de un capitán alemán muerto de que su esposa aún vivía. Una breve investigación en la que fue ayudado con entusiasmo por el Departamento de Inteligencia de la Expedición Británica al África Oriental reveló que se había intentado mantener a lady Jane escondida en el interior, por razones de las que sólo el alto mando alemán tenía conocimiento.

Un destacamento de tropas alemanas nativas a cargo del teniente Obergatz, la había conducido a cruzar la frontera y penetrar en el Estado Libre del Congo.

Tarzán emprendió su búsqueda solo y logró encontrar la aldea en la que había sido encarcelada, donde se enteró de que había escapado meses atrás y de que el oficial alemán desapareció al mismo tiempo. A partir de ahí las historias de los jefes y los guerreros a los que interrogó fueron vagas y a menudo contradictorias. Incluso la dirección que los fugitivos habían tomado Tarzán sólo pudo adivinarla reuniendo la información fragmentaria proporcionada por fuentes diversas.

Varias observaciones que hizo en la aldea le obligaron a efectuar siniestras conjeturas. Una era la prueba incontrovertible de que esa gente eran caníbales; la otra, la presencia en la aldea de diversos artículos del uniforme y equipo de los alemanes nativos. Con gran riesgo y ante las hoscas objeciones del jefe, el hombre-mono efectuó una atenta inspección de todas las cabañas de la aldea, de la cual derivó al menos un pequeño rayo de esperanza debido a que no encontró ningún artículo que hubiera podido pertenecer a su esposa.

Tras abandonar la aldea se encaminó hacia el sudoeste, cruzando, tras sufrir las más espantosas penalidades, una amplia y árida estepa cubierta en su mayor parte de densos espinos, llegando al fin a una región en la que probablemente nunca había penetrado el hombre blanco y que era conocida sólo en las leyendas de las tribus cuyo país limitaba con ella. Había allí montañas escarpadas, mesetas con abundante agua, anchas llanuras y vastos pantanos cenagosos, pero ni las llanuras, ni las mesetas ni las montañas le fueron accesibles hasta que después de semanas de arduos esfuerzos logró hallar un lugar por donde cruzar los pantanos, una franja espantosa de terreno infestado de serpientes venenosas y otros peligrosos reptiles de mayor tamaño. En varias ocasiones atisbó a lo lejos o de noche lo que podían ser monstruosos reptiles de tamaño titánico, pero como dentro y alrededor del pantano había hipopótamos, rinocerontes y elefantes en grandes cantidades nunca estaba seguro de las formas que veía.

Cuando al fin pisó tierra firme, después de cruzar los pantanos, cayó en la cuenta de por qué durante tantos siglos este territorio había desafiado al valor y la temeridad de las razas heroicas del mundo exterior que, tras innumerables reveses e increíbles sufrimientos, había penetrado en prácticamente todas las demás regiones, de punta a punta.

Por la abundancia y diversidad de la caza podría parecer que toda especie conocida de ave, bestia y reptil buscaba aquí un refugio en el que protegerse de las crecientes multitudes de hombres que se habían ido diseminando por la superficie de la tierra, arrebatando los terrenos de caza a las órdenes inferiores, desde el momento en que el primer simio se despojó del pelo y dejó de caminar sobre los nudillos. Incluso las especies con las que Tarzán estaba familiarizado mostraban o los resultados de una línea divergente de evolución o una forma inalterada que se había transmitido sin variación alguna durante incontables siglos.

Asimismo, había muchas especies híbridas, entre las que, para Tarzán, la más interesante era un león rayado amarillo y negro. De menor tamaño que las especies que Tarzán conocía, pero aun así una bestia formidable, poseía, además de unos caninos afilados como sables, el temperamento del diablo. Para Tarzán era prueba de que en otro tiempo los tigres habían vagado por las junglas de África, posiblemente gigantescos animales de afilados colmillos pertenecientes a otra época, y éstos aparentemente se habían cruzado con leones produciendo los resultantes terrores con que en ocasiones él se había tropezado en la época actual.

Los verdaderos leones de este nuevo Viejo Mundo se diferenciaban poco de aquellos que él conocía; en tamaño y estructura eran casi idénticos, pero en lugar de despojarse de las manchas aleopardadas de cuando son cachorros, las conservaban durante toda la vida marcadas de forma tan definitiva como las del leopardo.

Dos meses de esfuerzo no revelaron la más mínima prueba de que aquella a quien él buscaba hubiera penetrado en esta hermosa aunque prohibida tierra. Sin embargo, la investigación que realizó de la aldea caníbal y los interrogatorios efectuados en otras tribus de la zona le habían convencido de que si lady Jane aún vivía, debía buscarla en esta dirección, ya que por un proceso de eliminación había reducido la dirección de su huida a esta única posibilidad. Cómo había cruzado ella los pantanos Tarzán no podía adivinarlo, y no obstante algo en su interior le incitaba a creer que los había cruzado y que, si aún vivía, era aquí donde debía

buscarla. Pero ese terreno desconocido, salvaje, era de gran extensión; imponentes montañas insalvables le bloqueaban el paso, torrentes que descendían derramándose por rocosas fortalezas le impedían avanzar, y a cada momento se veía obligado a igualar en ingenio y músculos a los grandes carnívoros que podían proporcionarle sustento.

Una y otra vez Tarzán y Numa acechaban la misma presa y se alternaban la consecución del trofeo. Raras veces, sin embargo, pasó hambre el hombre-mono, pues la región era rica en animales de caza, aves y peces, frutos e incontables formas de vida vegetal con que subsistir el hombre criado en la jungla.

Tarzán se preguntaba a menudo por qué en una región tan rica no hallaba señales del hombre, y llegó a la conclusión de que la estepa reseca y cubierta de espinos y los espantosos pantanos habían formado una barrera suficiente para proteger eficazmente esta región de las incursiones del hombre.

Tras días de búsqueda había logrado descubrir por fin un paso a través de las montañas y, al llegar al otro lado, se encontró en una región prácticamente idéntica a la que acababa de dejar. La caza era buena y en un abrevadero, en la boca de un cañón que desembocaba en una llanura cubierta de árboles, Bara, el ciervo, era una víctima fácil para la astucia del hombre-mono.

Era el atardecer. De vez en cuando se oían las voces de grandes cazadores a cuatro patas desde diversas direcciones, y como el cañón no ofrecía entre sus árboles ningún refugio confortable, el hombre-mono se echó al hombro el cuerpo sin vida del ciervo y echó a andar hacia la llanura. En el lado opuesto se elevaban altos árboles, un gran bosque que sugería a sus ojos entrenados una imponente jungla. Hacia allí dirigió sus pasos el hombre-mono, pero cuando se hallaba a medio camino de la llanura descubrió un árbol solitario que le convendría como refugio para pasar la noche, saltó ligero a sus ramas y se preparó un cómodo lugar de descanso.

Comió la carne de Bara y cuando estuvo satisfecho llevó el resto del cuerpo del animal al lado opuesto del árbol, donde lo depositó muy por encima del suelo en un lugar seguro. Regresó a su horcadura y se acomodó para dormir, y en un instante los rugidos de los leones y los aullidos de los felinos inferiores acudieron a sus oídos sordos.

En lugar de perturbarle los ruidos usuales de la jungla calmaban al

hombre-mono, pero un ruido insólito, por imperceptible que fuera al oído despierto del hombre civilizado, raras veces dejaba de afectar a la conciencia de Tarzán, por profundo que fuera su sueño; y por eso, cuando la luna estaba alta, un repentino ruido de pies apresurados cruzando la alfombra de hierba cerca del árbol le puso alerta y listo para la acción. Tarzán no se despierta como usted y como yo con el peso del sueño aún en los ojos y el cerebro, pues si las criaturas de la selva despertaran así, pocos despertares tendrían. Cuando sus ojos se abrieron, claros y brillantes, o sea, claros y brillantes sobre los centros nerviosos de su cerebro, quedaron registradas las diversas percepciones de todos sus sentidos.

Casi debajo de él, corriendo hacia su árbol, se hallaba lo que a primera vista parecía ser un hombre blanco semidesnudo, aunque en el primer instante el descubrimiento de la larga cola blanca que se proyectaba hacia atrás no escapó al ojo del hombre-mono. Detrás de la veloz figura, y ahora tan cerca como para excluir la posibilidad de que su presa escapara, iba Numa, el león, en pleno ataque. Silenciosa la presa, silencioso el perseguidor; como dos espíritus en un mundo muerto se movían los dos con callada velocidad hacia la culminación de la tragedia que esta inexorable carrera era.

Cuando sus ojos se abrieron y captaron el olor bajo él, incluso en ese breve instante de percepción, siguió la razón, el juicio y la decisión, tan rápidamente uno tras otro que casi simultáneamente el hombre-mono se halló en mitad del aire, pues había visto una criatura de piel blanca forjada en un molde similar al suyo perseguida por el ancestral enemigo de Tarzán. Tan cerca se encontraba el león de la cosa-hombre que huía veloz, que Tarzán no tuvo tiempo de elegir con cuidado el método de su ataque. Igual que un saltador de trampolín se lanza de cabeza a las aguas, así Tarzán de los Monos se lanzó directo hacia Numa, el león; su mano derecha empuñaba el cuchillo de su padre que tantas veces había probado la sangre de los leones.

Una garra alcanzó a Tarzán en el costado, causándole una larga y profunda herida, y ya el hombre-mono se halló sobre la espalda de Numa y la hoja se hundía una y otra vez en el costado de la bestia salvaje. Tampoco la cosa-hombre huía ya, ni estaba ociosa. También ella, criatura de la selva, había percibido al instante la verdad del milagro de su salvador, y volviendo sobre sus pasos había saltado hacia adelante con el garrote en alto en ayuda de Tarzán y para perdición de Numa. Un solo golpe

terrorífico en el cráneo aplastado de la bestia le dejó insensible y entonces, cuando el cuchillo de Tarzán encontró el corazón de la bestia, unos cuantos estremecimientos convulsos y una repentina relajación indicaron la muerte del carnívoro.

El hombre-mono saltó al suelo y colocó los pies sobre el cadáver de su presa y, alzando el rostro a Goro, la luna, emitió el salvaje grito de victoria que tan a menudo despertaba los ecos de su jungla nativa.

Cuando el espantoso grito salió de los labios del hombre-mono la cosa-hombre dio un paso atrás, atemorizado, pero cuando Tarzán devolvió el cuchillo de caza a su vaina y se volvió hacia él, el otro vio en la serena dignidad de su actitud que no había motivos para sentir miedo.

Por un momento los dos permanecieron de pie examinándose el uno al otro, y luego habló la cosa-hombre. Tarzán se dio cuenta de que la criatura que tenía ante sí emitía sonidos articulados que expresaban, aunque en un lenguaje que Tarzán desconocía, los pensamientos de un hombre que poseía en mayor o menor grado los mismos poderes de razonamiento que él. En otras palabras, que aunque aquella criatura tenía la cola y los dedos de las manos y de los pies de un mono, en todo lo demás era a todas luces un hombre.

La sangre, que ahora brotaba del costado de Tarzán, llamó la atención de la criatura. Del zurrón que llevaba a su costado sacó una bolsita y se acercó a Tarzán indicándole mediante señas que deseaba que el hombre-mono se tumbara para poder tratarle la herida, en la que, tras separar los bordes del corte, roció la carne viva con unos polvos que sacó de la bolsita. El dolor de la herida no era nada comparado con la exquisita tortura del remedio pero, acostumbrado al dolor físico, el hombre-mono lo soportó impasible y al cabo de unos instantes la herida no sólo había dejado de sangrar sino que también había desaparecido el dolor.

En respuesta a las suaves y nada desagradables modulaciones de la voz del otro, Tarzán habló en varios dialectos tribales del interior, así como en el lenguaje de los grandes simios, pero resultó evidente que el hombre no entendía nada de esto. Al ver que no lograba que el otro le entendiera, el pitecántropo avanzó hacia Tarzán y se llevó la mano izquierda al corazón y al mismo tiempo colocó la palma de la derecha sobre el corazón del hombre-mono. Este último interpretó la acción como una forma de saludo amistoso y, como estaba versado en los modales de las razas no civilizadas, respondió del mismo modo ya que comprendió que, sin duda alguna, era

eso lo que debía hacer. Su acción pareció satisfacer y agradar a su nueva relación, quien inmediatamente empezó a hablar de nuevo y por fin, con la cabeza echada hacia atrás, oliscó el aire en la dirección del árbol que se elevaba junto a ellos y señaló de pronto el cadáver de Bara, el ciervo, al tiempo que se llevaba la mano al estómago en un lenguaje de signos que incluso el más torpe sabría interpretar. Con un gesto de la mano Tarzán invitó a su amigo a compartir los restos de su captura, y el otro, saltando como un monito a las ramas inferiores del árbol, se abrió paso rápidamente hacia la carne, ayudado siempre por su larga, fuerte y sinuosa cola.

El pitecántropo comió en silencio, cortando pequeños trozos de la entrepierna del ciervo con su afilado cuchillo. Desde la horcadura del árbol donde se hallaba, Tarzán observaba a su compañero y reparó en la preponderancia de los atributos humanos que sin duda quedaban acentuados por los paradójicos pulgares, los grandes dedos de los pies y la cola.

Se preguntó si esta criatura era representativa de alguna extraña raza o si, lo que parecía más probable, no era sino un atavismo. Ambas suposiciones habrían parecido igual de ridículas de no tener ante sí la prueba de la existencia de la criatura. Sin embargo, allí estaba un hombre con cola y manos y pies claramente arbóreos. Sus adornos, con incrustaciones de oro y piedras preciosas, sólo podían haberlos realizado hábiles artesanos; pero si se trataban de la obra de este individuo o de otros como él, o de una raza completamente distinta, Tarzán, por supuesto, no podía determinarlo.

Terminada su comida, el invitado se secó los dedos y los labios con hojas que arrancó de una rama cercana, levantó la vista hacia Tarzán con una agradable sonrisa que dejó al descubierto una hilera de fuertes dientes blancos (cuyos caninos no eran más largos que los de Tarzán), pronunció unas palabras que Tarzán supuso eran una expresión cortés de su agradecimiento y luego buscó un lugar confortable en el árbol para pasar la noche.

La tierra se hallaba en sombras en la oscuridad que precede al alba cuando Tarzán fue despertado por una violenta sacudida del árbol en el que se había cobijado. Cuando abrió los ojos vio que su compañero también estaba despierto y, echando un rápido vistazo alrededor para averiguar la causa de la perturbación, el hombre-mono se asombró de lo que sus ojos veían.

La débil sombra de una forma colosal se elevó detrás del árbol, cerca, y Tarzán vio que se trataba del roce del gigantesco cuerpo contra las ramas lo que le había despertado. Que una criatura tan tremenda pudiera abordarle tan de cerca sin molestarle llenó a Tarzán de asombro y de pesar. En la penumbra, al principio el hombre-mono concibió al intruso como un elefante; sin embargo, si lo era, era de mayores proporciones que cualquiera de los que jamás había visto; pero cuando los confusos contornos se hicieron menos borrosos vio a la altura de sus ojos y a unos seis metros por encima del suelo la confusa silueta de una espalda grotescamente serrada que daba la impresión de pertenecer a una criatura de cuya columna vertebral crecía un grueso y pesado cuerno. Sólo era visible al hombre-mono una parte de la espalda, y el resto del cuerpo se perdía en las densas sombras bajo el árbol, desde donde ahora surgió el ruido de unas potentes fauces que trituraban con fuerza carne y huesos. Por los olores que llegaban al sensible olfato del hombre-mono se dio cuenta entonces de que allí abajo se encontraba algún enorme reptil que se alimentaba del cuerpo del león que habían matado.

Mientras los ojos de Tarzán, aguzados por la curiosidad, penetraban inútilmente en las negras sombras, sintió un ligero roce en el hombro y, al volverse, vio que su compañero trataba de llamarle la atención. La criatura, apretándose un dedo índice a los labios como para señalarse que no hiciera ruido, tiró del brazo de Tarzán en un intento por indicarle que debían marcharse enseguida.

El hombre-mono, comprendiendo que se hallaba en una región extraña, infestada de criaturas de tamaño colosal cuyos hábitos y poderes desconocía por completo, se dejó llevar. Con la mayor precaución el pitecántropo descendió del árbol por el lado opuesto de donde se encontraba el gran merodeador nocturno y, seguido de cerca por Tarzán, se alejó en silencio por la llanura.

El hombre-mono estaba poco dispuesto a renunciar a una oportunidad de inspeccionar una criatura que con toda probabilidad era completamente diferente a cualquier cosa que hubiera conocido en el pasado; sin embargo era lo bastante sensato para saber cuándo la discreción era la mejor parte del valor y ahora, como en el pasado, se rindió a esa ley que domina a los parientes de lo salvaje que les impide cortejar el peligro sin necesidad, pues sus vidas están suficientemente llenas de peligro en su rutina cotidiana de alimentarse y aparearse.

Cuando el sol disipó las sombras de la noche, Tarzán se encontró de nuevo en el borde de un gran bosque en el que su guía se adentró, agarrándose ágilmente a las ramas de los árboles a través de los cuales se abrían camino con la celeridad que dan la costumbre y el instinto hereditario, pero, aunque ayudado por una cola prensil, dedos y pulgares, la cosa-hombre avanzaba por la selva no con mayor facilidad o seguridad que el gigantesco hombre-mono.

Fue durante este viaje cuando Tarzán recordó la herida en su costado causada la noche anterior por las garras de Numa, el león, y al examinarla le sorprendió descubrir que no sólo no le dolía sino que junto a sus bordes no había señal alguna de inflamación, consecuencia indudablemente de los polvos antisépticos con que su extraño compañero la había rociado.

Habían caminado unos tres o cuatro kilómetros cuando el compañero de Tarzán saltó al suelo en una pendiente cubierta de hierba, bajo un gran árbol cuyas ramas sobresalían sobre un riachuelo transparente. Allí bebieron y Tarzán descubrió que el agua no sólo era deliciosamente pura y fresca sino de una temperatura helada que indicaba su rápido descenso desde las altas montañas donde tenía su origen.

Tarzán se quitó el taparrabos, lo dejó en el suelo junto con sus armas y entró en la pequeña charca bajo los árboles y salió al cabo de un momento, enormemente refrescado y con un fuerte deseo de desayunar. Al salir de la charca observó que su compañero le examinaba con expresión de asombro. Cogió al hombre-mono por el hombro y le hizo dar la vuelta, de forma que la espalda de Tarzán quedó ante él y luego, poniendo la punta del dedo índice sobre la columna vertebral de Tarzán, enroscó su cola por encima del hombro, hizo dar la vuelta de nuevo al hombre-mono y señaló primero a Tarzán y luego su propio apéndice, con una expresión de perplejidad en el rostro, mientras parloteaba excitado en su extraña lengua.

El hombre-mono comprendió que, probablemente por primera vez, su compañero había descubierto que él no poseía cola por naturaleza y no por accidente, y por eso llamaba la atención sobre sus grandes dedos y los pies y pulgares para grabar mejor en la criatura el hecho de que era de especie diferente.

El tipo meneó la cabeza dubitativo como si fuera absolutamente incapaz de comprender por qué Tarzán era tan distinto de él, pero al fin, aparentemente abandonando el problema encogiéndose de hombros, dejó a un lado su arnés, pellejo y armas y entró en la charca.

Una vez finalizadas sus abluciones y cuando hubo rehecho su escasa indumentaria se sentó al pie del árbol e hizo señas a Tarzán de que se sentara a su lado; luego abrió el zurrón que colgaba a su costado derecho, sacó de él unas tiras de carne desecada y un par de puñados de nueces de fina cáscara que Tarzán desconocía. Al ver que el otro las rompía con los dientes y se comía la cáscara, Tarzán siguió su ejemplo y descubrió así que la carne era rica y de agradable olor. La carne desecada tampoco era desagradable al paladar, aunque evidentemente carecía de sal, un artículo que Tarzán imaginaba sería bastante difícil de obtener en aquel paraje.

Mientras comían, el compañero de Tarzán señaló las nueces, la carne desecada y otros diversos objetos cercanos, repitiendo en cada caso lo que Tarzán pronto descubrió debían de ser los nombres de esas cosas en la lengua de la criatura. El hombre-mono no pudo sino sonreír ante este evidente deseo por parte de su recién hallado amigo de impartirle instrucciones que a la larga pudieran desembocar en un intercambio de pensamientos entre ellos. Como ya dominaba varias lenguas y una multitud de dialectos, el hombre-mono tuvo la impresión de que le resultaría fácil asimilar otra, aunque ésta parecía no estar en absoluto relacionada con ninguna de las que él conocía.

Tan ocupados se encontraban con su desayuno y la lección que ninguno de los dos notó la presencia de unos pequeños ojos que relucían sobre ellos desde lo alto; tampoco percibió Tarzán ningún otro peligro inminente hasta el instante en que un enorme cuerpo peludo saltó sobre su compañero desde las ramas superiores.

CAPÍTULO II

«¡HASTA LA MUERTE!»

EN EL MOMENTO del descubrimiento Tarzán vio que la criatura era casi una réplica de su compañero en tamaño y estructura, con la excepción de que su cuerpo estaba completamente cubierto con un abrigo de pelo negro que casi ocultaba sus facciones, mientras que sus arreos y armas eran similares a los de la criatura a la que atacaba. Antes de que Tarzán pudiera impedirlo, la criatura golpeó al compañero del hombre-mono en la cabeza con su porra de nudos y le hizo caer, inconsciente, al suelo; pero antes de poder infligir más daño a su indefensa presa el hombre-mono empezó a luchar con ella.

Al instante se dio cuenta Tarzán de que se hallaba peleando con una criatura de fuerza casi sobrehumana. Los nervudos dedos de una poderosa mano le buscaban la garganta mientras la otra levantaba la cachiporra por encima de la cabeza. Pero si la fuerza del peludo atacante era grande, grande también era la de su oponente de piel lisa. Tarzán hizo tambalearse momentáneamente a su atacante cuando le lanzó un golpe terrible con los puños cerrados a la punta de la barbilla y luego sus dedos se cerraron en la peluda garganta, mientras con la otra mano cogía la muñeca del brazo que aferraba la cachiporra. Con igual celeridad lanzó su pierna derecha por detrás del peludo bruto, y arrojando su peso hacia adelante, lanzó la cosa pesadamente al suelo, de costado, al tiempo que precipitaba su propio cuerpo sobre el pecho del otro.

Con el impacto la porra cayó de la mano del bruto y la garra fue arrancada de la garganta de Tarzán. Al instante los dos se vieron engarzados en un abrazo mortal. Aunque la criatura mordió a Tarzán, este último fue consciente enseguida de que no era un método particularmente formidable de ataque o de defensa, ya que sus caninos apenas estaban más desarrollados que los suyos. La cosa contra la que tenía que protegerse sobre todo era la sinuosa cola que intentaba sin cesar enrollarse en la

garganta de Tarzán, y contra la cual la experiencia no le había proporcionado defensa alguna.

Luchando y gruñendo, los dos rodaron por el césped al pie del árbol, primero uno encima y luego el otro, pero cada vez más ocupados en defender su garganta de la garra asfixiante del otro que en su táctica agresiva u ofensiva. Pero entonces el hombre-mono vio su oportunidad y, cuando rodaron por el suelo, obligó a la criatura a acercarse cada vez más a la charca, en cuya orilla se estaba desarrollando la batalla. Al fin estuvieron en el borde mismo del agua y ahora a Tarzán le quedaba precipitar a ambos bajo la superficie, pero de tal manera que él pudiera permanecer arriba.

En el mismo instante se puso al alcance de la vista de Tarzán, justo detrás de la forma postrada de su compañero, la figura agazapada, diabólica del híbrido rayado de dientes afilados como un sable, que le miraba gruñendo con expresión malévola.

Casi simultáneamente, el peludo oponente de Tarzán descubrió la amenazadora figura del gran felino. De inmediato cesó sus actividades beligerantes contra Tarzán y, hablando de forma ininteligible al hombre-mono, trató de deshacerse del abrazo de Tarzán indicando que, para él, la lucha había terminado. El hombre-mono se dio cuenta del peligro que corría su compañero y, como estaba ansioso por protegerle de los afilados colmillos, soltó a su adversario y juntos se pusieron en pie.

Tarzán sacó su cuchillo y se acercó despacio al cuerpo de su compañero, esperando que su reciente oponente aprovechara la oportunidad para escapar. Sin embargo, para su sorpresa, la bestia, tras recuperar su porra, avanzó hasta situarse a su lado.

El gran felino, plano sobre su vientre, permanecía inmóvil salvo por las sacudidas de la cola y los labios que se movían al gruñir a unos quince metros del cuerpo del pitecántropo. Cuando Tarzán pasó por encima del cuerpo de éste vio que los párpados temblaban y se abrían, y sintió en su corazón una extraña sensación de alivio porque la criatura no estaba muerta; se dio cuenta de que, sin sospecharlo, había surgido dentro de su corazón salvaje un vínculo de apego hacia este extraño nuevo amigo.

Tarzán siguió aproximándose al animal de colmillos afilados y la bestia peluda, a su derecha, no se quedó atrás. Cada vez estaban más cerca, hasta que cuando se encontraron a una distancia de unos seis metros el híbrido atacó. Su embestida iba dirigida al simio peludo de apariencia humana, que se paró en seco con la cachiporra en alto para recibir el ataque. Tarzán, por

el contrario, dio un salto hacia adelante y con una celeridad ni siquiera igualada por la del veloz felino, se lanzó de cabeza sobre él como podría hacerlo un jugador de fútbol americano en el terreno de juego. Rodeó con el brazo derecho el cuello de la bestia, puso el izquierdo detrás de la pata delantera izquierda, y tan grande fue la fuerza del impacto que los dos rodaron en el suelo varias veces, el felino gritando y arañando para liberarse y volverse a su atacante, y el hombre aferrándose desesperadamente a su presa.

El ataque parecía de ferocidad enloquecida e insensata, sin intervención de la razón ni la habilidad. Sin embargo, nada más lejos de la verdad que semejante suposición, ya que cada músculo del gigantesco cuerpo del hombre-mono obedecía los dictados de la astuta mente que la larga experiencia había entrenado para satisfacer toda exigencia de un encuentro como éste. Las largas y fuertes piernas, aunque diera la impresión de que estaban entrelazadas de forma inextricable con las patas traseras del felino que no dejaba de intentar clavarle sus zarpas, cada vez, como por milagro, escapaban de sus garras y no obstante, en el mismo instante, en medio de tantas vueltas y revolcones, estaban donde debían estar para llevar a cabo el plan de ataque del hombre-mono. De modo que en cuanto el felino creyó que había ganado a la maestría de su oponente, cuando el hombre-mono se puso en pie fue arrojado de pronto hacia arriba, sujetando la espalda rayada contra su cuerpo y obligándola a echarse hacia atrás hasta que se quedó indefenso arañando el aire.

Al instante el negro peludo se precipitó sobre él con el cuchillo a punto y lo hundió en el corazón de la bestia. Durante unos instantes Tarzán siguió agarrándolo, pero cuando el cuerpo se relajó lo apartó de sí y los dos que antes estaban enzarzados en mortal combate se quedaron cara a cara con el cuerpo del enemigo común entre los dos.

Tarzán esperó, listo para la paz o para la guerra. Entonces se levantaron dos manos negras y peludas, la izquierda fue colocada sobre el corazón y la derecha extendida hasta que la palma tocó el pecho de Tarzán. Era la misma forma de saludo amistoso con que el pitecántropo había sellado su alianza con el hombre-mono y Tarzán, que se alegraba de todo aliado que pudiera adquirir en este mundo extraño y salvaje, aceptó sin vacilar la amistad ofrecida.

Al finalizar la breve ceremonia Tarzán echó una mirada en dirección al pitecántropo sin pelo y descubrió que había recobrado el conocimiento y

estaba de pie, observándoles atentamente. Ahora se levantó despacio y al mismo tiempo el negro peludo se volvió en su dirección y se dirigió a él en lo que evidentemente era su lengua común. El lampiño respondió y los dos se aproximaron el uno al otro despacio. Tarzán observaba con interés el resultado de su encuentro. Se detuvieron a unos pasos, y primero uno y luego el otro hablaron rápidamente pero sin aparente excitación, mirando cada uno de vez en cuando o señalando hacia Tarzán, lo que indicaba que en cierta medida él era el tema de su conversación.

Después avanzaron de nuevo hasta que se encontraron, tras lo que repitieron la breve ceremonia de alianza que antes había marcado el cese de hostilidades entre Tarzán y el negro. Avanzaron hacia el hombre-mono y se dirigieron a él con la mayor seriedad, como si quisieran transmitirle alguna información importante. Sin embargo, lo dejaron como tarea carente de provecho y, recurriendo al lenguaje de los signos, comunicaron a Tarzán que iban a proseguir su camino juntos y le alentaron a acompañarles.

Como la dirección que señalaban era una ruta que Tarzán no había cruzado nunca, accedió de muy buena gana a su petición, ya que había decidido explorar esta tierra desconocida antes de abandonar definitivamente la búsqueda de lady Jane en ella.

Durante varios días el camino les condujo a través de las estribaciones que corrían paralelas a la elevada cordillera. Con frecuencia eran amenazados por los salvajes ciudadanos de esta remota fortaleza, y en ocasiones Tarzán vislumbraba extrañas formas de gigantescas proporciones entre las sombras de la noche.

El tercer día llegaron a una gran cueva natural frente a un acantilado a cuyo pie fluía uno de los numerosos arroyos de montaña que regaban la llanura de abajo y alimentaban los pantanos en las tierras bajas del límite de la región. Aquí los tres establecieron residencia temporal, y Tarzán avanzó en el conocimiento de la lengua de sus compañeros más rápidamente que durante la marcha.

La cueva mostraba señales de haber albergado otras formas semihumanas en el pasado. Quedaban restos de una tosca chimenea de roca y las paredes y el techo estaban ennegrecidos por el humo de muchos fuegos. Había extraños jeroglíficos rascados en el hollín y, a veces profundamente, en la roca de debajo, así como contornos de bestias, aves y reptiles, algunos de estos últimos de forma extraña que sugerían las criaturas extinguidas de los tiempos jurásicos. Algunos de los más recientes

jeroglíficos los compañeros de Tarzán los leyeron con interés y los comentaron, y luego con la punta de sus cuchillos también se sumaron a las inscripciones, posiblemente seculares, de las paredes ennegrecidas.

Tarzán sentía mucha curiosidad, pero la única explicación a la que pudo llegar fue que estaba asistiendo al registro de hotel posiblemente más primitivo del mundo. Al menos eso le permitió conocer un poco más el desarrollo de las extrañas criaturas que el hado había puesto en su camino. Aquellos eran hombres con cola de mono, uno de ellos cubierto de pelo como cualquier bestia peluda de los órdenes inferiores, y sin embargo era evidente que poseían una lengua no sólo hablada sino también escrita. La primera le estaba costando dominarla y, ante esta nueva prueba de civilización inopinada en criaturas que poseían tantos atributos físicos de las bestias, la curiosidad de Tarzán se vio aún más avivada y su deseo de dominar pronto su lengua aumentó, con el resultado de que se dedicó con mayor asiduidad aún a la tarea que se había impuesto a sí mismo. Ya conocía los nombres de sus compañeros y los nombres comunes de la fauna y flora con la que más a menudo estaban en contacto.

Ta-den, el lampiño, de piel blanca, que había asumido el papel de tutor, realizaba su tarea con un ahínco que se reflejaba en el rápido dominio de la lengua madre de los ta-den que tuvo su alumno. Om-at, el negro peludo, también parecía creer que sobre sus anchos hombros descansaba una parte de la carga de responsabilidad de la educación de Tarzán, con el resultado de que cuando se hallaban despiertos uno u otro estaban casi constantemente enseñando al hombre-mono. La consecuencia fue sólo la que cabía esperar: una rápida asimilación de las enseñanzas de forma que antes de que ninguno de ellos se diera cuenta, la comunicación oral fue un hecho consumado.

Tarzán explicó a sus compañeros el objeto de su misión, pero ninguno de los dos pudo darle la más ligera esperanza. Jamás hubo en su región una mujer como la que él describía, ni ningún otro hombre sin cola aparte de él, que ellos supieran.

—He estado fuera de A-lur mientras Bu, la luna, ha comido siete veces —dijo Ta-den—. Pueden suceder muchas cosas en siete veces veintiocho días; pero dudo que tu mujer pudiera entrar en nuestra región cruzando los terribles pantanos que incluso para ti han sido un obstáculo casi insuperable, y si lo hubiera hecho, ¿sobreviviría a los peligros que tú ya has encontrado además de los que aún tienes que conocer? Ni siquiera nuestras

mujeres se aventuran a adentrarse en las regiones salvajes más allá de las ciudades.

—A-lur, Ciudad-luz, la Ciudad de la luz —murmuró Tarzán, traduciendo la palabra a su propia lengua—. ¿Y dónde está A-lur? —preguntó—. ¿Es vuestra ciudad, la de Ta-den y de Om-at?

—Es la mía —respondió el lampiño—, pero no la de Om-at. Los waz-don no tienen ciudades, viven en los árboles de los bosques y las cuevas de las montañas, ¿no es así, hombre negro? —concluyó, volviéndose hacia el gigante peludo que tenía a su lado.

—Sí —respondió Om-at—. Los waz-don somos libres; sólo los ho-don se hacen prisioneros a sí mismos en ciudades. ¡Yo no querría ser un hombre blanco!

Tarzán sonrió. Incluso aquí existía la distinción racial entre hombre blanco y hombre negro: ho-don y waz-don. Ni siquiera el hecho de que parecieran iguales en inteligencia importaba, uno era blanco y el otro negro, y resultaba fácil ver que el blanco se consideraba superior al otro, se notaba en su sonrisa tranquila.

—¿Dónde está A-lur? —volvió a preguntar Tarzán—. ¿Volvéis allí?

—Está detrás de las montañas —respondió Ta-den—. Yo no regreso allí, todavía no. Hasta que no esté Ko-tan.

—¿Ko-tan? —preguntó Tarzán.

—Ko-tan es rey —explicó el pitecántropo—. Gobierna esta tierra. Yo era uno de sus guerreros. Vivía en el palacio de Ko-tan y allí conocía a O-lo-a, su hija. Nos amamos. Como la luz de las estrellas, y yo; pero Ko-tan no quería saber nada de mí. Me envió lejos a pelear con los hombres de la aldea de Dak-at, que se habían negado a pagar su tributo al rey, pensando que me matarían, pues Dak-at es famosa por sus excelentes guerreros. Y no me mataron. En cambio, regresé victorioso con el tributo y con el propio Dak-at como prisionero; pero Ko-tan no quedó complacido porque vio que O-lo-a me amaba aún más que antes, pues su amor se había reforzado por el orgullo de mi hazaña.

»Poderoso es mi padre, Ja-don, el hombre-león, jefe de la mayor aldea aparte de A-lur. Ko-tan vacilaba en enfrentarse con mi padre y no pudo sino alabarme por mi éxito, aunque lo hizo con media sonrisa. ¡Pero no lo entiendes! Es como llamamos a una sonrisa que mueve sólo los músculos de la cara y no afecta al brillo de los ojos; significa hipocresía y doblez. Yo debía ser alabado y recompensado. ¿Qué mejor recompensa que la mano de

O-lo-a, su hija? Pero no, él guarda a O-lo-a para Bu-lot, hijo de Mo-sar, el jefe cuyo abuelo era rey y quien piensa que debería ser rey. Así apaciguaría Ko-tan la ira de Mo-sar y se ganaría la amistad de los que creen con Mo-sar que éste debería ser rey.

»Pero ¿qué recompensa gratificaría al fiel Ta-den? Honramos con grandeza a nuestros sacerdotes. En el interior de los templos incluso los jefes y el propio rey se inclina ante ellos. No hay honor más grande que Ko-tan pudiera otorgar a un sujeto… que deseara ser sacerdote; pero yo no lo deseaba. Los sacerdotes, aparte del sumo sacerdote, deben volverse eunucos para no casarse nunca.

»La propia O-lo-a me comunicó que su padre había dado las órdenes que pondrían en marcha la maquinaria del templo. Un mensajero estaba en camino en mi busca para llevarme a presencia de Ko-tan. Negarme al sacerdocio una vez me fuera ofrecido por el rey sería una afrenta para el templo y los dioses, que significaría la muerte; pero si no aparecía ante Ko-tan no tendría que rechazar nada. O-lo-a y yo decidimos que no debía comparecer. Era mejor huir, llevando en mi pecho un hilo de esperanza, que permanecer y, en mi sacerdocio, abandonar la esperanza para siempre.

»Bajo las sombras de los grandes árboles que crecen en los terrenos de palacio la apreté a mí por, quizá, última vez y luego, para no encontrarme con el mensajero, escalé la gran muralla que protege el palacio y crucé la ciudad en sombras. Mi nombre y rango me llevaron más allá de la puerta de la ciudad. Desde entonces he vagado lejos del acoso de los ho-don, pero fuerte en mí es la necesidad de regresar aunque sólo sea para ver desde el exterior de sus murallas la ciudad que alberga lo más querido para mí y visitar de nuevo la aldea donde nací, para ver de nuevo a mis padres.

—¿Pero el riesgo es demasiado grande? —preguntó Tarzán.

—Es grande, pero no demasiado grande —respondió Ta-den—. Iré.

—Y yo iré contigo, si me lo permites —dijo el hombre-mono—, pues debo ver esta Ciudad de la luz, esta A-lur tuya, y buscar allí a mi compañera perdida aunque tú creas que existen pocas probabilidades de que la encuentre. Y tú, Om-at, ¿vienes con nosotros?

—¿Por qué no? —dijo el peludo—. Las guaridas de mi tribu están en los riscos más arriba de A-lur y aunque Es-sat, nuestro jefe, me echó, me gustaría volver de nuevo, pues hay una hembra a la que me gustaría ver una vez más y que se alegraría de verme. Si, iré con vosotros. Es-sat temía que me convirtiera en jefe y quién sabe si tenía razón. Pero buscaré antes a Pan-

at-lee, incluso antes de ser jefe.

—Entonces, viajaremos juntos los tres —dijo Tarzán.

—Y pelearemos juntos —añadió Ta-den—, los tres como uno —y mientras hablaba sacó su cuchillo y lo blandió por encima de su cabeza.

—Los tres como uno —repitió Om-at, blandiendo su arma e imitando el acto de Ta-den—. ¡Está dicho!

—¡Los tres como uno! —gritó Tarzán de los Monos—. ¡Hasta la muerte! y su cuchillo relució a la luz del sol.

—Vámonos, pues —dijo Om-at—, mi cuchillo está seco y pide a gritos la sangre de Es-sat.

El sendero por el que avanzaban Ta-den y Om-at, y que apenas podía ser digno de ser denominado sendero, era más adecuado para ovejas salvajes, monos o aves que para el hombre; pero los tres que lo seguían estaban acostumbrados a caminos que ningún hombre corriente se atrevería a tomar. Ahora, en las pendientes inferiores, conducía a través de densos bosques donde el suelo estaba cubierto de árboles caídos y enredaderas enmarañadas y las ramas de los árboles oscilaban por encima; también aquí rodeaba grandes gargantas cuyas rocas de aspecto resbaladizo proporcionaban un punto de apoyo momentáneo incluso para los pies desnudos que las tocaban levemente cuando los tres hombres saltaban como gamuzas de una a otra. Vertiginoso y aterrador era el modo en que Om-at elegía el camino para cruzar la cima cuando les condujo por el lomo de un alto peñasco que se elevaba unos seiscientos metros de roca perpendicular sobre un río. Y cuando por fin se hallaron de nuevo a un nivel comparativamente bajo Om-at se volvió y les miró a ambos con atención y en especial a Tarzán de los Monos.

—Los dos serviréis —dijo—. Sois compañeros adecuados para Om-at, el waz-don.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tarzán.

—Os he traído por aquí —respondió el negro— para saber si a alguno os faltaba valor para seguir por donde Om-at os conducía. Aquí es donde vienen los jóvenes guerreros de Es-sat para demostrar su valor. Y sin embargo, aunque nacemos y somos criados en riscos, no se considera un deshonor admitir que Pastar-ul-ved, el Padre de las Montañas, nos ha derrotado, pues de los que lo intentan sólo unos pocos lo logran; los huesos de los demás yacen a los pies de Pastar-ul-ved.

Ta-den se echó a reír.

—No me gustaría venir por aquí a menudo —declaró.

—No —dijo Om-at—, pero ha acortado nuestro viaje al menos en un día completo. Así Tarzán contemplará antes el Valle de Jad-ben-Otho. ¡Venid! —y les guió hacia arriba por el lomo de Pastar-ul-ved hasta que a sus pies se extendió un paisaje de misterio y de belleza; un verde valle rodeado de elevados peñascos de blancura marmórea; un verde valle con lagos de color azul oscuro y atravesado por el sendero azul de un sinuoso río. En el centro había una ciudad de la blancura de los riscos marmóreos, una ciudad que incluso a gran distancia evidenciaba una extraña aunque artística arquitectura. Fuera de la ciudad se veían dispersos en el valle grupos aislados de edificios (a veces uno, otras veces dos y tres o cuatro agrupados) pero siempre de la misma blancura reluciente y siempre de alguna forma fantástica.

Por encima del valle los riscos a veces estaban surcados por gargantas profundas, llenas de vegetación, que daban la impresión de ser ríos verdes que se derramaban hacia un mar central de verdor.

—Jad Pele ul Jad-ben-Otho —murmuró Tarzán en la lengua de los pitecántropos—: *El valle del Gran Dios*… es hermoso.

—Aquí, en A-lur, vive Ko-tan, el rey, gobernador de todo Pal-ul-don —dijo Ta-den.

—Y en estas gargantas viven los waz-don —exclamó Om-at—, quienes no reconocen a Ko-tan como gobernador de toda la tierra del hombre.

Ta-den sonrió y se encogió de hombros.

—No discutiremos, tú y yo —dijo a Om-at— por una cosa sobre la que todos los siglos no han bastado para reconciliar a los ho-don y los waz-don; pero déjame que te revele un secreto, Om-at. Los ho-don viven juntos en mayor o menor paz bajo un gobernador, de modo que cuando el peligro les amenaza hacen frente al enemigo con muchos guerreros, pues todo ho-don guerrero de Pal-ul-don está allí. Pero vosotros, los waz-don, ¿qué hacéis? Tenéis una docena de reyes que pelea no sólo con los ho-don sino también entre ellos. Cuando una de vuestras tribus emprende el camino de la lucha, incluso aunque sea contra los ho-don, debe dejar atrás suficientes guerreros para proteger a sus mujeres y niños de los vecinos. Cuando nosotros queremos eunucos para los templos o sirvientes para los campos o los hogares, marchamos en gran número sobre una de vuestras aldeas. Vosotros ni siquiera podéis huir, pues a ambos lados tenéis enemigos, y aunque peleéis con bravura nosotros regresamos con los que después serán

eunucos en los templos y sirvientes en nuestros campos y hogares. Mientras los waz-don sean así de necios, los ho-don dominarán y su rey será rey de Pal-ul-don.

Tal vez tengas razón —admitió Om-at—. Esto es porque nuestros vecinos son necios y piensan cada uno que su tribu es la mejor y debería gobernar entre los waz-don. No quieren admitir que los guerreros de mi tribu son los más valientes y nuestras hembras las más hermosas.

Ta-den sonrió.

—Cada uno de los demás presenta precisamente los mismos argumentos que tú, Om-at —manifestó—, lo cual, amigo mío, es el más fuerte baluarte de defensa que poseen los ho-don.

—¡Vamos! —exclamó Tarzán—, estas discusiones a menudo acaban en peleas y nosotros tres no debemos pelear. A mí, claro está, me interesa aprender lo que pueda de las condiciones políticas y económicas de vuestra tierra; me gustaría conocer algo de vuestra religión; pero no a costa de que haya amargura entre mis únicos amigos en Pal-ul-don. Posiblemente, sin embargo, tenéis el mismo dios.

—En eso sí que discrepamos —dijo Om-at, con cierta amargura y un asomo de excitación en la voz.

—¡Discrepar! —casi gritó Ta-den—, ¿y por qué no íbamos a discrepar? ¿Quién podría estar de acuerdo con los ridículos…?

—¡Basta! —gritó Tarzán—. ¡Ahora sí que he agitado un nido de víboras! No hablemos más de temas políticos o religiosos.

—Eso es más sensato —convino Om-at—, pero me gustaría mencionar, para tu información, que el único dios tiene una larga cola.

—Eso es un sacrilegio —exclamó Ta-den, llevándose la mano al cuchillo—. ¡Jad-ben-Otho no tiene cola!

—¡Calla! —gritó Om-at, poniéndose en pie de un salto; pero al instante Tarzán se interpuso entre ellos.

—¡Ya basta! —espetó—. Cumplamos nuestros juramento de amistad para ser honorables a los ojos de Dios en cualquier forma que le concibamos.

—Tienes razón, *El sin Cola* —dijo Ta-den—. Vamos, Om-at, cuidemos nuestra amistad y de nosotros mismos, seguros en la convicción de que Jad-ben-Otho es suficientemente poderoso para cuidar de sí mismo.

—¡Hecho! —exclamó Om-at—, pero…

—Ningún «pero», Om-at —amonestó Tarzán.

El negro peludo se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—¿Emprendemos el camino hacia el valle? —preguntó—. La garganta de abajo está deshabitada; en la de la izquierda están las cuevas de mi gente. Yo vería a Pan-at-lee una vez más. Ta-den visitaría a su padre en el valle y Tarzán tiene que hallar el modo de entrar en A-lur en busca de la compañera que estaría mejor muerta que en las garras de los sacerdotes de ho-don de Jad-ben-Otho. ¿Cómo lo hacemos?

—Permanezcamos juntos todo el tiempo que podamos —urgió Ta-den —. Tú, Om-at, debes buscar Pan-at-lee de noche y con sigilo, pues tres, ni siquiera nosotros tres, no pueden esperar vencer a Es-sat y todos sus guerreros. En cualquier momento podemos ir a la aldea de la que es jefe mi padre, pues Ja-don siempre recibirá con agrado a los amigos de su hijo. Pero que Tarzán entre en A-lur es otro asunto, aunque hay un modo y él tiene suficiente valor para ponerlo a prueba; escuchad, acercaos porque Jad-ben-Otho tiene el oído fino y esto no debe oírlo —y con los labios cerca de los oídos de sus compañeros Ta-den, el Alto-árbol, hijo de Ja-don, el hombre-león, reveló su osado plan.

Y en el mismo instante, a un centenar de kilómetros de distancia, una figura ágil, desnuda salvo por un taparrabos y armas, cruzaba en silencio una árida estepa cubierta de espinos, buscando siempre en el suelo con la vista y el olfato aguzados.

Mientras luchaban, aparecía detrás la figura diabólica del híbrido rayado de dientes afilados.

CAPÍTULO III

PAN-AT-LEE

ERA noche cerrada en la inexplorada Pal-ul-don. Una luna esbelta, baja en el oeste, bañaba los blancos rostros de los riscos blanquecinos ante ella, con un suave resplandor sobrenatural. Negras eran las sombras en kor-ul-ja, la garganta de los leones, donde moraba la tribu del mismo nombre bajo Es-sat, su jefe. Desde una abertura cerca de la cumbre de la elevada escarpadura emergió una figura peluda (primero la cabeza y los hombros) y unos ojos fieros exploraron la ladera del risco en todas direcciones.

Era Es-sat, el jefe. Miró a derecha e izquierda y abajo, como para asegurarse de que nadie le observaba, pero ninguna otra figura se movía en la cara del risco, ni otro cuerpo peludo sobresalía de ninguna de las numerosas bocas de cueva desde la elevada morada del jefe hasta las habitaciones de los miembros inferiores de la tribu, más próximas a la base del risco. Luego avanzó hacia la cara de la blanca pared. A la media luz de la exigua luna parecía que la pesada figura negra y peluda cruzaba la faz de la pared perpendicular de alguna manera milagrosa, pero un examen más atento revelaría unos robustos ganchos, grandes como la muñeca de un hombre, que sobresalían de unos agujeros en el risco en los que estaban clavados. Los cuatro miembros como manos de Es-sat y su larga y sinuosa cola le permitían moverse con suma facilidad, como una rata gigantesca sobre una imponente pared. Avanzaba esquivando las cuevas, pasando o por encima o por debajo de las que encontraba en su camino.

El aspecto exterior de estas cuevas era similar. En la roca estaba abierta una abertura de entre dos y seis metros de largo por dos de alto y de uno a dos de profundidad; en la parte trasera de esta gran abertura, que formaba lo que se podría describir como el porche delantero del hogar, se hallaba una abertura de unos noventa centímetros de ancho y unos dos metros de alto, que formaba evidentemente el umbral del apartamento o apartamentos. A ambos lados de este umbral había aberturas más pequeñas

que era fácil suponer se trataba de ventanas por las que la luz y el aire podían encontrar su camino hasta los habitantes. También había ventanas similares en la cara del risco entre los porches de entrada, lo que sugería que toda la fachada del risco estaba surcada de aposentos. Desde muchas de estas aberturas más pequeñas se derramaban pequeñas corrientes de agua y las paredes que estaban encima de otras se hallaban ennegrecidas como a causa del humo. Donde corría el agua la pared estaba erosionada a una profundidad que iba de unos milímetros a treinta centímetros, lo que sugería que algunas de las pequeñas corrientes habían estado vertiéndose sobre la verde alfombra de vegetación de abajo desde hacía siglos.

En este escenario primitivo el gran pitecántropo no constituía discordancia alguna, pues formaba parte de él igual que el árbol que crecía en la cima del risco o los que ocultaban sus pies entre los húmedos helechos del fondo de la garganta.

Se detuvo ante una entrada y escuchó, y luego, sin hacer ruido, a la luz de la luna que se derramaba sobre las aguas que goteaban, se fundió en las sombras del porche exterior. En el umbral que llevaba al interior se detuvo de nuevo, aguzó el oído y luego, apartando con sigilo la gruesa piel que cubría la abertura, entró en una gran cámara excavada en la roca viva. Desde el fondo, a través de otro umbral, brillaba débilmente una luz. Se arrastró hacia ella con el mayor sigilo; sus pies desnudos no hacían el más mínimo ruido. Cogió la porra de nudos que llevaba colgada a la espalda, atada a una correa que le rodeaba el cuello, y la llevó en la mano izquierda.

Después del segundo umbral había un corredor que corría paralelo a la cara del risco. En este corredor había otros tres umbrales, uno en cada extremo y un tercero casi opuesto a donde se encontraba Es-sat. La luz procedía de un apartamento situado al final del corredor de la izquierda. Una llama chisporreante subió y bajó en un pequeño receptáculo de piedra que estaba sobre una mesa o banco del mismo material, un banco monolítico de la época en que fue excavada la habitación, que se alzaba masivamente del suelo, del cual formaba parte.

En un rincón de la habitación, detrás de la mesa, habían dejado un estrado de piedra de Poco más de un metro de ancho y unos tres metros de largo. Sobre él había una pila de unos treinta centímetros de alto de pellejos de los que no habían sacado la piel. En el borde de este estrado estaba sentada una joven hembra waz-don. En una mano sostenía una delgada pieza de metal, aparentemente de oro trabajado a martillo, con los bordes

mellados, y en la otra un cepillo corto y rígido. Estaba ocupada pasándose éste por su pellejo suave y reluciente que guardaba un notable parecido con la piel de foca alisada. Su taparrabo de piel de *jato* a rayas amarillas y negras yacía en el sofá, a su lado, con los petos circulares de oro batido, revelando las líneas simétricas de su figura desnuda en toda su belleza y armonía, pues aunque la criatura era negra como el azabache y estaba completamente cubierta de pelo no se podía negar que era hermosa.

Que era hermosa a los ojos de Es-sat, el jefe, quedaba patente por la expresión feliz que exhibía éste en su fiero semblante y la creciente rapidez de su respiración. Avanzando apresuradamente entró en la habitación y cuando lo hizo la joven hembra levantó la mirada. Al instante sus ojos se llenaron de terror y, con igual rapidez, cogió el taparrabo y con unos ágiles movimientos se lo colocó. Cuando cogía su peto Es-sat dio la vuelta a la mesa y se acercó a ella de un salto.

—¿Qué quieres? —preguntó ella en un susurro, aunque lo sabía muy bien.

—Pan-at-lee —dijo él—, tu jefe ha venido por ti.

—¿Por esto me alejaste de mi padre y de mis hermanos enviándoles a espiar a los kor-ul-lul? No me tendrás. ¡Fuera de la cueva de mis antepasados!

Es-sat sonrió. Era la sonrisa de un hombre fuerte y perverso que conoce su poder, no una sonrisa agradable.

—Me iré, Pan-at-lee —dijo—, pero tú vendrás conmigo… a la cueva de Es-sat, el jefe, para ser envidiada por las hembras de kor-ul-ja. ¡Ven!

¡Jamás! —gritó Pan-at-lee—. Te odio. Antes me aparearía con un hodon que contigo, que pegas a las mujeres y asesinas a los bebés.

Un ceño espantoso deformó las facciones del jefe.

—¡Hembra-*jato!* —gritó—, ¡yo te domesticaré! ¡Te partiré! Es-sat, el jefe, toma lo que quiere y quien se atreve a poner en duda su derecho o a combatir su más mínimo deseo servirá primero a sus deseos y después será partido como parto esto —cogió un plato de piedra de la mesa y lo rompió en sus fuertes manos—. Tú podrías ser la primera y la más favorecida en la cueva de los antepasados de Es-sat; pero ahora serás la última y la inferior, y cuando haya acabado contigo pertenecerás a todos los hombres de la cueva de Es-sat. ¡Esto les ocurre a las que desdeñan el amor de su jefe!

Se adelantó presuroso a cogerla y cuando puso una áspera mano sobre ella, ella le golpeó en el costado de la cabeza con su peto dorado. Sin emitir

un sonido, Es-sat, el jefe, se desplomó en el suelo de la cueva. Por un momento Pan-at-lee se inclinó sobre él, con su improvisada arma en alto para volver a golpearle en caso de que mostrara señales de recobrar la conciencia, sus relucientes pechos subiendo y bajando con su respiración acelerada. De pronto se agachó y le quitó a Es-sat el cuchillo con su funda y bandolera. Se lo colgó al hombro y se ajustó rápidamente el pecho; sin dejar de observar la figura caída del jefe, se retiró de la estancia.

En una cavidad de la habitación exterior, justo al lado del umbral que conducía al balcón, se hallaba apilado un número de clavijas redondeadas de unos cuarenta y cinco o cincuenta centímetros de largo. Eligió cinco de ellas y formó un pequeño haz alrededor del cual enrolló el extremo inferior de su sinuosa cola y, acarreándolas de este modo, se encaminó hacia el borde exterior del balcón. Allí se aseguró de que no había nadie que pudiera verla o impedirle el paso y se acercó rápidamente a las clavijas que ya estaban clavadas en la cara del risco y, con la celeridad de un mono, trepó veloz hasta la hilera superior de clavijas, la cual siguió en dirección al extremo inferior de la garganta en unos centenares de metros. Aquí, por encima de su cabeza, había una serie de pequeños agujeros redondos colocados uno encima del otro en tres hileras paralelas. Aferrándose sólo con los dedos de los pies sacó dos de las clavijas del haz que llevaba en la cola, cogió una en cada mano y las insertó en dos agujeros opuestos de las hileras exteriores lo más arriba que pudo alcanzar. Colgando ahora de estos nuevos asideros cogió una de las tres restantes clavijas en cada uno de sus pies, dejando la quinta bien agarrada con la cola. Alargó este miembro por encima de ella e insertó la quinta clavija en uno de los agujeros de la hilera central y después, colgándose alternativamente por la cola, los pies o las manos, fue subiendo las clavijas a nuevos agujeros formando con ellas una escalera por la que ascender.

En la cima del risco un árbol retorcido exponía sus raíces gastadas por el tiempo por encima de los agujeros situados más arriba que formaban el último escalón de la cara del precipicio para llegar a nivel del suelo. Esta era la última vía de escape para los miembros de la tribu acosados por enemigos desde abajo. Había tres salidas de emergencia como ésta desde la aldea, y utilizarlas en situaciones no desesperadas suponía la muerte. Esto Pan-at-lee lo sabía bien; pero también sabía que quedarse donde el encolerizado Es-sat pudiera ponerle las manos encima era peor.

Cuando llegó a la cima, la muchacha avanzó rápidamente por la

oscuridad en dirección a la siguiente garganta que cortaba la ladera de la montaña, un kilómetro y medio más allá de Kor-ul-ja. Era la Garganta de Agua, Kor-ul-lul, a la que su padre y hermanos fueron enviados por Es-sat para espiar a la tribu vecina. Existía una probabilidad, una pequeña probabilidad, de que les encontrara; si no, estaba la desierta Kor-ul-gryf varias millas más allá, donde podría esconderse indefinidamente del hombre si lograba eludir el terrible monstruo del que derivaba el nombre de la garganta y cuya presencia allí había hecho inhabitables sus cuevas durante generaciones.

Pan-at-lee se arrastró sigilosamente por el borde del Kor-ul-lul. Justo donde su padre y hermanos mirarían, ella no lo sabía. A veces sus espías Permanecían en el borde, otras veces observaban desde el fondo de la garganta. Pan-at-lee no sabía qué hacer ni adónde ir. Se sentía muy pequeña e indefensa, sola en la vasta oscuridad de la noche. Ruidos extraños llegaban a sus oídos. Provenían de las solitarias alturas de las montañas que se elevaban sobre ella, de la lejanía en el invisible valle y de las colinas más próximas, y una vez, a lo lejos, oyó lo que creyó era el bramido de un *gryf*. Procedía de la dirección del Kor-ul-gryf. La mujer se estremeció.

Después llegó a sus finos oídos otro sonido. Algo que se acercaba a ella por el borde del barranco. Venía de arriba. Ella se detuvo, aguzó el oído. Quizás era su padre, o un hermano. Se estaba acercando. Intentó ver en la oscuridad. No se movía, apenas respiraba. Y entonces, de repente, le pareció que muy cerca estallaron en la negra noche dos manchas de fuego amarillo verdosas.

Pan-at-lee era valiente, pero como siempre ocurre con los primitivos, la oscuridad contenía infinitos terrores para ella. No sólo los terrores conocidos sino otros más espantosos: los de lo desconocido. Aquella noche había vivido una horrible experiencia y tenía los nervios de punta, tensos, listos para reaccionar de forma exagerada al menor susto. Pero este no fue un susto menor. ¡Esperar ver a un padre y a un hermano y ver en cambio a la muerte reluciendo en la oscuridad! Sí, Pan-at-lee era valiente, pero no era de hierro. Lanzó un chillido que resonó entre las colinas, se volvió y se fue corriendo por el borde del Kor-ul-lul y tras ella, veloz, iba el león de ojos endiablados de las montañas de Pal-ul-don.

Pan-at-lee estaba perdida. La muerte era inevitable. De esto no cabía duda, pero morir bajo los colmillos desgarradores del carnívoro, terror

congénito de los de su especie… era impensable. Había una alternativa. El león casi la había atrapado… otro instante y estaría sobre ella. Pan-at-lee torció de pronto a la izquierda. Dio unos pasos en la nueva dirección antes de desaparecer por el borde del Kor-ul-lul. El desconcertado león plantó las cuatro patas en el suelo y se paró apenas en el borde del abismo. Miró abajo hacia las negras sombras y emitió un furioso rugido.

A través de la oscuridad en el lecho del Kor-ul-ja, Om-at guiaba el camino hacia las cuevas de su gente. Detrás de él iban Tarzán y Ta-den. Entonces se detuvieron bajo un gran árbol que crecía cerca del acantilado.

—En primer lugar —susurró Om-at—, iré a la cueva de Pan-at-lee. Después buscaré la cueva de mis antepasados para hablar con mi propia sangre. No tardaré mucho. Esperad aquí, volveré pronto. Después iremos juntos a ver a la gente de Ta-den.

Avanzó en silencio hacia el pie del acantilado y Tarzán le vio ascender como una gran mosca en una pared. A la débil luz el hombre-mono no distinguía las clavijas colocadas en la cara del risco. Om-at se movía con cautela. En el nivel inferior de cuevas debía haber un centinela. El conocimiento que poseía de su gente y de sus costumbres le indicaba, sin embargo, que con toda probabilidad el centinela estaba dormido. En esto no se equivocaba, aunque en modo alguno redujo su cautela. Ascendió suave y velozmente hacia la cueva de Pan-at-lee mientras desde abajo Tarzán y Ta-den le observaban.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Tarzán—. No veo ningún punto de apoyo en esa superficie vertical y sin embargo parece escalar con la mayor facilidad.

Ta-den le indicó la escalera de clavijas.

Tú también podrías ascender fácilmente —indicó—, aunque una cola te sería de gran ayuda.

Le observaron hasta que Om-at estaba a punto de entrar en la cueva de Pan-at-lee sin que nada le indicara que era observado y entonces, al mismo tiempo, ambos vieron aparecer una cabeza en la boca de una de las cuevas inferiores. Enseguida fue evidente que su propietario había descubierto a Om-at, pues de inmediato inició su persecución risco arriba. Sin decir una palabra Tarzán y Ta-den se levantaron y se dirigieron hacia el pie del risco. El pitecántropo fue el primero en llegar y el hombre-mono le vio dar un salto para asirse a una clavija más baja. Ahora Tarzán vio las otras clavijas

formando hileras en zig-zag irregularmente paralelas en la cara del risco. Dio un salto y cogió una, se impulsó hacia arriba con una mano hasta que pudo coger una segunda con la otra mano; y cuando había ascendido lo suficiente para utilizar los pies, descubrió que avanzaba muy deprisa. Ta-den sin embargo le aventajaba, pues esta precaria escalera no era nueva para él y, además, tenía la ventaja de poseer una cola.

No obstante, el hombre-mono no se quedó atrás, pues se vio urgido a redoblar los esfuerzos al ver que por encima de Ta-den el waz-don miraba abajo y descubría a sus perseguidores, justo antes de que el ho-don le alcanzara. Al instante un grito salvaje quebró el silencio de la garganta, un grito que fue respondido de inmediato por cientos de gargantas salvajes cuando los guerreros fueron emergiendo de las cuevas.

La criatura que dio la alarma llegó al hueco de la cueva de Pan-at-lee y allí se detuvo y se volvió para dar batalla a Ta-den. Liberó la porra que llevaba colgada a la espalda, atada a una correa que le rodeaba el cuello, y se quedó de pie en el suelo de la entrada bloqueando eficazmente el ascenso de Ta-den. De todas direcciones los guerreros kor-ul-ja acudían como un enjambre hacia los intrusos. Tarzán, que había llegado al mismo nivel que Ta-den pero un poco a la izquierda de éste, vio que nada salvo un milagro podía salvarles. Justo a la izquierda del hombre-mono se hallaba la entrada a una cueva que o estaba desierta o sus ocupantes aún no se habían despertado, pues el descansillo de delante permanecía desocupado. La mente alerta de Tarzán de los Monos poseía recursos, y sus músculos entrenados fueron rápidos en responder. En el tiempo que usted o yo meditaríamos una acción, él la realizaba y ahora, aunque sólo unos segundos le separaban de su oponente más próximo, en el breve espacio de tiempo de que disponía se había situado en el descansillo, desató su larga cuerda e, inclinándose en un gran ángulo, lanzó el sinuoso nudo corredizo con la precisión de la larga costumbre hacia la figura amenazadora que blandía su pesado garrote sobre Ta-den. Hubo una pausa momentánea de la mano que sostenía la cuerda mientras el nudo volaba hacia su meta, un rápido movimiento de la muñeca derecha que lo cerró sobre su víctima cuando le pasó por la cabeza y luego un fuerte tirón mientras, agarrando la cuerda con ambas manos, Tarzán la tiraba hacia atrás con todo el peso de su fornido cuerpo.

Lanzando un aullido de terror, el waz-don se arrojó de cabeza desde el descansillo por encima de Ta-den. Tarzán afianzó los pies para recibir el

impacto cuando el cuerpo de la criatura hiciera descender toda la longitud de la cuerda, y cuando lo hizo se oyó el chasquido de las vértebras que se elevó de un modo horripilante en el silencio que había seguido al grito de partida del hombre condenado. Imperturbable a la tensión del peso, detenido de pronto en el extremo de la cuerda, Tarzán tiró rápidamente del cuerpo hacia él para retirarle el nudo corredizo del cuello, pues no podía permitirse el perder tan valiosa arma.

Durante los varios segundos transcurridos desde que había arrojado la cuerda, los guerreros waz-don permanecieron inertes, como paralizados por el asombro o por el terror. Ahora, de nuevo, uno de ellos halló su voz y su cabeza, lanzando invectivas al extraño intruso y se dirigió directo hacia el hombre-mono, alentando a sus compañeros a atacar. Este hombre era el más cercano a Tarzán. Pero para él el hombre-mono podía haber llegado fácilmente junto a Ta-den mientras, éste le animaba a hacerlo. Tarzán levantó el cuerpo del waz-don muerto por encima de su cabeza, lo sostuvo unos instantes allí mientras, con el rostro alzado a los cielos, lanzaba el horrible grito de desafío de los simios machos de la tribu de Kerchak, y con toda la fuerza de sus gigantescos músculos arrojó el cuerpo pesadamente sobre el guerrero que ascendía. Tan grande fue la fuerza del impacto que el waz-don no sólo se soltó de donde se sujetaba, sino que dos de las clavijas a las que se asía se partieron.

Mientras los dos cuerpos, el vivo y el muerto, caían violentamente al pie del risco, un estridente grito brotó de los waz-don.

¡Jad-guru-don! ¡Jad-guru-don! —gritaban, y luego—: ¡Matadle! ¡Matadle!

Y ahora Tarzán se quedó de pie en el descansillo, al lado de Ta-den.

¡Jad-guru-don! —repitió este último, sonriendo—. ¡El hombre terrible! ¡Tarzán el terrible! Tal vez te maten, pero nunca te olvidarán.

—No me ma… ¿Qué tenemos ahí? —La declaración de Tarzán respecto a lo que no harían quedó interrumpida por una súbita exclamación cuando dos figuras, entrelazadas en mortal abrazo, entraron tropezando por el umbral de la cueva al porche exterior. Uno era Om-at, el otro una criatura de su propia especie pero con un tosco pelaje, cuyos pelos parecían crecer rectos hacia afuera desde la piel, rígidos, a diferencia de la suave envoltura de Om-at. Era evidente que los dos formaban buena pareja y era igualmente evidente que cada uno de ellos se inclinaba al asesinato. Peleaban casi en silencio salvo por un ocasional gruñido cuando uno u otro

recibía una nueva herida.

Tarzán, siguiendo un impulso natural de ayudar a su aliado, saltó hacia adelante para participar en la disputa sólo para ser frenado por una amonestación que Om-at le gruñó.

¡Atrás! —le gritó—. Esta pelea es sólo mía.

El hombre-mono comprendió y se retiró.

—Es un *gund-bar* —explicó Ta-den—, un *batalla-jefe*. Este tipo debe de ser Es-sat, el jefe. Si Om-at le mata sin ayuda Om-at puede convertirse en jefe.

Tarzán sonrió. Era la ley de su propia jungla —la ley de la tribu de Kerchak, el simio macho— la antigua ley del hombre primitivo que no necesitaba las refinadas influencias de la civilización para introducir la daga alquilada y la copa de veneno. Entonces algo llamó su atención hacia el límite exterior del vestíbulo. Arriba apareció el rostro peludo de uno de los guerreros de Es-sat. Tarzán dio un salto para interceptar al hombre; pero Ta-den se le adelantó.

—¡Atrás! —gritó el ho-don al recién llegado—, es una *gund-bar* entre Es-sat y Om-at. —Luego miró de nuevo a Ta-den y a Tarzán—. ¿Quiénes sois? —preguntó.

—Somos amigos de Om-at —respondió Ta-den.

El tipo asintió.

—Nos ocuparemos de vosotros más tarde —dijo, y desapareció bajo el borde del descansillo.

La batalla que se desarrollaba en el saliente proseguía con inexorable ferocidad; Tarzán y Ta-den tenían dificultades para mantenerse fuera del camino de los luchadores que se desgarraban y golpeaban mutuamente con manos, pies y cola. Es-sat iba desarmado —Pan-at-lee se había ocupado de ello— pero al costado de Om-at oscilaba un cuchillo envainado que él se esforzaba por sacar. Eso habría sido contrario a su código salvaje y primitivo, pues la batalla jefe debe librarse con las armas de la naturaleza.

A veces se separaban un instante sólo para precipitarse de nuevo sobre el otro con toda la ferocidad y fuerza de toros enloquecidos. Después uno de ellos hizo caer al otro, pero en aquel apretado abrazo ninguno podía caer solo; Es-sat arrastró a Om-at consigo, desplomándose en el borde. Incluso Tarzán contuvo el aliento. Allí se columpiaron peligrosamente un instante y luego sucedió lo inevitable: los dos, unidos en abrazo asesino, rodaron por el borde y desaparecieron de la vista del hombre-mono.

Tarzán ahogó un suspiro pues Om-at le caía bien y luego, con Ta-den, se acercó al borde y miró abajó. Muy al fondo, a la débil luz del incipiente amanecer, debería haber dos formas inertes, muertas; pero, para asombro de Tarzán, esto no fue lo que vieron sus ojos: dos figuras vibrantes aún de vida peleaban unos metros más abajo. Aferrados a dos clavijas, con una mano y un pie, o un pie y la cola, parecían tan cómodos en la pared perpendicular como en la superficie horizontal del vestíbulo; pero ahora su táctica era un poco distinta, pues cada uno parecía particularmente inclinado a arrancar a su oponente de ambos asideros y precipitarle abajo, a una muerte segura. Pronto se hizo evidente que Om-at, más joven y con mayores poderes de resistencia que Es-sat, estaba ganando ventaja. Ahora el jefe se hallaba casi por completo a la defensiva. Om-at le sujetaba por el cinturón cruzado con una fuerte mano, forzando a su enemigo a separarse del risco, y con la otra mano y un pie obligaba a Es-sat a soltarse de ambos asideros, alternando sus esfuerzos, o más bien combinándolos con terribles golpes a la boca del estómago de su adversario. Es-sat se estaba debilitando rápidamente y con el convencimiento de la muerte inminente le llegó, como le llega a todo cobarde y matón en circunstancias similares, el desmoronamiento de la capa de bravuconería disfrazada de valor, y con ella se desmoronó su código ético. Ahora Es-sat ya no era jefe kor-ul-ja, sino un cobarde que gimoteaba y luchaba por su vida. Se aferraba a Om-at, se aferraba a las clavijas más próximas en busca de un apoyo que le salvara de aquella espantosa caída, y mientras se esforzaba por apartar la mano de la muerte, cuyos helados dedos ya sentía en su corazón, su cola buscaba el costado de Om-at y el mango del cuchillo que allí colgaba.

Tarzán lo vio y, cuando Es-sat sacó la hoja de su funda, bajó como un gato hasta las clavijas situadas al lado de los hombres que luchaban. La cola de Es-sat se había retirado hacia atrás para efectuar la cobarde embestida final. Ahora otros muchos vieron el pérfido acto y un gran grito de ira y disgusto brotó de las gargantas salvajes; pero cuando la hoja avanzaba veloz hacia su meta, el hombre-mono agarró al peludo miembro que la sujetaba y, en el mismo instante, Om-at apartó de sí el cuerpo de Es-sat con tanta fuerza que éste, debilitado, se soltó de sus asideros y se precipitó vertiginosamente, como un breve meteoro de vociferante terror, hacia la muerte.

Como una rata gigantesca, se movía por la imponente pared.

CAPÍTULO IV

TARZÁN-JAD-GURU

CUANDO Tarzán y Om-at regresaron al vestíbulo de la cueva de Pan-at-lee y se situaron junto a Ta-den, listos para cualquier eventualidad que pudiera seguir a la muerte de Es-sat, el sol que coronaba las colinas del este también alcanzó a una figura que dormía en una distante estepa cubierta de espinos, y la despertó a otro día de incansable caminata siguiendo un débil rastro que desaparecía rápidamente.

Durante un rato reinó el silencio en el kor-ul-ja. Los hombres de la tribu esperaban, mirando ora hacia la figura muerta que fue su jefe, ora uno a otro y ora a Om-at y a los dos que se hallaban de pie uno a cada lado. Entonces Om-at habló.

—Soy Om-at —dijo con voz potente—. ¿Quién dirá que Om-at no es *gund* de los kor-ul-ja?

Esperó a que alguien aceptara su reto. Uno o dos de los jóvenes más fornidos se movieron inquietos y le miraron; pero no hubo respuesta.

—Entonces, Om-at es *gund* —dijo con determinación—. Ahora decidme, ¿dónde están Pan-at-lee, su padre y sus hermanos?

Un viejo guerrero habló.

—Pan-at-lee debería estar en su cueva. ¿Quién debería saberlo mejor que tú? Su padre y sus hermanos fueron enviados a vigilar a los kor-ul-lul; pero ninguna de estas preguntas despierta agitación en nuestro pecho. Hay una que lo hace: ¿Puede Om-at ser jefe de los kor-ul-ja y no obstante permanecer acorralado contra su propia gente con un ho-don y ese hombre terrible que está a su lado, ese hombre terrible que no tiene cola? Entrega a los extranjeros a tu pueblo para que los mate según la costumbre de los waz-don y entonces Om-at será *gund*.

Ni Tarzán ni Ta-den hablaron entonces; se quedaron observando a Om-at y aguardando su decisión, el esbozo de una sonrisa en los labios del hombre-mono. Ta-den, al menos, sabía que el viejo guerrero decía la

verdad: los waz-don no agasajan a los extranjeros y no toman prisioneros de una raza extraña.

Entonces habló Om-at:

—Siempre hay cambios —dijo—. Incluso las viejas colinas de Pal-uldon nunca parecen iguales: el sol brillante, una nube que pasa, la luna, la niebla, las estaciones cambiantes, la fuerte claridad que sigue a una tormenta; estas cosas producen un nuevo cambio en nuestras colinas. Desde el nacimiento hasta la muerte, día tras día, se produce un cambio constante en nosotros. Cambiar, por tanto, es una de las leyes de Jad-ben-Otho.

»Y ahora yo, Om-at, vuestro *gund*, traigo otro cambio. ¡Los extranjeros que sean hombres valientes y buenos amigos ya no serán asesinados por los waz-don de kor-ul-ja!

Hubo murmullos y gruñidos y un movimiento de inquietud entre los guerreros, que se miraron unos a otros para ver quién tomaría la iniciativa contra Om-at, el iconoclasta.

—Dejad de murmurar —advirtió el nuevo *gund*—. Soy vuestro jefe. Mi palabra es vuestra ley. No habéis participado en mi designación como jefe. Algunos de vosotros ayudasteis a Es-sat a echarme de la cueva de mis antepasados; el resto lo permitisteis. No os debo nada. Sólo estos dos, a quienes queréis que mate, me han sido fieles. Soy *gund*, y si alguno lo duda que hable… no puede morir más joven.

Tarzán estaba complacido. Aquel hombre seguía los dictados de su corazón. Admiraba la audacia del desafío de Om-at y era suficientemente buen juez de los hombres para saber que no había escuchado una bravuconada inútil; Om-at apoyaría sus palabras hasta la muerte, si era necesario, y había muchas probabilidades de que no fuera él quien muriera. Evidentemente, la mayoría de miembros de la tribu kor-ul-ja acariciaban la misma convicción.

—Seré un buen *gund* para vosotros —dijo Om-at, al ver que nadie parecía inclinado a discutirle sus derechos—. Vuestras esposas e hijas estarán a salvo; no lo estaban cuando Es-sat gobernaba. Id ahora a vuestras cosechas y a vuestra caza. Yo parto en busca de Pan-at-lee. Ab-on será *gund* mientras yo esté fuera; buscadle a él para que os guíe y a mí para informarme cuando regrese, y que Jad-ben-Otho os sonría.

Se volvió a Tarzán y al ho-don.

Y vosotros, amigos míos —dijo—, sois libres de andar entre mi gente; la cueva de mis antepasados es vuestra, haced lo que queráis.

Yo —dijo Tarzán— iré con Om-at en busca de Pan-at-lee.

—Y yo —añadió Ta-den.

Om-at sonrió.

—¡Bien! —exclamó—. Y cuando la hayamos encontrado iremos juntos a resolver el asunto de Tarzán y el de Ta-den. ¿Dónde buscamos primero? —Se volvió hacia sus guerreros—. ¿Quién sabe dónde puede estar?

Sólo se sabía que Pan-at-lee había ido a su cueva con los otros la noche anterior; eso no era ninguna pista, no sugería nada en cuanto a su paradero.

—Muéstrame dónde duerme —dijo Tarzán—, déjame ver algo que le pertenezca, un objeto suyo, y luego, sin duda, podré ayudarte.

Dos jóvenes guerreros ascendieron para acercarse a la meseta donde se hallaba Om-at. Eran In-sad y O-dan. Este último fue el que habló.

—*Gund* de los kor-ul-ja —dijo—, nosotros iremos contigo a buscar a Pan-at-lee.

Era el primer reconocimiento de la autoridad de Om-at e inmediatamente después la tensión que había existido pareció aliviarse; los guerreros hablaban en voz alta y no en susurros, y en las bocas de las cuevas aparecieron las mujeres como después de una tormenta. In-sad y O-dan habían tomado la iniciativa y ahora todos parecían alegrarse de seguirles. Algunos se acercaron para hablar con Om-at y para ver más de cerca a Tarzán; otros, jefes de cuevas, reunieron a sus cazadores y discutieron los asuntos del día. Las mujeres y los niños se prepararon para bajar a los campos con los jóvenes y los ancianos, cuya obligación era protegerlos.

—O-dan e In-sad irán con nosotros —anunció Om-at—, no necesitaremos más. Tarzán, ven conmigo y te mostraré dónde duerme Pan-at-lee, aunque para qué deseas verlo no puedo adivinarlo… ella no está. Yo mismo lo he mirado.

Los dos entraron en la cueva donde Om-at guió a Tarzán hasta el apartamento en el que Es-sat había sorprendido a Pan-at-lee la noche anterior.

—Todo lo de aquí es suyo —declaró Om-at, excepto el garrote de guerra que está en el suelo… que era de Es-sat.

El hombre-mono se movió en silencio en la estancia, el temblor de las sensibles ventanas de su nariz apenas visible para su compañero, quien sólo se preguntaba con qué fin se encontraban allí y se impacientaba por el retraso.

—¡Vamos! —dijo el hombre-mono, y guió la marcha hacia el descansillo exterior.

Aquí les esperaban tres de sus compañeros. Tarzán pasó a la izquierda del hueco y examinó las clavijas que se hallaban al alcance de la mano. Las miró pero no eran sus ojos lo que las examinaba. Más poderoso que su aguzada vista, era aquel sentido del olfato maravillosamente entrenado que se le había desarrollado durante la infancia, bajo la tutoría de su madrastra, Kala, la simia, y que posteriormente había perfeccionado en las sombrías junglas aquel maestro supremo: el instinto de autoconservación.

Desde la izquierda del hueco se volvió a la derecha. Om-at empezaba a impacientarse.

Marchémonos —dijo—. Debemos buscar a Pan-at-lee, si queremos encontrarla.

—¿Dónde buscaremos? —preguntó Tarzán. Om-at se rascó la cabeza.

—¿Dónde? —repitió—. Por todo Pal-ul-don, si es necesario.

—Una tarea enorme —dijo Tarzán—. Vamos —añadió—, se ha ido por aquí —y señaló las clavijas que conducían hacia la cima del risco. Siguió el rastro fácilmente, ya que no había pasado nadie por allí desde que Pan-at-lee huyó. En el punto en el que había dejado las clavijas permanentes y recurrido a las que llevaba consigo Tarzán se detuvo en seco—. Ha ido por aquí hasta la cima —gritó a Om-at, que estaba detrás de él—, pero aquí no hay clavijas.

—No sé cómo sabes que se fue por aquí —dijo Om-at—, pero iré a buscar clavijas. In-sad, vuelve y trae clavijas para cinco.

El joven guerrero pronto estuvo de vuelta y las clavijas fueron repartidas. Om-at entregó cinco a Tarzán y le explicó cómo utilizarlas. El hombre-mono le devolvió una.

—Sólo necesito cuatro —dijo.

—Om-at sonrió.

—Qué maravillosa criatura serías si no estuvieras deformado —dijo, mirando con orgullo su propia cola.

—Admito que estoy tullido —repuso Tarzán—. Vosotros id delante y dejad las clavijas en su sitio para mí. Tengo miedo de ir demasiado despacio porque no puedo sujetar las clavijas con los dedos de los pies como vosotros.

—De acuerdo —accedió Om-at—; Ta-den, In-sad y yo iremos primero, tú ve después y O-dan irá el último y recogerá las clavijas… no podemos

dejarlas para nuestros enemigos.

—¿No pueden traerse las suyas? —preguntó Tarzán.

—Sí, pero eso les retrasa y facilita nuestra defensa y… ellos no saben qué agujeros son lo bastante profundos para las clavijas, los otros están hechos para confundir a nuestros enemigos y son demasiado poco profundos para sujetar las clavijas.

En lo alto del risco, junto al árbol retorcido, Tarzán recuperó el rastro. Aquí el olor era tan fuerte como en las clavijas y el hombre-mono cruzó rápidamente la cadena montañosa en dirección al Kor-ul-lul.

Entonces se detuvo y se volvió hacia Om-at.

—Aquí se ha movido muy deprisa, ha corrido a toda velocidad y, Om-at, la perseguía un león.

—¿Puedes ver eso en la hierba? —preguntó O-dan mientras los otros se reunían en torno al hombre-mono.

Tarzán hizo un gesto de asentimiento.

—No creo que el león la atrapara —añadió—, pero eso lo sabremos enseguida. No, no la atrapó… ¡mirad! —y señaló hacia el sudoeste.

Siguiendo la dirección que indicaba su dedo índice los otros descubrieron entonces un movimiento en unos arbustos a unos doscientos metros de distancia.

—¿Qué es? —preguntó Om-at—. ¿Está allí? —Y echó a andar hacia el lugar.

—Espera —advirtió Tarzán—. Es el león que la perseguía.

—¿Puedes verlo? —preguntó Ta-den.

—No, puedo olerlo.

Los otros le miraron con asombro e incredulidad; pero del hecho de que en verdad era un león no les quedaba ni una sombra de duda. Entonces los arbustos se apartaron y la criatura apareció a plena vista, frente a ellos. Era una bestia magnífica, grande y de hermosa cabellera, con las brillantes manchas aleopardadas de los de su especie bien marcadas y simétricas. Por un momento les miró y luego, irritado aún por la pérdida de su presa aquella misma mañana, atacó.

Los pal-ul-donianos sacaron sus garrotes y aguardaron de pie el ataque de la bestia. Tarzán de los Monos sacó su cuchillo de caza y se agazapó en el camino de la furia con colmillos. Estaba casi sobre él cuando giró a la derecha y saltó hacia Om-at, sólo para ser enviado a tierra con un golpe en la cabeza que le hizo tambalearse. Casi al instante se puso en pie y, aunque

los hombres se precipitaron temerariamente hacia él, el animal logró esquivar sus armas con sus poderosas garras. Un único golpe arrancó el garrote de O-dan de su mano y lo arrojó contra Ta-den, derribándole. Aprovechando su oportunidad el león se levantó y se lanzó sobre O-dan, y en el mismo instante Tarzán se arrojó sobre su lomo. Unos dientes blancos y fuertes se hundieron en el cuello con manchas, unos poderosos brazos rodearon la salvaje garganta y las nervudas piernas del hombre-mono se cerraron en torno al flaco vientre.

Los otros, que no podían hacer nada para ayudarle, contuvieron la respiración mientras el gran león arremetía a un lado y a otro, intentando en vano arañar y morder a la criatura salvaje que se le había pegado encima. Una y otra vez rodaron y ahora los espectadores vieron que una mano de color tostado se elevaba por encima del costado del león, una mano de color tostado que asía un afilado cuchillo. La vieron caer una y otra vez con fuerza terrorífica y, como consecuencia, vieron un reguero carmesí que resbalaba por el magnífico pelaje del *ja*.

Ahora de la garganta del león surgían gritos horripilantes de odio, rabia y dolor mientras redoblaba sus esfuerzos para sacarse de encima y castigar a su atormentador; pero siempre la despeinada cabeza negra permanecía medio enterrada en la cabellera marrón oscuro, y el fuerte brazo se levantaba y caía para hundir el cuchillo de nuevo en la bestia moribunda.

Los pal-ul-donianos permanecían de pie mudos de asombro y admiración. Eran hombres valientes y cazadores imponentes y, como tales, los primeros en rendir honores a alguien más poderoso.

—¡Y vosotros queríais matarle! —gritó Om-at, mirando a In-sad y a O-dan.

—Jad-ben-Otho te recompensará por no haberlo hecho —declaró In-sad.

Y ahora el león se abalanzó de pronto al suelo, y tras unos temblores espasmódicos, se quedó inerte. El hombre-mono se puso en pie y se sacudió, igual que habría hecho ja, el león con piel de leopardo de Pal-ul-don, de haber sido él el superviviente.

O-dan se adelantó rápidamente hacia Tarzán. Se llevó una mano al pecho y la otra la puso sobre el de Tarzán.

Tarzán el Terrible —dijo—, no pido mayor honor que tu amistad.

—Y yo no más que la amistad de los amigos de Om-at —respondió simplemente el hombre-mono, devolviéndole el saludo.

—¿Crees —preguntó Om-at, acercándose a Tarzán y colocando una mano en el hombro del otro— que la alcanzó?

—No, amigo mío; ese león que nos ha atacado tenía hambre.

—Pareces entender mucho de leones —observó In-sad.

—No conocería mejor a un hermano si lo tuviera —dijo Tarzán.

—Entonces, ¿dónde puede encontrarse? —prosiguió Om-at.

—Lo único que podemos hacer es seguir mientras el rastro sea fresco —respondió el hombre-mono, y reanudando su tarea de seguir el rastro les guió por la colina, y un recodo del sendero a la izquierda les llevó al borde del acantilado que caía al Kor-ul-lul. Por unos instantes Tarzán examinó el terreno a izquierda y derecha; luego se quedó erguido y mirando a Om-at señaló hacia la garganta.

Por un momento el waz-don contempló la verde hendedura en cuya parte inferior había un tumultuoso río que descendía por su rocoso lecho; luego cerró los ojos como si sintiera un repentino espasmo de dolor y se volvió.

—¿Quieres decir… que saltó? —preguntó.

—Para escapar del león —respondió Tarzán—. Lo tenía detrás…, mira, aquí están las señales que dejaron en el terreno sus cuatro patas cuando frenó su ataque en el borde mismo del barranco.

—¿Hay alguna probabilidad…? —empezó a preguntar Om-at, pero un gesto de advertencia de Tarzán le hizo interrumpirse.

—¡Abajo! —susurró el hombre-mono—, vienen muchos hombres. Están corriendo… desde abajo.

Pegó el estómago al suelo y los otros siguieron su ejemplo.

Aguardaron unos minutos y luego también los otros oyeron el ruido de pies que corrían, y después un ronco grito seguido de muchos más.

—Es el grito de guerra de los kor-ul-lul —susurró Om-at—, el grito de guerra de hombres que cazan hombres. Después los veremos y, si Jad-ben-Otho está satisfecho con nosotros, no serán muchos más que nosotros.

—Son muchos —dijo Tarzán—, cuarenta o cincuenta, diría yo; pero cuántos son perseguidos y cuántos los perseguidores no podemos ni adivinarlo, salvo que estos últimos deben de ser muchísimos más que los primeros, de lo contrario éstos no correrían tan deprisa.

—Ahí están —dijo Ta-den.

—Es An-un, padre de Pan-at-lee, y sus dos hijos —exclamó O-dan—. Pasarán sin vernos si no nos apresuramos —añadió mirando a Om-at, el

jefe, en busca de una señal.

—¡Vamos! —gritó este último, poniéndose en pie de un brinco y corriendo a interceptar a los tres fugitivos. Los otros le siguieron.

—¡Cinco amigos! —gritó Om-at cuando An-un y sus hijos les descubrieron.

—*¡Adenen yo!* —gritaron como un eco O-dan e In-sad.

Los fugitivos apenas se detuvieron cuando estos refuerzos inesperados se unieron a ellos, pero miraron a Ta-den y a Tarzán con perplejidad.

—Los kor-ul-lul son muchos —gritó An-un—. Deberíamos pararnos y pelear, pero antes hemos de avisar a Es-sat y a nuestra gente.

—Sí —dijo Om-at—, hemos de avisar a nuestra gente.

—Es-sat está muerto —informó In-sad.

—¿Quién es el jefe? —preguntó uno de los hijos de An-un.

—Om-at —respondió O-dan.

—Está bien —gritó An-un—. Pan-at-lee dijo que regresaría y mataría a Es-sat.

Ahora el enemigo apareció a la vista detrás de ellos.

—¡Vamos! —gritó Tarzán—, turnémonos y ataquémosles, lanzando un grito terrible. Sólo perseguían a tres y cuando vean a ocho atacándoles creerán que han venido muchos hombres a pelear. Creerán que somos más de los que ven, y entonces uno que sea ágil tendrá tiempo de llegar a la garganta y avisar a vuestra gente.

—Está bien —dijo Om-at—. Id-an, tú eres rápido… ve a informar a los guerreros de kor-ul-ja de que estamos luchando con los kor-ul-lul en la colina y de que Ab-on enviará un centenar de hombres.

Id-an, el hijo de An-un, corrió veloz hacia las moradas de los kor-ul-ja mientras los otros atacaban a los kor-ul-lu; los gritos de guerra de las dos tribus subían y bajaban con cierta armonía siniestra. Los líderes de los kor-ul-lul se detuvieron al ver los refuerzos, esperando al parecer a que los de atrás los alcanzaran y, posiblemente, también para conocer la magnitud de la fuerza que les atacaba. Los líderes, corredores más veloces que sus compañeros, quizás, iban mucho más avanzados, mientras el resto de sus hombres aún no habían salido de los arbustos; y ahora, cuando Om-at y sus compañeros cayeron sobre ellos con una ferocidad surgida de la necesidad, se echaron atrás, de modo que cuando sus compañeros aparecieron al fin a la vista dieron la impresión de estar en completa derrota. La consecuencia natural fue que los otros dieron media vuelta y huyeron.

Alentados por su primer éxito, Om-at les siguió hacia los arbustos, mientras su pequeña compañía atacaba valientemente a su lado, y fuertes y aterradores eran los gritos salvajes con que perseguían al enemigo fugitivo. Los arbustos, aunque no eran tan densos como para impedir el avance, eran de tal altura que ocultaban a los miembros del grupo cuando se separaban unos metros. El resultado fue que Tarzán, siempre veloz y listo para la batalla, pronto estuvo persiguiendo al enemigo mucho más adelantado que los demás, una falta de prudencia que iba a ser su perdición.

Los guerreros de Kor-ul-lul, indudablemente tan valerosos como sus enemigos, se retiraron sólo a una posición más estratégica en los arbustos y no tardaron mucho en adivinar que el número de sus Perseguidores era inferior al suyo. Se detuvieron donde los arbustos eran más densos… formando una emboscada, y a ella corrió Tarzán de los Monos. Le engañaron limpiamente. Sí, triste es decirlo, pero engañaron al astuto señor de la jungla. Pero luchaban en su terreno, cada paso del cual conocían como usted o yo el salón de nuestra casa, y estaban siguiendo su táctica, de la cual Tarzán no sabía nada.

Un solo guerrero negro apareció rezagado en la retaguardia del enemigo en retirada, y retirándose así tentó a Tarzán a seguir adelante. Al fin se volvió e hizo frente al hombre-mono con una porra y un cuchillo y, cuando Tarzán le atacaba, una veintena de fornidos waz-don saltaron de los arbustos de alrededor. Al instante, pero demasiado tarde, el gigantesco tarmangani se dio cuenta del peligro que corría. Destelló ante él una visión de su compañera perdida y una gran pena le invadió al comprender que, si aún vivía, ya no podía tener esperanzas, pues aunque nunca conociera el fallecimiento de su señor, este hecho inevitablemente sellaría su condena.

Y como consecuencia de este pensamiento se apoderó de él un ciego frenesí de odio hacia esas criaturas que se atrevían a impedir su propósito y a amenazar el bienestar de su esposa. Lanzando un gruñido salvaje se arrojó sobre el guerrero que tenía ante él y le retorció la muñeca hasta que el garrote cayó de la mano de la criatura como si se tratara de un niño pequeño, y con el puño izquierdo, reforzado por el peso y vigor de su gigantesco cuerpo, asestó un contundente golpe al centro de la cara del waz-don, un golpe que le aplastó los huesos e hizo caer al tipo al suelo. Luego se volvió a los otros y empezó a lanzar potentes golpes a diestra y siniestra con el garrote de su camarada caído, golpes despiadados que les arrebataban las armas hasta que la que blandía el hombre-mono quedó

destrozada. Caían a ambos lados de su garrote; tan rápidos eran sus golpes, tan felina fue su recuperación que en los primeros instantes de la batalla parecía invulnerable al ataque; pero eso no podía durar, pues eran veinte contra uno. La perdición le vino de un palo que le arrojaron que le golpeó en la parte posterior de la cabeza. Por un momento se tambaleó y luego se desplomó al suelo como un gran pino bajo el hacha de un leñador.

Otros kor-ul-lul se habían precipitado a unirse al resto del grupo de Om-at. Se les oía pelear a corta distancia y era evidente que los kor-ul-ja iban cayendo poco a poco y, mientras caían, Om-at llamó al que faltaba:

—¡Tarzán *el Terrible!* ¡Tarzán *el Terrible!*

—Jad-guru, en verdad —repitió uno de los kor-ul-lul levantándose de donde Tarzán le había dejado caer—. ¡Tarzán-jad-guru! Era peor que eso.

CAPÍTULO V

EN EL KOR-UL-GRYF

CUANDO Tarzán cayó entre sus enemigos, un hombre se detuvo a muchos kilómetros de distancia en la orilla del pantano que rodea Pal-uldon. Iba desnudo salvo por un taparrabo y tres cinturones de cartuchos, dos de los cuales le pasaban por encima de los hombros, cruzándole el pecho y la espalda, mientras el tercero le rodeaba la cintura. Suspendido a la espalda por su correa de cuero llevaba un Enfield, y también un largo cuchillo, un arco y un carcaj con flechas. Había venido de lejos, a través de tierras agrestes y salvajes, amenazado por fieras bestias y hombres más fieros, aunque intacta hasta el último cartucho estaba la munición que llenaba sus cinturones el día que partió.

El arco y las flechas y el largo cuchillo le habían llevado hasta allí sin sufrir daño alguno, aunque afrontando a menudo grandes riesgos que habrían podido ser reducidos al mínimo con un único disparo del rifle bien conservado que llevaba a la espalda. ¿Con qué fin conservaba esta preciosa munición? ¿Con qué fin arriesgaba su vida para llevar hasta el último misil a su meta desconocida? Porque ¿para quién se reservaban esos mortíferos pedazos de metal? En todo el mundo sólo él lo sabía.

Cuando Pan-at-lee saltó por el borde del risco sobre el Kor-ul-lul esperaba ser arrojada a la muerte instantánea contra las rocas de abajo; pero lo prefería a los colmillos desgarradores deja. La suerte decidió que ella se zambullera en un punto en que el río que descendía torcía cerca del voladizo del risco para arremolinarse en un lento momento en una profunda charca, antes de hundirse de nuevo estrepitosamente en una catarata de espuma burbujeante y agua que atronaba contra las rocas.

La joven cayó a esta helada charca, y se fue sumergiendo bajo la superficie hasta que, medio asfixiada, aunque peleando con bravura, logró abrirse paso de nuevo hasta el aire. Nadando con fuerza llegó a la otra orilla

y allí se arrastró hasta la orilla donde yació, jadeante y agotada, hasta que el inminente amanecer le aconsejó que buscara refugio donde ocultarse, pues se hallaba en la región de los enemigos de su pueblo.

Se puso en pie y fue a ocultarse entre la vegetación que crece de forma desordenada en los *kors*[1] bien regados de Pal-ul-don.

Escondida entre espesura de la vista de cualquiera que por casualidad pasara por el sendero trillado que bordeaba el río, Pan-at-lee buscó descanso y comida; esta última crecía en abundancia alrededor de ella en forma de frutas, bayas y suculentos tubérculos que ella sacaba de la tierra con el cuchillo del difunto Es-sat.

¡Ah! Si hubiera sabido que éste había muerto. Cuántas pruebas, riesgos y terrores habría podido ahorrarse; pero creía que él aún vivía, y por tanto no se atrevía a regresar a Kor-ul-ja. Al menos no mientras estuviera aún encolerizado. Más adelante, tal vez, su padre y hermanos regresarían a su cueva y ella podría arriesgarse a ir; pero ahora no, ahora no. Tampoco podía quedarse mucho tiempo en las proximidades de los hostiles kor-ul-lul, y en alguna parte debía encontrar protección contra las bestias antes de que cayera la noche.

Sentada en el tronco de un árbol caído buscando alguna solución al problema con que se enfrentaba, llegaron a sus oídos, procedentes de la garganta, las voces de unos hombres que gritaban, un sonido que reconocía demasiado bien. Era el grito de guerra de los kor-ul-lul. Cada vez se hallaban más cerca de su escondrijo. Luego, a través del follaje, vislumbró tres figuras que pasaron veloces por el sendero, y detrás de ellos los gritos de los perseguidores cada vez más fuertes a medida que se acercaban a ella. De nuevo vislumbró a los fugitivos cruzando el río debajo de la catarata y de nuevo se perdieron de vista. Entonces vio a los perseguidores; vociferantes guerreros kor-ul-lul, fieros e implacables. Cuarenta, quizá cincuenta. Ella esperó sin aliento; pero ellos no se desviaron del camino y pasaron de largo, sin sospechar que había un enemigo a pocos metros.

Una vez más, la joven vislumbró a los perseguidos, tres guerreros waz-don que trepaban por la cara del risco en un punto donde habían caído partes de la cima y ofrecía una fuerte pendiente que podía ser ascendida por sujetos como éstos. De pronto su atención quedó clavada en los tres. ¿Podía ser? ¡Oh Jad-ben-Otho, si lo hubiera sabido un momento antes! Cuando pasaron por delante podría haberse unido a ellos, pues eran su padre y sus dos hermanos. Ahora era demasiado tarde. Conteniendo el aliento y con los

músculos tensos contempló la carrera. ¿Llegarían a la cima? ¿Les alcanzarían los kor-ul-lul? Eran buenos escaladores, pero, oh, muy lentos. ¡Ahora uno perdió pie en la roca suelta y resbaló hacia atrás! Los kor-ul-lul ascendían; uno lanzó su garrote al fugitivo que tenía más cerca. El Gran Dios estaba complacido con el hermano de Pan-at-lee, pues hizo que el palo no alcanzara el blanco y al caer, rodando y rebotando, cayera de nuevo sobre su portador haciéndole resbalar y precipitarse al fondo de la garganta.

Ahora Pan-at-lee se puso de pie, las manos apretadas a su peto dorado, y observaba la carrera por la vida. Su hermano mayor llegó a la cima y, aferrándose allí a algo que ella no veía, bajó su cuerpo y su cola hacia el padre que venía tras él. Este último se agarró, extendió su cola hacia el hijo que venía detrás —el que había resbalado— y así, con una escalera viviente formada por ellos mismos, los tres llegaron a la cima y desaparecieron de la vista antes de que los kor-ul-lul les alcanzaran. Pero estos últimos no abandonaron la persecución. Prosiguieron hasta que también ellos desaparecieron de la vista y sólo unas débiles voces llegaban a Pan-at-lee para indicarle que la persecución continuaba.

La muchacha sabía que debía avanzar. En cualquier momento podría llegar un grupo de caza, peinando la garganta para que los animales más pequeños se alimentaran o descansaran.

Detrás tenía a Es-sat y al grupo de kor-ul-lul que había perseguido a sus parientes; ante ella, al otro lado de la siguiente colina, se hallaba el Kor-ul-gryf, la guarida de los terribles monstruos que hacían estremecer de miedo a todos los habitantes de Pal-ul-don; abajo, en el valle, se hallaba la región de los ho-don, donde sólo encontraría la esclavitud o la muerte; ahí estaban los kor-ul-lul, los antiguos enemigos de su pueblo, y en todas partes las bestias salvajes que se alimentan de carne humana.

Por unos momentos dudó; luego volvió el rostro hacia el sudeste y emprendió camino a través de la garganta de agua hacia el Kor-ul-gryf, al menos allí no habría hombres. Como ocurre ahora, igual era al principio, remontándonos al progenitor primitivo del hombre tipificado por Pan-at-lee y las de su especie en la actualidad, de todos los cazadores a los que la mujer teme el hombre es el más implacable, el más terrible. Prefería los peligros del *gryf* a los que encarnaba el hombre.

Moviéndose con cautela llegó al pie del risco del lado más alejado del Kor-ul-lul y allí, hacia mediodía, encontró la ascensión comparativamente fácil. Tras cruzar la colina se halló por fin en el borde del Kor-ul-gryf, un

lugar horrible en la tradición de su raza. Abajo, la vegetación crecía húmeda y misteriosa; árboles gigantescos agitaban sus copas empenachadas casi al mismo nivel que la cima del risco; y en todo el paisaje reinaba un silencio absoluto.

Pan-at-lee se tumbó de bruces y estirándose hacia el borde examinó la cara del risco que se extendía bajo ella. Vio cuevas y las clavijas de piedra que los antiguos habían tallado laboriosamente a mano. Había oído hablar de ello en los cuentos narrados a la luz del fuego en su infancia, de cómo los *gryfs* vinieron de los pantanos del otro lado de las montañas y de cómo la gente huyó después de que muchos fueran capturados y devorados por las espantosas criaturas, dejando sus cuevas deshabitadas durante un tiempo incalculable. Algunos decían que Jad-ben-Otho, que había vivido desde siempre, aún era un niño pequeño. Pan-at-lee se estremeció, pero había cuevas y en ellas estaría a salvo incluso de los *gryfs*.

Encontró un lugar donde las clavijas de piedra llegaban hasta la cima misma del risco, dejadas allí en el éxodo final de la tribu, cuando ya no había necesidad de salvaguardar las cuevas desiertas contra la invasión. Pan-at-lee descendió lentamente hacia la cueva situada más arriba. Halló la meseta delante del umbral casi idéntica a las de su tribu. El suelo, sin embargo, estaba lleno de ramitas, antiguos nidos y excrementos de pájaros, hasta casi tapar la abertura. Se encaminó hacia otro hueco y otro más, pero todos tenían una acumulación de porquería similar. Evidentemente, no era necesario buscar más; parecía lo bastante grande y cómodo. Ella se puso a trabajar con su cuchillo para sacar los escombros mediante el simple método de empujarlo hacia el borde, y sus ojos no dejaban de volverse hacia la silenciosa garganta donde acechaban las temibles criaturas de Pal-ul-don. Pero había otros ojos. Ojos que ella no veía pero que la veían a ella y observaban cada uno de sus movimientos; unos ojos fieros, ojos golosos, astutos y crueles. Mientras la observaban, una roja lengua relamía unos labios carnosos y colgantes. La observaban, y un cerebro medio humano desarrolló laboriosamente un tosco plan.

Igual que en su propio Kor-ul-ja, los manantiales naturales que había en el risco fueron realizados por los constructores de las cuevas con el fin de que el agua pura discurriera ahora, como había hecho durante siglos, dentro de unos límites de fácil acceso a la entrada de las cuevas. La única dificultad residiría en conseguir comida, y para eso debía arriesgarse al menos una vez cada dos días, pues estaba segura de que encontraría frutos

y tubérculos y quizá pequeños animales, aves y huevos cerca del pie del risco. Así podría vivir allí por un período indefinido. Ahora experimentaba cierta sensación de seguridad debida sin duda alguna por lo inexpugnable de su santuario, que sabía la protegía de todas las bestias más peligrosas, y entre éstas también los hombres, ya que se hallaba en el Kor-ul-gryf, del que ellos habían abjurado.

Decidió inspeccionar el interior de su nuevo hogar. El sol aún se hallaba en el oeste e iluminaba el interior del primer aposento. Era similar a los que ella conocía (en las pinturas de las paredes aparecían las mismas bestias y hombres), pues era evidente que la raza waz-don había evolucionado poco durante las generaciones que habían vivido desde que los hombres abandonaran el Kor-ul-gryf. Por supuesto Pan-at-lee no pensaba en estas cosas, pues la evolución y el progreso no existían para ella ni los de su especie. Las cosas eran como siempre habían sido y serían.

Que estas extrañas criaturas han existido así durante incalculables siglos apenas puede dudarse, tan notables son las indicaciones de antigüedad que aparecen en sus moradas: profundos ceños exhibidos por pies desnudos en la roca viva; el hueco de la jamba de una puerta de piedra que muchos brazos han tocado al pasar; los interminables relieves tallados que cubren, a menudo, la cara completa de un gran risco y todas las paredes y techos de toda cueva, y cada relieve hecho por una mano diferente, pues cada una es el escudo de armas, por así decirlo, del macho adulto que lo trazó.

Pan-at-lee encontró esta antigua cueva hogareña y familiar. Había menos basura dentro de la que había encontrado fuera y lo que allí había era sobre todo una acumulación de polvo. Junto al umbral estaba el hueco en el que se guardaba la madera, pero ahora no quedaba más que simple polvo. Sin embargo, ella había guardado un montoncito de pequeñas ramas de los desperdicios del porche. En poco tiempo hizo una luz encendiendo un haz de ramitas, y encendiendo otras de este fuego exploró algo de las habitaciones interiores. Tampoco aquí encontró nada que le resultara nuevo o extraño ni ninguna reliquia de los antiguos propietarios, aparte de algunos platos de piedra rotos. Buscaba algo blando sobre lo que dormir, pero estaba condenada a la decepción, ya que los antiguos propietarios tuvieron tiempo antes de partir y se llevaron consigo todas sus pertenencias. Abajo, en la garganta, había hojas y hierbas y fragantes ramas, pero Pan-at-lee no se sentía con ánimos de descender a aquel horrible abismo para

gratificación de un poco de comodidad; sólo la necesidad de comida la empujaría a ir hasta allí.

Así pues, mientras se extendían las sombras y se acercaba la noche, se dispuso a prepararse un lecho lo más cómodo posible recogiendo en un montoncito el polvo de siglos y repartiéndolo entre su blando cuerpo y el duro suelo; como mucho, sólo era mejor que nada. Pero Pan-at-lee estaba muy cansada. Hacía dos noches que no dormía y en el intervalo había experimentado muchos peligros y penalidades. Qué maravilla entonces que, pese al duro lecho, se quedara dormida casi de inmediato en cuanto se tumbó a descansar.

Durmió y la luna se elevó, arrojando su luz plateada a la blanca cara del risco y reduciendo la lobreguez del oscuro bosque y la espantosa garganta. A lo lejos rugió un león. Hubo un largo silencio. Se oyó un profundo rugido procedente de la parte alta de la garganta. Hubo un movimiento en los árboles al pie del risco. De nuevo el rugido, bajo y siniestro. Fue respondido desde la parte baja de la aldea desierta. Algo cayó del follaje de un árbol directamente bajo la cueva en la que dormía Pan-at-lee; aterrizó en el suelo entre las densas sombras. Se movió con cautela. Avanzó hacia el pie del risco, cobrando forma a la luz de la luna. Se movía como la criatura de una pesadilla: despacio, pesadamente. Podía ser un perezoso enorme; podía ser un hombre, con tan grotesco pincel pinta la luna, maestra cubista.

Lentamente subió por la cara del risco; se movía como un gran gusano; pero ahora el pincel-luna volvió a rozarle y tenía manos y pies, con ellos se aferraba a las clavijas de piedra y ascendía laboriosamente hacia la cueva donde dormía Pan-at-lee. De la parte inferior de la garganta volvió a brotar el rugido, que fue respondido desde más arriba de la aldea.

Tarzán de los Monos abrió los ojos. Tuvo conciencia de un dolor en la cabeza y al principio eso fue todo. Un momento más tarde su percepción que despertaba enfocó unas grotescas sombras, que subían y bajaban. Entonces vio que se encontraba en una cueva. Una docena de guerreros waz-don estaban en cuclillas, hablando. Un tosco fanal de piedra que contenía aceite ardiendo iluminaba el interior, y al subir y bajar la llama las sombras exageradas de los guerreros danzaban en las paredes tras ellos.

—Te lo hemos traído vivo, *Gund* —oyó que decía uno de ellos—, porque nunca antes se ha visto un ho-don como él. No tiene cola, nació sin ella, pues no tiene ninguna cicatriz que indique dónde se la cortaron. Los

pulgares de las manos y los pies son diferentes a los de las razas de Pal-uldon. Es más fuerte que muchos hombres juntos y ataca con la temeridad del ja. Lo hemos traído vivo para que lo vieras antes de que lo matemos.

El jefe se puso en pie y se acercó al hombre-mono, que cerró los ojos y se fingió inconsciente. Sintió unas manos peludas sobre él que le dieron la vuelta, no con demasiada amabilidad. El *gund* le examinó de la cabeza a los pies, haciendo comentarios, en especial sobre la forma y tamaño de sus pulgares y dedos de los pies.

—Con esto y sin cola —dijo—, no puede trepar.

—No —coincidió uno de los guerreros—. Seguramente se caería incluso de las clavijas del risco.

—Nunca he visto nada igual —dijo el jefe—. No es waz-don ni ho-don. Me pregunto de dónde viene y cómo se llama.

—Los kor-ul-ja gritaban: «¡Tarzán-jad-guru!» y nos ha parecido que llamaban a éste —informó un guerrero—. ¿Lo matamos ya?

—No —respondió el jefe—, esperaremos a que la vida vuelva a su cabeza para interrogarlo. Quédate aquí, In-tan, y vigílale. Cuando pueda volver a oír y hablar, llámame.

Se volvió y salió de la cueva, seguido de los demás salvo In-tan. Cuando pasaron por su lado y salieron de la cámara, Tarzán captó fragmentos de su conversación que indicaban que los refuerzos de los kor-ul-ja habían caído sobre su pequeño grupo en gran número y lo habían hecho huir. Evidentemente, los ágiles pies de Id-an habían salvado el día para los guerreros de Om-at. El hombre-mono sonrió, entonces abrió un poco un ojo y lo posó en In-tan. El guerrero se hallaba de pie en la entrada de la cueva mirando afuera, de espaldas a su prisionero. Tarzán probó las ataduras que le sujetaban las muñecas. No parecían demasiado fuertes y ¡le habían atado las manos delante! Eso probaba que los waz-don tomaban pocos prisioneros, o ninguno.

Tarzán alzó con cautela las muñecas para examinar las correas que las mantenían atadas. Una sonrisa irónica iluminó sus facciones. Al instante puso manos a la obra en las ataduras con su fuerte dentadura, pero con un ojo alerta sobre In-tan, el guerrero de los kor-ul-lul. El último nudo se había aflojado y las manos de Tarzán estaban libres cuando In-tan se volvió para echar una mirada a su prisionero. Vio que la posición de éste había cambiado; ya no yacía de espaldas como le habían dejado sino de costado y con las manos contra la cara. In-tan se acercó y se inclinó sobre él. Las

ataduras parecían muy flojas en las muñecas del prisionero. Extendió la mano para examinarlas con los dedos, y al instante las dos manos se soltaron de sus ligaduras, una para cogerle la muñeca, la otra la garganta. Tan inesperado fue el ataque que In-tan ni siquiera tuvo tiempo de gritar antes de que unos dedos de acero le silenciaran. La criatura le empujó de pronto hacia adelante, de forma que perdió el equilibrio, rodó por encima del prisionero y cayó al suelo; y cuando se paró tenía a Tarzán sobre el pecho. In-tan forcejeó para liberarse; forcejeó para sacar el cuchillo; pero Tarzán lo encontró antes. La cola del waz-don saltó a la garganta del otro, rodeándola; también él podía ahogarse; pero su propio cuchillo, en manos de su oponente, cortó el amado miembro casi de raíz.

Los forcejeos del waz-don se hicieron más débiles; una película le enturbiaba la visión. Sabía que estaba muriéndose y así era. Un momento más tarde había muerto. Tarzán se levantó y colocó un pie sobre el pecho de su enemigo muerto. ¡Cuánto sintió la necesidad de lanzar el grito de victoria de los de su especie! Pero no se atrevió. Descubrió que no le habían quitado la cuerda de los hombros y que habían devuelto su cuchillo a la funda. Estaba en su mano cuando fue abatido. ¡Qué extrañas criaturas! No sabía que tenían un miedo supersticioso a las armas de un enemigo muerto, pues creían que si se le enterraba sin ellas perseguiría para siempre a sus asesinos en busca de ellas y que cuando las encontrara mataría al hombre que le había matado a él. Apoyó el arco y el carcaj con flechas contra la pared.

Tarzán se encaminó hacia el umbral de la cueva y miró afuera. Acababa de anochecer. Oyó voces procedentes de las cuevas más próximas y a su olfato llegó el olor de comida cocinada. Miró abajo y experimentó una sensación de alivio. La cueva en la que le retenían se hallaba en la parte más baja, apenas a seis metros de la base del risco. Estaba a punto de aventurarse a realizar un descenso inmediato cuando se le ocurrió un pensamiento que hizo asomar una sonrisa a sus labios salvajes; un pensamiento nacido del nombre que los waz-don le habían dado (Tarzán-jad-guru, Tarzán el terrible) y un recuerdo de los días en que se deleitaba atormentando a los negros de su distante jungla natal. Volvió a entrar en la cueva donde yacía el cuerpo inerte de In-tan. Cortó con su cuchillo la cabeza del guerrero, la llevó al borde exterior del hueco y la arrojó abajo, luego bajó veloz y en silencio por la escalera de clavijas de un modo que habría sorprendido a los kor-ul-lul si hubieran visto que podía hacerlo con

tanta seguridad.

Abajo cogió la cabeza de In-tan y desapareció entre las sombras de los árboles con el horripilante trofeo agarrado por su mata de pelo. ¿Qué es horrible? Está usted juzgando a una bestia salvaje según los parámetros de la civilización. Se podrán enseñar trucos a un león, pero seguirá siendo un león. Tarzán tenía buen aspecto cuando vestía esmoquin, pero seguía siendo un tarmangani y bajo su camisa tableada latía un corazón salvaje.

Su locura tampoco carecía de método. Sabía que el corazón de los kor-ul-lul se llenaría de rabia cuando descubrieran lo que él había hecho, y también sabía que, junto con la rabia, habría una semilla de miedo; y era el miedo lo que había hecho de Tarzán amo de muchas junglas; no se gana el respeto de los asesinos con bombones.

Debajo de la aldea Tarzán volvió al pie del risco en busca de un punto por donde pudiera ascender la montaña y de nuevo a la aldea de Om-at, el kor-ul-ja. Al fin llegó a un lugar donde él no discurría tan cerca del muro rocoso que se vio obligado a nadar para buscar un sendero en la orilla opuesta y aquí su aguzado olfato detectó un rastro que le era familiar. Era el olor de Pan-at-lee, en el lugar donde ella había salido de la charca y emprendido el camino seguro de la jungla.

El hombre-mono cambió sus planes de inmediato. Pan-at-lee vivía, o al menos sobrevivió al salto desde la cima del risco. Tarzán había salido en busca de ella por Om-at, su amigo, y por Om-at seguiría el rastro que había captado de ese modo fortuito, por accidente. Éste le condujo al interior de la jungla y al otro lado de la garganta, y luego al punto donde Pan-at-lee había iniciado la ascensión de los riscos opuestos. Tarzán abandonó la cabeza de In-tan, atándola a la rama inferior de un árbol, pues sabía que le estorbaría en su ascensión por la empinada escarpadura. Ascendió como un simio, siguiendo sin dificultad el rastro de olor de Pan-at-lee. En la cima y al otro lado de la cresta el rastro era claro como una página impresa para los delicados sentidos del rastreador criado en la jungla.

Tarzán no sabía nada de los kor-ul-gryf. Había visto, débilmente en las sombras de la noche, formas extrañas y monstruosas y Ta-den y Om-at habían hablado de grandes criaturas a las que todos los hombres temían; pero siempre, en todas partes, de noche y de día, existían peligros. Desde la infancia la muerte le había ido pisando los talones, grave y terrible. Él conocía poco otra existencia. Hacer frente al peligro constituía su vida y vivía su vida con la misma sencillez y naturalidad con que usted vive la

suya en medio de los peligros de las abarrotadas calles de la ciudad. El hombre negro que sale de noche a la jungla tiene miedo, pues desde la infancia ha pasado su vida rodeado de los suyos y protegido, en especial de noche, por los toscos medios que están a su alcance. Pero Tarzán había vivido como viven el león y la pantera, el elefante y el simio; era una auténtica criatura de la jungla que dependía únicamente de su fortaleza y de su ingenio, tenía que actuar solo contra la creación. Por tanto, nada le sorprendía y a nada temía, así que avanzaba en la extraña noche tan tranquilo como va el granjero al terreno de las vacas en la oscuridad antes del amanecer.

Una vez más, el rastro de Pan-at-lee terminaba en el borde de un risco; pero esta vez no había indicación alguna de que hubiera saltado al vacío y unos instantes de búsqueda revelaron a Tarzán las clavijas de piedra con las que ella había descendido. Tumbado boca abajo sobre la cima del risco, examinando las clavijas, de pronto algo le llamó la atención al pie del risco. No distinguía su identidad, pero vio que se movía y en realidad estaba ascendiendo lentamente, al parecer mediante clavijas similares a las que se hallaban directamente bajo él. Observó con atención lo que subía hasta que distinguió su forma con más precisión, y se convenció de que se parecía más a un gran simio que a un orden inferior. Pero tenía cola, y en otros aspectos no parecía un auténtico simio.

La cosa ascendía despacio hacia las cuevas de la parte superior y en una de ellas desapareció. Entonces Tarzán recuperó el rastro de Pan-at-lee. Lo siguió bajando por las clavijas de piedra hasta la cueva más cercana y después por el nivel superior. El hombre-mono alzó las cejas cuando vio la dirección que tomaba y apretó el paso. Casi había llegado a la tercera cueva cuando los ecos del Kor-ul-gryf fueron despertados por un estridente grito de terror.

CAPÍTULO VI

EL TOR-O-DON

PAN-AT-LEE dormía, con el sueño perturbado por el agotamiento físico y nervioso. Soñaba que dormía bajo un gran árbol en el fondo del Kor-ul-gryf y que una de las horripilantes bestias se acercaba a ella con sigilo, pero ella no podía abrir los ojos ni moverse. Intentaba gritar pero de sus labios no brotaba ningún sonido. Sintió que algo le tocaba la garganta, el pecho, el brazo y allí se cerró y pareció arrastrarla hacia sí. Haciendo un esfuerzo sobrehumano de voluntad abrió los ojos. Al instante supo que estaba soñando y que enseguida desaparecería la alucinación del sueño; le había sucedido muchas veces. Pero esta vez persistió. A la débil luz que se filtraba en la oscura cámara vio una forma a su lado, notó unos dedos peludos sobre ella y un pecho peludo contra el que era arrastrada. ¡Jad-ben-Otho! Esto no era ningún sueño. Y entonces lanzó un grito y forcejeó para sacarse de encima esa cosa; pero su grito fue respondido por un gruñido bajo y otra mano peluda la cogió por el pelo de la cabeza. Ahora la bestia se levantó sobre sus patas traseras y la sacó a rastras de la cueva hasta la meseta iluminada por la luna, y en el mismo instante ella vio la figura de lo que le pareció un ho-don elevarse por encima del borde exterior del hueco.

La bestia que la sujetaba también la vio y lanzó un siniestro rugido, pero no aflojó la presión en el pelo de la mujer. Se agazapó como si esperara un ataque y aumentó el volumen y la frecuencia de sus gruñidos hasta que los horribles sonidos reverberaron en la garganta, ahogando incluso los profundos bramidos de las bestias de abajo, cuyo fuerte ruido se había renovado con la repentina conmoción procedente de la cueva. La bestia que la sujetaba se agazapó y la criatura que tenían ante sí también se agazapó y lanzó un rugido tan espantoso como el otro. Pan-at-lee temblaba. Esto no era un ho-don y, aunque temía a los ho-don, temía más a esta cosa, con su postura como de felino y sus bestiales rugidos. Estaba perdida, creía la mujer. Las dos cosas quizá pelearan por ella, pero ganara la que ganara

ella estaba perdida. Quizá durante la batalla, si se llegaba a eso, podría encontrar la oportunidad de arrojarse al Kor-ul-gryf.

Ahora reconoció que la cosa que la sujetaba era un tor-o-don, pero no lograba identificar la otra cosa, aunque a la luz de la luna apenas la veía con claridad. No tenía cola. Veía sus manos y sus pies, y no eran las manos y los pies de las razas de Pal-ul-don. Se estaba acercando al tor-o-don y en una mano sostenía un reluciente cuchillo. Ahora habló y al terror de Pan-at-lee se añadió un peso igual de consternación.

—Cuando te suelte —dijo la cosa—, como hará para defenderse, corre deprisa detrás de mí, Pan-at-lee, y ve a la cueva más próxima, a las clavijas por las que has bajado de la cima del risco. Observa desde allí. Si esta cosa lenta me derrota, tendrás tiempo de escapar de ella; si no, iré contigo. Soy amigo de Om-at y tuyo.

Las últimas palabras redujeron el terror de Pan-at-lee, pero no lo comprendía. ¿Cómo sabía su nombre aquella extraña criatura? ¿Cómo sabía que había descendido por las clavijas hasta determinada cueva? Entonces debía de haber estado allí cuando ella llegó. Pan-at-lee estaba desconcertada.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Y de dónde vienes?

—Soy Tarzán —respondió él—, y vengo de parte de Om-at, de kor-ul-ja, en tu busca.

¡Om-at, *gund* de Kor-ul-ja! ¿Qué tonterías eran ésas? Habría interrogado más a Tarzán, pero ahora él se acercaba al tor-o-don y este último gritaba y rugía tan fuerte que ahogaba la voz de la mujer. Y entonces hizo lo que la extraña criatura había dicho que haría: la soltó y se preparó para atacar. Atacó, y en aquel estrecho lugar no había espacio para cubrir aberturas. Al instante las dos bestias se unieron en mortal abrazo, cada una buscando la garganta de la otra. Pan-at-lee observaba, sin aprovechar la oportunidad para escapar que ello le ofrecía. Observó y aguardó, pues en su pequeño cerebro salvaje había decidido guardar lealtad a esta extraña criatura que le había abierto el corazón con aquellas cuatro palabras: «Soy amigo de Om-at». Y por eso esperó, con el cuchillo a punto, la oportunidad de realizar su parte en la derrota del tor-o-don. Que el recién llegado pudiera hacerlo sin ayuda, ella bien sabía que estaba fuera de los límites de lo posible, pues conocía bien la habilidad del *hombre como bestia* con el que peleaba. No había muchos de ellos en Pal-ul-don, pero los pocos que había constituían él terror de las mujeres de los waz-don y de los

ho-don, pues los viejos machos tor-o-don merodeaban por las montañas y los valles de Pal-ul-don entre épocas de celo y ¡ay de las mujeres que caían en su camino!

El tor-o-don buscaba con la cola un tobillo de Tarzán y, cuando lo encontró, le hizo tropezar. Los dos cayeron pesadamente, pero tan ágil era el hombre-mono y tan rápidos sus fuertes músculos, que incluso al caer retorció a la bestia debajo de él, de modo que Tarzán cayó encima y ahora la cola que le había hecho tropezar le buscó la garganta como había hecho la cola de In-tan, el kor-ul-lul. En el esfuerzo de dar la vuelta al cuerpo de su oponente durante la caída, Tarzán tuvo que soltar su cuchillo para agarrar el cuerpo peludo con ambas manos, y ahora el arma se hallaba fuera de su alcance, en el borde mismo del precipicio. De momento tenía ambas manos ocupadas en protegerse de los dedos que intentaban agarrarle y llevar su garganta al alcance de unos formidables colmillos, ahora la cola buscaba su mortal asimiento con una persistencia que no se podía impedir.

Pan-at-lee permaneció inmóvil, sin aliento, su daga a punto, pero no había ninguna abertura que no pusiera en peligro también a Tarzán, pues los dos duelistas cambiaban constantemente de posición. Tarzán notó la cola que se insinuaba lenta pero segura en torno a su cuello, pese a que había bajado la cabeza entre los músculos de sus hombros en un esfuerzo por proteger esta parte vulnerable. Parecía que iba a perder la batalla, pues la gigantesca bestia contra la que luchaba sería mejor pareja en peso y fuerza para Bolgani, el gorila. Y sabiendo esto, de pronto ejerció un solo esfuerzo sobrehumano, apartó de sí las manos del gigante y con la rapidez de una serpiente cuando ataca hundió sus colmillos en la yugular del tor-o-don. En el mismo instante la cola de la criatura se enrolló en su garganta y comenzó entonces una batalla regia de cuerpos vueltos y retorcidos mientras cada uno intentaba dislocar el abrazo fatal del otro, pero los actos del hombre-mono estaban guiados por un cerebro humano, y así fue que los cuerpos que rodaron lo hicieron en la dirección que Tarzán deseaba: hacia el borde del precipicio.

La asfixiante cola obstruía el paso del aire en sus pulmones, y él sabía que tenía los labios jadeantes separados y la lengua le sobresalía; y ahora la cabeza le daba vueltas y su visión disminuyó; pero no antes de que alcanzara su meta y una rápida mano agarrara el cuchillo que ahora yacía al alcance de la mano, mientras los dos cuerpos se balanceaban peligrosamente en el borde del abismo.

Con toda la fuerza que le quedaba el hombre-mono llevó la hoja a su destino: una, dos, tres, cuatro veces, y entonces todo se hizo negro ante él cuando se sintió, aún en las garras del toro-don, caer por el borde del precipicio.

Fue una suerte para Tarzán que Pan-at-lee no hubiera obedecido su orden de escapar mientras él se ocupaba del tor-o-don, pues eso le salvó la vida. Cerca de las formas que luchaban durante los breves momentos del terrorífico clímax, ella había comprendido el peligro que corría Tarzán, y cuando vio a los dos rodar sobre el borde exterior agarró al hombre-mono por el tobillo al tiempo que se arrojaba sobre el suelo rocoso. Los músculos del tor-o-don se relajaron con la muerte tras la última embestida del cuchillo de Tarzán y soltó al hombre-mono, tras lo cual se perdió de vista al caer al fondo de la garganta.

Pan-at-lee tuvo grandes dificultades para seguir sujetando el tobillo de su protector, pero lo logró; y después, lentamente, intentó arrastrar el peso muerto de nuevo a la seguridad del hueco. Sin embargo, esto era superior a sus fuerzas y no pudo hacer otra cosa más que sujetarlo con fuerza, esperando que algún plan cobrara forma antes de que su poder de resistencia fallara. Se preguntaba si, después de todo, la criatura ya habría muerto, pero le resultaba difícil creerlo; y si no estaba muerto, ¿cuánto tardaría en recobrar el conocimiento? Si no lo hacía pronto jamás lo recobraría, pues sentía que los dedos se le entumecían debido a la presión ejercida sobre ellos e iban resbalando, lentamente, del objeto asido. Fue entonces cuando Tarzán recuperó el conocimiento. No podía saber qué poder le sujetaba, pero tenía la sensación de que, fuera lo que fuese, iba liberando muy despacio su tobillo. Al alcance de su mano había dos clavijas y se asió a ellas justo en el momento en que sus tobillos se escapaban de los dedos de Pan-at-lee.

En realidad estuvo a punto de verse precipitado a la garganta; sólo su gran fuerza le salvó. Ahora estaba erguido y sus pies encontraron otras clavijas. Su primer pensamiento fue para su enemigo. ¿Dónde estaba? ¿Esperando arriba para acabar con él? Tarzán levantó la mirada justo cuando el semblante asustado de Pan-at-lee apareció por encima del hueco.

—¿Estás vivo? —gritó ella.

—Sí —respondió Tarzán—. ¿Dónde está el peludo?

Pan-at-lee señaló hacia abajo.

—Ahí —dijo—, muerto.

—¡Bien! —exclamó el hombre-mono, trepando hasta ponerse a su lado —. ¿Tienes armas?

—Has llegado en el momento preciso —respondió Pan-at-lee—, pero ¿quién eres y cómo sabías que me encontraba aquí, y qué sabes de Om-at y de dónde vienes y qué has querido decir llamando *gund* a Om-at?

—Espera, espera —dijo Tarzán—, una cosa después de otra. Vaya, si todas sois iguales… las hembras de la tribu de Kerchak, las damas de Inglaterra y sus hermanas de Pal-ul-don. Ten paciencia y trataré de contarte todo lo que desees saber. Salimos cuatro con Om-at desde kor-ul-ja para ir en tu busca. Fuimos atacados por los kor-ul-lul y nos separamos. A mí me hicieron prisionero, pero he escapado. He vuelto a encontrar tu rastro y lo he seguido; he llegado a la cima de este risco en el preciso momento en que el peludo ascendía detrás de ti. Yo venía a investigar cuando he oído tu grito… y el resto ya lo conoces.

—Pero has llamado a Om-at *gund* de los kor-ul-ja —insistió ella—. Es-sat es el *gund*.

Es-sat está muerto —explicó el hombre-mono—. Om-at le mató y ahora Om-at es *gund* Om-at regresó en tu busca. Encontró a Es-sat en tu cueva y le mató.

—Sí —dijo la muchacha—. Es-sat fue a mi cueva; yo le golpeé con mi peto dorado y escapé.

Y un león te persiguió —prosiguió Tarzán—, y saltaste del risco al Kor-ul-lul, pero por qué no te mató es algo que se me escapa.

—¿Existe algo que se te escape? —preguntó Pan-at-lee—. ¿Cómo has sabido que me persiguió un león y que salté del risco, y no sabes que lo que me salvó fue la charca de agua profunda que hay abajo?

—También lo habría sabido si el kor-ul-lul no hubiera llegado entonces impidiéndome seguir tu rastro. Pero ahora quiero hacer una pregunta: ¿Con qué nombre llamáis a esa cosa con la que acabo de pelear?

—Era un tor-o-don —respondió ella—. Antes sólo había visto uno. Son criaturas terrribles con la astucia del hombre y la ferocidad de una bestia. Grande en verdad ha de ser el guerrero que mata a uno con una sola mano.

Le miró con franca admiración.

—Y ahora —dijo Tarzán—, debes dormir, pues mañana regresaremos con los kor-ul-ja y Om-at, y dudo que hayas descansado mucho estas dos noches.

Pan-at-lee, arrullada por una sensación de seguridad, durmió en paz

hasta la mañana, mientras Tarzán se tumbaba sobre el duro suelo del hueco justo fuera de la cueva.

El sol estaba alto en el firmamento cuando despertó; durante dos horas había contemplado otra figura heroica que se hallaba a kilómetros de distancia, la figura de un hombre como un dios que se abría paso por el espantoso pantano que se extiende como un sucio foso y que defiende Pal-ul-don de las criaturas del mundo exterior. Ya con el cieno hasta las rodillas, ya amenazado por horribles reptiles, el hombre avanzaba sólo gracias a esfuerzos hercúleos que le hacían progresar laboriosamente centímetro a centímetro por el tortuoso camino que se veía obligado a seguir, eligiendo el lugar menos precario donde colocar el pie. Cerca del centro del pantano había agua, agua limosa de una tonalidad verdusca. Llegó a ella al menos después de más de dos horas de esfuerzos tales que habrían dejado a cualquier hombre corriente agotado y moribundo en el pegajoso lodo; sin embargo él se hallaba a menos de la mitad del pantano. Su pellejo liso y de color tostado estaba impregnado de limo y de lodo, lo mismo que su amado Enfield, que había relucido tanto con los primeros rayos del sol naciente.

Se detuvo un momento en el borde del agua y luego se lanzó hacia adelante y se puso a nadar. Nadó con brazadas largas, fáciles y fuertes calculadas menos para cobrar velocidad que para resistir, pues ésta era, sobre todo, una prueba de lo último, ya que más allá del agua había otras dos horas o más de agotadores esfuerzos entre ésta y tierra firme. Se hallaba quizás a medio camino y se felicitaba por la facilidad de la consecución de esta parte de su tarea cuando surgió de las profundidades, directamente en su camino, un horrible reptil que, con las mandíbulas bien distendidas, se arrojó hacia él siseando con estridencia.

Tarzán despertó y se desperezó, hinchó su gran pecho y tragó profundas bocanadas del fresco aire de la mañana. Sus ojos claros examinaron las magníficas bellezas del paisaje que se extendía ante él. Directamente debajo se encontraba el Kor-ul-gryf, una densa masa verde oscuro de copas de árboles que se mecían suavemente. Para Tarzán no era ni grave ni lúgubre: era la jungla, su amada jungla. A su derecha se extendía un panorama formado por la parte inferior del Valle de Jad-ben-Otho, con sus sinuosos arroyos y sus lagos azules. Reluciendo en blanco a la luz del sol había grupos de moradas, las fortalezas feudales de los jefes inferiores de

los ho-don. A-lur, la Ciudad de la luz, no se veía porque la ocultaba el lomo del risco en el que se encontraba la desierta aldea.

Por un momento Tarzán se entregó a ese gozo espiritual de la belleza que sólo la mente humana puede alcanzar, y luego la Naturaleza se impuso y el estómago de la bestia lanzó el grito de que tenía hambre. Tarzán miró de nuevo abajo, hacia el Kor-ul-gryf. ¡Aquello era la jungla! ¿Crecería allí una jungla que no alimentara a Tarzán? El hombre-mono sonrió e inició el descenso a la garganta. ¿Había algún peligro? Claro que sí. ¿Quién lo sabía mejor que Tarzán? En todas las junglas está la muerte, pues la vida y la muerte van de la mano, y donde la vida abunda la muerte recoge su mayor cosecha. Jamás Tarzán había conocido a una criatura de la jungla a la que no pudiera hacer frente, a veces gracias sólo a la fuerza bruta, otras por una combinación de fuerza bruta y la astucia de la mente del hombre; pero Tarzán nunca se había encontrado con un *gryf*.

Había oído los bramidos en la garganta la noche anterior, después de echarse a dormir, y quería preguntarle a Pan-at-lee qué clase de bestia perturbaba tanto el sueño de sus superiores. Llegó al pie del risco y penetró en la jungla con grandes pasos, y allí se detuvo, sus ojos aguzados y sus oídos alerta, investigando su sensible olfato cada corriente de aire en busca del rastro de olor de la caza. De nuevo se adentró más en el bosque; su paso ligero no hacía ningún ruido, su arco y flechas listos para disparar. Soplaba una ligera brisa matinal desde la garganta y en esta dirección encaminó sus pasos. Muchos olores le llegaban a sus órganos olfativos. Algunos los clasificó sin esfuerzo, pero otros eran extraños: los olores de bestias y de aves, de árboles, arbustos y flores que le resultaban desconocidos. Percibió débilmente el olor a reptil que había aprendido a relacionar con las extrañas formas nocturnas que le acecharon en varias ocasiones desde que se había introducido en Pal-ul-don.

Y entonces, de pronto, captó claramente el olor fuerte y dulzón de Bara, el ciervo. De haber sido posible que el estómago vocalizara, el de Tarzán habría emitido un pequeño grito de alegría, pues le encantaba la carne de Bara. El hombre-mono se movió rápidamente pero con cautela hacia él. La presa no estaba muy lejos y, cuando el cazador se le acercaba, se aproximó en silencio a los árboles y captó con el olfato el débil olor reptiliano que indicaba la presencia de una gran criatura a la que nunca había visto salvo como densa sombra entre las densas sombras de la noche; pero el olor era tan débil que sugería que se hallaba a una distancia absolutamente segura.

Moviéndose sin hacer ruido, Tarzán avistó a Bara bebiendo en una charca donde la comente que riega el Kor-ul-gryf cruza un espacio abierto en la jungla. El ciervo estaba demasiado lejos del árbol más cercano para arriesgarse a atacar, así que el hombre-mono dependía de la exactitud y fuerza de su primera flecha, la cual tenía que hacer caer al ciervo allí mismo o perdería ciervo y flecha. La mano derecha tiró hacia atrás del arco, que ni usted ni yo podríamos mover pero que se dobló fácilmente bajo los músculos del dios de la jungla. Hubo un ruido seco cuando la cuerda se soltó y Bara dio un salto en el aire y cayó al suelo, con una flecha atravesándole el corazón. Tarzán corrió en busca de su captura, no fuera que el animal se levantara y escapara; pero Bara estaba muerto. Cuando Tarzán se inclinó para echarse el animal al hombro, llegó a sus oídos un estruendoso bramido que parecía estar casi junto a él, y cuando sus ojos miraron en la dirección de donde venía el sonido, apareció ante su vista una criatura como la que los paleontólogos han soñado que posiblemente existió en las más confusa infancia de la Tierra: una criatura gigantesca, vibrando de enloquecida furia, que rugiendo se abalanzaba sobre él.

Cuando Pan-at-lee despertó buscó con la vista a Tarzán en la cavidad, pero no se encontraba allí. Se puso en pie de un salto y se precipitó afuera para mirar abajo, en el Kor-ul-gryf, adivinando que había bajado en busca de comida y le vislumbró desapareciendo en el bosque. Por un instante fue presa del pánico. Sabía que él desconocía Pal-ul-don y que, en consecuencia, quizá no se diera cuenta de los peligros que existían en aquella garganta de terror. ¿Por qué no le llamaba para que regresara? Usted o yo lo habríamos hecho, pero no un pal-ul-don, pues ellos conocen las costumbres de los *gryf*, conocen los débiles ojos y los aguzados oídos, y saben que acuden cuando oyen el sonido de una voz humana. Llamar a Tarzán, pues, sería invitar al desastre, y por eso no lo hizo. En cambio, aunque tenía mucho miedo, descendió a la garganta con el fin de alcanzar a Tarzán y advertirle en susurros del peligro que corría. Era un acto valiente, ya que pugnaba con incontables siglos de miedo heredado a las criaturas que podía verse obligada a hacer frente. Han condecorado a hombres por menos.

Pan-at-lee, descendiente de un largo linaje de cazadores, supuso que Tarzán avanzaría en la dirección del viento y en esta dirección buscó sus huellas, las cuales encontró pronto bien marcadas, pues él no había hecho

ningún esfuerzo por ocultarlas. La muchacha se movía rápidamente hasta que llegó al punto en el que Tarzán había subido a los árboles. Por supuesto que ella supo lo que había ocurrido, ya que su propia gente era semiarbórea; pero ella no podía seguirle la pista a través de los árboles, pues no tenía el sentido del olfato tan desarrollado como él.

Lo único que podía hacer era esperar que él hubiera proseguido en la dirección del viento y eso es lo que ella hizo, con el corazón latiéndole con fuerza contra las costillas a causa del terror, mirando constantemente a ambos lados. Llegó al borde de un claro y sucedieron dos cosas: vio a Tarzán inclinándose sobre un ciervo muerto y, en el mismo instante, sonó un ensordecedor rugido casi al lado de ella. Esto la aterrorizó de un modo indescriptible, pero el miedo no la paralizó. En cambio, la movió a la acción instantánea con el resultado de que Pan-at-lee trepó a la rama más elevada del árbol más próximo. Entonces miró abajo.

La cosa que Tarzán vio que le atacaba cuando el rugido de advertencia atrajo sus sorprendidos ojos se erguía terroríficamente monstruosa ante él: monstruosa y sobrecogedora; pero no aterrorizó a Tarzán, sólo le enfureció, pues vio que combatir con ella se hallaba fuera de sus posibilidades y que eso significaba que tal vez le hiciera perder su caza; y Tarzán tenía hambre. Si no quería ser aniquilado no tenía más alternativa que huir, veloz e inmediatamente. Y Tarzán huyó, pero se llevó consigo el cadáver de Bara, el ciervo. No llevaba más que unos doce pasos de ventaja, pero el árbol más cercano estaba a esa distancia. Su mayor peligro radicaba, imaginó él, en la gran altura de la criatura que le perseguía, pues aunque él llegara al árbol tendría que trepar hasta muy arriba en un plazo de tiempo increíblemente corto, a menos que las apariencias le engañaran, pues la cosa podía llegar a cualquier rama situada a menos de seis metros del suelo, y posiblemente hasta a quince metros si se erguía sobre las patas traseras.

Pero Tarzán no era ningún haragán y aunque el *gryf* era increíblemente rápido pese a su gran tamaño, no igualaba a Tarzán, y cuando se trata de trepar, los pequeños monos contemplan con envidia las proezas del hombre-mono. Y así fue que el rugiente *gryf* se detuvo, desconcertado, al pie del árbol, y aunque se encabritó e intentó agarrar a su presa entre las ramas, como Tarzán había supuesto que haría, tampoco lo consiguió. Fuera de su alcance, Tarzán se paró y, justo por encima de él, vio a Pan-at-lee sentada, con los ojos abiertos de par en par y temblando.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó él.

Ella se lo contó.

—¿Has venido para avisarme? —dijo él—. Has sido muy valiente y generosa. Me apena haberme dejado sorprender así. Esa criatura estaba a favor del viento y no he percibido su presencia hasta que ha arremetido contra mí. No lo entiendo.

—No es extraño —dijo Pan-at-lee—. Ésa es una de las peculiaridades del *gryf*. Se dice que el hombre nunca advierte su presencia hasta que lo tiene encima, tan silencioso es, a pesar de su gran tamaño.

—Pero yo debería haberlo olido —protestó Tarzán con disgusto.

—¡Olido! —exclamó Pan-at-lee—. ¿Olido?

—Claro. ¿Cómo supones que he encontrado este ciervo tan pronto? Y he percibido el *gryf* también, pero débilmente, como si se hallara a gran distancia. —De pronto Tarzán dejó de hablar y bajó la mirada hacia la rugiente criatura; las ventanas de la nariz le temblaban como si buscaran un olor—. ¡Ah! —exclamó—. ¡Ya lo tengo!

—¿Qué? —preguntó Pan-at-lee.

—Me ha engañado porque esa criatura prácticamente no despide ningún olor —explicó el hombre-mono—. Lo que yo olía era el débil aroma que sin duda impregna toda la jungla debido a la larga presencia de muchas de esas criaturas; es el tipo de olor que permanecería mucho tiempo, aunque débil. Pan-at-lee, ¿alguna vez has oído hablar de un triceratops? ¿No? Bueno, esta cosa a la que llamáis *gryf*es un triceratops y se extinguió hace cientos de miles de años. He visto su esqueleto en un museo de Londres y la figura de uno restaurado. Siempre pensé que los científicos que hicieron ese trabajo dependían principalmente de la imaginación, pero veo que estaba equivocado. Esta cosa viva no es una copia exacta de la restauración que vi; pero es tan similar que no resulta difícil reconocerlo, y también sabemos que en las eras transcurridas desde que vivió el ejemplar del paleontólogo se han producido muchos cambios por evolución en la línea viva, que es evidente persistieron en Pal-ul-don.

—Triceratops, Londres, paleo… No sé de qué hablas —replicó Pan-at-lee.

Tarzán sonrió y arrojó un trozo de madera muerta a la cara de la enojada criatura. Al instante la gran caperuza huesosa sobre el cuello se irguió y un enloquecido rugido rodó hacia arriba procedente de aquel gigantesco cuerpo. La cosa medía unos buenos seis metros hasta el hombro, era de un color azul pizarra sucio salvo por su rostro amarillo con unas

franjas azules que le rodeaban los ojos, la caperuza era roja con el forro amarillo y el vientre también amarillo. Las tres líneas paralelas de protuberancias óseas de la espalda proporcionaban otra nota de color al cuerpo, ya que las que seguían la línea de la columna vertebral eran rojas, mientras que las situadas a ambos lados eran amarillas. Las pezuñas de cinco y tres dedos de los antiguos dinosaurios cornudos se habían convertido en garras en el *gryf*, pero los tres cuernos, dos grandes sobre los ojos y uno mediano sobre la nariz, habían persistido en el transcurso del tiempo. Aunque su aspecto era extraño y terrible, Tarzán no pudo por menos que admirar a la imponente criatura que les amenazaba desde abajo, cuyos casi veintitrés metros de longitud tipificaban las cosas que el hombre-mono había admirado toda su vida: valor y fuerza. Solamente en aquella enorme cola había la fuerza de un elefante.

Los extraños ojitos miraron hacia él y el cornudo hocico se abrió para dejar al descubierto una completa serie de potentes dientes.

—¡Herbívoro! —murmuró el hombre-mono—. Tus antepasados quizá lo fueron, pero tú no —y añadió, dirigiéndose a Pan-at-lee—. Vámonos ahora. En la cueva comeremos la carne del ciervo y después… volveremos al kor-ul-ja con Om-at.

La muchacha se estremeció.

—¿Irnos? —preguntó—. Jamás saldremos de aquí.

—¿Por qué no? —preguntó a su vez Tarzán.

Por respuesta ella señaló al *gryf*.

—¡Tonterías! —exclamó el hombre—. No puede trepar. Nosotros podemos llegar al risco a través de los árboles y estar de nuevo en la cueva antes de que sepa qué ha sido de nosotros.

—No conoces al *gryf* —replicó Pan-at-lee con aire triste—. Vayamos a donde vayamos nos seguirá y siempre estará a punto al pie de cada árbol cuando queramos bajar. Nunca se rendirá.

—Podemos vivir en los árboles mucho tiempo si es necesario —respondió Tarzán—, y algún día se marchará.

La muchacha meneó la cabeza.

—Nunca —dijo—. Y después están los tor-o-don. Vendrán y nos matarán, y después de comer un poco arrojarán los restos al *gryf*; el *gryf* y los tor-o-don son amigos, porque ellos comparten su comida con el *gryf*.

—Tal vez tengas razón —accedió Tarzán—, pero aun así no tengo intención de esperar aquí a que venga alguien, se me coma y eche el resto a

esa bestia de ahí abajo. Si no salgo de este lugar entero no será por culpa mía. Vámonos ahora y lo intentaremos —y diciendo esto empezó a moverse entre las ramas superiores de los árboles seguido de cerca por Pan-at-lee. Abajo, en el suelo, el cornudo dinosaurio se movió y cuando ellos llegaron al borde del bosque, donde había unos cincuenta metros de terreno abierto que se tenían que cruzar para llegar al pie del risco, allí estaba, al pie del árbol, esperando.

Tarzán miró abajo y se rascó la cabeza.

CAPÍTULO VII

EL ARTE DE LA JUNGLA

ENTONCES miró hacia arriba y a Pan-at-lee.

—¿Eres capaz de cruzar la garganta a través de los árboles muy deprisa? —preguntó.

—¿Sola? —preguntó ella a su vez.

—No —respondió Tarzán.

—Puedo seguirte adónde me lleves —dijo ella entonces.

—¿Ir y volver de nuevo?

—Sí.

—Entonces ven, y haz exactamente lo mismo que hago yo.

Retrocedió de nuevo a través de los árboles, veloz, colgándose como un mono de rama en rama, siguiendo un camino en zigzag que intentaba elegir teniendo en cuenta las dificultades del camino de abajo. En los lugares donde la maleza era más densa, donde los árboles caídos bloqueaban el paso, guiaba los pasos de la criatura que iba por abajo; pero no sirvió de nada. Cuando llegaron al otro lado de la garganta el *gryf* estaba con ellos.

—Volvamos otra vez —dijo Tarzán; dio la vuelta y los dos rehicieron el camino a través de las terrazas superiores de la antigua jungla del Kor-ul-gryf. Pero el resultado fue el mismo; no, no exactamente: fue peor, pues otro *gryf* se había unido al primero y ahora eran dos los que esperaban bajo el árbol en el que ellos se detuvieron.

El risco que se elevaba por encima de ellos con sus innumerables bocas de cuevas parecía hacerles señas y mofarse de ellos. Estaba tan cerca, y sin embargo entre ellos se extendía la eternidad. El cuerpo del tor-o-don yacía al pie del risco donde había caído. Lo veían perfectamente desde el árbol. Uno de los *gryfs* se acercó y lo oliscó, pero no hizo ademán de devorarlo. Tarzán lo había examinado someramente cuando pasó por allí aquella mañana. Adivinó que representaba o un orden muy elevado de simios o un orden muy bajo de hombre, algo parecido al hombre de Java, quizá; un

ejemplo más auténtico de los pitecántropos que cualquiera de los ho-don o los waz-don, posiblemente el precursor de ambos. Mientras sus ojos se paseaban ociosos por el panorama de abajo su activo cerebro trabajaba en los detalles del plan que había urdido para permitir que Pan-at-lee escapara de la garganta. Sus pensamientos fueron interrumpidos por un extraño grito que sonó por encima de ellos en la garganta.

—*¡Whee-oo! ¡Whee-oo!* —sonó, acercándose.

Los *gryfs* de abajo levantaron la cabeza y miraron en la dirección de donde provenía la interrupción. Uno de ellos emitió un sonido bajo. No fue un rugido y no indicaba ira. Inmediatamente el «¡Whee-oo!». Hizo efecto. Los *gryfs* repitieron el ruido sordo y con intervalos se repitió el '*Whee-oo!*, cada vez más cerca.

Tarzán miró a Pan-at-lee.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—No lo sé —respondió ella—. Quizás un ave extraña, u otra horrible bestia que vive en este espantoso lugar.

—¡Ah! —exclamó Tarzán—, allí está. ¡Mira!

Pan-at-lee emitió un grito de desesperación.

—¡Un tor-o-don!

La criatura, que caminaba erecta y llevaba un palo en una mano, avanzaba con paso lento y pesado. Caminaba directamente hacia los *gryfs*, quienes se apartaron, como si tuvieran miedo. Tarzán observó con atención. El tor-o-don se hallaba ahora bastante cerca de uno de los triceratops. Balanceó su cabeza y trató de morder a uno. Al instante el tor-o-don dio un salto y empezó a golpear a la enorme bestia en la cara con su palo. Para asombro del hombre-mono, que podía haber aniquilado al tor-o-don, comparativamente más débil, en un instante de cualquiera de una docena de maneras, se arrugó como un canalla.

>—*¡Whee-oo! ¡Whee-oo!* —gritaba el tor-o-don, y el *gryf* se le acercó lentamente. Un golpe en el cuerno de en medio le hizo pararse. Entonces el tor-o-don le dio la vuelta, se subió a su cola y se sentó a horcajadas en el enorme lomo—. *¡Whee-oo!* —gritó, y azuzó a la bestia con la afilada punta de su palo. El *gryf* se puso en marcha.

Tan hechizado estaba Tarzán con la escena que se desarrollaba abajo que no pensó en escapar, pues se daba cuenta de que para él y Pan-at-lee en aquellos breves instantes el tiempo se remontó incontables siglos, para desarrollar ante sus ojos una página del oscuro y distante pasado. Los dos

habían contemplado al primer hombre y a sus primitivas bestias de carga.

Y ahora el *gryf* cargado se detuvo y miró hacia donde ellos se encontraban, rugiendo. Fue suficiente. La criatura advertía a su amo de la presencia de ellos. Al instante el tor-o-don instó a la bestia a que se acercara al árbol que les cobijaba, poniéndose al mismo tiempo de pie sobre el lomo cornudo. Tarzán vio el bestial rostro, los grandes colmillos, los fuertes músculos. De la lucha de un ser semejante había surgido la raza humana; y sólo de esto podía haber surgido, pues sólo un ser así podía sobrevivir a los horribles peligros de su época.

El tor-o-don se golpeó el pecho y lanzó un rugido espantoso: horrible, grosero, bestial. Tarzán se irguió en toda su altura sobre una rama oscilante, erguido y hermoso como un semidiós, no estropeado por el tinte de la civilización; un espécimen perfecto de lo que la raza humana habría podido ser si las leyes del hombre no hubieran interferido en las leyes de la naturaleza.

El Presente colocó una flecha en su arco y tiró de ella hacia atrás. El Pasado, que basaba sus reclamaciones en la fuerza bruta, intentó alcanzar al otro y hacerle caer; pero cuando se soltó la flecha se hundió en el salvaje corazón, y el Pasado se hundió de nuevo en el olvido que había reclamado su especie.

—¡Tarzán-jad-guru! —murmuró Pan-at-lee, dándole sin saberlo, tanta era su admiración, el mismo título que los guerreros de su tribu le habían otorgado.

El hombre-mono se volvió a ella.

—Pan-at-lee —dijo—, estas bestias quizá nos tengan aquí arriba indefinidamente. Dudo que podamos escapar juntos, pero tengo un plan. Tú quédate aquí, escondida entre el follaje, mientras yo vuelvo atrás ante sus ojos y gritando para llamar su atención. A menos que tengan más cerebro del que sospecho que tienen, me seguirán. Cuando se hayan ido te vas hacia el risco. Espérame en la cueva no más tiempo que hoy. Si cuando sale el sol mañana no he llegado, tendrás que emprender tú sola el regreso a kor-ul-ja. Toma una poco de carne del ciervo.

Había cortado una de las patas traseras del ciervo y se la entregó.

—No puedo abandonarte —se limitó a decir ella—; mi gente no tiene la costumbre de abandonar a un amigo y aliado. Om-at jamás me perdonaría.

—Dile a Om-at que yo te he ordenado que te marches —replicó Tarzán.

—¿Es una orden? —preguntó ella.

—¡Sí! Adiós, Pan-at-lee. Date prisa en regresar junto a Om-at; eres una buena compañera para el jefe de los kor-ul-ja.

Se apartó de ella moviéndose despacio a través de los árboles.

—¡Adiós, Tarzán-jad-guru! —le gritó ella—. ¡Qué afortunados son mi Om-at y su Pan-at-lee de tener semejante amigo!

Tarzán, lanzando gritos, siguió su camino y los grandes *gryfs*, tentados por su voz, le siguieron desde abajo. Era evidente que su estratagema daba resultado, y le llenaba de alegría llevarse a las bestias cada vez más lejos de Pan-at-lee. Esperaba que ella aprovechara la oportunidad que le brindaba para escapar, aunque al mismo tiempo le preocupaba su capacidad para sobrevivir a los peligros que existían entre el Kor-ul-gryf y el kor-ul-ja. Había leones y tor-o-dons y la poco amistosa tribu de los kor-ul-lul, que le obstaculizarían el avance aunque la distancia hasta los riscos de su gente no era grande.

Se dio cuenta de lo valiente que era la muchacha y comprendió que debía de tener los recursos propios de toda la gente primitiva que, día tras día, debe luchar cara a cara con la ley de la supervivencia de los más fuertes, sin ayuda de las numerosas protecciones artificiales que la civilización proporciona a su prole de seres débiles.

Varias veces, cuando cruzaba la garganta, Tarzán procuró ganar en ingenio a sus hábiles perseguidores, pero inútilmente. Por mucho que lo intentaba no lograba arrojarlos de su camino y cada vez que cambiaba de rumbo ellos cambiaban también el suyo. A lo largo del borde del bosque, en el lado suroriental de la garganta, buscó algún punto en el que los árboles rozaran alguna parte negociable del risco, pero aunque viajó hasta lejos arriba y abajo de la garganta, no descubrió ninguna vía de escape fácil. El hombre-mono, por último, empezó a acariciar la idea de lo desesperado de su situación y a darse plena cuenta de por qué las razas de Pal-ul-don habían abjurado del Kor-ul-gryf durante tantos siglos.

Empezaba a anochecer y, aunque desde primera hora de la mañana había buscado con diligencia una salida de esta difícil situación, no estaba más cerca de la libertad que en el momento en que el primer rugiente *gryf* le había atacado, cuando se inclinaba sobre el cadáver de su presa; pero con la caída de la noche recuperó la esperanza pues, en común con los grandes felinos, Tarzán era, en mayor o menor medida, una bestia nocturna. Es cierto que no veía de noche tan bien como ellos, pero esa carencia era compensada con creces por la agudeza de su olfato y la sensibilidad

sumamente desarrollada de sus demás órganos de percepción. Igual que el ciego sigue e interpreta los caracteres braille con sus diestros dedos, así Tarzán lee el libro de la jungla con los pies y las manos, con los ojos, los oídos y la nariz, aportando cada uno su parte para la rápida y exacta interpretación del texto.

Pero de nuevo estaba condenado a ver frustrados sus planes por una debilidad vital: él no conocía al *gryf*, y antes de que cayera la noche se preguntó si aquellas cosas nunca dormían, pues adondequiera que él iba ellas también iban, y siempre le impedían el paso hacia la libertad. Por fin, justo antes del amanecer, renunció al esfuerzo inmediato y buscó reposo en una horcadura de árbol que le pareció cómoda en la seguridad de la terraza media.

Nuevamente estaba alto el sol cuando Tarzán despertó, descansado y fresco. Atento a las necesidades del momento, no hizo ningún esfuerzo por localizar a sus carceleros por si al hacerlo les indicaba sus movimientos. En cambio, procuró alejarse con cautela y en silencio entre el follaje de los árboles. Sin embargo, su primer movimiento fue anunciado por un profundo rugido procedente de abajo.

Entre los numerosos refinamientos de la civilización que Tarzán no había logrado adquirir estaba el de soltar palabrotas, y posiblemente para su pesar, ya que hay circunstancias en las que al menos es un alivio liberar la tensión. Y puede ser que en realidad Tarzán recurriera a las palabrotas si puede existir un juramento físico así como vocal, ya que inmediatamente después que el rugido anunció que sus esperanzas volvían a verse frustradas, se volvió con rapidez y al ver la espantosa cara del *gryf* abajo cogió un gran fruto de una rama cercana y la lanzó perversamente al animal cornudo. El misil golpeó de lleno a la criatura entre los ojos, lo que produjo una reacción que sorprendió al hombre-mono; no despertó en la bestia una exhibición de furia vengativa como Tarzán esperaba y confiaba en que se produjera; en cambio, la criatura hizo un solo ademán de coger la fruta de lado con la boca cuando rebotó de su cráneo y luego se volvió de mala gana, alejándose unos pasos.

Ese acto recordó de inmediato a Tarzán una acción similar del día anterior, cuando el tor-o-don había golpeado a una de las criaturas en plena cara con su palo, y al instante acudió a su astuto \1 valeroso cerebro un plan para salir de su apuro que habría podido empalidecer la mejilla del más

heroico.

El instinto de las apuestas no es fuerte entre las criaturas salvajes; las probabilidades de su vida diaria son estímulo suficiente para la beneficiosa excitación de sus centros nerviosos. Ha quedado para el hombre civilizado, protegido en cierta medida de los peligros naturales de la existencia, inventar estimulantes artificiales en forma de naipes, dados y ruedas de la ruleta. Sin embargo, cuando la necesidad es lo que manda, no existen mayores jugadores que los habitantes salvajes de la jungla, la selva y las montañas, ya que con la misma ligereza con que usted hace rodar los cubos de marfil sobre el tapete verde, ellos apostarán con la muerte: su propia vida es la apuesta.

Por eso Tarzán ahora iba a apostar, examinando las deducciones aparentemente salvajes de su astuto cerebro contra todas las pruebas de la bestial ferocidad de sus oponentes que la experiencia le indicaba, contra todo el secular folclor y leyendas que habían sido transmitidas durante incontables generaciones y que conocía a través de Pan-at-lee.

Sin embargo mientras trabajaba preparando la mayor obra que el hombre puede elaborar en el juego de la vida, sonrió; tampoco había nada que indicara prisa, excitación o nerviosismo en su conducta.

Primero seleccionó una rama larga y recta de unos cinco centímetros de diámetro en su base. Así cortó el árbol con su cuchillo, eliminó las ramas más pequeñas y ramitas hasta que consiguió tener una vara de unos tres metros de longitud. Entonces la afiló en el extremo más pequeño. Acabada satisfactoriamente la tarea, bajó la mirada a los triceratops.

—*¡Whee-oo!* —gritó.

Al instante las bestias alzaron la cabeza y le miraron. De la garganta de uno de ellos salió débilmente un bajo ruido sordo.

—*¡Whee-oo!* —repitió Tarzán y les arrojó el resto del cuerpo del ciervo.

Los *gryfs* cayeron sobre él al instante con muchos rugidos, intentando cogerlo uno de ellos y mantenerlo lejos del otro; pero por fin el segundo logró aferrarlo y un instante después era desgarrado y golosamente devorado. Una vez más, levantaron la vista hacia el hombre-mono y esta vez le vieron descender al suelo.

Uno de ellos se dirigió hacia él. Tarzán repitió el extraño grito de los tor-o-don. El *gryf* se detuvo en seco, aparentemente desconcertado, mientras Tarzán se deslizaba a tierra y avanzaba hacia la bestia que estaba

más cerca, con su vara alzada amenazadoramente y el grito del primer hombre en sus labios.

¿El grito sería respondido por el bajo ruido sordo de la bestia de carga o por el horrible rugido del caníbal? De la respuesta a esta pregunta pendía el destino del hombre-mono.

Pan-at-lee escuchaba atentamente los ruidos que hacían los *gryfs* que se marchaban mientras Tarzán los alejaba astutamente de ella, y cuando estuvo segura de que estaban lo bastante lejos para poder retirarse sin peligro se dejó caer ágilmente de las ramas al suelo y echó a correr como un ciervo asustado a través del espacio abierto, hasta el pie del risco. Pasó por encima del cuerpo del tor-o-don que le había atacado la noche anterior y pronto estuvo trepando con rapidez por las antiguas clavijas de piedra de la desierta aldea del risco. En la boca de la cueva, cercana a la que había ocupado, encendió un fuego y asó la pierna de venado que Tarzán le había dado, y de una de las corrientes que discurría por la cara de la escarpadura obtuvo agua para saciar su sed.

Esperó todo el día, oyendo a lo lejos, y a veces más cerca, los rugidos de los *gryfs* que perseguían a la extraña criatura que había entrado de un modo tan milagroso en su vida. Sentía por él la misma lealtad casi fanática que otros muchos habían experimentado por Tarzán de los Monos. A bestias y humanos los había sujetado a él con vínculos más fuertes que el acero… a los que eran limpios y valientes, a los débiles e indefensos; pero nunca podría contar Tarzán entre sus admiradores al cobarde, al ingrato o al canalla; de éstos, tanto hombre como bestia, se había ganado el miedo y el odio.

Para Pan-at-lee, él representaba todo lo valiente, noble y heroico y, además, era amigo de Om-at, el hombre al que amaba. Por cualquiera de estas razones Pan-at-lee habría muerto por Tarzán, pues así es la lealtad de los hijos de la naturaleza de mentalidad simple. Ha quedado para la civilización enseñarnos a sopesar las relativas recompensas de la lealtad y su antítesis. La lealtad de los primitivos es espontánea, irracional, generosa, y así era la lealtad de Pan-at-lee hacia el Tarmangani.

Por eso esperó aquel día y la noche, aguardando a que él regresara para acompañarla de nuevo hasta Om-at, pues su experiencia le había enseñado que, frente al peligro, dos tienen más probabilidades que uno. Pero Tarzán-jad-guru no había venido, y por eso a la mañana siguiente Pan-at-lee

emprendió el camino de regreso a kor-ul-ja.

Ella conocía los peligros y sin embargo los afrontó con la impasible indiferencia de su raza. Cuando se enfrentaran a ella directamente y la amenazaran sería el momento de experimentar miedo, excitación o confianza. Entretanto era innecesario malgastar energía nerviosa anticipándose a ellos. Por tanto la muchacha avanzó por su tierra salvaje sin mostrar mayor preocupación de la que podría mostrar usted al entrar en la cafetería de la esquina a tomar un helado. Pero ésta es su vida y aquella la de Pan-at-lee e incluso ahora, mientras usted lee esto, Pan-at-lee quizás esté sentada en el borde de la cavidad de la cueva de Om-at mientras los *ja* y *jato* rugen en la cima del risco, y los kor-ul-lul amenazan por el sur y los ho-don desde el valle de Jad-ben-Otho, mucho más abajo, pues Pan-at-lee aún vive y se arregla su sedoso pelaje azabache bajo la luz de la luna tropical de Pal-ul-don.

Pero no iba a llegar a kor-ul-ja ese día, ni al siguiente, ni durante muchos días después, aunque el peligro que la amenazaba no era ni el enemigo waz-don ni bestia salvaje alguna.

Llegó sin contratiempos al Kor-ul-lul y, después de descender su pared rocosa del sur sin vislumbrar ni una vez a los enemigos hereditarios de su gente, experimentó una renovación de la confianza cercana a la seguridad de que lograría culminar con éxito su aventura y se reuniría de nuevo con su gente y con su amante, al que no veía desde hacía muchas largas y tristes lunas.

Se encontraba casi al otro lado de la garganta ya y avanzaba con extrema precaución sin que la confianza redujera su atención, pues la cautela es un rasgo instintivo de los primitivos, algo que no pueden dejar a un lado ni aun momentáneamente si quieren sobrevivir. Y así llegó al sendero que sigue las sinuosidades del Kor-ul-lul desde la parte más elevada hasta el amplio y fértil valle de Jad-ben-Otho.

Cuando entró en el sendero surgieron a ambos lados, de entre los arbustos que flanquean el paso, como salidos de la nada, una docena de altos guerreros blancos de los ho-don. Como un ciervo asustado, Pan-at-lee lanzó una sola mirada desconcertada hacia los arbustos en un esfuerzo por escapar; pero los guerreros se hallaban demasiado cerca. Se cerraron sobre ella por todos lados y entonces ella sacó su cuchillo y se volvió para mantenerlos a raya, metamorfoseada por las llamas del miedo y el odio de un ciervo asustado en una furiosa tigresa. Ellos no intentaron matarla, sino

sólo someterla y capturarla; y por eso más de un guerrero ho-don sintió el afilado filo de su cuchillo en su carne antes de lograr vencerla. Y aun entonces ella forcejeó y arañó y mordió a los que le habían quitado el cuchillo, hasta que fue necesario atarle las manos y sujetarle un trozo de madera entre los dientes mediante unas correas que le ataron detrás de la cabeza.

Al principio ella se negó a andar cuando emprendieron camino en dirección al valle, pero después de que dos de ellos la cogieran por el pelo y la arrastraran unos metros reconsideró su decisión primera y caminó junto a ellos, aunque aún tan desafiante como sus muñecas atadas y su boca amordazada le permitían.

Cerca de la entrada al Kor-ul-lul encontraron otro grupo de guerreros con los que iban varios prisioneros waz-don de la tribu de kor-ul-lul. Se trataba de un grupo de ataque venido de una ciudad ho-don del valle en busca de esclavos. Esto Pan-at-lee lo supo porque el suceso no eran en absoluto inusual. La tribu a la que ella pertenecía había sido suficientemente afortunada, o poderosa, para soportar con éxito la mayoría de estos ataques pero Pan-at-lee tenía amigos y parientes que habían sido esclavizados por los ho-don, y había otra cosa que le daba esperanzas, como sin duda les ocurrió a todos los demás cautivos: en ocasiones los prisioneros escapaban de las ciudades de los blancos lampiños.

Después de unirse al otro grupo, la banda al completo emprendió la marcha por el valle y entonces, por la conversación de sus raptores, Pan-at-lee supo que se encaminaban hacia A-lur, la Ciudad de la luz; mientras, en la cueva de sus antepasados, Om-at, jefe de los kor-ul-ja, se lamentaba de la pérdida de su amigo y de la hembra que habría sido su compañera.

Cuando vio a los dos rodar agarró al hombre-mono por el tobillo.

CAPÍTULO VIII

A-LUR

MIENTRAS el siseante reptil se acercaba amenazadoramente al extraño que nadaba en las aguas abiertas cerca del centro del pantano, en la frontera de Pal-ul-don, le pareció al hombre que éste en verdad debía de ser el inútil final de un viaje arduo y lleno de peligros. También parecía igualmente inútil lanzar su afilado cuchillo contra aquella temible criatura. De haber sido atacado en tierra posiblemente habría podido recurrir al menos a utilizar su Enfield, pese a que había llegado hasta tan lejos recorriendo todos aquellos kilómetros sembrados de peligros sin recurrir a él, aunque, cada vez más, su vida pendía en equilibrio frente a los salvajes habitantes de la selva, la jungla y la estepa. Porque fuera lo que fuere aquello para lo que conservaba su preciosa munición, lo consideraba, evidentemente, más sagrado aún que su vida, pues hasta entonces no había utilizado ni una sola bala y ahora no le era preciso decidir, puesto que le sería imposible sacar su Enfield, cargarlo y disparar con la celeridad necesaria mientras nadaba.

Aunque sus posibilidades de sobrevivir parecían escasas, y su esperanza se hallaba en su nivel más bajo, no estaba dispuesto a rendirse sin luchar. Lo que hizo fue sacar su cuchillo y esperar al reptil que se le acercaba. La criatura no se parecía a ningún ser vivo que él hubiera visto jamás, aunque en algunos aspectos posiblemente se asemejaba más a un cocodrilo que a cualquier otra cosa que él conociera. Cuando este horrible superviviente de algún progenitor extinguido le atacó con las fauces distendidas, le llegó al hombre la plena conciencia de la inutilidad de pretender resistir la enloquecida acometida o taladrar el pellejo duro como una armadura con su pequeño cuchillo. La bestia ya se encontraba casi sobre él y cualquier forma de defensa que eligiera debía ser rápida. Parecía no existir más que una alternativa a la muerte instantánea, y la aplicó casi en el mismo instante en que el gran reptil se erguía directamente por encima de él.

Con la celeridad de una foca se zambulló bajo el cuerpo de la criatura y, al mismo tiempo, volviéndose sobre su espalda, hundió su cuchillo en la suave y fría superficie del viscoso vientre aprovechando el impulso del reptil al atacarle; y entonces, nadó con fuertes brazadas por debajo del agua unos doce metros antes de salir. Una mirada le mostró al monstruo zambulléndose enloquecido por el dolor y la rabia en la superficie del agua, detrás de él. Que se estaba retorciendo en la agonía de la muerte era evidente por el hecho de que no hacía ningún esfuerzo por seguirle, y así, acompañado por los gritos estridentes del monstruo agonizante, el hombre llegó al otro extremo del agua y emprendió una vez más el sobrehumano esfuerzo de cruzar el último tramo de pegajoso lodo que le separaba de la tierra firme de Pal-ul-don.

Tardó unas buenas dos horas en arrastrar su ahora fatigado cuerpo a través del pegajoso y apestoso cieno, pero por fin, cubierto de lodo y agotado, se arrastró hasta la suave hierba de la orilla. A un centenar de metros un arroyo, que discurría sinuoso desde las distantes montañas, desembocaba en el pantano y, tras un breve descanso, el hombre se encaminó hacia allí y buscó un remanso tranquilo, donde lavó el lodo de sus armas, su equipo y su taparrabo. Pasó otra hora bajo los cálidos rayos del sol secando, puliendo y engrasando su Enfield, aunque los medios de que disponía para secarlo consistían principalmente en hierba seca. El sol ya descendía cuando le pareció que su preciosa arma se hallaba a salvo de cualquier daño producido por el polvo o la humedad, y entonces se levantó y emprendió la búsqueda del rastro que había seguido hasta el lado opuesto del pantano.

¿Encontraría de nuevo el rastro que le había llevado al otro lado del pantano, para perderse allí, incluso con sus entrenados sentidos? Si no lo encontraba de nuevo a este lado de la casi infranqueable barrera podría suponer que su largo viaje había acabado en fracaso. Y por eso buscó arriba y abajo la orilla del agua estancada en busca de indicios de un viejo rastro que hubiera sido invisible a los ojos de usted o míos, aunque hubiéramos seguido directamente las huellas de su creador.

Mientras Tarzán se acercaba a los *gryfs* imitó lo mejor que pudo recordar los métodos y actitudes de los tor-o-don, pero en el instante en que estuvo cerca de una de las enormes criaturas cayó en la cuenta de que su destino aún pendía en equilibrio, pues la cosa no hizo nada, ni amenazador

ni de otra índole. Se limitó a quedarse allí de pie, observándole con sus fríos ojos de reptil, y entonces Tarzán alzó su palo y con un amenazador *¡Whee-oo!* propinó al *gryf* un golpe sañudo en la cara.

La criatura hizo ademán de morder en su dirección, pero no le alcanzó, y luego se dio media vuelta y se alejó hoscamente, de la misma manera en que lo hizo cuando el tor-o-don lo montaba. Tarzán le dio la vuelta por detrás como había visto que hacía el peludo primer hombre, subió corriendo por la ancha cola y se sentó sobre el lomo de la criatura, y entonces, imitando de nuevo los actos del toro-don, lo azuzó con la punta afilada de su palo, obligándolo así a avanzar y guiándole con golpes, primero a un lado y luego al otro, se encaminó por la garganta en dirección al valle.

Al principio sólo tenía intención de determinar si lograba ejercer autoridad alguna sobre los grandes monstruos, comprendiendo que en esta posibilidad radicaba su única esperanza de escapar de sus carceleros. Pero una vez sentado en el lomo de su titánica montura, el hombre-mono experimentó una nueva emoción que le recordó el día, en su adolescencia, en que se había encaramado por vez primera a la ancha cabeza de Tantor, el elefante, y esto, junto con la sensación de dominio que siempre significaba carne y bebida para el señor de la jungla, le decidió a aplicar su recién adquirido poder con algún fin útil.

Consideró que Pan-at-lee debía de hallarse ya en lugar seguro o había encontrado la muerte. Al menos, él ya no podía hacer nada por ella, mientras que en la parte baja del Kor-ul-gryf, en el verde valle, se encontraba A-lur, la Ciudad de la luz, la cual, desde que había puesto los ojos en ella desde el lomo de Pastar-ul-ved, había sido su ambición y su meta.

Si sus relucientes muros guardaban o no el secreto de su compañera perdida no podía sino intuirlo, pero si ella vivía en el recinto de Pal-ul-don debía de encontrarse entre los ho-don, ya que los peludos hombres negros de su mundo olvidado no hacían prisioneros. Así pues, iría a A-lur, y ¿cómo hacerlo con más eficacia que a lomos de esta terrible criatura que las razas de Pal-ul-don tanto temían?

Un pequeño arroyuelo desciende desde el Kor-ul-gryf para unirse al pie de las montañas con el que vacía las aguas de Kor-ul-lul en el valle, formando un pequeño río que discurre hacia el sudoeste, penetrando finalmente en el lago de mayor tamaño del valle, en la ciudad de A-lur,

cuyo centro atraviesa la corriente. Un antiguo sendero, bien marcado por incontables generaciones de pies desnudos de hombres y bestias, conduce hacia A-lur, junto al río, y por éste guió Tarzán al *gryf*. Una vez fuera del bosque situado bajo la boca de la garganta, Tarzán vislumbró la ciudad de vez en cuando, reluciendo a lo lejos mucho más abajo de donde él se hallaba.

La región por la que pasaba resplandecía de desenfrenadas bellezas de verdor tropical. Espesas y exuberantes hierbas crecían hasta la cintura a ambos lados del sendero y el camino era interrumpido de vez en cuando por sectores de bosque como un parque, o quizá un pequeño sector de densa jungla donde los árboles formaban un arco sobre el camino y enredaderas trepadoras colgaban formando graciosas guirnaldas de rama en rama.

A veces al hombre-mono le costaba dominar a esta ingobernable bestia, pero al final su miedo al pinchazo del palo siempre la obligaba a obedecer. A última hora de la tarde, cuando se aproximaban a la confluencia de la corriente de agua que bordeaban con otra que parecía venir de la dirección de kor-ul-ja, el hombre-mono salió de uno de los sectores de jungla y descubrió a un grupo considerable de ho-don en la orilla opuesta. Simultáneamente, ellos le vieron a él y a la imponente criatura que montaba. Por un momento permanecieron quietos con los ojos llenos de asombro y luego, como respuesta a la orden de su jefe, se dieron la vuelta y echaron a correr en busca de refugio en el cercano bosque.

El hombre-mono sólo los vislumbró brevemente pero fue suficiente para ver que había unos waz-don con ellos, sin duda alguna prisioneros tomados en uno de los ataques a las aldeas de los waz-don de las que Taden y Om-at le habían hablado.

Al oír las voces, el *gryf* rugió de un modo terrorífico e inició una persecución, aunque un río se interponía entre ellos; pero mediante muchos golpes y mucho aguijonear a la bestia, Tarzán logró llevar al animal de nuevo al camino aunque después de ello, durante largo rato, estuvo más hosco e intratable que nunca.

A medida que el sol iba bajando, acercándose a la cima de las colinas occidentales, Tarzán se iba dando cuenta de que su plan para entrar en A-lur a lomos de un *gryf* probablemente estaba condenado al fracaso, ya que la terquedad de la gran bestia aumentaba por momentos, indudablemente debido al hecho de que su enorme estómago pedía comida. El hombre-

mono se preguntó si los tor-o-don disponían de algún medio para sujetar a sus bestias para pasar la noche, pero como él no lo sabía y no se le ocurrió ningún plan, decidió que debería confiar en la posibilidad de encontrarlo de nuevo por la mañana.

De pronto acudió a su mente una pregunta respecto a cuál sería su relación cuando Tarzán desmontara. ¿Volvería a ser la de cazador y presa, o el miedo al palo le permitiría conservar su supremacía sobre el instinto natural del carnívoro cazador? Tarzán se lo preguntó, pero como no podía quedarse para siempre sobre el *gryf*, y prefería desmontar y someter el asunto a una prueba final mientras aún era de día, decidió actuar enseguida.

No sabía cómo detener a la criatura, pues hasta ese momento su único deseo había sido estimularla a avanzar. Sin embargo, experimentando con su palo descubrió que podía hacer que se detuviera si se echaba hacia adelante y la golpeaba en el hocico. Cerca de allí crecía un grupo de árboles hojosos, en cualquiera de los cuales el hombre-mono Podría hallar refugio, pero se le ocurrió que si subía de inmediato a los árboles eso podía sugerir a la mente del *gryf* que la criatura que le había estado dominando le temía, con la consecuencia de que Tarzán volvería a ser prisionero del triceratops.

Así pues, cuando el *gryf* se detuvo Tarzán se deslizó al suelo, dio a la criatura un descuidado golpe en el flanco como para despedirse y se alejó con indiferencia. De la garganta de la bestia brotó un ruido sordo y, sin siquiera mirar a Tarzán, dio media vuelta y penetró en el río donde se quedó bebiendo durante largo rato.

Convencido de que el *gryf* ya no constituía una amenaza para él, el hombre-mono, azuzado por el hambre, cogió su arco, eligió un puñado de flechas y se puso en marcha con cautela en busca de comida, la prueba de cuya presencia en las proximidades le era transmitida por la brisa procedente del río.

Diez minutos más tarde había capturado a una presa, de nuevo uno de los ejemplares del antílope de Pal-ul-don, cuyas especies Tarzán conocía desde la infancia como Bara, el ciervo, ya que en el pequeño libro que había sido la base de su educación el dibujo de un ciervo había sido lo que más se parecía al antílope, desde el más grande al más pequeño.

Cortó una pata del animal y la escondió en un árbol cercano; luego se echó el resto del animal al hombro y regresó trotando al lugar donde había dejado al *gryf*: La gran bestia estaba saliendo del río cuando Tarzán, al verla, lanzó el extraño grito de los tor-o-don. La criatura miró en la

dirección del sonido emitiendo al mismo tiempo el sonido bajo con el que respondía a la llamada de su amo. Tarzán repitió dos veces su grito antes de que la bestia se le acercara lentamente, y cuando se encontró a pocos pasos le arrojó el cuerpo del ciervo, sobre el cual cayó la bestia con golosas fauces.

—Si algo lo mantendrá al alcance de la voz —musitó el hombre-mono cuando regresaba al árbol en el que había escondido su parte del animal muerto es saber que lo alimentaré.

Pero cuando hubo dado cuenta de su colación y se acomodó para pasar la noche entre las ramas oscilantes de su guarida, confiaba poco en que entraría en A-lur al día siguiente montando su prehistórico corcel.

Cuando Tarzán despertó, a primeras horas de la mañana siguiente, saltó con agilidad al suelo y se encaminó hacia el río. Se quitó las armas que llevaba encima y el taparrabo y entró en las frías aguas de la pequeña charca, y después de su refrescante baño regresó al árbol para desayunar otra ración de Bara, el ciervo, añadiendo a su comida frutas y bayas que crecían en abundancia en aquella zona.

Finalizada su comida buscó de nuevo tierra firme y lanzó el extraño grito que había aprendido por si atraía al *gryf*, pero aunque esperó algún tiempo y siguió llamando no hubo respuesta, y por fin se vio obligado a concluir que no volvería a ver a su magnífica montura del día anterior.

Así pues, se preparó para dirigirse a A-lur, basando su confianza en su conocimiento de la lengua de los ho-don, su gran fuerza y su ingenio natural.

Refrescado por la comida y el descanso, el viaje hacia A-lur, realizado en el frescor de la mañana junto a la orilla del río, le resultó en extremo delicioso. Aparte de las características físicas y mentales, había otras que le diferenciaban de sus compañeros de la jungla salvaje. No las menos importantes eran de índole espiritual, y una que sin duda era muy fuerte en su influencia sobre el amor de Tarzán por la jungla era la apreciación de la hermosura de la naturaleza. A los simios les gustaba más un gusano en un tronco podrido que toda la majestuosa grandeza de los gigantes del bosque que se balanceaban por encima de ellos. Las únicas bellezas que Numa reconocía eran las de su propia figura cuando desfilaba ante los ojos llenos de admiración de su compañera, pero en todas las manifestaciones del poder creativo de la naturaleza que Tarzán conocía apreciaba las bellezas.

Cuando se aproximaba a la ciudad el interés de Tarzán se centró en la

arquitectura de los edificios periféricos, que estaban tallados en la piedra caliza grisosa de lo que en otro tiempo había sido un grupo de colinas bajas, similares a las muchas cubiertas de hierba que salpicaban el valle en todas direcciones. La explicación de Ta-den de los métodos de construcción de casas de los ho-don daban cuenta de las formas y proporciones, a veces notables, de los edificios que, durante los siglos que debieron de ser precisos para su construcción, habían sido talladas en las colinas de piedra caliza, y los exteriores cincelados en las formas arquitectónicas que atrajeron al ojo de los constructores y seguían al mismo tiempo, toscamente, los contornos originales de las colinas en un evidente deseo de economizar mano de obra y espacio. La excavación de los aposentos de dentro se había guiado asimismo por la necesidad.

A medida que se iba acercando, Tarzán vio que los materiales de desecho de esas operaciones de construcción habían sido utilizados para construir muros exteriores en torno a cada edificio o grupo de edificios resultantes de un solo montículo, y más adelante se enteraría de que también se habían utilizado para llenar las desigualdades entre las colinas y la formación de calles pavimentadas en toda la ciudad, consecuencia, posiblemente, más de la adopción de un método fácil de deshacerse de las cantidades de piedra caliza quebrada que de una auténtica necesidad de pavimentación.

Había gente yendo de un lado a otro en la ciudad y en los estrechos salientes y terrazas que interrumpían las líneas de los edificios y que parecían una peculiaridad de la arquitectura ho-don, concesión, sin duda, a algún instinto inherente cuyo origen podía remontarse a los primeros progenitores que moraron en los riscos.

A Tarzán no le sorprendió que a poca distancia no despertara sospechas ni curiosidad en la mente de los que le veían, ya que, hasta que fuera posible un examen más detenido, en poco se diferenciaba de un nativo, ni en su configuración general ni en su color. Por supuesto, había formulado un plan de acción y, tras haberlo decidido, no vacilaba en llevarlo a la práctica.

Con la misma seguridad con que usted se aventuraría a ir por la calle principal de una ciudad vecina, Tarzán entró con grandes pasos en la ciudad ho-don de A-lur. La primera persona que descubrió su falsedad fue un niño pequeño que jugaba en la entrada con arco de uno de los edificios amurallados.

—¡No tiene cola! ¡No tiene cola! —gritó lanzándole una piedra, y entonces, de pronto, se quedó mudo y con los ojos muy abiertos al percibir que esta criatura era algo más que un simple guerrero ho-don que había perdido la cola. Ahogando un grito el niño se volvió y huyó dando gritos hacia el patio de su casa.

Tarzán siguió su camino, comprendiendo plenamente que se hallaba muy cerca el momento en que el destino de su plan quedaría decidido. No tuvo que esperar mucho, ya que en la siguiente vuelta de la sinuosa calle se dio de bruces con un guerrero ho-don. Vio la sorpresa en los ojos de este último, seguida al instante por una expresión de recelo; pero antes de que el tipo pudiera hablar Tarzán le abordó.

—Soy extranjero, de otra tierra —dijo—, querría hablar con Ko-tan, vuestro rey.

El tipo retrocedió un paso y se llevó la mano a su cuchillo.

—No hay extranjeros que crucen las puertas de A-lur —dijo— más que como enemigos o como esclavos.

—Yo no vengo ni como esclavo ni como enemigo —replicó Tarzán—. Vengo directamente de Jad-ben-Otho. ¡Mira! —y extendió las manos para que el ho-don viera lo muy diferentes que eran de las suyas, y después se dio media vuelta para que el otro viera que no tenía cola, pues en este hecho se basaba su plan, debido a que recordaba la discusión entre Ta-den y Om-at, en la que el waz-don afirmaba que Jad-ben-Otho tenía una larga cola mientras el ho-don estaba igualmente dispuesto a pelear por su creencia en la falta de cola de su dios.

Los ojos del guerrero se abrieron de par en par y una expresión de sobrecogimiento asomó en ellos, aunque teñida de sospecha.

—¡Jad-ben-Otho! —murmuró, y añadió—: Es cierto que no eres ni ho-don ni waz-don, y también es cierto que Jad-ben-Otho no tiene cola. Ven —dijo—, te llevaré a Ko-tan, pues éste es un asunto en el que ningún guerrero corriente puede interferir. Sígueme —y sin dejar de aferrar el mango de su cuchillo y mirando de reojo al hombre-mono le condujo a través de A-lur.

La ciudad cubría una extensa área. A veces había una considerable distancia entre grupos de edificios, y después volvían a estar juntos. Había numerosos grupos imponentes, tallados evidentemente de colinas más grandes, a menudo elevándose una altura de treinta metros o más. Mientras avanzaban se encontraron con numerosos guerreros y mujeres, todos los

cuales mostraban gran curiosidad por el extranjero, pero no hubo ningún intento de amenazarle cuando se descubría que era conducido al palacio del rey.

Por fin llegaron a un gran conjunto que se extendía en una área considerable, su cara occidental delantera de frente a un gran lago azul y evidentemente tallada en lo que en otra época había sido un risco natural. Este grupo de edificios estaba rodeado por un muro de considerable mayor altura que cualquiera que los que Tarzán había visto antes. Su guía le condujo a una entrada ante la cual esperaban una docena o más de guerreros que se habían puesto en pie y formaban una barrera ante la entrada cuando Tarzán y su grupo aparecieron tras la esquina del muro de palacio, pues para entonces ya había acumulado tal cantidad de curiosos que ofrecieron a los guardias el aspecto de una multitud formidable.

Una vez contada la historia del guía, Tarzán fue conducido al patio interior donde lo retuvieron mientras uno de los guerreros entraba en palacio, evidentemente con la intención de notificarle a Ko-tan su presencia. Quince minutos más tarde apareció un corpulento guerrero, seguido por otros varios, todos los cuales examinaron a Tarzán dando muestras de gran curiosidad mientras se acercaban.

El jefe del grupo se detuvo ante el hombre-mono.

—¿Quién eres? —preguntó—, ¿y qué quieres de Ko-tan, el rey?

—Soy amigo —respondió el hombre-mono— y he venido de la región de Jad-ben-Otho para visitar a Ko-tan de Pal-ul-don.

El guerrero y sus seguidores parecían impresionados. Tarzán se dio cuenta de que estos últimos susurraban entre sí.

—¿Cómo has venido hasta aquí —preguntó el portavoz— y qué quieres de Ko-tan? Tarzán se irguió.

—¡Basta! —exclamó—. ¿El mensajero de Jad-ben-Otho debe ser sometido al tratamiento dado a un waz-don errante? Llévame ante el rey enseguida o la ira de Jad-ben-Otho caerá sobre vosotros.

El hombre-mono se preguntaba hasta dónde le llevaría su injustificado alarde de seguridad en sí mismo, y esperaba con divertido interés el resultado de su petición. Sin embargo, no tuvo que esperar mucho, pues casi de inmediato la actitud de su interrogador cambió. Palideció, lanzó una mirada aprensiva hacia el cielo oriental y luego extendió su palma derecha hacia Tarzán, llevándose la izquierda al corazón en la señal de amistad que era común entre las gentes de Pal-ul-don.

Tarzán retrocedió enseguida como si se apartara de una mano profanadora, una fingida expresión de horror y disgusto en la cara.

—¡Para! —gritó—. ¿Te atreverías a tocar la sagrada persona del mensajero de Jad-ben-Otho? Sólo como señal especial de favor de Jad-ben-Otho puede el propio Ko-tan recibir ese honor de mí. ¡Deprisa! ¡Ya he esperado demasiado rato! ¡Qué clase de recepción los ho-don de A-lur ofrecen al hijo de mi padre!

Al principio Tarzán se había inclinado por adoptar el papel del propio Jad-ben-Otho, pero se le ocurrió que podría resultar embarazoso y una carga considerable estar obligado constantemente a retratar el carácter de un dios, pero con el creciente éxito de su plan, de pronto se le había ocurrido que la autoridad del hijo de Jad-ben-Otho sería mucho mayor que la de un mensajero corriente de un dios, mientras que al mismo tiempo le daría cierta libertad en sus actos y conducta, razonando el hombre-mono que un joven dios no sería contemplado tan estrictamente en cuestión de dignidad y porte como un dios más viejo y magnífico.

Esta vez el efecto de sus palabras fue inmediato y dolorosamente perceptible en todos los que se hallaban cerca de él. Todos retrocedieron, y el portavoz por poco no se desplomó de puro terror. Sus disculpas, cuando por fin la parálisis producida por el miedo le permitió expresarlas, fueron tan abyectas que el hombre-mono apenas pudo reprimir una sonrisa de divertido desdén.

—Ten piedad, O Dor-ul-Otho —suplicó— del pobre y viejo Dak-lot. Precédeme y te conduciré adónde Ko-tan, el rey, te espera, temblando. Apartaos, serpientes y alimañas —gritó empujando a sus guerreros a derecha e izquierda con el fin de formar un Pasillo para Tarzán.

—¡Ven! —gritó el hombre-mono perentoriamente—, guía el camino y deja que estos otros sigan.

El ahora absolutamente asustado Dak-lot hizo lo que le decía y Tarzán de los Monos fue conducido al interior del palacio de Ko-tan, rey de Pal-ul-don.

Se zambulló bajo la criatura y hundió su cuchillo en el viscoso vientre.

CAPÍTULO IX

ALTARES MANCHADOS DE SANGRE

LA ENTRADA a través de la cual echó su primer vistazo al interior estaba tallada bastante hermosamente con dibujos geométricos, y en el interior las paredes estaban tratadas de forma similar, aunque a medida que iba de un aposento a otro fue descubriendo también las figuras de animales, aves y hombres ocupando su lugar entre las figuras más formales del arte del decorador mural. Había una gran exhibición de vasijas de piedra así como ornamentos de oro y pieles de muchos animales, pero en ningún sitio vio indicación alguna de tejido, lo que daba a entender, que en ese aspecto al menos, los ho-don aún ocupaban un lugar bajo en la escala de la evolución, y sin embargo las proporciones y simetría de los corredores y aposentos señalaban cierta medida de civilización.

El camino ascendía a través de varios aposentos y largos corredores, al menos tres tramos de escaleras de piedra y finalmente a un rellano en la cara occidental del edificio que daba al lago azul. A lo largo de este rellano, o arcada, su guía le condujo unos cien metros y se detuvo ante una ancha entrada que conducía a otro aposento del palacio.

Aquí Tarzán vio un número considerable de guerreros en un enorme aposento, cuyo techo abovedado se hallaba a unos buenos quince metros del suelo. Casi llenando la cámara había una gran pirámide que ascendía en anchos escalones hasta debajo de la cúpula en la que un número de aberturas redondas dejaban entrar la luz. Los escalones de la pirámide estaban ocupados por guerreros hasta el pináculo mismo, en el cual permanecía sentada la figura imponente de un hombre cuyos adornos dorados brillaban a la luz del sol de la tarde, del cual un rayo penetraba por las pequeñas aberturas de la cúpula.

—¡Ko-tan! —gritó Dak-lot dirigiéndose a la resplandeciente figura del pináculo de la pirámide—. ¡Ko-tan y guerreros de Pal-ul-don! Mirad el honor que Jad-ben-Otho os ha hecho enviando como mensajero a su propio

hijo —y Dak-lot, haciéndose a un lado, señaló a Tarzán con un exagerado gesto de la mano.

Ko-tan se puso en pie y todos los guerreros que estaban a la vista estiraron el cuello para ver mejor al recién llegado. Los que se encontraban en el lado opuesto de la pirámide se agolparon en la parte delantera cuando les llegó el rumor del viejo guerrero. La expresión de la mayoría de los rostros era de escepticismo; pero el suyo era un escepticismo teñido de cautela. Fuera cual fuere el lado por el que saltara la fortuna, ellos deseaban estar en el lado correcto de la valla. Por un momento todos los ojos estuvieron centrados en Tarzán y luego, poco a poco, se dirigieron a Ko-tan, pues por su actitud recibirían la indicación de cuál debía ser la suya. Pero Ko-tan estaba a todas luces en el mismo dilema que ellos (la actitud de su cuerpo lo indicaba) y era de indecisión y duda.

El hombre-mono se mantenía erguido, los brazos cruzados sobre su ancho pecho, una expresión de arrogante desdén en su bello rostro; pero para Dak-lot había también en él indicios de creciente ira. La situación se iba haciendo tensa. Dak-lot se agitaba nervioso, lanzando miradas aprensivas a Tarzán y otras suplicantes a Ko-tan. Un silencio sepulcral envolvía la gran cámara del trono de Pal-ul-don.

Por fin Ko-tan habló.

—¿Quién dice que es Dor-ul-Otho? —preguntó, lanzando una mirada terrible a Dak-lot.

—¡Él lo dice! —casi gritó el aterrado noble.

—¿Y por eso debe ser verdad? —preguntó Ko-tan.

¿Podía ser que hubiera indicios de ironía en el tono del jefe? ¡Que Otho no lo permitiera! Dak-lot echó una mirada de reojo a Tarzán, una mirada con intención de que transmitiera la seguridad de su propia fe, pero que sólo logró indicar al hombre-mono el lastimoso terror del otro.

—¡Oh Ko-tan! —suplicó Dak-lot—, tus propios ojos deben convencerte de que en verdad es el hijo de Otho. Mira su figura divina, sus manos y sus pies, que no son como los nuestros, y carece por completo de cola como su poderoso padre.

Ko-tan pareció percibir esos hechos por primera vez y hubo una indicación de que su escepticismo empezaba a flaquear. En ese momento un joven guerrero, que se había abierto paso desde el otro lado de la pirámide hasta donde pudo ver bien a Tarzán, alzó la voz.

—¡Ko-tan —gritó—, debe de ser como Dak-lot dice, pues estoy seguro

ahora de que he visto antes a Dor-ul-Otho! Ayer, cuando regresábamos con los prisioneros de Kor-ul-lul, le vimos sentado a lomos de un gran *gryf*. Nos escondimos en el bosque antes de que se acercara demasiado, pero vi lo suficiente para estar seguro de que el que montaba la gran bestia no era otro que el mensajero que ahora está ahí de pie.

Esto pareció suficiente para convencer a la mayoría de los guerreros de que realmente se hallaban en presencia de la deidad; sus rostros demostraban claramente, así como una repentina modestia que les hizo encogerse detrás de sus vecinos. Como sus vecinos intentaban hacer lo mismo, el resultado fue que desaparecieron los que se hallaban más cerca del hombre-mono, hasta que los escalones de la pirámide situados directamente enfrente de él quedaron vacíos hasta la misma cumbre. Ko-tan, posiblemente influido tanto por la actitud temerosa de sus seguidores como por la evidencia presentada, alteró su tono y su actitud de modo que concordara con las exigencias (si el extraño era en verdad el Dor-ul-Otho), mientras dejaba a su dignidad una vía de escape en caso de que fuese un impostor.

—Si de verdad eres el Dor-ul-Otho —dijo, dirigiéndose a Tarzán—, sabrás que nuestras dudas eran naturales, ya que no hemos recibido ninguna señal de Jad-ben-Otho que indicara que tenía intención de concedernos tan gran honor; además ¿cómo podíamos saber que el Gran Dios tenía un hijo? Si tú lo eres, todo Pal-ul-don se alegra de honrarte; si no lo eres, veloz y terrible será el castigo a tu temeridad. Yo, Ko-tan, rey de Pal-ul-don, he hablado.

—Y has hablado bien, como debe hablar un rey que teme y honra al dios de su pueblo —dijo Tarzán, rompiendo su largo silencio— que teme y honra al dios de su pueblo. Está bien que insistas en saber que realmente soy el Dor-ul-Otho antes de rendirme el tributo que se me debe. Jad-ben-Otho me encargó especialmente que averiguara si eras apto para gobernar a su pueblo. La primera experiencia que tengo de ti indica que Jad-ben-Otho eligió bien cuando insufló el espíritu de un rey en el bebé que tu madre amamantaba.

El efecto de esta declaración, expresada de modo informal, fue evidente en las expresiones y susurros excitados de la sobrecogida asamblea. ¡Al fin sabían cómo se hacía uno rey! ¡Era decidido por Jad-ben-Otho mientras el candidato aún era un lactante! ¡Qué maravilla! ¡Un milagro! Y esta criatura divina ante cuya presencia se hallaban lo sabía todo. Indudablemente, él

incluso hablaba de estos asuntos a diario con su dios. Si antes había algún ateo entre ellos, o un agnóstico, ahora no había ninguno, pues ¿no habían visto con sus propios ojos al hijo de dios?

—Está bien, pues —prosiguió el hombre-mono—, que os aseguréis de que no soy un impostor. Acercaos y veréis que no soy como los hombres. Además, no está bien que os encontréis a un nivel más elevado que el hijo de vuestro dios. —Se produjo un repentino revuelo para llegar a la planta de la sala del trono; Ko-tan no estaba lejos, detrás de sus guerreros, aunque consiguió conservar cierta dignidad majestuosa cuando descendió los anchos escalones que en el transcurso de los siglos incontables pies desnudos habían pulido hasta formar una reluciente superficie lisa—. Y ahora —prosiguió Tarzán cuando el rey se halló ante él—, puedes disipar toda duda de que no soy de la misma raza que vosotros. Vuestros sacerdotes os han dicho que Jad-ben-Otho no tiene cola. Por lo tanto, sin cola ha de ser la raza de los dioses que nacen de él. ¡Pero ya basta de pruebas como éstas! Conocéis el poder de Jad-ben-Otho; que sus rayos que rasgan los cielos traen la muerte si él lo desea; que las lluvias vienen cuando él lo ordena, y las frutas y las bayas y los granos, las hierbas, los árboles y las flores brotan a su divina voluntad; habéis presenciado el nacimiento y la muerte, y los que honran a su dios le honran porque controla estas cosas. ¿Qué suerte correrá entonces un impostor que afirme ser el hijo de este dios todopoderoso? Ésta es la prueba que exigís, pues igual que caería sobre vosotros si me negarais, así caería sobre el que reclamara indebidamente cualquier parentesco con él.

Esta línea de argumentos era imposible de refutar, tenía que convencerles. No podía dudarse de las afirmaciones de esta criatura sin admitir, tácitamente, la falta de fe en la omnipotencia de Jad-ben-Otho. Ko-tan estaba complacido de recibir a una deidad, pero de qué forma debía agasajarlo era bastante difícil de saber. Su concepción de dios era un asunto más bien ambiguo y confuso, aunque tenía en común con todos los pueblos primitivos el que su dios era un dios personal, como lo eran sus diablos y demonios. Suponía que los placeres de Jad-ben-Otho eran los mismos de que él gozaba, pero desprovistos de cualquier reacción desagradable. Por lo tanto, se le ocurrió que al Dor-ul-Otho se le podía agasajar comiendo; comiendo grandes cantidades de todo lo que a Ko-tan más le gustaba y que había encontrado más perjudicial, y también estaba una bebida que las mujeres de los ho-don elaboraban dejando macerar maíz en los jugos de

suculentas frutas, a las que se añadían otros ingredientes que ellas conocían. Ko-tan sabía por experiencia que un solo trago de este fuerte licor traerla felicidad y alejaría la tristeza, mientras varios harían que incluso un rey hiciera y disfrutara de cosas que ni siquiera se le ocurriría hacer o disfrutar si no se hallara bajo la influencia mágica de la poción, pero, lamentablemente, la mañana siguiente traía sufrimiento en proporción directa a la alegría del día anterior. Un dios, razonó Ko-tan, experimentarla todos los placeres sin la resaca, pero para el presente inmediato debía pensar en las necesarias dignidades y en los honores que había que conceder a su huésped inmortal.

Ningún pie aparte del del rey había tocado la superficie de la cúspide de la pirámide en la sala del trono de A-lur durante las olvidadas eras en las que los reyes de Pal-ul-don gobernaban desde su eminencia. Así que ¿qué mayor honor podía ofrecer Ko-tan que darle un lugar a su lado al Dor-ul-Otho? Y así invitó a Tarzán a ascender la pirámide y a ocupar su lugar en el banco de piedra que lo coronaba. Cuando llegaron al escalón situado bajo el sagrado pináculo, Ko-tan continuó como si fuera a subir a su trono, pero Tarzán le detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Nadie puede sentarse al mismo nivel que los dioses —amonestó, adelantándose con paso seguro y sentándose en el trono. Ko-tan, avergonzado, mostró su turbación, una turbación que temía expresar por si incurría en la ira del rey de reyes.

—Pero un dios puede honrar a su leal sirviente —añadió Tarzán—, invitándole a situarse a su lado. Ven, Ko-tan; así te honro yo en nombre de Jad-ben-Otho.

La estrategia del hombre-mono se basaba en un intento, no sólo de despertar el respeto temeroso de Ko-tan sino de hacerlo sin que se convirtiera en un enemigo acérrimo, pues no sabía cuán fuerte era el sentimiento religioso de los ho-don, ya que desde la época en que había impedido que Ta-den y Om-at discutieran por una diferencia religiosa el tema había sido absoluto tabú entre ellos. Por tanto, no le costó reparar en el evidente aunque silencioso resentimiento de Ko-tan ante la sugerencia de que cediera por completo su trono a su invitado. En conjunto, sin embargo, el efecto había sido satisfactorio según evidenciaba la renovada muestra de temor reverente exhibido en el semblante de los guerreros.

A instancias de Tarzán, el asunto de la corte prosiguió donde su llegada lo había interrumpido. Consistía principalmente en el ajuste de disputas

entre guerreros. Había uno situado en el escalón inmediatamente inferior al trono y que, como aprendería Tarzán más adelante, era el lugar reservado para los altos jefes de las tribus aliadas que formaban el reino de Ko-tan. El que atrajo la atención de Tarzán era un fornido guerrero de potente fisico y grandes facciones aleonadas. Se estaba dirigiendo a Ko-tan por un asunto que es tan viejo como el gobierno y que seguirá en inexorable importancia hasta que el hombre deje de existir. Se refería a una disputa por los límites con uno de sus vecinos.

El asunto mismo tenía poco o ningún interés para Tarzán, pero estaba impresionado por el aspecto del que hablaba, y cuando Ko-tan se dirigió a él como Ja-don el interés del hombre-mono quedó cristalizado para siempre, pues Ja-don era el padre de Ta-den. Que ese conocimiento le beneficiara de algún modo parecía una posibilidad muy remota, ya que no podía revelar a Ja-don sus relaciones amistosas con su hijo sin admitir la falsedad de su afirmación de ser dios.

Cuando los asuntos de la audiencia finalizaron, Ko-tan sugirió que el hijo de Jad-ben-Otho tal vez deseara visitar el templo en el que se realizaban los ritos religiosos de adoración al Gran Dios. El hombre-mono fue conducido por el propio rey, seguidos por los guerreros de su corte, a través de los corredores de palacio, hacia el extremo norte del grupo de edificios del recinto real.

El templo formaba parte del palacio y era de arquitectura similar. Había varios lugares ceremoniales de tamaños diversos, cuya finalidad Tarzán sólo podía conjeturar. Cada uno tenía un altar en el extremo oeste y otro en el este y tenían forma ovalada, cuyo diámetro más largo iba de este a oeste. Cada uno estaba excavado en la cima de una pequeña loma y todos carecían de tejado. Los altares occidentales estaban formados por un solo bloque de piedra sobre los que se había excavado una cavidad oblonga. Los que estaban situados en los extremos orientales eran bloques de piedra similares con la parte superior plana y ésta, a diferencia de las de los extremos opuestos de los óvalos, invariablemente estaban manchadas o pintadas de un color marrón rojizo; Tarzán no tuvo necesidad de examinarlas de cerca para identificar de lo que su aguzado olfato ya le había anunciado: las manchas marrones eran restos de sangre humana.

Debajo de estas salas del templo había corredores y aposentos que se adentraban en los intestinos de las colinas, pasadizos oscuros y lóbregos que Tarzán vislumbró mientras era guiado de un lugar a otro en este

recorrido de inspección del templo. Ko-tan había enviado un mensajero para anunciar la visita del hijo de Jad-ben-Otho, con el resultado de que les acompañaba una considerable procesión de sacerdotes cuya señal de profesión que los distinguía parecía consistir en unos grotescos tocados; a veces rostros horribles tallados en madera y que ocultaban por completo el semblante de quien los llevaba, o a veces la cabeza de una bestia salvaje colocada de forma ingeniosa sobre la cabeza del hombre. Sólo el sumo sacerdote no llevaba semejante tocado. Era un anciano de ojos astutos y juntos y una boca de labios finos con expresión de crueldad.

Al verle Tarzán comprendió que ahí radicaba el mayor peligro de su farsa, pues vio enseguida que el hombre era contrario a él y sus pretensiones, y también sabía que, de todas las personas de Pal-ul-don, el sumo sacerdote era el que con más probabilidad albergaba la mayor estimación hacia Jad-ben-Otho, y, por lo tanto, miraría con recelo al que afirmara ser el hijo de un dios fabuloso.

Por muchos recelos que se escondieran en su ingeniosa mente, Lu-don, el sumo sacerdote de A-lur, no cuestionó abiertamente el derecho de Tarzán al título de Dor-ul-Otho, y quizá le frenaran las mismas dudas que al principio habían frenado a Ko-tan y a sus guerreros, la duda que existe en el fondo de la mente de todos los blasfemos y que se basa en el miedo de que, después de todo, exista un dios. Así que, de momento, al menos, Lu-don fue a la segura. Sin embargo, Tarzán sabía tan bien como si el hombre hubiera expresado en voz alta sus pensamientos más íntimos que en el corazón del sumo sacerdote existía la idea de desvelar su impostura.

A la entrada del templo, Ko-tan dejó que Lu-don guiara al invitado y este último condujo a Tarzán por las partes del templo que deseaba que viera. Le mostró la gran sala donde se guardaban las ofrendas votivas, regalos de los jefes bárbaros de Pal-ul-don y de sus seguidores. El valor de estas cosas iba desde frutos secos a grandes vasijas de oro, de modo que en el gran almacén principal y sus cámaras contiguas y corredores había una acumulación de riqueza que asombró incluso a los ojos del poseedor del secreto de las arcas del tesoro de Opar.

En el templo había un ir y venir de lustrosos esclavos waz-don negros, fruto de los ataques ho-don en las aldeas de sus vecinos menos civilizados. Cuando pasaron por delante de la entrada enrejada a un oscuro corredor, Tarzán vio en su interior una gran compañía de pitecántropos de todas las edades y de ambos sexos, ho-don así como waz-don, la mayoría de ellos en

cuclillas sobre el suelo de piedra en actitudes de completo abatimiento mientras otros paseaban de un lado a otro, con la desesperación grabada en sus facciones.

—¿Y quiénes son esos infelices de ahí? —preguntó a Lu-don.

Era la primera pregunta que formulaba al sumo sacerdote desde que habían entrado en el templo, y al instante lamentó haberla formulado, pues Lu-don se volvió a él con una expresión de recelo mal disimulada.

—¿Quién debería saberlo mejor que el hijo de Jad-ben-Otho? —replicó.

—Las preguntas de Dor-ul-Otho no se responden impunemente con otra pregunta —dijo el hombre-mono con calma—, y quizás interese a Lu-don, el sumo sacerdote, saber que la sangre de un falso sacerdote en el altar de su templo no es desagradable a los ojos de Jad-ben-Otho.

Lu-don palideció cuando respondió la pregunta de Tarzán.

—Son las ofrendas cuya sangre debe refrescar los altares orientales cuando el sol vuelva a tu padre al finalizar el día.

—¿Y quién te dice —preguntó Tarzán— que complacerá a Jad-ben-Otho que esta gente sea asesinada sobre sus altares? ¿Y si estáis confundidos?

—Entonces incontables miles han muerto en vano —respondió Lu-don.

Ko-tan y los guerreros y sacerdotes que estaban cerca escuchaban con atención el diálogo. Algunas de las pobres víctimas de detrás de la entrada con barrotes habían oído y se habían levantado y apretado a la barrera que cada día, antes de la puesta del sol, era cruzada por uno de ellos para no regresar jamás.

—¡Liberadlos! —gritó Tarzán señalando con la mano hacia las víctimas de una cruel superstición—, pues puedo deciros en el nombre de Jad-ben-Otho que estáis equivocados.

CAPÍTULO X

EL JARDÍN PROHIBIDO

LU-DON palideció.

—Es un sacrilegio —exclamó—; durante incontables siglos los sacerdotes del Gran Dios han ofrecido cada noche una vida al espíritu de Jad-ben-Otho cuando regresaba bajo el horizonte occidental a su amo, y nunca el Gran Dios ha dado muestras de que le desagradara.

—¡Basta! —ordenó Tarzán—. Es la ceguera de los sacerdotes que no ha sabido interpretar los mensajes de su dios. Tus guerreros mueren bajo los cuchillos y los garrotes de los waz-don; tus cazadores son tomados por *ja* y *jato*; no transcurre un día sin que se produzca la muerte de unos pocos o de muchos en las aldeas de los ho-don, y una muerte cada día de los que mueren son el precio que Jad-ben-Otho ha impuesto por las vidas que tomáis en el altar oriental. ¿Qué mayor muestra de su desagrado podrías pedir, estúpido sacerdote?

Lu-don permaneció en silencio. En su interior bramaba un gran conflicto entre su miedo de que realmente éste fuera el hijo de dios y su esperanza de que no lo fuera, pero al fin el miedo venció y el sumo sacerdote inclinó la cabeza.

—El hijo de Jad-ben-Otho ha hablado —dijo, y volviéndose a uno de los sacerdotes inferiores añadió—: Quitad los barrotes y devolved esa gente al lugar de donde procede.

El que había recibido la orden la cumplió y cuando los barrotes fueron retirados los prisioneros, plenamente conscientes del milagro que les había salvado, se precipitaron hacia la salida y se hincaron de rodillas ante Tarzán, alzando la voz para mostrarle su agradecimiento.

Ko-tan estaba casi tan sorprendido como el sumo sacerdote por esta despiadada abolición de un secular rito religioso.

—Pero ¿qué podemos hacer que complazca a Jad-ben-Otho? —exclamó lanzando una mirada de perpleja aprensión hacia el hombre-mono.

—Si quieres complacer a tu dios —respondió—, coloca en tus altares comida y atavíos que serán bien recibidos en la ciudad de tu pueblo. Estas cosas serán la bendición de Jad-ben-Otho, cuando las distribuyas entre aquellos de la ciudad que más lo necesiten. Tus almacenes están llenos de estas cosas, como he visto con mis propios ojos, y os traerán otros regalos cuando los sacerdotes digan a la gente que de este modo encuentran el favor de su dios —y Tarzán se volvió e indicó que abandonaría el templo.

Cuando salían del recinto dedicado al culto de su deidad, el hombre-mono se fijó en un edificio pequeño pero muy ornado, situado enteramente aparte de los demás como si hubiera sido cortado de un pequeño pináculo de piedra caliza que sobresalía entre los demás. Cuando lo recorrió su mirada interesada, observó que había barrotes en la puerta y las ventanas.

—¿A qué fin está destinado ese edificio? —preguntó a Lu-don—. ¿A quién mantenéis prisionero ahí?

—No es nada —respondió nervioso el sumo sacerdote—, allí no hay nadie. El lugar está vacío. En otro tiempo fue utilizado pero ahora hace muchos años que no —y se encaminó hacia la entrada que conducía al palacio. Allí, él y los sacerdotes se detuvieron mientras Tarzán con Ko-tan y sus guerreros salían del sagrado recinto del templo.

La única pregunta que Tarzán habría hecho no se atrevía a hacerla, pues sabía que en el corazón de muchos residía una sospecha en cuanto a su autenticidad, pero decidió que antes de dormirse plantearía la cuestión a Ko-tan, o directa o indirectamente, de si había, o había habido recientemente, dentro de la ciudad de A-lur, una hembra de la misma raza que él.

Mientras les era servida la comida de la noche en el salón de banquetes del palacio de Ko-tan, por unos esclavos negros sobre cuyas espaldas recaía la carga de todas las tareas pesadas y secundarias de la ciudad, Tarzán observó que acudía a los ojos de uno de los esclavos lo que aparentemente era una expresión de sorprendido reconocimiento cuando miró al hombre-mono por primera vez. Y de nuevo, más tarde, vio que el tipo susurraba algo a otro esclavo y hacía una seña afirmativa con la cabeza en su dirección. El hombre-mono no recordaba haber visto nunca a este waz-don y estaba confundido en cuanto al motivo del interés del esclavo por él, y olvidó el incidente.

Ko-tan se quedó sorprendido e interiormente disgustado cuando descubrió que su invitado divino no tenía deseos de atracarse de rica

comida y que ni siquiera quería probar el vil brebaje de los ho-don. Para Tarzán el banquete fue un asunto desalentador y pesado, ya que tan grande era el interés de los anfitriones por atracarse de comida y bebida que no tenían tiempo para conversar, siendo los únicos sonidos vocales un continuo gruñir que, junto con sus modales en la mesa, recordaron a Tarzán una visita que en una ocasión efectuó al famoso ganado Berkshire de su alteza el duque de Westminster, en Woodhouse, Chester.

Uno a uno los comensales sucumbieron a los efectos del licor, y los gruñidos dieron paso a los ronquidos, por lo que entonces Tarzán y los esclavos fueron las únicas criaturas conscientes en el salón de banquetes.

El hombre-mono se puso en pie y se volvió a un negro alto que estaba de pie detrás de él.

—Quiero dormir —dijo—, acompáñame a mi aposento.

Mientras el tipo le conducía fuera de la sala el esclavo que antes había mostrado sorpresa al verle volvió a hablar largamente con uno de sus compañeros. El último lanzó una mirada semiasustada en dirección al hombre-mono, que ya se iba.

—Si estás en lo cierto —dijo—, deberían recompensarnos con nuestra libertad; pero si estás equivocado, oh Jad-ben-Otho, ¿cuál será nuestro destino?

—¡Pero no me equivoco! —exclamó el otro.

—Entonces sólo hay una persona a quien decírselo, porque he oído que tenía aspecto agrio cuando este Dor-ul-Otho ha sido llevado al templo, y que mientras el llamado hijo de Jad-ben-Otho estaba allí ha dado a éste motivos para temerle y odiarle. Me refiero a Lu-don, el sumo sacerdote.

—¿Le conoces? —preguntó el otro esclavo.

—He trabajado en el templo —respondió su compañero.

—Entonces, ve a verle enseguida y díselo, pero asegúrate de que quede clara la promesa de nuestra libertad a cambio de la prueba.

Y así un waz-don negro llegó a la puerta del templo y pidió ver a Lu-don, el sumo sacerdote, por un asunto de gran importancia. Pese a que era una hora tardía Lu-don le recibió y, cuando hubo oído la historia, les prometió a él y a su amigo no sólo su libertad sino una recompensa si podían demostrar que lo que afirmaban era cierto.

Mientras el esclavo hablaba con el sumo sacerdote en el templo de A-lur, la figura de un hombre andaba a tientas por el reborde de Pastar-ul-ved

y la luz de la luna se reflejaba en el reluciente cañón de un Enfield que llevaba atado a la espalda desnuda, y los cartuchos de latón enviaban diminutos rayos de luz reflejado desde sus pulidas cápsulas que colgaban en las bandoleras que cruzaban los anchos hombros tostados y la magra cintura.

El guía de Tarzán le condujo a una cámara que daba al lago azul, donde encontró una cama similar a la que había visto en las aldeas de los waz-don, una simple tarima de piedra sobre la que había amontonada una gran cantidad de pellejos. Se tumbó Para dormir, quedando el asunto que más deseaba solucionar sin preguntar ni responder.

Cuando llegó el nuevo día estaba despierto y vagaba por el palacio y los jardines de palacio antes de que los moradores dieran señales de vida, aparte de los esclavos. Después tropezó con un recinto cerrado situado casi en el centro de los jardines de palacio, rodeado por un muro que despertó la curiosidad del hombre-mono, porque estaba decidido a investigar todo lo posible de todas las partes del palacio y sus alrededores.

Este lugar, fuera lo que fuere, aparentemente carecía de puertas o ventanas, pero que se hallaba al menos en parte sin tejado era evidente porque se veían las ramas oscilantes de un árbol que se extendían por encima del muro situado cerca de él. Como no encontró otro medio de acceder a él, el hombre-mono desenrolló su cuerda, la lanzó sobre la rama del árbol que se proyectaba más allá del muro y pronto estuvo trepando con la facilidad de un mono.

Arriba encontró que el muro rodeaba un jardín en el que crecían árboles, arbustos y flores en alborotada profusión. Sin esperar a averiguar si el jardín se hallaba vacío o contenía ho-don, waz-don o bestias salvajes, Tarzán se dejó caer con ligereza al césped del interior y, sin mayor pérdida de tiempo, inició una investigación sistemática del recinto.

Su curiosidad se avivó al comprobar que aquel lugar no era para uso general, ni siquiera para los que tenían libre acceso a otras partes del recinto del palacio y por tanto, añadido a sus bellezas naturales, estaba la ausencia de mortales, lo que hacía su exploración mucho más tentadora para Tarzán, ya que sugería que en ese lugar cabía la esperanza de tropezarse con el objeto de su larga y difícil búsqueda.

En el jardín había pequeñas corrientes de agua artificiales y pequeñas charcas, flanqueadas por arbustos floridos, como si todo hubiera sido

diseñado por la astuta mano de algún maestro jardinero, tan fielmente reproducía las bellezas y contornos de la naturaleza a una escala en miniatura.

La superficie interior del muro representaba los riscos blancos de Pal-ul-don, rotos ocasionalmente por pequeñas réplicas de las gargantas llenas de vegetación del original.

Lleno de admiración y disfrutando cabalmente cada nueva sorpresa que la escena le ofrecía, Tarzán recorrió lentamente el jardín y, como siempre, lo hizo en silencio. Al pasar por una jungla en miniatura llegó a una pequeña zona de césped tachonada de flores, y al mismo tiempo vio ante él la primera hembra ho-don que encontraba desde que entrara en palacio. Una joven y hermosa mujer se hallaba en el centro de este pequeño espacio abierto, acariciando la cabeza de un pájaro al que sostenía contra su peto dorado con una mano. Estaba de perfil y el hombre-mono vio que, según los modelos de cualquier región, se la habría considerado más que encantadora.

Sentada en el césped a sus pies, de espaldas a él, había una esclava waz-don. Al ver que la hembra que buscaba no se encontraba allí, y temeroso de que se diera la alarma si era descubierto por las dos mujeres, Tarzán retrocedió para esconderse en el follaje, pero antes de lograrlo la muchacha ho-don se volvió rápidamente hacia él como advertida de su presencia por ese sentido sin nombre, cuyas manifestaciones nos resultan más o menos familiares a todos.

Al verle, sus ojos reflejaron sólo sorpresa, pues no había terror en ellos ni se puso a chillar, y ni siquiera elevó su voz bien modulada cuando se dirigió a él.

—¿Quién eres —preguntó— que te atreves a entrar así en el Jardín Prohibido?

Al oír la voz de su ama, la esclava se volvió enseguida y se puso en pie.

—¡Tarzán-jad-guru! —exclamó en un tono mezclado de asombro y alivio.

—¿Le conoces? —preguntó su ama volviéndose a la esclava y dando a Tarzán la oportunidad de llevarse un dedo a los labios para que Pan-at-lee no le traicionara, pues en verdad se trataba de Pan-at-lee, no menos una sorpresa para él de lo que su presencia era para ella.

Así interrogada por su ama y advertida simultáneamente por Tarzán de que guardara silencio, Pan-at-lee se quedó un momento en silencio y luego,

buscando una forma de salir de su dilema, dijo:

—Creía… —vaciló—, pero no, me he confundido. Creía que era alguien a quien había visto antes, cerca del Kor-ul-gryf.

La ho-don miró primero a uno y luego al otro con expresión de duda e interrogación en sus ojos.

—Pero no me has respondido —prosiguió entonces—, ¿quién eres?

—Entonces ¿no te has enterado —preguntó Tarzán— del visitante que llegó ayer a la corte de tu rey?

—¿Quieres decir —exclamó— que eres el Dor-ul-Otho?

Y ahora los ojos que hasta entonces mostraban dudas reflejaron nada más que temor reverencial.

—Yo soy —respondió Tarzán—. ¿Y tú?

—Soy O-lo-a, hija de Ko-tan, el rey —respondió la joven.

Así que ésta era O-lo-a, por cuyo amor Ta-den había preferido el exilio al sacerdocio. Tarzán se acercó más a la preciosa princesa bárbara.

—Hija de Ko-tan —repitió él—. Jad-ben-Otho está satisfecho contigo y, como muestra de su favor, ha preservado para ti a través de muchos peligros aquél a quien amas.

—No entiendo —dijo la muchacha, pero el sonrojo que acudió a sus mejillas traicionaba sus palabras—. Bu-lat es un invitado del palacio de Ko-tan, mi padre. No sé que haya afrontado ningún peligro. Es con Bu-lat con quien estoy prometida.

—Pero no es Bu-lat a quien amas —dijo Tarzán.

De nuevo se sonrojó la muchacha y medio volvió el rostro.

—¿He disgustado al Gran Dios? —preguntó.

—No —respondió Tarzán—, como te he dicho, él está satisfecho y ha conservado a Ta-den para ti.

—Jad-ben-Otho lo sabe todo —susurró la muchacha—, y su hijo comparte su gran conocimiento.

—No —se apresuró a corregir Tarzán por miedo a que su reputación de omnisciencia le pusiera en un compromiso—. Sólo sé lo que Jad-ben-Otho desea que sepa.

—Pero dime —dijo ella—, ¿me reuniré con Ta-den? Seguro que el hijo de dios puede ver el futuro.

El hombre-mono se alegró de haber dejado una vía de escape.

—No sé nada del futuro —replicó—, sólo lo que Jad-ben-Otho me cuenta. Pero creo que no tienes que temer por el futuro si permaneces fiel a

Ta-den y a los amigos de Ta-den.

—¿Le has visto? —preguntó O-lo-a—. Dime, ¿dónde está?

—Sí —respondió Tarzán—, le he visto. Estaba con Om-at, el *gund* de Kor-ul-ja.

—¿Prisionero de los waz-don? —interrumpió la muchacha.

—No prisionero_ sino invitado de honor —respondió el hombre-mono —. Espera —exclamó, alzando el rostro hacia el cielo—, no hables. Estoy recibiendo un mensaje de Jad-ben-Otho, mi padre.

Las dos mujeres se hincaron de rodillas y se cubrieron la cara con las manos, presas de sobrecogimiento al pensar en la imponente proximidad del Gran Dios.

Entonces Tarzán tocó a O-lo-a en el hombro.

—Levántate —dijo—, Jad-ben-Otho ha hablado. Me ha dicho que esta esclava es de la tribu de Kor-ul-ja, donde se encuentra Ta-den, y que está prometida con Om-at, su jefe. Se llama Pan-at-lee.

O-lo-a se volvió a Pan-at-lee con aire interrogador. Esta última hizo un gesto de asentimiento, incapaz su mente simple de determinar si ella y su ama eran víctimas de una colosal burla.

—Es como él dice —susurró.

O-lo-a cayó de rodillas y tocó con la frente los pies de Tarzán.

—Grande es el honor que Jad-ben-Otho ha hecho a esta pobre sierva —exclamó—. Llévale mis pobres gracias por la felicidad que ha traído a O-lo-a.

—Complacería a mi padre —dijo Tarzán— que te ocuparas de que Pan-at-lee sea devuelta sana y salva a la aldea de su gente.

—¿Qué le importa a Jad-ben-Otho una hembra como ella? —preguntó O-lo-a, con un leve asomo de arrogancia en su tono.

—No hay más que un solo dios —respondió Tarzán, y es el dios de los waz-don así como de los ho-don: de las aves y de las bestias, de las flores y de todo lo que crece en la tierra o bajo las aguas. Si Pan-at-lee actúa bien, es mayor a los ojos de Jad-ben-Otho de lo que sería la hija de Ko-tan si ésta actuara mal.

Era evidente que O-lo-a no entendió muy bien esta interpretación del favor divino, tan contraria a las enseñanzas que daba el sacerdocio de su pueblo. En un aspecto coincidían las enseñanzas de Tarzán con las creencias de ella: que sólo había un dios. En cuanto al resto, siempre le habían enseñado que era solamente dios de los ho-don en todos los

sentidos, y que las otras criaturas habían sido creadas por Jad-ben-Otho para servir a algún propósito útil en beneficio de la raza ho-don. Y que ahora el hijo de dios le dijera que ella no gozaba de más alta estima divina que la doncella negra que tenía a su lado, resultó un duro golpe para su orgullo, su vanidad y su fe. Pero ¿quién podía poner en duda la palabra de Dor-ul-Otho, en especial cuando ella le había visto con sus propios ojos en verdadera comunión con dios en el cielo?

—Que se cumpla la voluntad de Jad-ben-Otho —dijo O-lo-a mansamente—, si está en mi poder. Pero seria mejor, oh Dor-ul-Otho, comunicar el deseo de tu padre directamente al rey.

—Entonces que se quede contigo —dijo Tarzán—, y procura que no sufra ningún daño.

O-lo-a miró con aire triste a Pan-at-lee.

—Me la trajeron ayer —dijo— y nunca he tenido a una esclava que me complaciera más. Me desagradará separarme de ella.

—Pero hay otras —observó Tarzán.

—Sí —respondió O-lo-a—, hay otras, pero sólo hay una Pan-at-lee.

—¿Traen muchos esclavos a la ciudad? —preguntó Tarzán.

—Sí —respondió ella.

—¿Y vienen muchos extraños de otras tierras? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—Sólo los ho-don del otro lado del valle de Jad-ben-Otho —contestó ella—, y no son extraños.

—¿Soy, pues, el primer extraño que cruza las puertas de A-lur? —preguntó él.

—¿Puede ser —preguntó ella a su vez— que el hijo de Jad-ben-Otho necesite interrogar a un pobre mortal ignorante como O-lo-a?

—Como te he dicho antes —respondió Tarzán—, sólo Jad-ben-Otho lo sabe todo.

—Entonces, si deseara que supieras esto —replicó O-lo-a sin vacilar—, ya lo sabrías.

El hombre-mono sonrió interiormente ante la astucia de esta pequeña bárbara que le vencía en su propio juego, sin embargo, el hecho de que eludiera la pregunta podía ser una respuesta a ella.

—¿Ha habido otros extraños aquí recientemente? —insistió.

—No puedo decirte lo que no sé —respondió ella—. El palacio de Ko-tan siempre está lleno de rumores, pero ¿cómo puede saber una mujer de

palacio cuánto hay de verdad y cuánto de fantasía?

—Entonces, ¿ha circulado un rumor de ese tipo? —preguntó él.

—Sólo un rumor llegó al Jardín Prohibido —respondió ella.

—¿Describía, quizás, a una mujer de otra raza?

Cuando hubo planteado la cuestión y esperaba su respuesta le pareció que el corazón dejaba de latirle, tan grave para él era el asunto.

La muchacha vaciló antes de responder, y luego dijo:

—No. No puedo hablar de esto, pues si fuera de importancia suficiente para suscitar el interés de los dioses, entonces yo sería objeto de la ira de mi padre si hablara de ello.

—En el nombre de Jad-ben-Otho te ordeno que hables —dijo Tarzán—. ¡En el nombre de Jad-ben-Otho en cuyas manos se halla el destino de Ta-den!

La muchacha palideció.

—¡Ten piedad! —suplicó—, y por el amor de Ta-den te diré todo lo que sé.

—¿Decir qué? —preguntó una voz grave desde los arbustos situados detrás de ellos. Los tres se dieron la vuelta y vieron la figura de Ko-tan emergiendo de entre el follaje. Un gesto de enojo deformaba sus regias facciones, pero al ver a Tarzán el gesto cambió a una expresión de sorpresa mezclada con temor—. ¡Dor-ul-Otho! —exclamó—, no sabía que fueras tú —y entonces, levantó la cabeza, se cuadró de hombros, y añadió—: pero hay lugares en los que ni siquiera el hijo del Gran Dios puede entrar y éste, el Jardín Prohibido de Ko-tan, es uno de ellos.

Era un desafío, pero pese a la actitud osada del rey había una nota de disculpa en su voz, lo que indicaba que en su mente supersticiosa florecía el miedo inherente del hombre a su creador.

—Vamos, Dor-ul-Otho —prosiguió—, no sé qué te ha dicho esta necia muchacha pero sea lo que sea lo que quieras saber, Ko-tan, el rey, te lo dirá. O-loa, ve a tus aposentos inmediatamente —y señaló con un dedo firme hacia el extremo opuesto del jardín.

La princesa, seguida por Pan-at-lee, se volvió enseguida y se marchó.

—Iremos por aquí —dijo Ko-tan y, precediéndole, condujo a Tarzán en otra dirección. Cerca de esa parte de la pared a la que se acercaron, Tarzán percibió una gruta en el risco en miniatura a cuyo interior le llevó Ko-tan, y por una escalera de roca hasta un lóbrego corredor cuyo extremo opuesto se abría al propio palacio. Dos guerreros armados guardaban la entrada al

Jardín Prohibido, lo que evidenciaba lo muy celosamente que se guardaban los sagrados recintos del lugar.

Ko-tan guiaba el camino de regreso a sus habitaciones de palacio. Una amplia cámara, justo fuera de la habitación hacia la que Ko-tan conducía a su huésped, estaba llena de jefes y guerreros esperando el placer de su gobernador. Cuando entraron los dos, se formó un pasillo para ellos a lo largo de la isla, por el que pasaron en silencio.

Cerca de la puerta más alejada y medio oculto por los guerreros que estaban de pie delante de él se encontraba Lu-don, el sumo sacerdote. Tarzán le vio brevemente pero en ese breve período percibió una expresión astuta y malévola en el cruel semblante que le hizo comprender que no le deseaba nada bueno, y entonces pasó con Ko-tan a la habitación contigua y cayeron las colgaduras.

En el mismo momento el espantoso tocado de un segundo sacerdote apareció en la entrada de la cámara exterior. Su propietario hizo una breve pausa, echó una rápida mirada en el interior y cuando localizó a quien buscaba, se acercó deprisa a Lu-don. Conversaron en susurros y el sumo sacerdote concluyó:

—Regresa inmediatamente a los aposentos de la princesa y ocúpate de que la esclava me sea enviada al templo enseguida.

El segundo sacerdote se volvió y se marchó con su misión, mientras Lu-don también salia del aposento y dirigía sus pasos hacia el sagrado recinto sobre el cual gobernaba.

Media hora más tarde un guerrero fue llevado a la presencia de Ko-tan.

—Lu-don, el sumo sacerdote, desea la presencia de Ko-tan, el rey, en el templo —anunció—, y es su deseo que vaya solo.

Ko-tan hizo un gesto de asentimiento para indicar que aceptaba la orden que incluso un rey debe obedecer.

—Volveré enseguida, Dor-ul-Otho —dijo a Tarzán—, y entre tanto mis guerreros y mis esclavos obedecerán tus órdenes.

CAPÍTULO XI

LA SENTENCIA DE MUERTE

PERO el rey tardó una hora en regresar al aposento, y el hombre-mono se entretuvo examinando los adornos tallados en las paredes y las numerosas obras de los artesanos de Pal-ul-don que se combinaban para conferir un aire de riqueza y lujo al aposento.

La piedra caliza de la región, de grano tupido y de la blancura del mármol (aunque trabajada con relativa facilidad con toscas herramientas), había sido tallada por hábiles artesanos formando cuencos, urnas y jarrones de considerable elegancia y belleza. En los dibujos tallados de muchos se había incrustado oro virgen, con lo que producían el efecto de un *cloisonné* rico y magnífico. Como él mismo era un bárbaro, el arte de los bárbaros siempre atraía al hombre-mono, para quien representaban una expresión natural del amor del hombre por lo bello en una medida aún mayor que los esfuerzos estudiados y artificiales de la civilización. Allí estaba el auténtico arte de los viejos maestros, los otros eran la barata imitación del cromo. Estaba agradablemente ocupado cuando regresó Ko-tan. Cuando Tarzán, atraído por el movimiento de las colgaduras a través de las cuales entró el rey, se volvió y se quedó cara a él, se sobresaltó al observar la notable alteración de su aspecto. Su rostro estaba lívido; las manos le temblaban como si sufriera perlesía y tenía los ojos desorbitados por el miedo. Tenía la apariencia de una combinación de ira que le consumía y miedo que le fulminaba. Tarzán le miró con aire interrogador.

—¿Has tenido malas noticias, Ko-tan? —preguntó.

El rey masculló una respuesta ininteligible. Detrás de él entraron en tropel tantos guerreros que bloquearon la entrada. El rey miró con aprensión a derecha e izquierda. Lanzó miradas terribles al hombre-mono y luego alzó la cabeza y los ojos al cielo y gritó:

—Jad-ben-Otho sea testigo de que no hago esto por voluntad propia. —Hubo un momento de silencio que fue roto de nuevo por Ko-tan—.

Cogedle —ordenó a los guerreros que le rodeaban—, pues Lu-don, el sumo sacerdote, jura que es un impostor.

Ofrecer resistencia a este gran número de guerreros en el corazón mismo del palacio de su rey seria peor que fatal. Tarzán ya había llegado muy lejos gracias a su ingenio, y ahora que en pocas horas había comprobado en parte sus esperanzas y sus recelos por las ambiguas declaraciones de O-lo-a, tenía la fuerte necesidad de no correr ningún riesgo mortal que pudiera evitar.

—¡Alto! —gritó, alzando la palma de su mano ante ellos—. ¿Qué significa esto?

—Lu-don sostiene que tiene pruebas de que no eres el hijo de Jad-ben-Otho —respondió Ko-tan—. Exige que seas llevado al salón del trono para hacer frente a los que te acusan. Si eres quien afirmas ser nadie sabe mejor que tú que no tienes nada que temer de sus demandas, pero recuerda siempre que en estos asuntos el sumo sacerdote está por encima del rey, y que yo sólo soy el portador de sus órdenes, no su autor.

Tarzán vio que Ko-tan no estaba convencido del todo de su duplicidad, como evidenciaba su palpable deseo de jugar seguro.

—No permitas que tus guerreros me pongan la mano encima —dijo a Ko-tan—, si no quieres que Jad-ben-Otho, confundiendo sus intenciones, les haga caer muertos al instante.

El efecto de sus palabras fue inmediato en los hombres de la primera fila, y cada uno pareció adquirir de pronto una nueva modestia que le obligó a situarse detrás de los que estaban directamente detrás, una modestia que pronto se contagió.

El hombre-mono sonrió.

—No temáis —dijo—, iré de buena gana a la sala de audiencias para hacer frente a los blasfemos que me acusan.

Llegados a la gran sala del trono surgió una nueva complicación. Ko-tan no reconocía el derecho de Lu-don de ocupar la cúspide de la pirámide, y Lu-don no consentía en ocupar una posición inferior mientras Tarzán, para seguir siendo coherente con sus afirmaciones, insistía en que nadie debería estar por encima de él, pero sólo para el hombre-mono era evidente lo humorístico de la situación.

Para calmar las cosas, Ja-don sugirió que los tres ocuparan el trono, pero esta sugerencia fue repudiada por Ko-tan, quien argumentó que ningún otro mortal aparte de un rey de Pal-ul-don se había sentado jamás

en la cima, y que además allí no había sitio para los tres.

—¿Pero quién es mi acusador —preguntó Tarzán— y quién es mi juez?

—Lu-don es tu acusador —explicó Ko-tan.

—Y Lu-don es tu juez —gritó el sumo sacerdote.

—Entonces, voy a ser juzgado por el que me acusa —dijo Tarzán—. Sería mejor entonces dejarnos de formalidades y pedir a Lu-don que me sentenciara.

Su tono era irónico y su rostro sonriente, mirando directamente al del sumo sacerdote, no hizo más que aumentar el odio de este último hasta proporciones aún mayores. Era evidente que Ko-tan y sus guerreros veían que la justicia de Tarzán llevaba implícita la objeción a este injusto método de dispensar justicia.

—Sólo Ko-tan puede juzgar en la sala del trono de su palacio —dijo—, dejad que oiga los cargos de Lu-don y el testimonio de sus testigos, y luego que el juicio de Ko-tan sea definitivo.

Sin embargo, Ko-tan no estaba particularmente entusiasmado con la idea de dictar sentencia contra uno que quizá, después de todo, fuera el hijo de su dios, y así contemporizó, buscando una vía de escape.

—Se trata de un asunto puramente religioso —dijo—, y es tradicional que los reyes de Pal-ul-don no intervengan en ese tipo de cuestiones.

—Entonces, deja que el juicio se celebre en el templo —gritó uno de los jefes, pues los guerreros se hallaban tan ansiosos como su rey por verse relevados de toda responsabilidad en el asunto. Esta sugerencia fue más que satisfactoria para el sumo sacerdote, quien interiormente lamentó no haber pensado en ello antes.

—Es cierto dijo, —el pecado de este hombre va contra el templo. Arrastrémosle allí para que sea juzgado.

—El hijo de Jad-ben-Otho no será arrastrado a ninguna parte —gritó Tarzán—. Pero cuando este juicio haya terminado es posible que el cuerpo de Lu-don, el sumo sacerdote, sea sacado a rastras del templo del dios al que profanará. Piénsalo, Lu-don, antes de cometer esta locura.

Sus palabras, pronunciadas con la intención de asustar al sumo sacerdote, no lograron su propósito. Lu-don no mostró terror alguno por lo que sugerían las palabras del hombre-mono.

«He aquí uno —pensó Tarzán— que, sabiendo más de religión que cualquiera de estos tipos, se da absoluta cuenta de la falsedad de mis afirmaciones igual que de la falsedad de la fe que él predica».

Comprendía, sin embargo, que su única esperanza radicaba en aparentar indiferencia. Ko-tan y los guerreros aún se hallaban bajo el hechizo de su fe en él, y de este hecho dependía él en el acto final del drama que Lu-don estaba representando. Tarzán sabía que, en el fondo, el sacerdote ya había dictado sentencia contra él. Se encogió de hombros y descendió los escalones de la pirámide.

A Dor-ul-Otho no le importa —dijo— dónde encolerice Lu-don a su dios, pues Jad-ben-Otho puede llegar con tanta facilidad a las cámaras del templo como a la sala del trono de Ko-tan.

Inmensamente aliviado por esta fácil solución a su problema, el rey y los guerreros salieron en tropel de la sala del trono hacia el templo, incrementada su fe en Tarzán por la aparente indiferencia de éste hacia los cargos que había contra él. Lu-don le condujo al mayor de los altares, ocupó su lugar tras el altar occidental, hizo seña a Ko-tan de que se situara en la plataforma situada a la izquierda del altar y dirigió a Tarzán a un lugar similar a la derecha.

Cuando Tarzán ascendía a la plataforma entrecerró los ojos con enojo ante lo que éstos vieron. La cavidad excavada en el altar estaba llena de agua en la que flotaba el cuerpo desnudo de un recién nacido.

—¿Qué significa esto? —preguntó airado, volviéndose a Lu-don.

Éste sonrió con malevolencia.

—Que no lo sepas —replicó— no es sino una prueba más de la falsedad de lo que afirmas. El que se hace pasar por el hijo de dios no sabe que cuando los últimos rayos del sol inundan el altar oriental del templo la sangre de un adulto enrojece la piedra blanca para edificación de Jad-ben-Otho; y que cuando el sol vuelve a aparecer del cuerpo de su creador mira primero hacia este altar occidental y se regocija con la muerte de un recién nacido cada día, cuyo espíritu le acompaña al cruzar los cielos de día igual que el espíritu del adulto regresa con él a Jad-ben-Otho por la noche.

»Incluso los niños pequeños de los ho-don saben estas cosas, mientras que el que afirma ser el hijo de Jad-ben-Otho no las conoce; y si esta prueba no es suficiente, hay más. Ven, waz-don —gritó, señalando a un esclavo alto que estaba de pie con un grupo de otros negros y sacerdotes en la planta baja del templo, a la izquierda del altar. El tipo se acercó con aire temeroso.

—Dinos lo que sabes de esta criatura —gritó Lu-don, señalando a Tarzán.

—Le he visto antes —dijo el waz-don—. Soy de la tribu de kor-ul-lul, y hace poco un grupo del que yo formaba parte se tropezó con unos cuantos guerreros del kor-ul-ja en la montaña que separa nuestras aldeas. Entre el enemigo se encontraba esta extraña criatura, a la que llamaban Tarzán: jadguru; y era en verdad terrible, pues peleó con la fuerza de muchos hombres de forma que fuimos necesarios veinte para dominarle. Pero él no peleaba como pelea un dios, y cuando un garrote le golpeó en la cabeza se desplomó inconsciente al suelo, como habría hecho cualquier mortal. Le llevamos a nuestra aldea como prisionero pero se escapó después de cortarle la cabeza al guerrero que dejamos para vigilarle, se la llevó a la garganta y la ató a la rama de un árbol del otro lado.

—¡La palabra de un esclavo contra la de un dios! —exclamó Ja-don, que antes había demostrado un interés amistoso por el presunto hijo de dios.

—Sólo es un paso en el progreso hacia la verdad —intervino Lu-don—. Posiblemente la evidencia de la única princesa de la casa de Ko-tan tendrá mayor peso con el gran jefe del norte, aunque el padre de un hombre que rechazó la sagrada oferta del sacerdocio tal vez no reciba con buenos oídos cualquier testimonio contra otro blasfemo.

La mano de Ja-don saltó a su cuchillo, pero los guerreros que estaban a su lado le detuvieron cogiéndole los brazos.

—Te hallas en el templo de Jad-ben-Otho —le advirtieron, y el gran jefe se vio a obligado a tragarse la afrenta de Lu-don aunque le dejó en el corazón un odio amargo hacia el sumo sacerdote.

Y ahora Ko-tan se volvió a Lu-don.

—¿Qué sabe mi hija de este asunto? —preguntó—. No traerás a una princesa de mi casa a testificar en público, ¿verdad?

—No —respondió Lu-don—, no en persona, pero tengo a alguien que testificará por ella. —Hizo una seña a otro segundo sacerdote—. Trae a la esclava de la princesa —dijo.

El sacerdote, cuyo grotesco tocado añadía un toque horrible a la escena, avanzó unos pasos arrastrando a la reacia Pan-at-lee sujetándola por la muñeca.

—La princesa O-lo-a se hallaba sola en el Jardín Prohibido con esta esclava —explicó el sacerdote—, cuando de pronto apareció de entre el follaje cercano esta criatura que afirma ser el Dor-ul-Otho. Cuando la esclava le vio la princesa dice que lanzó una exclamación de sorprendido

reconocimiento y llamó a la criatura por su nombre, Tarzán-jad-guru, el mismo que el esclavo de Kor-ul-lul le ha dado. Esta mujer no es de los kor-ul-lul sino de los kor-ul-ja, la tribu misma con la que el kor-ul-lul dice que la criatura se encontraba cuando le vio por primera vez. Y la princesa dice que cuando esta mujer, que se llama Pan-at-lee, le fue traída ayer, contó una extraña historia de que había sido rescatada de un tor-o-don por una criatura semejante a ésta, a quien llamó Tarzán-jad-guru; que los dos fueron perseguidos en la parte inferior de la garganta por dos monstruosos *gryfs*, y que el hombre les ahuyentó mientras Pan-at-lee escapaba, sólo para ser hecha prisionera en el Kor-ul-lul cuando pretendía regresar a su tribu. ¿No está claro ahora —preguntó Lu-don con voz potente— que esta criatura no es ningún dios? ¿Te dijo a ti que era el hijo de dios? —casi gritó Lu-don, volviéndose de pronto a Pan-at-lee.

La muchacha se encogió aterrorizada.

—¡Respóndeme, esclava! —le urgió el sumo sacerdote.

—Parecía más que mortal —aventuró Pan-at-lee.

—¿Te dijo que era el hijo de dios? Responde esta pregunta —insistió Lu-don.

—No —admitió ella en voz baja, lanzando una mirada suplicante de perdón a Tarzán, quien esbozó una sonrisa de ánimo y amistad.

—Eso no demuestra que no sea el hijo de dios —protestó Ja-don—. No creo que Jad-ben-Otho vaya por ahí gritando: «¡Soy dios! ¡Soy dios!». ¿Alguna vez le has oído, Lu-don? No. ¿Por qué haría su hijo lo que el padre no hace?

—Basta —exclamó Lu-don—. La evidencia es clara. Esta criatura es un impostor y yo, el sumo sacerdote de Jad-ben-Otho en la ciudad de A-lur, le condeno a morir. —Hubo un momento de silencio que Lu-don evidentemente pretendía que produjera un efecto dramático—. Y si estoy equivocado, que Jad-ben-Otho traspase mi corazón con su rayo ahora mismo, delante de todos vosotros.

En el absoluto silencio que siguió se oyeron claramente las pequeñas olas del lago al romper al pie del palacio. Lu-don permaneció con el rostro vuelto hacia los cielos y los brazos extendidos en la actitud de quien desnuda su pecho para recibir la daga de un verdugo. Los guerreros, los sacerdotes y los esclavos reunidos en el sagrado recinto aguardaban la consumación de la venganza de su dios.

Fue Tarzán el que rompió el silencio.

—Tu dios no te hace ningún caso, Lu-don —se burló, con una sonrisa destinada a despertar más ira en el sumo sacerdote—, no te hace caso y yo puedo demostrarlo ante los ojos de tus sacerdotes y de tu gente.

—¡Demuéstralo, blasfemo! ¿Cómo vas a demostrarlo?

—Me has llamado blasfemo —replicó Tarzán—, has demostrado a tu satisfacción que soy un impostor, que yo, un corriente mortal, he fingido ser el hijo de dios. Pide pues que Jad-ben-Otho confirme su carácter divino y la dignidad de su sacerdocio dirigiendo sus fuegos consumidores a través de mi propio pecho.

De nuevo siguió un breve silencio mientras los espectadores esperaban a que Lu-don consumara así la destrucción de su presunto impostor.

—No te atreverás —se mofó Tarzán—, pues sabes que yo caería muerto en el mismo instante que tú.

—Mientes —gritó Lu-don—, y lo haría si no hubiera recibido un mensaje de Jad-ben-Otho ordenando que tu destino sea diferente.

Se levantó un coro de exclamaciones de alivio de los sacerdotes. Ko-tan y sus guerreros se hallaban en un estado de confusión mental. En secreto detestaban y temían a Lu-don, pero tan grabado en ellos estaba su sentido de la reverencia hacia el cargo del sumo sacerdote, que ninguno se atrevió a alzar la voz contra él.

¿Ninguno? Bueno, estaba Ja-don, que no temía al viejo hombre-león del norte.

—La propuesta ha sido justa —gritó—. Invoco a los rayos de Jad-ben-Otho sobre este hombre si nos convences de su culpabilidad.

—Ya basta —espetó Lu-don—. ¿Desde cuándo Ja-don ha sido nombrado sumo sacerdote? Coged al prisionero —ordenó a los sacerdotes y guerreros— y mañana moriré del modo en que Jad-ben-Otho desee.

No se produjo ningún movimiento inmediato por parte de ninguno de los guerreros para obedecer la orden del sumo sacerdote, pero los segundos sacerdotes, por el contrario, imbuidos del valor que da el fanatismo, se adelantaron ansiosos como un rebaño de horribles arpías para capturar a su presa.

El juego había terminado. Que Tarzán supiera, ni la astucia ni la diplomacia podían usurpar ya las funciones de las armas de defensa que él más amaba. El primer sacerdote que saltó a la plataforma no fue recibido por un blando embajador del cielo, sino por una bestia feroz cuyo temperamento sabía más a infierno.

El altar se hallaba cerca de la pared occidental del recinto. Había el espacio justo entre los dos para que el sumo sacerdote estuviera de pie durante la realización de las ceremonias del sacrificio y sólo Lu-don estaba allí ahora, detrás de Tarzán, mientras ante él había quizás un centenar de guerreros y sacerdotes.

El presuntuoso que habría gozado de la gloria de ser el primero en poner sus manos sobre el blasfemo impostor se precipitó hacia adelante con la mano extendida para agarrar al hombre-mono. En lugar de ello fue él quien resultó agarrado; agarrado por unos dedos de acero que le retorcieron como si fuera un muñeco de paja, le cogieron por una pierna y las correas de la espalda y le alzaron con brazos gigantescos por encima del altar. Pisándole los talones había otros dispuestos a coger al hombre-mono y arrastrarle abajo, y detrás del altar se encontraba Lu-don con el cuchillo a punto avanzando hacia él.

No había instante que perder; no era costumbre del hombre-mono perder preciosos momentos en la incertidumbre de una decisión tardía. Antes de que Lu-don o cualquier otro pudiera adivinar lo que el condenado tenía en mente, Tarzán, con toda la fuerza de sus grandes músculos, arrojó el vociferante hierofante a la cara del sumo sacerdote, y, como si las dos acciones fueran una, de tan deprisa como se movió, saltó encima del altar y desde allí a un agarradero en la cima del muro del templo. Cuando puso el pie allí se volvió y contempló a los que estaban abajo. Por un momento se quedó en silencio y luego habló.

—¿Quién se atreve a creer —gritó— que Jad-ben-Otho abandonaría a su hijo? —Y entonces se alejó de su vista saltando al otro lado.

Hubo al menos dos en el recinto cuyo corazón dio un vuelco de involuntario júbilo por el éxito de la maniobra del hombre-mono, y uno de ellos sonrió abiertamente. Éste era Ja-don, y el otro, Pan-at-lee.

El cráneo del sacerdote que Tarzán había arrojado a la cabeza de Lu-don había sido lanzado contra la pared del templo mientras el propio sumo sacerdote escapaba sólo con unos rasguños, sostenido en su caída al duro pavimento. Rápidamente se puso en pie y miró alrededor con miedo, con terror y por último con perplejidad, pues no había presenciado la huida del hombre-mono.

Atrapadle —gritó—, atrapad al blasfemo —y siguió mirando alrededor en busca de su víctima con una expresión tan ridícula de desconcierto que más de un guerrero tuvo que disimular la sonrisa detrás de la palma de la

mano.

Los sacerdotes salían con gran precipitación, exhortando a los guerreros a perseguir al fugitivo, pero éstos ahora aguardaban impasibles la orden de su rey o sumo sacerdote. Ko-tan, más o menos secretamente complacido por la confusión de Lu-don, esperó a que este personaje diera las órdenes necesarias, lo que hizo cuando uno de sus acólitos le explicó, excitado, el modo en que Tarzán había escapado. Al instante impartió las órdenes necesarias y sacerdotes y guerreros buscaron la salida del templo para perseguir al hombre-mono. Las palabras que había pronunciado al partir, vociferadas desde la cima de la muralla del templo, no lograron convencer a la mayoría de que Lu-don no había demostrado que sus afirmaciones eran falsas, pero en el corazón de los guerreros había admiración por un hombre valiente y en muchos la misma poco santa gratificación que había nacido en el de su gobernante, para incomodidad de Lu-don.

Un minucioso registro del recinto del templo no reveló indicio alguno de la presa. Los pasos secretos de las cámaras subterráneas, que sólo conocían los sacerdotes, fueron registrados por éstos mientras los guerreros se repartían por el palacio y los jardines fuera del templo. Fueron enviados rápidos corredores a la ciudad para avisar a la gente que estuviera alerta por si veían a Tarzán. La historia de su impostura y de su huida y los cuentos que los esclavos waz-don habían llevado a la ciudad referentes a él pronto se difundieron por todo A-lur, y antes de una hora las mujeres y los niños se escondían tras puertas barradas, mientras los guerreros recorrían las calles con aprensión esperando ser atacados en cualquier momento por un feroz demonio que, con sus solas manos, había luchado con enormes *gryfs* y cuyo pasatiempo más ligero consistía en desgarrar hombres miembro a miembro.

Las dos mujeres se hincaron de rodillas ante el Gran Dios.

CAPÍTULO XII

EL GIGANTESCO EXTRANJERO

MIENTRAS los guerreros y los sacerdotes de A-lur registraban el templo, el palacio y la ciudad para encontrar al desaparecido hombre-mono, un extranjero desnudo con un Enfield a la espalda entró en la punta del Kor-ul-ja por el escarpardo sendero procedente de las montañas. Avanzaba en silencio hacia la parte inferior de la garganta, y allí donde el antiguo sendero discurría más nivelado siguió su camino con fáciles zancadas, aunque siempre atento a posibles peligros. Una suave brisa descendía de las montañas a su espalda, de modo que sólo sus oídos y sus ojos le resultaban valiosos para descubrir la presencia de peligro al frente. El sendero seguía la orilla del sinuoso arroyo de la parte inferior de la garganta, pero en algunos lugares donde las aguas se derramaban por un escarpado saliente el sendero daba un rodeo por el costado de la garganta y volvía a serpentear entre rocosas protuberancias, y después, al rodear el saliente de un risco, el extraño se encontró cara a cara con uno que ascendía la garganta.

Separados por un centenar de pasos, los dos se detuvieron simultáneamente. Ante él el extranjero vio a un alto guerrero blanco, desnudo salvo por un taparrabo, correas cruzadas y un cinto. El hombre iba armado con un grueso garrote nudoso y un cuchillo corto, este último colgándole envainado junto a la cadera izquierda desde el extremo de una de sus correas cruzadas, mientras la correa opuesta soportaba una bolsa de cuero a la derecha. Era Ta-den, que cazaba solo en la garganta de su amigo, el jefe Kor-ul-ja. Contempló al extranjero con sorpresa pero sin admiración, pues reconoció en él a un miembro de la raza de Tarzán, y gracias a su amistad con el hombre-mono miró al recién llegado sin hostilidad.

Este último fue el primero en mostrar sus intenciones, levantando la palma hacia Ta-den en ese gesto que es símbolo de la paz de polo a polo,

desde que el hombre dejó de andar sobre sus nudillos. Al mismo tiempo, avanzó unos pasos y se detuvo.

Ta-den, suponiendo que uno que se asemejaba tanto a Tarzán *el Terrible* debía de ser un compañero de tribu de su amigo perdido, estuvo más que contento de aceptar este ofrecimiento de paz, cuya señal devolvió mientras ascendía el sendero hasta donde el otro estaba.

—¿Quién eres? —preguntó, pero el recién llegado sólo negó con la cabeza para indicar que no entendía.

Mediante signos trató de transmitir al ho-don el hecho de que estaba siguiendo un rastro que le había guiado durante un período de muchos días desde algún lugar de detrás de las montañas, y Ta-den estaba convencido de que el recién llegado buscaba a Tarzán-jad-guru. Deseaba, sin embargo, descubrir si era amigo o enemigo.

El extranjero reparó en los pulgares prensiles, en los grandes dedos de los pies y en su larga cola con un asombro que trató de disimular, pero mayor fue la sensación de alivio al comprobar que el primer habitante de esta región extraña con quien se encontraba resultaba ser amistoso.

Ta-den, que había estado cazando algunos mamíferos inferiores, cuya carne resulta especialmente apetitosa para los ho-don, olvidó su misión ante su nuevo hallazgo. Llevaría al extraño a Om-at y, posiblemente, juntos encontrarían la manera de descubrir las verdaderas intenciones del recién llegado. Y así, de nuevo mediante señas, comunicó al otro que le acompañaría y descenderían juntos hacia los riscos de la gente de Om-at.

A medida que se acercaban a éstos fueron encontrando mujeres y niños que trabajaban bajo la vigilancia de los ancianos y los jóvenes, recogiendo los frutos silvestres y hierbas que constituían una parte de su dieta, así como cuidando las pequeñas parcelas de cosechas que cultivaban. Los campos se hallaban en pequeñas parcelas niveladas de las que se habían eliminado los árboles y la maleza. Sus aperos consistían en palos con la punta metálica que guardaban más semejanza con una lanza que con herramientas de pacífica agricultura. Complementando a éstos había otros instrumentos con la hoja plana que no eran ni azadas ni palas, sino que poseían el aspecto de un desdichado intento de combinar las dos herramientas en una.

Al ver a estas gentes, el extranjero se detuvo y desató su arco, pues estas criaturas eran negras como el azabache y su cuerpo estaba completamente cubierto de pelo. Pero Ta-den, que interpretó las dudas del

otro, le tranquilizó con un gesto y una sonrisa. Sin embargo, los waz-don se reunieron alrededor haciendo preguntas en una lengua que el extranjero descubrió que su guía entendía, aunque para él resultaba completamente ininteligible. No hicieron ningún intento de molestarle y él se convenció de que estaba entre gente pacífica y amistosa.

No quedaba más que una corta distancia hasta las cuevas, y cuando llegaron a ellas Ta-den guió el camino por las clavijas de madera, seguro de que esta criatura a quien había descubierto no tendría más dificultades en seguirle de las que había tenido Tarzán el Terrible. No se equivocaba, pues el otro ascendió con facilidad hasta que los dos se hallaron en el descansillo de delante de la cueva de Om-at, el jefe.

Éste no se encontraba allí y era media tarde cuando regresó, pero entretanto vinieron muchos guerreros a ver al visitante, y en cada caso este último estaba más que impresionado por el espíritu amistoso y pacífico de sus anfitriones, sin adivinar que estaba siendo agasajado por una tribu feroz y belicosa que nunca antes de la llegada de Ta-den y Tarzán había tenido a un extraño entre ellos.

Al fin regresó Om-at y el invitado percibió intuitivamente que se hallaba en presencia de un gran hombre entre aquella gente, posiblemente un jefe o rey, pues no sólo la actitud de los otros guerreros negros lo indicaba, sino que también estaba escrito en el porte de la espléndida criatura que le miraba mientras Ta-den explicaba las circunstancias de su encuentro.

—Y creo, Om-at —concluyó el ho-don— que busca a Tarzán el Terrible.

Al oír ese nombre, la primera palabra inteligible que llegaba a los oídos del extranjero desde que se encontraba entre ellos, se le iluminó el rostro.

—¡Tarzán! —exclamó—. ¡Tarzán de los Monos!

Y mediante señas trató de decirles que era éste a quien buscaba.

Ellos lo entendieron y también adivinaron por la expresión de su rostro que buscaba a Tarzán por motivos de afecto, pero de esto Om-at deseaba estar seguro. Señaló el cuchillo del extranjero y repitiendo el nombre de Tarzán cogió a Ta-den y fingió apuñalarle, tras lo que se volvió con aire interrogador hacia el extranjero.

Este último meneó la cabeza con vehemencia y entonces colocó una mano sobre el corazón y después levantó la palma en el gesto que simbolizaba paz.

—Es amigo de Tarzán-jad-guru —exclamó Ta-den.

—O amigo o un gran mentiroso —replicó Om-at.

Tarzán —prosiguió el extranjero—, ¿le conocéis? ¿Está vivo? Oh, Dios, ojalá supiera hablar vuestra lengua.

Recurrió de nuevo al lenguaje de los signos para averiguar dónde se encontraba Tarzán. Pronunciaba este nombre y señalaba en diferentes direcciones, en la cueva, en la garganta, hacia las montañas o al valle, y cada vez alzaba las cejas en gesto de interrogación y pronunciaba la exclamación interrogativa «¿eh?», que sin duda tenían que entender. Pero Om-at siempre negaba con la cabeza y extendía las manos para indicar que, si bien entendía la pregunta, desconocía el paradero del hombre-mono, y entonces el jefe negro intentó explicar al extranjero lo mejor que pudo lo que sabía del paradero de Tarzán.

Llamó al recién llegado Jar-don, que en la lengua de Pal-ul-don significa 'extranjero', y señaló hacia el sol y dijo *as*. Lo repitió varias veces y luego alzó una mano con los dedos extendidos y tocándolos uno a uno, incluido el pulgar, repitió la palabra *adenen* hasta que el extranjero comprendió que quería decir cinco. De nuevo señaló al sol y describiendo un arco con el índice empezando por el horizonte del este y terminando en el del oeste, volvió a repetir las palabras *as adenen*. Era evidente para el extranjero que las palabras significaban que el sol había cruzado el cielo cinco veces. En otras palabras, habían transcurrido cinco días. Om-at entonces señaló la cueva donde se hallaban, pronunciando el nombre de Tarzán e, imitando a un hombre andando con el primero y segundo dedos de la mano derecha sobre el suelo, quiso indicar que Tarzán había salido de la cueva y ascendido por las clavijas cinco días antes, pero esto es todo lo que el lenguaje de los signos le permitió explicar.

Hasta aquí el extranjero le siguió; indicó que comprendía, se señaló a sí mismo y luego señaló las clavijas que ascendían y anunció que seguiría a Tarzán.

—Deja que vayamos contigo —dijo Om-at—, pues todavía no hemos castigado a los kor-ul-lul por matar a nuestro amigo y aliado.

—Convéncele de que espere hasta mañana —dijo Ta-den—, para que puedas llevarte a muchos guerreros y efectuar un gran ataque sobre los kor-ul-lul, y esta vez, Om-at, no mates a tus prisioneros. Toma todos los que puedas tomar vivos y por alguno de ellos podremos enterarnos del destino de Tarzán-jad-guru.

—Grande es la sabiduría de los ho-don —respondió Om-at—. Se hará como tú dices, y después de hacer prisioneros a todos los kor-ul-lul les obligaremos a que nos digan lo que queremos saber. Y después les haremos ir hasta el borde del Kor-ul-gryf y les empujaremos al acantilado.

Ta-den sonrió. Sabía que no harían prisioneros a todos los guerreros kor-ul-lul, que serían afortunados si cogían uno, y también era posible que incluso fueran batidos en retirada, pero asimismo sabía que Om-at no vacilaría en llevar a cabo su amenaza si tenía ocasión de hacerlo, tan implacable era el odio que se tenían estos vecinos.

No fue difícil explicar el plan de Om-at al extranjero ni lograr su consentimiento ya que era consciente, cuando el fornido negro le explicó que le acompañarían muchos guerreros, de que su aventura probablemente les conduciría a una región hostil, y agradecía toda la protección que pudiera emplear, ya que su búsqueda era el asunto principal.

Aquella noche durmió sobre un montón de pellejos en uno de los compartimentos de la cueva de los ancestros de Om-at, y al día siguiente a primera hora de la mañana, después de desayunar, partieron un centenar de guerreros salvajes que ascendieron por la cara del risco hasta la cima de la montaña, precedido el cuerpo principal por dos guerreros cuyas obligaciones coincidían con las de la punta de las modernas maniobras militares, salvaguardando la columna del peligro de un contacto demasiado repentino con el enemigo.

Cruzaron la cresta de la montaña y bajaron al Kor-ul-lul, y allí tropezaron casi de inmediato con un waz-don que ascendía temeroso por la garganta hacia la aldea de su tribu. Le hicieron prisionero lo que, cosa extraña, sólo aumentó su terror, ya que desde el momento en que les había visto y comprendió que era imposible huir, esperaba que le mataran enseguida.

—Llevadle al Kor-ul-ja —ordenó Om-at a uno de los guerreros— y retenedle allí desarmado hasta que yo regrese.

El asombrado kor-ul-lul fue sacado de allí mientras la salvaje compañía avanzaba regularmente de árbol en árbol hacia la aldea. La fortuna sonrió a Om-at y pronto encontró lo que buscaba: una batalla campal, pues aún no habían avistado las cuevas de los kor-ul-lul cuando se encontraron con una considerable banda de guerreros que caminaban por la garganta en alguna expedición.

Los kor-ul-ja se fundieron como sombras en la oscuridad del follaje a

ambos lados del camino. Ignorando el peligro inminente, a salvo porque pisaban sus dominios, donde cada roca y cada piedra era tan conocida como las facciones de la compañera, los kor-ul-lul avanzaban inocentes hacia la emboscada. De pronto la quietud de aquella aparente paz quedó destrozada por un grito salvaje y un garrote lanzado que derribó a un kor-ul-lul.

El grito fue una señal para un coro salvaje formado por un centenar de gargantas kor-ul-ja que pronto se mezclaron con los gritos de guerra de sus enemigos. El aire se llenó de garrotes que volaban y luego, cuando las dos fuerzas se mezclaron, la batalla se resolvió en numerosos encuentros individuales cuando cada guerrero elegía un enemigo y le atacaba. Los cuchillos relucían y destellaban bajo la luz del sol que se filtraba a través del follaje de los árboles. Los lustrosos pellejos negros se iban cubriendo de manchas rojas.

En el fragor de la batalla la suave piel tostada del extranjero se mezclaba con los negros cuerpos de amigos y enemigos. Sólo sus aguzados ojos y su rápido ingenio le enseñaron a distinguir entre kor-ul-lul y kor-ul-ja, ya que con la única excepción de la indumentaria eran idénticos, pero al primer ataque del enemigo observó que sus taparrabos no eran de pellejos de leopardo como los que lucían sus aliados.

Om-at, tras despachar a su primer oponente, miró a Jar-don.

—Pelea con la ferocidad del *jato* masculló el jefe. —Poderosa en verdad debe de ser la tribu de la que vienen él y Tarzán-jad-guru.

Y entonces dedicó toda su atención a un nuevo atacante.

Los luchadores iban de un lado a otro por el bosque hasta que los que sobrevivieron quedaron exhaustos. Sólo el extranjero parecía no conocer la sensación de fatiga. Siguió peleando cuando cada nuevo atacante habría abandonado con gusto la lucha, y cuando ya no quedaron más kor-ul-lul sin pelear, saltó sobre los que estaban de pie jadeando frente a los agotados kor-ul-ja.

Mantenía a la espalda aquel peculiar objeto que Om-at creía era alguna clase de extraña arma, pero cuyo propósito no se explicaba porque no la utilizaba nunca, y que en su mayor parte parecía una molestia y un estorbo inútil, ya que daba golpes y chocaba contra su propietario mientras éste saltaba, como un felino, de un lado a otro en el curso de sus victoriosos duelos. El arco y las flechas los había dejado a un lado al principio de la pelea, pero el Enfield no lo dejaba, pues adónde iba él debía ir el arma hasta

que se hubiese cumplido su misión.

Después los kor-ul-ja, aparentemente avergonzados por el ejemplo del Jar-don, se cerraron una vez más con el enemigo, pero este último, movido sin duda al terror por la presencia del extranjero, un demonio incansable que parecía invulnerable a sus ataques, se desanimó e intentó huir.

Fue una compañía cansada, ensangrentada y jubilosa la que regresó triunfante al kor-ul-ja. Veinte de sus integrantes fueron transportados y seis de éstos estaban muertos. Era el ataque más glorioso y exitoso que los kor-ul-ja habían realizado sobre los kor-ul-lul, que los hombres recordaran, y señaló a Om-at como el mayor de los jefes, pero aquel feroz guerrero sabía que la ventaja de que había disfrutado su banda se la había dado en gran medida la presencia de su aliado extranjero. Om-at no vacilaba en reconocer el mérito a quien lo merecía, con la consecuencia de que Jar-don y sus hazañas estaban en boca de cada miembro de la tribu de los kor-ul-ja, y grande fue la fama de la raza que podía producir dos ejemplares como él y Tarzán-jad-guru.

En la garganta de los kor-ul-lul, detrás de la montaña, los supervivientes hablaban con el aliento entrecortado de este segundo demonio que había unido sus fuerzas con su tradicional enemigo.

De nuevo en su cueva, Om-at hizo que los prisioneros kor-ul-lul fueran llevados a su presencia de uno en uno, y a cada uno lo interrogó con respecto al destino de Tarzán. Todos sin excepción le contaron la misma historia: Tarzán había sido hecho prisionero por ellos cinco días antes, pero había matado al guerrero que le vigilaba y huyó, llevándose la cabeza del infortunado centinela al otro lado del Kor-ul-lul, donde la había dejado suspendida por el pelo de la rama de un árbol. Pero nadie sabía qué se había hecho de él después; ni uno solo, hasta el último prisionero que fue interrogado, el que él había cogido primero… el kor-ul-lul que se abría camino procedente del valle de Jad-ben-Otho hacia las cuevas de su gente.

Éste, cuando descubrió el objeto de su interrogatorio, negoció por las vidas y la libertad de él y de sus compañeros.

—Puedo decirte muchas cosas de este hombre terrible por el que preguntas, kor-ul-ja —dijo—. Ayer le vi y sé dónde está, y si me prometes que nos dejarás regresar a mí y a mis compañeros sanos y salvos a las cuevas de nuestros antepasados, os contaré a todos lo que sé.

—Nos lo contarás de todos modos —respondió Om-at, o te mataremos.

—Me mataréis de todos modos —espetó el prisionero—, a menos que

me hagáis esta promesa; así, si me matáis lo que sé se irá conmigo.

—Tiene razón, Om-at —intervino Ta-den—; prométele que les dejaremos en libertad.

—Muy bien —dijo Om-at—. Habla, Kor-ul-lul, y cuando me lo hayas contado todo, tú y tus compañeros podréis regresar sanos y salvos a vuestra tribu.

—Fue así —comenzó el prisionero—: Hacía tres días que yo cazaba con un grupo de compañeros cerca de la boca del Kor-ul-lul, no lejos de donde me habéis capturado a mí esta mañana, cuando fuimos sorprendidos y atacados por un gran número de ho-don, que nos hicieron prisioneros y nos llevaron a A-lur. Unos cuantos fueron seleccionados para ser esclavos y el resto fueron arrojados a una cámara bajo el templo donde están retenidos para el sacrificio de víctimas que los ho-don ofrecen a Jad-ben-Otho en los altares de los sacrificios del templo de A-lur.

»Parecía entonces que en verdad mi destino estaba sellado y que eran afortunados los que habían sido seleccionados para ser esclavos entre los ho-don, pues ellos al menos podían albergar la esperanza de escapar…, los que se hallaban conmigo en la cámara deben de estar desesperados.

»Pero ayer ocurrió una cosa extraña. Acudió al templo, acompañado por todos los sacerdotes y por el rey y muchos de sus guerreros, uno a quien todos mostraban gran reverencia, y cuando llegó a la puerta de barrotes que conducía a la cámara en la que los desdichados aguardábamos nuestro sino, vi para mi sorpresa que no era otro que aquel hombre terrible que hacía poco había sido prisionero en la aldea de los kor-ul-lul, aquel al que llamáis Tarzán-jad-guru, pero al que ellos llamaban Dor-ul-Otho. Nos miró e interrogó al sumo sacerdote y cuando le dijeron el propósito para el que se nos mantenía encarcelados se puso furioso y gritó que no era la voluntad de Jad-ben-Otho que su gente fuera sacrificada de ese modo, y ordenó al sumo sacerdote que nos liberara, y así se hizo.

»Se permitió a los prisioneros ho-don que regresaran a sus hogares, nos llevaron lejos de la ciudad de A-lur y nos pusieron en el camino del Kor-ul-lul. Éramos tres, pero muchos son los peligros que acechan entre A-lur y Kor-ul-lul, y sólo éramos tres e íbamos desarmados. Por lo tanto, ninguno llegó a la aldea de nuestro pueblo y sólo uno vive. He dicho.

—¿Eso es todo lo que sabes respecto a Tarzán-jad-guru? —preguntó Om-at.

—Eso es todo lo que sé —respondió el prisionero—, aparte de que

aquel a quien llamaban Lu-don, el sumo sacerdote de A-lur, estaba muy enojado y que uno de los dos sacerdotes que nos llevó fuera de la ciudad dijo al otro que el extranjero no era Dorul-Otho; que Lu-don lo había dicho y que también había dicho que le descubriría y que debería ser castigado con la muerte por su atrevimiento. Esto es todo lo que dijeron al alcance de mi oído.

»Y ahora, jefe de los kor-ul-ja, déjanos marchar.

Om-at hizo un gesto de asentimiento.

—Marchaos —dijo—; Ab-on, envía a tus guerreros a que les protejan hasta que se encuentren a salvo en el Kor-ul-lul.

—Jar-don —dijo haciendo una seña al extranjero—, ven conmigo.

Se puso en pie y abrió la marcha hacia la cima del risco, y cuando se hallaron sobre la montaña, Om-at señaló el valle que se extendía abajo, hacia la ciudad de A-lur, que relucía a la luz del sol poniente.

—Allí está Tarzán-jad-guru —dijo, y Jar-don le entendió.

CAPÍTULO XIII

LA MASCARADA

CUANDO Tarzán saltó al suelo detrás del muro del templo, no tenía intención de escapar de la ciudad de A-lur hasta estar seguro de que su compañera no se encontraba prisionera allí, pero ahora, en esta extraña ciudad en la que todo hombre debía de estar contra él, vivir y proseguir su búsqueda no le parecía nada seguro.

Sólo había un lugar que podía ofrecerle refugio, aunque fuera temporal, y se trataba del Jardín Prohibido del rey. Allí había espesos arbustos en los que podía ocultarse un hombre, y agua y frutas. Como era una astuta criatura de la jungla, si llegaba al lugar sin que nadie lo sospechara podría permanecer allí oculto por un período de tiempo considerable, pero ahora tenía que cruzar la distancia entre el templo y el jardín sin que le viera nadie, lo cual era un asunto muy serio, se daba perfecta cuenta.

«Poderoso es Tarzán en su jungla nativa —se dijo—, pero en las ciudades de los hombres no es mejor que ellos».

Confiando en su capacidad de observación y en su sentido de la orientación estaba seguro de que podía llegar a los jardines de palacio a través de los corredores subterráneos y cámaras del templo por las que había sido conducido el día anterior, pues ni el más mínimo detalle había escapado a sus ojos. Eso sería mejor, razonó, que cruzar el terreno abierto de arriba, donde sus perseguidores naturalmente le seguirían de inmediato y pronto le descubrirían.

Y así, a unos pasos del muro del templo, desapareció de la vista de cualquier observador casual por una de las escaleras de piedra que conducían a los aposentos subterráneos. El camino por el que le habían llevado el día anterior seguía las vueltas y recodos de numerosos corredores y aposentos, pero Tarzán, seguro de sí mismo en semejantes asuntos, rehizo la ruta exactamente y sin vacilar.

Temía poco que le prendieran enseguida, ya que creía que todos los

sacerdotes del templo se habían reunido en la sala de arriba para presenciar su juicio, su humillación y su muerte, y con esta idea firmemente grabada en su mente dobló un recodo del corredor y se encontró cara a cara con un segundo sacerdote, ocultando su grotesco tocado cualquier emoción que pudiera provocar ver a Tarzán.

Sin embargo, Tarzán tenía la ventaja sobre el enmascarado devoto de Jad-ben-Otho de que en el momento en que vio al sacerdote supo sus intenciones con respecto a él, y por tanto no se vio obligado a retrasar la acción. Antes de que el sacerdote reaccionara, un largo y afilado cuchillo se le había clavado en el corazón.

Cuando el cuerpo se desplomó, Tarzán lo cogió antes de que cayera al suelo y arrancó el tocado de sus correas, pues al ver a la criatura se le había ocurrido un atrevido plan para engañar a sus enemigos.

Salvado el tocado de todo posible daño que se hubiera producido de haber caído al suelo con el cuerpo de su propietario, Tarzán dejó de sostener el cadáver, dejó el tocado con cuidado en el suelo, se agachó y cortó la cola del ho-don cerca de la raíz. A su derecha había una pequeña cámara de la que el sacerdote evidentemente había salido y a la que Tarzán arrastró el cuerpo, el tocado y la cola.

Cortó rápidamente una estrecha tira de pellejo del taparrabo del sacerdote, la ató con fuerza en tomo al extremo superior del miembro cortado y luego se apretó la cola bajo el taparrabo, detrás, y lo colocó en su lugar lo mejor que pudo. Luego se puso el tocado que se apoyaba en los hombros y salió del aposento con la apariencia de un sacerdote del templo de Jad-ben-Otho, a menos que se le examinaran demasiado de cerca los pulgares y dedos de los pies.

Había observado que entre los ho-don y los wazdon no era en absoluto inusual que el extremo de la cola se llevara en una mano, y se cogió la cola por si el aspecto inerte del miembro al arrastrarse detrás levantaba sospechas.

Tras cruzar el corredor y las diversas cámaras salió al fin a los jardines de palacio, detrás del templo. La persecución aún no había llegado a este punto, aunque era consciente de que había un gran alboroto no lejos de él. Encontró a guerreros y esclavos pero ninguno le echó más que una mirada pasajera, ya que un sacerdote era algo muy corriente en el recinto del palacio.

Y así, pasando por delante de los guardias sin ningún problema, llegó al

fin a la entrada interior al Jardín Prohibido y allí se detuvo y examinó rápidamente esa parte del hermoso lugar que se extendía ante sus ojos. Para su alivio parecía desocupado y Tarzán, que se felicitaba por la facilidad con la que hasta entonces había burlado los altos poderes de A-lur, avanzó rápidamente hacia el otro extremo del recinto. Allí encontró una parcela de arbustos floridos que habrían podido ocultar sin peligro a una docena de hombres.

Una vez se metió dentro, se quitó el incómodo tocado y se sentó para esperar cualesquier eventualidad que el destino le tuviera reservada mientras formulaba planes para el futuro. La noche que había pasado en A-lur permaneció despierto hasta altas horas, lo que le permitió saber que, mientras había pocos fuera en los terrenos del templo, eran suficientes para que a él le resultara posible avanzar bajo cubierto con su disfraz sin llamar la atención de los guardias; y también había observado que el sacerdocio constituía una clase privilegiada que parecía ir y venir a voluntad y sin ningún problema por todo el palacio y el templo. Decidió, pues, que la noche le proporcionaba las horas más propicias para su investigación; de día podía yacer entre los arbustos del Jardín Prohibido, razonablemente a salvo de ser descubierto. De detrás del jardín le llegaron voces que se llamaban aquí y allí, y supuso que la búsqueda que se estaba efectuando de él era diligente.

Los momentos ociosos le dieron la oportunidad de desarrollar un plan más satisfactorio para sujetarse el apéndice que había robado. Lo arregló de tal modo que pudiera ser adoptado o arrancado rápidamente, y una vez hecho esto se puso a examinar la extraña máscara que con tanta eficacia había ocultado sus facciones.

El objeto estaba tallado con gran habilidad de un solo bloque de madera, muy probablemente una sección de un árbol, en el que las facciones habían sido grabadas y después el interior vaciado hasta quedar sólo una cáscara comparativamente fina. Había una gran muesca semicircular a cada lado que encajaban perfectamente sobre los hombros, mandiles de madera que se extendían hacia abajo unos centímetros sobre el pecho y la espalda. De estos mandiles colgaban largas borlas o trenzas de pelo que salían de los bordes exteriores hacia el centro que llegaba hasta más abajo de la parte inferior de su torso. Fue preciso un examen más minucioso para que el hombre-mono advirtiera que estos ornamentos consistían en cráneos humanos, tomados sin duda de las cabezas de los

sacrificios celebrados en los altares orientales. En el tocado mismo había sido tallada una cara horrible que sugería hombre y *gryf* al mismo tiempo. Estaban los tres cuernos blancos, el rostro amarillo con las bandas azules rodeando los ojos y la capucha roja que adoptaba la forma de los mandiles posterior y anterior.

Cuando se hallaba sentado entre el follaje de los arbustos que le ocultaban, reflexionando sobre la espantosa máscara sacerdotal que tenía en la mano, se dio cuenta de que no estaba solo en el jardín. Percibía la presencia de otra persona y sus aguzados oídos detectaron el lento acercamiento de unos pies desnudos que cruzaban el césped. Al principio sospechó que podía ser alguien que le buscaba con sigilo en el Jardín Prohibido, pero la figura entró en su campo de visión limitado por tallos, follaje y flores. Vio entonces que se trataba de la princesa O-lo-a y que se encontraba sola, caminando con la cabeza baja como absorta en la meditación, triste meditación, pues en sus párpados había indicios de lágrimas.

Poco después sus oídos le avisaron de que otros habían entrado en el jardín; eran hombres y el ruido de sus pasos proclamaba que no se movían ni lenta ni meditativamente. Fueron directos hacia la princesa y cuando Tarzán los vio descubrió que ambos eran sacerdotes.

—O-lo-a, princesa de Pal-ul-don —dijo uno dirigiéndose a ella—, el extranjero que nos ha dicho que era el hijo de Jad-ben-Otho acaba de escapar de la ira de Lu-don, el sumo sacerdote, que le ha descubierto a él y a su perversa blasfemia. El templo, el palacio y la ciudad están siendo registrados y hemos sido enviados a buscarle en el Jardín Prohibido, ya que Ko-tan, el rey, ha dicho que esta misma mañana le ha encontrado aquí, aunque no sabía cómo había pasado por delante de los guardias.

—No está aquí —dijo O-lo-a—. Hace rato que estoy en el jardín y no he oído a nadie. Sin embargo, registradlo si lo deseáis.

—No —dijo el sacerdote que había hablado antes—, no es necesario ya que nadie habría podido entrar sin que lo supieras y sin la connivencia de los guardias, y aunque lo hubiera hecho, el sacerdote que nos ha precedido lo habría visto.

—¿Qué sacerdote? —preguntó O-lo-a.

—Uno que ha pasado por delante de los guardias poco antes que nosotros —explicó el hombre.

—No le he visto.

—Sin duda se habrá marchado por otro sitio —observó el segundo sacerdote.

—Sí, sin duda —coincidió O-lo-a—, pero es extraño que no le haya visto.

Los dos sacerdotes hicieron su saludo y se dieron la vuelta para marcharse.

«Estúpidos como Buto, el rinoceronte —pensó Tarzán, que consideraba a Buto una criatura muy estúpida—. Debería ser fácil burlar a esta gente».

Los sacerdotes apenas se habían marchado cuando llegó el ruido de pies que corrían rápidamente por el jardín en dirección a la princesa, con el acompañamiento de rápidas respiraciones como de alguien casi agotado, o de fatiga o de excitación.

—Pan-at-lee —exclamó O-lo-a—, ¿qué ha ocurrido? Pareces aterrorizada como la cierva cuyo nombre llevas.

—Oh, princesa de Pal-ul-don —exclamó Pan-at-lee—, le habrían matado en el templo. Habrían matado a ese maravilloso extranjero que afirmaba ser el Dor-ul-Otho.

—Pero ha escapado —dijo O-lo-a—. Tú estabas allí. Cuéntamelo.

—El sumo sacerdote ha ordenado que le prendieran y le mataran, pero cuando se han precipitado sobre él ha arrojado a uno de ellos a la cara de Lu-don con la misma facilidad con que tú me arrojarías el desayuno; y luego ha saltado sobre el altar y de allí a la parte superior del muro del templo y ha desaparecido. Le están buscando, pero, oh, princesa, ruego por que no le encuentren.

—¿Y por qué ruegas por eso? —preguntó O-lo-a—. ¿El que ha blasfemado no se merece la muerte?

—Ah, pero tú no le conoces —replicó Pan-at-lee.

—¿Y tú sí? —espetó O-lo-a sin vacilar—. Esta mañana te has traicionado a ti misma y luego has intentado engañarme. Las esclavas de O-lo-a no hacen esas cosas con impunidad. ¿Es él entonces el mismo Tarzán-jad-guru de quien me hablaste? Habla, mujer, y di la verdad.

Pan-at-lee se irguió, su pequeña barbilla alzada, pues ¿no era ella también entre su gente como una princesa?

—Pan-at-lee, la kor-ul-ja, no miente para protegerse —dijo.

—Dime entonces lo que sepas de este Tarzán-jad-guru —insistió O-lo-a.

—Sé que es un hombre maravilloso y muy valiente —dijo Pan-at-lee—

y que me salvó de los tor-o-don y del *gryf* como te conté, y que en verdad es el mismo que ha entrado en el jardín esta mañana; y no sé si no es el hijo de Jad-ben-Otho, pues su valor y su fuerza son superiores a los de cualquier mortal, igual que su bondad y su honor; pues cuando podía haberme hecho daño me protegió, y cuando podía haberse salvado él pensó sólo en mí. Y todo esto lo hizo por su amistad con Om-at, que es *gund* de los kor-ul-ja y con quien yo debería haberme apareado si los ho-don no me hubieran capturado.

—Es cierto que era un hombre de aspecto magnífico —musitó O-lo-a —, y no era como otros hombres, no sólo por la forma de sus manos y pies o el hecho de que no tuviera cola, sino que había en él algo que le hacía parecer diferente en aspectos más importantes que éstos.

Pan-at-lee, su corazoncito salvaje fiel al hombre que le había brindado su amistad y esperando ganar para él la consideración de la princesa aunque no le sirviera de nada, preguntó:

—¿No lo sabía todo acerca de Ta-den e incluso conocía su paradero? Dime, oh princesa, ¿algún mortal conocería estas cosas?

—Tal vez vio a Ta-den —sugirió O-lo-a.

—Pero ¿cómo iba a saber que tú amabas a Ta-den? —prosiguió Pan-at-lee—. Te digo, princesa mía, que si no es un dios al menos es algo más que ho-don o waz-don. Me siguió desde la cueva de Es-sat en kor-ul-ja al otro lado de Kor-ul-lul hasta la cueva misma de Kor-ul-gryf donde me escondía, aunque habían transcurrido muchas horas desde que yo recorriera ese camino y mis pies desnudos no dejaron huellas en el suelo. ¿Qué mortal podría hacer algo semejante? ¿Y dónde en Pal-ul-don una doncella virgen encontraría un amigo y protector en un hombre extraño?

—Quizá Lu-don esté equivocado… quizá sea un dios —dijo O-lo-a, influida por la entusiasta defensa que del extranjero hacía su esclava.

—Pero sea dios u hombre es demasiado maravilloso para morir —exclamó Pan-at-lee—. Si pudiera le salvaría. Si viviera, incluso podría encontrar la manera de devolverte a tu Ta-den, princesa.

—Ah, si pudiera hacerlo… —suspiró O-lo-a—, pero, ay, es demasiado tarde, pues mañana seré entregada a Bu-lot.

—¿El que ayer vino a tus aposentos con tu padre? —preguntó Pan-at-lee.

—Sí; el que tiene una horrible cara redonda y un gran vientre —exclamó la princesa con aire de disgusto—. Es tan perezoso que ni cazará

ni peleará. Comer y beber es lo único para lo que sirve Bu-lot, y no piensa en nada más que en estas cosas y en sus mujeres esclavas. Pero ven, Pan-at-lee, recoge para mí algunas de estas bellas flores. Esta noche las esparciré en torno a mi diván para que mañana lleve conmigo el recuerdo de la fragancia que más me gusta y que sé que no encontraré en la aldea de Mosar, el padre de Bu-lot. Te ayudaré, Pan-at-lee, y recogeremos una gran cantidad, porque recogerlas me gusta más que nada; eran las flores favoritas de Ta-den.

Las dos se acercaron al florido arbusto donde Tarzán se escondía, pero como las flores crecían con profusión en todos los arbustos el hombre-mono supuso que no les sería preciso entrar tanto en el parterre como para descubrirle. Lanzando pequeñas exclamaciones de placer cuando encontraban flores particularmente grandes o perfectas, las dos mujeres fueron de lugar en lugar rodeando el escondrijo de Tarzán.

—Oh, mira, Pan-at-lee —exclamó O-lo-a—, ahí está la reina de todas las flores. Nunca había visto una flor tan maravillosa. ¡No! La cogeré yo misma… es tan grande y hermosa que ninguna otra mano la debe tocar —y la princesa penetró entre los arbustos hacia el punto donde florecía la gran flor, sobre la cabeza del hombre-mono.

Tan de repente e inesperadamente se aproximó, que Tarzán no tuvo oportunidad de escapar y se quedó sentado en silencio confiando en que el destino fuera bondadoso con él y apartara a la hija de Ko-tan antes de que sus ojos pasaran de la gran flor a él. Pero cuando la muchacha cortó el largo tallo con su cuchillo bajó la mirada directamente al rostro sonriente de Tarzán-jad-guru.

Ahogando un grito se apartó y el hombre-mono se puso en pie y la miró a la cara.

—No temas, princesa —la tranquilizó—. Es un amigo de Ta-den quien te saluda —y se llevó los dedos de ella a sus labios.

Pan-at-lee se acercó ahora excitada.

—¡Oh, Jad-ben-Otho, es él!

—Y ahora que me has encontrado —dijo Tarzán—, ¿me entregarás a Lu-don, el sumo sacerdote?

Pan-at-lee se arrojó de rodillas a los pies de O-lo-a.

—¡Princesa! ¡Princesa! —suplicó—, no le descubras a sus enemigos.

—Pero Ko-tan, mi padre… —dijo en un susurro Olo-a, temerosa—, si se entera de mi perfidia su ira será indecible. Aunque sea una princesa, Lu-

don podría exigirle que me sacrificara para calmar la ira de Jad-ben-Otho, y entre los dos estaría perdida.

—Pero no tienen por qué enterarse nunca de que le has visto si tú no se lo dices —exclamó Pan-at-lee—, pues pongo a Jad-ben-Otho por testigo de que nunca te traicionaré.

—Oh, dime, extranjero —imploró O-lo-a—, ¿de veras eres un dios?

—Jad-ben-Otho no lo es más —respondió Tarzán sin mentir.

—Pero ¿por qué quieres escapar entonces de las manos de los mortales si eres un dios? —preguntó.

—Cuando los dioses se mezclan con los mortales —respondió Tarzán —, no son menos vulnerables que los mortales. Incluso Jad-ben-Otho, si apareciera ante vosotros en carne y hueso, podría morir.

—¿Has visto a Ta-den y has hablado con él? —preguntó ella con aparente inoportunidad.

—Sí, le he visto y he hablado con él —respondió el hombre-mono—. Durante una luna estuve con él constantemente.

—¿Y… —la muchacha vaciló— él… —bajó los ojos al suelo y un rubor cubrió sus mejillas— aún me ama? Tarzán supo que había ganado.

—Sí —dijo—, Ta-den sólo habla de O-lo-a y aguarda el día en que pueda reclamarla.

—Pero mañana me entregan a Bu-lot —dijo ella con tristeza.

—Que sea siempre mañana —replicó Tarzán—, pues el mañana nunca llega.

—Ah, pero esta desdicha llegará, y durante todas las mañanas de mi vida languideceré de desdicha por el Ta-den que nunca será mío.

—Pero para Lu-don quizá yo te haya ayudado —dijo el hombre-mono —. Y quién sabe si puedo ayudarte todavía.

—Ah, si pudieras, Dor-ul-Otho —exclamó la muchacha—, y sé que lo harías si fuera posible, pues Pan-at-lee me ha contado lo valiente y bueno que eres.

—Sólo Jad-ben-Otho sabe lo que el futuro nos depara —lijo Tarzán—. Y ahora vosotras dos marchaos, no sea que alguien os descubra y sospeche algo.

—Nos iremos —dijo O-lo-a—, pero Pan-at-lee volverá con comida. Espero que escapes y que Jad-ben-Otho esté satisfecho con lo que he hecho.

Se volvió y se alejó, y Pan-at-lee la siguió mientras el hombre-mono

volvía a esconderse.

Al atardecer Pan-at-lee fue a llevarle comida, y al estar ella sola Tarzán le comunicó lo que estaba ansioso por expresar desde la conversación que había mantenido con O-lo-a.

—Dime lo que sepas —dijo— de los rumores de los que ha hablado O-lo-a acerca de la misteriosa extranjera que se supone que se esconde en A-lur. ¿También tú los has oído?

—Sí —dijo Pan-at-lee—, he oído contarlo entre los otros esclavos. Es algo de lo que todos hablan en susurros entre ellos y nadie se atreve a hacerlo en voz alta. Dicen que hay una extranjera escondida en el templo y que Lu-don la quiere como sacerdotisa y Ko-tan la quiere por esposa, y que ninguno de los dos se atreve a sacarla por miedo al otro.

—¿Sabes dónde está escondida? —preguntó Tarzán.

—No —respondió Pan-at-lee—. ¿Cómo quieres que lo sepa? Ni siquiera sé si es algo más que una historia, pero te cuento lo que he oído contar a otros.

—¿Sólo hablaban de una? —preguntó Tarzán.

—No, hablaban de otra que vino con ella, pero al parecer nadie sabe qué se ha hecho de ésta.

Tarzán hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, Pan-at-lee —dijo—. Quizá me hayas ayudado más de lo que ambos suponemos.

—Espero haberte ayudado —dijo la muchacha, y se volvió para regresar al palacio.

—Yo también lo espero —exclamó Tarzán con énfasis.

CAPÍTULO XIV

EL TEMPLO DEL *GRYF*

CUANDO anocheció, Tarzán se puso la máscara y la cola del sacerdote al que había matado en el pasadizo subterráneo del templo. Juzgó mejor no volver a intentar pasar por delante de la guardia, en especial tan tarde por la noche, pues eso podría suscitar comentarios y recelos, y subió al árbol que colgaba por encima del muro del jardín y de sus ramas saltó al suelo.

Evitando el grave riesgo de ser detenido el hombre-mono cruzó los terrenos hasta el patio de palacio, acercándose al templo desde el lado opuesto al que había utilizado en su huida. Pasó, es cierto, por una parte de los terrenos que le eran desconocidos, pero lo prefería al peligro de seguir el camino trillado entre los aposentos de palacio y los del templo. Como tenía una meta definida en la cabeza y dotado como estaba de un sentido de la orientación casi milagroso, avanzó con gran seguridad por las sombras del patio del templo…

Aprovechando las sombras más densas de la zona próxima a los muros, por fin llegó sin contratiempos al ornado edificio sobre cuyo propósito había preguntado a Lu-don, quien le había informado de que estaba olvidado; nada extraño en sí mismo, pero la aparente vacilación del sacerdote en hablar de su uso y la impresión que el hombre-mono tuvo entonces de que Lu-don mentía le confería una posible importancia.

Por fin se hallaba solo ante el edificio, que tenía tres pisos de altura y estaba separado de todos los demás del templo. Tenía una sola entrada con barrotes excavada en la roca viva representando la cabeza de un *gryf*, cuya boca abierta constituía la entrada. La cabeza, la capucha y las patas delanteras de la criatura se mostraban como si yaciera agazapado con la mandíbula inferior en el suelo entre sus patas extendidas. Unas pequeñas ventanas ovales, que también tenían barrotes, flanqueaban la entrada.

Al ver el paso franco, Tarzán entró en la oscura entrada donde probó los barrotes, y descubrió que estaban trabados de un modo muy ingenioso

por algún dispositivo que él desconocía y que probablemente eran demasiado fuertes para romperlos aunque pudiera arriesgarse a hacer ruido. No se veía nada en el oscuro interior y por tanto, momentáneamente desconcertado, fue a mirar las ventanas. También aquí los barrotes se negaron a revelar su secreto, pero Tarzán no se desanimó.

Si los barrotes no cedían a su astucia cederían a su gigantesca fuerza, si no había otro modo de entrar, pero primero se aseguraría de que era así. Dio la vuelta completa al edificio para examinarlo con atención. Había otras ventanas, pero estaban igualmente protegidas con barrotes. Se detuvo a menudo a mirar y escuchar pero no vio a nadie, y los ruidos que oía eran demasiado distantes para causarle miedo.

Miró hacia la parte superior de la pared del edificio. Igual que otros muchos muros de la ciudad, palacio y templo, exhibía grandes adornos tallados y también tenía los peculiares salientes que a veces discurrían en un plano horizontal y en otras formaban ángulo, dando a menudo la impresión de irregularidad e incluso de sinuosidad a los edificios. No era un muro difícil de escalar, al menos para el hombre-mono.

Pero el voluminoso tocado le resultaba un gran incoveniente, por lo que lo dejó en el suelo, al pie del muro. Ascendió ágilmente y encontró las ventanas del segundo piso no sólo tapadas con barrotes sino con cortinas en su parte interior. No se entretuvo mucho en el segundo piso, ya que tenía la idea de que le resultaría más fácil entrar por el tejado, el cual estaba toscamente abovedado como la sala del trono de Ko-tan. Allí había aberturas. Las había visto desde el suelo, y si la construcción del interior se parecía (aunque sólo fuera ligeramente) a la sala del trono, los barrotes no serían necesarios, ya que nadie podía llegar a ellas desde el suelo de la estancia.

Sólo quedaba una cuestión: ¿serían lo bastante grandes para admitir los anchos hombros del hombre-mono?

Volvió a detenerse en el tercer piso y allí, pese a las colgaduras, vio que el interior estaba iluminado y al mismo tiempo le llegó a su olfato, procedente del interior, un perfume que por unos momentos arrancó de él cualquier resto de civilización y le convirtió en un fiero y terrible macho de las junglas de Kerchak. Tan repentina y completa fue la metamorfosis que de sus labios salvajes estuvo a punto de brotar el espantoso grito de desafío de los de su especie, pero la astuta mente de bruto le ahorró esta metedura de pata.

Oyó voces dentro; la voz de Lu-don, habría podido jurarlo, exigente. Y las palabras de respuesta fueron arrogantes y desdeñosas, aunque completamente desesperanzadas, pronunciadas en los tonos de esta otra voz que llevó a Tarzán a la cúspide del frenesí.

La bóveda, con sus posibles aberturas, quedó olvidada. Toda consideración de cautela y silencio quedó a un lado mientras el hombre-mono echaba hacia atrás su potente puño y asestaba un terrible golpe a los barrotes y al armazón que les sujetaba al suelo del aposento.

Al instante Tarzán se zambulló de cabeza por la abertura, llevándose consigo las colgaduras de piel de antílope al suelo. Se puso en pie de un salto y desgarró la piel que se le había enredado en la cabeza y se encontró en la más absoluta oscuridad y silencio. Llamó en voz alta un nombre que hacía muchos meses sus labios no pronunciaban:

—Jane, Jane —gritó—, ¿dónde estás?

Pero sólo obtuvo silencio como respuesta.

Llamó una y otra vez, avanzando a tientas con las manos extendidas en la negrura de la habitación, asaltado su olfato y atormentado su cerebro por los delicados efluvios que al principio le habían convencido de que su compañera había estado en aquella misma habitación. Había oído su dulce voz combatiendo las exigencias del vil sacerdote. ¡Ah, si hubiera actuado con mayor precaución! Si hubiera seguido moviéndose en silencio y con cautela, en ese momento podría estar abrazándola mientras el cuerpo de Lu-don, bajo sus pies, hablaba elocuentemente de venganza consumada. Pero no había tiempo para lamentaciones.

Avanzó a tropezones, buscando a tientas no sabía qué, hasta que de pronto el suelo bajo sus pies se inclinó y él cayó a una oscuridad aún más completa que la de arriba. Notó que su cuerpo golpeaba una superficie lisa y se dio cuenta de que se estaba deslizando por una especie de rampa pulida, mientras desde arriba le llegaba el tono burlón de una risa y la voz de Lu-don gritando detrás de él:

—¡Vuelve con tu padre, oh Dor-ul-Otho!

El hombre-mono se paró de pronto y cayó dolorosamente al suelo rocoso. Ante él había una ventana ovalada cruzada por muchos barrotes, y detrás vio la luz de la luna jugueteando sobre las aguas del lago azul. Al mismo tiempo percibió en el aire un olor que le resultó familiar, en aquella cámara que un rápido vistazo en la semioscuridad reveló de un tamaño considerable.

El olor débil pero inconfundible era del *gryf*, y Tarzán se quedó de pie en silencio, escuchando. Al principio no percibió más sonidos que los de la ciudad que le llegaban por la ventana que daba al lago: pero después, débilmente, como desde lejos, oyó el arrastrar de unas patas almohadilladas por un pavimento de piedra, y aguzando el oído se dio cuenta de que aquel sonido se acercaba.

Cada vez estaba más cerca, y ahora era audible incluso la respiración de la bestia. Atraída evidentemente por el ruido del descenso de Tarzán a este refugio cavernoso, se acercaba para investigar. Tarzán no veía nada pero sabía que no se encontraba muy lejos, y entonces se oyó, reverberando en aquellos lóbregos corredores, el grito enloquecido del *gryf*.

Consciente de la mala visibilidad de la bestia, y acostumbrados sus propios ojos a la oscuridad de la caverna, el hombre-mono procuró eludir la enfurecida embestida que bien sabía que ningún ser vivo podía resistir. Tampoco se atrevió a arriesgarse a experimentar con este extraño *gryf* con la táctica del tor-o-don que le había resultado tan eficaz en la otra ocasión en que su vida y libertad se hallaban en juego. En muchos aspectos la situación era diferente. En la ocasión anterior, a plena luz del día, pudo acercarse al *gryf* en condiciones normales, en su estado natural, y el propio *gryf* era un ejemplar al que había visto sometido a la autoridad del hombre, o al menos de una criatura como humana; pero aquí se enfrentaba a una bestia encerrada en pleno ataque furioso, y él tenía todas las razones del mundo para sospechar que este *gryf* jamás podría sentir la influencia limitadora de la autoridad, confinado como estaba en aquel lóbrego pozo para servir probablemente al único propósito que Tarzán ya había visto retratado de un modo tan gráfico en su propia experiencia de los últimos momentos.

Eludir a la criatura, entonces, con la posibilidad de descubrir alguna vía de escape le parecía al hombre-mono lo más sensato. Había demasiado en juego para arriesgarse a un encuentro que evitarse, un encuentro cuyo resultado sellaría con toda seguridad el destino de la compañera que acababa de encontrar, sólo para perderla de nuevo de un modo tan horroroso. No obstante su gran decepción y tristeza y lo desesperada que parecía su situación, en las venas del salvaje señor corrió un cálido vislumbre de agradecimiento y alegría. ¡Ella estaba viva! Después de todos aquellos tristes meses de desesperanza y temor la había encontrado. ¡Ella vivía!

Hacia el lado opuesto de la cámara, silencioso como el fantasma de un alma descarnada, la veloz criatura de la jungla se apartó del camino del titan atacante que, guiado en la semioscuridad por su agudo oído, embistió el lugar donde se produjo la ruidosa entrada de Tarzán. El hombre-mono se apresuraba por la pared opuesta. Ahora apareció ante él la negra abertura del corredor del que la bestia había emergido. Sin vacilar, Tarzán se metió en ella. Incluso allí sus ojos, acostumbrados a la oscuridad que a usted o a mí nos habría parecido total, veía el suelo y las paredes dentro de un radio de unos metros, lo suficiente al menos para evitar que tropezase con cualquier abismo insospechado o que chocara contra sólida roca al dar la vuelta a un recodo.

El corredor era ancho y elevado, tal como debía ser para alojar las colosales proporciones de la criatura, y a Tarzán no le resultó difícil moverse con razonable velocidad por su sinuoso camino. Era consciente, mientras avanzaba, de que la tendencia del pasadizo era hacia abajo, no una pendiente muy pronunciada, pero parecía interminable, y Tarzán se preguntó a qué distante guarida subterránea conduciría. Tenía la vaga sensación de que quizá, después de todo, sería mejor quedarse en la cámara más grande y arriesgarlo todo en la oportunidad de dominar al *gryf* donde al menos había espacio y luz suficientes para tener alguna posibilidad de éxito. Ser sorprendido en los estrechos confines del oscuro corredor, donde estaba seguro que el *gryf* no podía verle, significaría casi la muerte segura; y oyó a la bestia aproximarse por detrás. Su atronadores rugidos casi estremecían el risco en el que estaban excavadas las cámaras cavernosas. Detener y recibir el impacto de esta monstruosa encarnación de la furia con un inútil *¡whee-oo!* le parecía a Tarzán la mayor de las locuras, y por eso siguió por el corredor, apretando el paso pues se daba cuenta de que el *gryf* le estaba atrapando.

Entonces la oscuridad disminuyó y en la última vuelta del pasadizo vio ante él una zona iluminada por la luna. Con renovada esperanza siguió adelante y salió de la boca del corredor para hallarse en un gran recinto circular cuyas altas paredes blancas se elevaban a gran altura a cada lado, unas lisas paredes perpendiculares en la cara del risco en la que no había el menor punto donde agarrarse. A su izquierda había una charca de agua, uno de cuyos lados chocaba contra el pie de la pared en este punto. Debía de ser el lugar donde el *gryf* se bañaba y bebía.

Y ahora la criatura emergió del corredor y Tarzán retrocedió hasta el

borde de la charca para hacerle frente. No había ningún palo con el que hacer valer la autoridad de su voz; sin embargo se preparó para resistir, pues parecía que no podía hacer otra cosa. Justo en la entrada al corredor el *gryf* se detuvo, volviendo sus débiles ojos en todas direcciones como si buscara a su presa. Éste parecía el momento psicológico ideal para su intento, y alzando la voz con tono imperioso el hombre-mono pronunció el extraño *whee-oo!* de los tor-o-don. Su efecto sobre el *gryf* fue instantáneo y completo; con un terrible rugido bajó sus tres cuernos y embistió como un loco en la dirección del sonido.

Ni a derecha ni a izquierda había vía de escape posible, pues detrás de él estaban las plácidas aguas de la charca, mientras que por delante se precipitaba hacia él la aniquilación. El poderoso cuerpo ya parecía cernirse sobre él cuando el hombre-mono se volvió y se zambulló en las oscuras aguas.

La esperanza había muerto en su corazón. Luchando por vivir durante horribles meses de prisión, peligro y penalidades, el fuego de su esperanza había vacilado y brillado sólo para hundirse después, y ahora se había extinguido por completo dejando sólo brasas frías, carbonizadas, que Jane Clayton sabía nunca volverían a ser reavivadas. Su confianza había desparecido cuando se enfrentó a Lu-don, el sumo sacerdote, en su prisión del templo del *Gryf* en A-lur. Ni el tiempo ni las penalidades habían dejado sus huellas en su belleza física: los contornos de su forma perfecta, la gloria de su radiante encanto los había desafiado, sin embargo a estos mismos atributos debía el peligro con que ahora se enfrentaba, pues Lu-don la deseaba. Estuvo a salvo de los sacerdotes inferiores, pero no de Lu-don, pues Lu-don no era como ellos, ya que el cargo de sumo sacerdote de Pal-ul-don era hereditario.

Ko-tan, el rey, la deseaba, y lo único que hasta entonces la había salvado de uno u otro era el miedo que se tenían mutuamente, pero al fin Lu-don había dejado a un lado la discreción y había acudido en las silenciosas velas nocturnas a reclamarla. Ella le había rechazado con arrogancia, tratando de ganar tiempo, aunque qué tiempo podría ofrecerle alivio o renovadas esperanzas ella no lo sabía ni tenía la más remota idea. Una expresión de lujuria brillaba en el cruel semblante del sumo sacerdote cuando cruzó la habitación hacia ella para agarrarla. Ella no se acobardó sino que permaneció en pie muy erguida, la barbilla levantada, su mirada

franca cargada del odio y desprecio que sentía por él. Él interpretó la expresión de su rostro y, aunque le enojó, no hizo sino aumentar su deseo de poseerla. Era ciertamente una reina, quizás una diosa; compañera adecuada para el sumo sacerdote.

—¡No lo harás! —exclamó la mujer cuando él hizo ademán de tocarla —. Uno de los dos morirá antes de que se cumplan tus deseos.

Ahora se hallaba junto a ella. Su risa le hirió en los oídos.

—El amor no mata —replicó él burlándose.

Fue a cogerle el brazo y en el mismo instante algo golpeó los barrotes de una de las ventanas, haciéndolos caer con estrépito al suelo, seguidos casi simultáneamente por una figura humana que se zambulló de cabeza en la habitación, envuelta su cabeza en las colgaduras de piel de la ventana que se llevó por delante en su impetuosa irrupción.

Jane Clayton vio sorpresa y algo de terror en el semblante del sumo sacerdote, y luego le vio dar un salto y tirar de una correa de cuero que colgaba del techo del aposento. Al instante cayó de arriba una partición astutamente oculta que se interpuso entre ellos y el intruso, que le impedía verles y al mismo tiempo le obligaba a andar a tientas en la oscuridad hacia el lado opuesto, ya que el único fanal que contenía la habitación se hallaba en el lado de la partición donde se encontraban ellos.

Jane oyó débilmente, desde detrás de la pared, una voz que gritaba, pero quién era y cuáles eran sus palabras no pudo distinguirlo. Luego vio que Lu-don tiraba de otra correa y esperaba con evidente expectación a que ocurriera algo. No tuvo que esperar mucho. Jane vio que la correa se movía, como si tiraran de ella desde arriba, y entonces Lu-don sonrió y con otra señal puso en movimiento la maquinaria que volvió a levantar la partición hasta el techo.

El sumo sacerdote avanzó hacia esa parte de la estancia que la partición había dejado separada de ellos, se arrodilló y abrió hacia abajo una parte del suelo, lo que reveló la oscura boca de un pozo. Riendo con estruendo gritó al interior del agujero:

—¡Regresa a tu padre, oh Dor-ul-Otho!

El sumo sacerdote cerró el pestillo que impedía que la trampilla se abriera bajo los pies del incauto hasta el momento en que Lu-don elegía y se puso de nuevo en pie.

—¡Bueno, Hermosa! —exclamó, y añadió—: ¡Ja-don!, ¿qué haces aquí?

Jane Clayton se volvió para seguir la dirección de los ojos de Lu-don y vio, enmarcada en el umbral del acceso al aposento, la potente figura de un guerrero, cuyas facciones reflejaban una expresión de dura y severa autoridad.

—Vengo de parte de Ko-tan, el rey —respondió Ja-don—, para llevar a la hermosa extranjera al Jardín Prohibido.

—¿El rey desafía al sumo sacerdote de Jad-ben-Otho? —preguntó Lu-don.

—Es la orden del rey; he dicho —espetó Ja-don, en cuya actitud no había muestras ni de temor ni de respeto por el sacerdote.

Lu-don sabía bien por qué el rey había elegido a este mensajero cuya herejía era conocida de todos, pero cuyo poder le había protegido hasta entonces de las maquinaciones del sacerdote. Lu-don echó una mirada de reojo a las correas que colgaban del techo. ¿Por qué no? ¡Si lograra que Ja-don se pusiera en el otro lado de la cámara!

—Ven —dijo en tono conciliador—, hablemos del asunto —y se dirigió hacia el lugar adonde quería que Ja-don le siguiera.

—No hay nada de que hablar —replicó Ja-don, pero siguió al sacerdote, temiendo la traición.

Jane les observaba. En el rostro y la figura del guerrero vio reflejados esos rasgos admirables del valor y el honor que la profesión de las armas desarrolla mejor. En el hipócrita sacerdote no había ninguna cualidad redentora. Prefería al guerrero. Mientras él estuviera allí tendría una posibilidad; con Lu-don, ninguna. Incluso el proceso mismo de cambio de una prisión a otra podría ofrecer alguna posibilidad de huida. Ella sopesó todas estas cosas y se decidió, pues la rápida mirada de Lu-don a las correas no le había pasado inadvertida ni la había interpretado erróneamente.

—Guerrero —dijo, dirigiéndose a Ja-don—, si quieres vivir no entres en esa parte de la habitación. —Lu-don le echó una mirada llena de enojo —. ¡Cállate, esclava! —exclamó él.

—¿Y dónde está el peligro? —preguntó Ja-don a Jane, sin hacer caso de Lu-don.

La mujer señaló las correas.

—Mira —dijo, y antes de que el sumo sacerdote pudiera evitarlo, ella había cogido la que controlaba la partición que bajaba y separó a Lu-don del guerrero y de ella misma.

Ja-don la miró con aire interrogador.

—Me habría engañado limpiamente de no ser por ti —dijo—; me habría dejado ahí prisionero mientras te llevaba en secreto a otra parte de este laberinto del templo.

—Habría hecho algo más —declaró Jane, mientras tiraba de la otra correa—. Esto abre una trampilla que hay en el suelo detrás de la partición. Cuando lo hubieras pisado te habrías precipitado a un pozo bajo el templo. Lu-don me ha amenazado a menudo con este destino. No sé si dice la verdad, pero dice que allí está encarcelado un demonio del templo… un enorme *gryf*.

—Hay un grujen el templo —dijo Ja-don—. Entre él y los sacrificios, los sacerdotes nos mantienen ocupados suministrándoles prisioneros, aunque las víctimas a veces son aquellos de entre nuestra gente por los que Lu-don siente odio. Hace tiempo que tiene los ojos puestos en mí. Ésta habría sido su oportunidad de no haber sido por ti. Dime, mujer, por qué me has avisado. ¿No somos todos tus carceleros y tus enemigos?

—Nadie podría ser más horrible que Lu-don —respondió ella—, y tú pareces un guerrero valiente y honorable. No podría esperar, pues ya no tengo esperanza, y sin embargo existe la posibilidad de que entre tantos hombres luchadores, aunque sean de otra raza, haya uno que conceda un trato honorable a un extranjero que estuviera entre ellos… aunque fuera una mujer.

Ja-don la miró un largo minuto.

—Ko-tan te haría su reina —dijo—. Me lo dijo él mismo, y seguramente recibirías un trato honorable de quien podría hacerte una esclava.

—¿Por qué, entonces, me haría reina?

Ja-don se acercó a ella como si tuviera miedo de que alguien le oyera.

—Él cree, aunque no me lo ha dicho, que eres de la raza de los dioses. ¿Y por qué no? Jad-ben-Otho no tiene cola, por lo tanto no es extraño que Ko-tan sospeche que sólo los dioses son así. Su reina murió dejándole una sola hija. Anhela tener un hijo varón y ¿qué más deseable que hallar una línea de gobernantes de Pal-ul-don que descendieran de los dioses?

—Pero yo ya estoy casada —le replicó Jane—. No puedo casarme con otro. No le quiero a él ni a su trono.

—Ko-tan es rey —replicó Ja-don simplemente, como si eso lo explicara y simplificara todo.

—Entonces, ¿no me salvarás?

—Si estuvieras en Ja-lur —respondió él—, tal vez te protegería, incluso contra el rey.

—¿Qué es y dónde está Ja-lur? —preguntó ella, agarrándose a cualquier cosa.

—Es la ciudad donde yo gobierno —respondió él—. Soy jefe de allí y de todo el valle que se extiende más allá.

—¿Dónde está? —insistió ella—. ¿Está lejos?

—No —respondió el hombre, sonriendo—, no está lejos, pero no pienses en ello… jamás llegarías. Hay demasiada gente que te perseguiría, y te capturarían. Sin embargo, si deseas saberlo, está situada junto al río que desemboca en el Jad-ben-lul cuyas aguas besan los valles de A-lur, en el horcajo occidental con agua en tres lados. Incomparable ciudad de Pal-ul-don… única entre todas las ciudades en la que jamás ha entrado un enemigo desde que fue construida, cuando Jad-ben-Otho era un muchacho.

—¿Y allí me encontraría a salvo? —preguntó Jane.

—Quizá —respondió él.

Ah, la esperanza muerta; ¡ante qué leve provocación intentarías brillar de nuevo! Ella suspiró y meneó la cabeza, comprendiendo la inutilidad de la esperanza, aunque el cebo tentador oscilaba mentalmente ante ella… ¡Ja-lur!

—Eres sensata —comentó Ja-don interpretando su suspiro—. Ahora vámonos, iremos a los aposentos de la princesa junto al Jardín Prohibido. Allí permanecerás con O-lo-a, la hija del rey. Será mejor que esta prisión que has estado ocupando.

—¿Y Ko-tan? —preguntó ella, sintiendo un escalofrío que le recorrió el cuerpo.

—Hay ceremonias —explicó Ja-don— que quizá le ocupen varios días antes de que te haga reina, y una de ellas quizá resulte difícil de preparar. —Se rió.

—¿Qué? —exclamó ella.

—Sólo el sumo sacerdote puede celebrar la ceremonia de la boda de un rey —explicó.

—¡Un retraso! —murmuró—, ¡bendito retraso!

Tenaz en verdad es la esperanza aunque se vea reducida a frío e inerte carbón… una auténtica ave fénix.

CAPÍTULO XV

«¡EL REY HA MUERTO!»

MIENTRAS conversaban, Ja-don la había acompañado por la escalinata de piedra que conduce a las plantas superiores del templo del *Gryf* hasta las cámaras y los corredores que pueblan las colinas rocosas de las que están excavados el templo y el palacio, y ahora pasaban de una a otra a través de un umbral a un lado del cual había dos sacerdotes haciendo guardia y en el otro dos guerreros. Los primeros hicieron detenerse a Ja-don cuando vieron a quién acompañaba, pues era conocida en todo el templo la discusión entre rey y sumo sacerdote por la posesión de esta bella extranjera.

—Sólo por orden de Lu-don puede pasar ella —dijo uno, colocándose directamente delante de Jane Clayton para impedirle el paso.

A través de los ojos huecos de la horrible máscara, la mujer distinguió a los del sacerdote que relucían con el fuego del fanatismo. Ja-don la rodeó con un brazo y se llevó la mano al cuchillo.

—Ella pasa por orden de Ko-tan, el rey —dijo—, y en virtud de que Ja-don, el jefe, es su guía. ¡Apártate!

Los dos guerreros se acercaron.

—Estamos aquí, *gund* de Ja-lur —dijo uno de ellos—, para recibir y obedecer tus órdenes.

El segundo sacerdote intervino.

—Déjales pasar —advirtió a su compañero—. No hemos recibido ninguna orden directa de Lu-don en sentido contrario y es la ley del templo y del palacio que los jefes y sacerdotes puedan entrar y salir sin obstáculos.

—Pero conozco los deseos de Lu-don —insistió el otro.

—¿Te dijo que Ja-don no debe pasar con la extranjera?

—No… pero…

—Entonces déjales pasar, pues son tres contra dos y pasarán de todos modos; hemos hecho lo que hemos podido.

Rezongando, el sacerdote se hizo a un lado.

—Lu-don pedirá explicaciones —exclamó enojado. Ja-don se volvió a él.

—Y las tendrá cuando y donde quiera —espetó.

Por fin llegaron a los aposentos de la princesa Olo-a donde, en la entrada principal, holgazaneaba una pequeña guardia de guerreros de palacio y varios fornidos eunucos negros que pertenecían a la princesa, o a sus mujeres. A una de las últimas abandonó Ja-don su carga.

—Llévasela a la princesa —ordenó— y procura que no se escape.

El eunuco condujo a lady Greystoke por numerosos corredores y aposentos iluminados por fanales de piedra y por fin se detuvo ante un umbral oculto por unas colgaduras de piel de *jato*, donde el guía golpeó con su bastón en la pared junto a la puerta.

—O-lo-a, princesa de Pal-ul-don —dijo con voz fuerte—, aquí está la mujer extranjera, la prisionera del templo.

—Hazla entrar —oyó Jane que decía una voz dulce desde dentro.

El eunuco apartó las colgaduras y lady Greystoke entró. Se encontró en una habitación de techo bajo y tamaño moderado. En cada una de las cuatro esquinas una figura de piedra en posición arrodillada parecía soportar sobre sus hombros su parte de peso del techo. Estas figuras, evidentemente, representaban esclavos waz-don y no carecía de atrevida belleza artística. El techo estaba ligeramente arqueado formando una cúpula central con aberturas para que entrara la luz del día y el aire. En un lado de la habitación había muchas ventanas, pues las otras tres paredes estaban vacías salvo por un umbral en cada una. La princesa yacía sobre un montón de pieles que estaban dispuestas sobre una tarima baja de piedra en un rincón de la estancia y se hallaba sola excepto por una esclava waz-don que estaba sentada en el borde de la tarima, cerca de sus pies.

Cuando Jane entró O-lo-a le hizo seña de que se acercara, y cuando estuvo junto al diván la muchacha se incorporó apoyándose sobre un codo y la examinó con aire critico.

—Qué guapa eres —se limitó a decir.

Jane sonrió con tristeza, pues había descubierto que la belleza puede ser una maldición.

—Sin duda es un cumplido —respondió al instante—, ya que viene de alguien tan radiante como la princesa O-lo-a.

—¡Ah! —exclamó la princesa con deleite—, ¡hablas mi lengua! Me

habían dicho que eras de otra raza y de alguna tierra extraña de la que los de Pal-ul-don nunca hemos oído hablar.

—Lu-don se encargó de que los sacerdotes me la enseñaran —explicó Jane—, pero soy de un país distante, princesa, un país al que anhelo regresar… y soy muy infeliz.

—Pero Ko-tan, mi padre, te haría su reina —exclamó la muchacha—; eso debería hacerte muy feliz.

—Pues no es así —replicó la prisionera—. Amo a otro con quien ya estoy casada. Ah, princesa, si tú supieras lo que es amar y ser obligada a casarte con otro me comprenderías.

La princesa O-lo-a se quedó en silencio un largo momento.

—Lo sé —dijo al fin—, y lo siento mucho por ti; pero si la hija del rey no puede salvarse de semejante destino ¿quién puede salvar a una esclava?, porque esto es lo que en realidad eres.

En el gran salón de banquetes del palacio de Ko-tan, rey de Pal-ul-don, aquella noche habían empezado a beber antes que de costumbre, pues el rey celebraba que su única hija se casaba al día siguiente con Bu-lot, hijo de Mo-sar, el jefe, cuyo bisabuelo había sido rey de Pal-ul-don y que le enseñó que sería rey, y Mo-sar estaba borracho igual que Bu-lot, su hijo. En realidad casi todos los guerreros, incluido el propio rey, estaban borrachos. En el corazón de Ko-tan no había amor ni por Mo-sar ni por Bu-lot, ni ninguno de estos dos amaba al rey. Ko-tan entregaba su hija a Bu-lot con la esperanza de que la alianza impidiera a Mo-sar seguir reclamando el trono, ya que, después de Ja-don, Mo-sar era el más poderoso de los jefes. Y mientras Ko-tan miraba con temor a Ja-don, no temía que el viejo hombre-león intentara arrebatarle el trono, aunque hacia qué lado dirigiría su influencia y sus guerreros en el caso de que Mo-sar declarara la guerra a Ko-tan, el rey no lo sabía.

La gente primitiva, que es tan belicosa, raras veces se inclina por el tacto o la diplomacia ni aun cuando está sobria; pero borracha no conoce las palabras, si se la excita. En realidad fue Bu-lot quien lo inició todo.

—Brindo —dijo— por O-lo-a —y vació su jarra de un solo trago—. ¡Y ahora —cogiendo otra llena de un vecino—, por el hijo suyo y mío, que devolverá el trono de Pal-ul-don a su debido propietario!

—¡El rey aún no ha muerto! —exclamó Ko-tan, poniéndose en pie—, ni Bu-lot se ha casado aún con su hija… y todavía hay tiempo de salvar Pal-ul-don de la prole de un cobarde.

El tono enojado del rey y su insultante referencia a la conocida cobardía de Bu-lot produjeron un repentino silencio en la bulliciosa compañía. Todos los ojos se volvieron a Bu-lot y Mo-sar, quienes se sentaban juntos directamente enfrente del rey. El primero estaba muy borracho aunque de pronto pareció sobrio. Estaba tan borracho que por un instante olvidó ser cobarde, ya que sus poderes de razonamiento estaban tan eficazmente paralizados por los vapores del licor que no pudo sopesar con inteligencia las consecuencias de sus actos. Es concebible que un borracho y un conejo furioso cometieran un acto imprudente. Bajo ninguna otra hipótesis resulta explicable lo que hizo entonces Bu-lot. Se levantó de pronto del asiento en el que se había hundido después de hacer su brindis, sacó el cuchillo de la funda del guerrero que tenía a su derecha y lo arrojó con terrorífica fuerza a Ko-tan. Hábiles en el arte de arrojar cuchillos y palos son los guerreros de Pal-ul-don, y a tan corta distancia y produciéndose como sucedió sin previo aviso, no había defensa posible y un único resultado concebible: Ko-tan, el rey, se desplomó hacia adelante sobre la mesa, con la hoja hundida en el corazón.

Un breve silencio siguió al cobarde acto del asesino. Blanco de terror ahora, Bu-lot retrocedió lentamente hacia la puerta que tenía detrás, cuando de pronto un grupo de furiosos guerreros saltaron blandiendo su cuchillo para impedir su huida y vengar a su rey. Pero Mo-sar ahora se situó junto a su hijo.

—¡Ko-tan está muerto! —gritó—. ¡Mo-sar es rey! ¡Que los leales guerreros de Pal-ul-don protejan a su gobernador!

Mo-sar dirigía un numeroso séquito y éste rápidamente le rodeó a él y a Bu-lot, pero había muchos cuchillos contra ellos, y entonces Ja-don se abrió paso entre los que se enfrentaban al pretendiente.

—¡Cogedles a los dos! —gritó—. Los guerreros de Pal-ul-don elegirán a su rey después de que el asesino de Ko-tan sea castigado por su traición.

Dirigidos ahora por un cabecilla a quien respetaban y admiraban, los que habían sido leales a Ko-tan se precipitaron sobre la facción que había rodeado a Mo-sar. La pelea fue fiera y terrible, desprovista, aparentemente, de todo lo que no fuera feroz lujuria de matar, y cuando se encontraba en su punto más álgido Mo-sar y Bu-lot salieron discretamente del salón de banquetes sin que nadie reparara en ello.

Se apresuraron a dirigirse a la parte de palacio que les habían asignado durante su visita a A-lur. Allí se encontraban sus siervos y los guerreros de

menor categoría de su grupo que no habían sido invitados al festín de Ko-tan. Éstos fueron rápidos en reunir sus pertenencias para partir de inmediato. Cuando todo estaba a punto, y no tardaron mucho ya que los guerreros de Pal-ul-don ponen pocos impedimentos a la marcha, se encaminaron hacia la salida de palacio.

De pronto Mo-sar se acercó a su hijo.

—La princesa —susurro—. No debemos marcharnos de la ciudad sin ella; ella es la mitad de la batalla por el trono.

Bu-lot, ahora completamente sobrio, puso reparos. Ya había tenido bastante de pelea y riesgos.

—Vámonos enseguida de A-lur —urgió— o tendremos a toda la ciudad sobre nosotros. Ella no vendrá sin pelear y eso nos retrasaría demasiado.

—Hay mucho tiempo —insistió Mo-sar—. Todavía están peleando en el *pal-e-don-so*. Tardarán un rato en echarnos de menos, estando Ko-tan muerto, y en pensar en proteger a la princesa. Es nuestra oportunidad; nos la ha proporcionado Jad-ben-Otho. ¡Vamos!

Bu-lot siguió de mala gana a su padre, quien dio instrucciones a los guerreros para que les esperaran en el interior de palacio, junto a la salida. Rápidamente los dos se dirigieron a los aposentos de la princesa. Junto a la entrada sólo hacían guardia un puñado de guerreros. Los eunucos se habían retirado.

—Hay pelea en el *pal-e-don-so* —anunció Mo-sar con falsa excitación cuando se encontraron en presencia de los guardias—. El rey desea que vayáis enseguida y nos ha enviado a nosotros a proteger los aposentos de la princesa. ¡Deprisa! —ordenó al ver que los hombres titubeaban.

Los guerreros le conocían y sabían que al día siguiente la princesa se casaría con Bu-lot, su hijo. Si había problemas, qué era más natural que el hecho de que se confiara a Mo-sar y Bu-lot la seguridad de la princesa. Y además, ¿Mo-sar no era también un poderoso jefe?, y la desobediencia a sus órdenes ¿no podía resultar peligrosa? Eran luchadores corrientes disciplinados en la dura escuela de las guerras tribales, pero habían aprendido a obedecer a un superior y por eso partieron hacia el salón de banquetes: el *lugar-donde-los-hombres-comen*.

Sin apenas esperar a que hubieran desaparecido, Mo-sar se dirigió hacia las colgaduras del otro lado de la habitación de entrada, y seguido por Bu-lot se encaminó hacia el dormitorio de O-lo-a y un instante después, sin previo aviso, los dos hombres se lanzaron sobre los tres ocupantes de la

habitación. Al verles, O-lo-a se puso en pie de un salto.

—¿Qué significa esto? —preguntó furiosa.

Mo-sar avanzó y se paró delante de ella. En su astuta mente se había forjado un plan para engañarla. Si salia bien resultaría más fácil que llevársela por la fuerza, y entonces sus ojos se posaron en Jane Clayton y estuvo a punto de ahogar un grito de asombro y admiración, pero se contuvo y volvió al asunto del momento.

—O-lo-a —dijo—, cuando sepas la urgencia de nuestra misión nos perdonarás. Tenemos noticias tristes para ti. Ha habido un levantamiento en palacio y Ko-tan, el rey, ha sido asesinado. Los rebeldes están borrachos y ahora vienen hacia aquí. Debemos sacarte de A-lur enseguida… no hay tiempo que perder. ¡Vamos, deprisa!

—¿Mi padre está muerto? —exclamó O-lo-a, y de pronto abrió los ojos de par en par—. Entonces mi sitio está aquí, con mi gente —gritó—. Si Ko-tan está muerto yo soy reina hasta que los guerreros elijan a un nuevo gobernador… ésta es la ley de Pal-ul-don. Y si soy reina nadie puede casarse conmigo si yo no lo deseo… y Jad-ben-Otho sabe que nunca he deseado casarme con tu cobarde hijo. ¡Vete! —Señaló imperiosamente hacia la puerta con un esbelto dedo índice.

Mo-sar vio que ni trampas ni persuasión le valdrían ya y cada minuto era precioso. Volvió a mirar a la bella mujer que estaba junto a O-lo-a. Nunca la había visto pero sabía bien, por las habladurías de palacio, que no podía ser otra que la divina extranjera a la que Ko-tan tenía planeado convertir en su reina.

—¡Bu-lot —ordenó a su hijo—, coge a tu mujer y yo cogeré… a la mía! —y al decir esto saltó de pronto hacia adelante, cogió a Jane por la cintura y la levantó en sus brazos, de modo que antes de que O-lo-a o Pan-at-lee pudieran siquiera adivinar sus intenciones ya había desaparecido tras las colgaduras cerca del pie de la tarima y se había ido con la mujer extranjera forcejeando y peleando en sus brazos.

Bu-lot intentó agarrar a O-lo-a, pero ésta tenía a su Pan-at-lee, una pequeña tigresa del salvaje Kor-ul-ja, y Bu-lot descubrió que con las dos tenía las manos llenas. Habría levantado a O-lo-a y se la habría llevado si Pan-at-lee no se hubiera agarrado a sus piernas y le hubiera hecho caer. Perversamente, él la pateó, pero ella no desistió y, al comprender que no sólo perdería a su princesa sino que también se retrasaría si no se deshacía de aquella hembra de *jato* que no paraba de arañarle y clavarle las uñas,

arrojó a O-lo-a al suelo y agarró a Pan-at-lee por el pelo, sacó su cuchillo y…

De pronto se abrieron las cortinas detrás de él. En dos rápidos saltos una ágil figura cruzó la habitación y, antes incluso de que el cuchillo de Bulot llegase a su objetivo, le agarraron la muñeca por detrás y un golpe terrible que le aplastó la base del cráneo le hizo caer, inerte, al suelo. Bulot, cobarde, traidor y asesino, murió sin saber quién le había golpeado.

Cuando Tarzán de los Monos saltó a la charca del pozo del *gryf* en el templo de A-lur uno habría podido explicar su acto considerando que respondía a la necesidad ciega de autoconservación, para retrasar, aunque sólo fuera unos instantes, la inevitable tragedia en la que todos algún día debemos tener el papel protagonista; pero no, esos fríos ojos grises habían captado la única posibilidad de huida que el lugar y las circunstancias ofrecían: una pequeña parte del agua que relucía iluminada por la luz de la luna que penetraba a través de una pequeña abertura que había en el risco, en el extremo más alejado de la charca. Con rápidas y atrevidas brazadas nadó sabiendo que el agua en modo alguno detendría a su perseguidor. Y no lo hizo. Tarzán oyó el estruendo que hizo la bestia al zambullirse detrás de él; oía las aguas que eran removidas a medida que el monstruo avanzaba. Se estaba aproximando a la abertura… ¿sería suficientemente grande para que pasara su cuerpo? La parte que asomaba por encima de la superficie del agua sin duda no lo sería. Su vida, entonces, dependía de cuánto estuviera sumergida la abertura. Y ahora se hallaba directamente delante de él y el *gryf* directamente detrás. No había alternativa, no había otra esperanza. El hombre-mono arrojó los últimos recursos de su grandiosa fuerza a las últimas brazadas, extendió las manos ante sí como un tajamar, se sumergió al nivel del agua y se lanzó hacia el agujero.

El desconcertado Lu-don echaba espuma por la boca cuando comprendió con qué limpieza la extranjera le había vuelto las tornas. Por supuesto él podía escapar del templo del Grujen el que el rápido ingenio de ella le había encarcelado temporalmente; pero durante ese intervalo, por breve que fuera, Ja-don encontraría tiempo para robarla del templo y entregarla a Ko-tan. No la tendría, eso el sumo sacerdote lo juró en el nombre de Jad-ben-Otho y todos los demonios de su fe. Odiaba a Ko-tan. En secreto había abrazado la causa de Mo-sar, en quien tendría una herramienta bien dispuesta. Quizás esto le daría la oportunidad que tanto

tiempo había esperado: un pretexto para incitar la revuelta que destronara a Ko-tan y colocara a Mo-sar en el poder, siendo Lu-don el verdadero gobernador de Pal-ul-don. Se pasó la lengua por sus finos labios mientras buscaba la ventana por la que había entrado Tarzán y ahora única vía de escape de Lu-don. Avanzó con cautela por la estancia, a tientas, y cuando descubrió que la trampa estaba preparada para él, un feo rugido brotó de los labios del sacerdote.

—¡Ah, diablesa! —exclamó entre dientes—, pero pagará por ello, pagará… ¡Ah Jad-ben-Otho, cuánto pagará por la mala pasada que le ha hecho a Lu-don!

Salió arrastrándose por la ventana y fácilmente trepó hasta arriba. ¿Debía perseguir a Ja-don y a la mujer, arriesgándose a tener un encuentro con el fiero jefe, o esperaría la hora propicia hasta que la traición y la intriga cumplieran su designio? Eligió esta última solución, como cabía esperar de alguien como él.

Mientras se dirigía a sus aposentos reunió a varios de sus sacerdotes, a los que más gozaban de su confianza y que compartían sus ambiciones de poder absoluto del templo sobre el palacio; a todos los hombres que odiaban a Ko-tan.

—Ha llegado la hora —les dijo— en que la autoridad del templo debe ser colocada definitivamente por encima de la del palacio. Ko-tan debe ceder el sitio a Mo-sar, pues Ko-tan ha desafiado a vuestro sumo sacerdote. Ve, pues, Pan-sat, y convoca a Mo-sar en secreto en el templo, y vosotros id a la ciudad y preparad a los leales guerreros para que estén listos cuando llegue el momento.

Durante otra hora discutieron los detalles del golpe de estado que debía derrocar el gobierno de Pal-ul-don. Uno conocía a un esclavo que, cuando sonó la señal en el gong del templo, lanzaría un cuchillo al corazón de Ko-tan, por el precio de la libertad. Otro conocía personalmente a un oficial de palacio al que podía utilizar para obligar a este último a dejar entrar a un número de guerreros de Lu-don en diversas partes del palacio. Estando Mo-sar al frente, apenas parecía posible que el plan fracasara, y se separaron y cada uno fue a cumplir su misión inmediata, uno a palacio y el otro a la ciudad.

Cuando Pan-sat entró en los jardines de palacio se dio cuenta de que algo sucedía en el *pal-e-don-so*, y unos minutos más tarde Lu-don se sorprendió al verle regresar a los aposentos del sumo sacerdote, jadeante y

excitado.

—¿Qué pasa ahora, Pan-sat? —preguntó Lu-don—. ¿Te persiguen los demonios?

—Oh, señor, nuestra hora ha llegado y se ha marchado mientras estábamos aquí sentados haciendo planes. Ko-tan ya está muerto y Mo-sar ha huido. Sus amigos están peleando con los guerreros del palacio pero no tienen jefe, mientras que Ja-don dirige a los otros. Sólo he podido enterarme de esto por unos esclavos asustados que habían huido al estallar la refriega. Uno me ha contado que Bu-lot ha asesinado al rey y que ha visto a Mo-sar y al asesino salir corriendo de palacio.

—Ja-don —masculló el sumo sacerdote—. Esos necios le harán rey si no actuamos enseguida. Ve a la ciudad, Pan-sat, ve volando y haz correr la voz de que Ja-don ha matado al rey y pretende arrebatar el trono a O-lo-a. Haz correr la voz como tú sabes hacerlo para difundir que Ja-don ha amenazado con destruir a los sacerdotes y arrojar los altares del templo al Jad-ben-lul. Despierta a los guerreros de la ciudad e incítales a atacar enseguida. Llévales al templo por el pasadizo secreto que sólo conocemos los sacerdotes y de allí los distribuiremos por el palacio antes de que se enteren de la verdad. Vete enseguida, Pan-sat; no te retrases ni un instante.

»Espera —gritó cuando el segundo sacerdote se volvía para salir del aposento—, ¿has visto u oído algo de la extrajera blanca que Ja-don ha robado del templo del *Gryf* donde la teníamos encarcelada?

—Sólo que Ja-don se la ha llevado a palacio donde ha amenazado a los sacerdotes con violencia si no le permitían pasar —respondió Pan-sat—. Esto es lo que me han dicho, pero dónde está escondida dentro de palacio no lo sé.

—Ko-tan había ordenado que la llevaran al Jardín Prohibido —dijo Lu-don—; sin duda la encontraremos allí. Y ahora, Pan-sat, vete.

En un corredor junto a la cámara de Lu-don, un sacerdote con una horrible máscara estaba apoyado cerca de la abertura con cortinas. Si estaba escuchando tenía que haber oído todo lo que dijeron Pan-sat y el sumo sacerdote, y que había escuchado era evidente por su apresurada retirada a las sombras de un pasadizo cercano cuando el segundo sacerdote cruzó la cámara hacia la puerta. Pan-sat siguió su camino ignorando la presencia cercana a la que estuvo a punto de rozar cuando se dirigía apresurado hacia el pasadizo secreto que va del templo de Jad-ben-Otho, muy por debajo del palacio, hasta la ciudad, ni percibió a la silenciosa criatura que le seguía los

pasos.

Cogió a Jane por la cintura y la llevó forcejeando en sus brazos.

CAPÍTULO XVI

EL PASADIZO SECRETO

ERA un *gryf* desconcertado el que rugía rabioso mientras el cuerpo moreno de Tarzán, que cortaba las aguas iluminadas por la luna, se precipitaba por la abertura de la pared de la charca del *gryf* al lago que había detrás. El hombre-mono sonrió al pensar en la relativa facilidad con que había desbaratado los planes del sumo sacerdote, pero su rostro se ensombreció de nuevo al recordar el grave peligro que amenazaba a su compañera. Su único objetivo ahora debía ser volver lo antes posible a la cámara donde la había visto por última vez, en el tercer piso del templo del *Gryf*, pero cómo iba a encontrar la forma de entrar de nuevo en el recinto del templo no era una cuestión de fácil solución.

A la luz de la luna el escarpado risco que se elevaba desde el agua junto a la costa (mucho más allá de los recintos del templo y el palacio) cerniéndose sobre él, era una barrera aparentemente infranqueable. Nadando cerca del risco rodeó la pared buscando diligente algún lugar donde agarrarse, por pequeño que fuera, en su lisa superficie. Por encima de él, fuera de su alcance, había numerosas aberturas, pero no disponía de medios para llegar hasta ellas. Sus esperanzas aumentaron al avistar una abertura a nivel del agua. Se hallaba justo enfrente y unas cuantas brazadas le llevaron a ella, brazadas cautelosas que no hicieron ningún ruido en el agua. En el lado más próximo de la abertura se detuvo e hizo un reconocimiento. No había nadie a la vista. Levantó su cuerpo con cuidado hasta el umbral de la entrada, su lisa piel tostada relucía a la luz de la luna al resbalarle el agua en pequeños regueros.

Ante él se extendía un lóbrego corredor, sin iluminar salvo por el débil resplandor de la difusa luz de la luna que penetraba a poca distancia de la abertura. Moviéndose con toda la rapidez que la precaución razonable le permitía, Tarzán siguió el corredor que entraba en las entrañas de la cueva. Había un brusco recodo y luego un tramo de escaleras en lo alto de las

cuales otro corredor discurría paralelo a la cara del risco. Este pasadizo estaba débilmente iluminado por vacilantes fanales colocados en huecos de las paredes separados a considerable distancia. Un rápido examen mostró al hombre-mono numerosas aberturas a ambos lados del corredor y sus rápidos oídos captaron sonidos que indicaban que había otros seres no lejos de allí; dedujo que se trataba de sacerdotes, en alguno de los aposentos que daban al pasadizo.

Pasar inadvertido a través de este enjambre de enemigos parecía quedar fuera de lo posible. Debía buscar de nuevo un disfraz y, como sabía por experiencia la mejor manera de hacerlo, avanzó con sigilo por el corredor hacia la puerta más cercana. Igual que Numa, el león, acechando una presa, se dirigía con cautela aguzando el olfato hacia las colgaduras que le impedían ver el interior del aposento que había detrás. Unos instantes después su cabeza desapareció dentro, luego sus hombros y su pequeño cuerpo, y las colgaduras volvieron a colocarse en su lugar. Un momento más tarde se filtró al vacío corredor de fuera un breve y ahogado gorgoteo y de nuevo el silencio. Transcurrió un minuto; otro, y un tercero, y luego las colgaduras fueron apartadas a un lado y un sacerdote del templo de Jad-ben-Otho con una horrible máscara salió de una zancada al pasillo.

Avanzó con osados pasos y estaba a punto de torcer en la galería divergente cuando unas voces procedentes de una habitación a su izquierda le llamaron la atención. La figura se detuvo al instante, cruzó el corredor y se quedó con la oreja pegada a las pieles que le impedían ver a los ocupantes de la habitación y que éstos le vieran a él. Después se ocultó de nuevo en las sombras de la galería divergente e inmediatamente después las colgaduras tras las que había estado escuchando se abrieron y salió un sacerdote que rápidamente enfiló por el corredor principal. El oyente que se escondía esperó a que el otro hubiera ganado cierta distancia y entonces salió de su escondrijo y le siguió en silencio.

El corredor discurría paralelo a la cara del risco en una pequeña distancia y luego Pan-sat cogió un fanal de uno de los huecos de la pared y giró de pronto para entrar en un pequeño aposento a la izquierda. El otro le siguió con cautela a tiempo para ver los rayos de la vacilante luz débilmente visible desde una abertura que había en el suelo ante él. Allí encontró una serie de escalones, similares a los utilizados por los waz-don para escalar el risco e ir a sus cuevas, que conducían a un nivel inferior.

Satisfecho porque su guía proseguía su camino sin sospechar nada, el

otro descendió detrás de él y continuó su sigilosa persecución. El pasadizo era ahora estrecho y bajo, apenas había espacio para un hombre alto de pie, y estaba interrumpido a menudo por tramos de escaleras que siempre iban hacia abajo. Los escalones de cada tramo raras veces eran más de seis y a veces sólo había uno o dos, pero en total el perseguidor imaginó que había descendido entre quince y dieciocho metros del nivel del corredor superior cuando el pasadizo terminó en un reducido aposento, a un lado del cual había un pequeño montón de escombros.

Pan-sat dejó su fanal en el suelo y se apresuró a poner a un lado los trozos de piedra quebrada, dejando con ello al descubierto una pequeña abertura en la base de la pared en cuyo lado opuesto parecía haber otra acumulación de escombros. Los apartó hasta que tuvo un agujero de tamaño suficiente para que su cuerpo pudiera pasar, dejó el fanal encendido en el suelo y luego el sacerdote se arrastró por la abertura que había hecho y desapareció de la vista del observador que se escondía en las sombras del estrecho pasadizo.

Sin embargo, en cuanto desapareció, el otro le siguió, encontrándose, tras pasar por el agujero, en un pequeño saliente a medio camino entre la superficie del lago y la cima del risco. El saliente formaba una acusada pendiente hacia arriba y terminaba en la parte trasera de un edificio que se erguía en el borde del risco y en el que el segundo sacerdote entró justo a tiempo para ver a Pan-sat introduciéndose en la ciudad.

Cuando este último dobló una esquina, el otro salla del umbral y echaba un rápido vistazo a los alrededores. Estaba satisfecho porque el sacerdote que le había guiado había servido a su propósito. Por encima de él, y quizás a unos noventa metros, las paredes blancas del palacio relucieron sobre el cielo al norte. El tiempo que había tardado en adquirir el conocimiento claro respecto al pasadizo secreto entre el templo y la ciudad no lo consideraba perdido, aunque maldecía cada instante que le impedía proseguir su principal objetivo. Sin embargo, le había parecido necesario ese conocimiento para que el atrevido plan que había urdido al oír la conversación entre Lu-don y Pan-sat tuviera éxito.

Solo contra una nación de enemigos sospechosos y medio salvajes, apenas podía tener esperanzas de conseguir un resultado satisfactorio del único gran problema del que dependían la vida y la felicidad de la criatura a la que más amaba. Por ella debía ganar aliados y con este fin había sacrificado estos momentos preciosos, pero ahora no perdió más tiempo

tratando de entrar de nuevo en el recinto de palacio para buscar a su amor perdido.

No tuvo ninguna dificultad en pasar por delante de los guardias de la entrada del palacio pues, como había supuesto, su disfraz de sacerdote eliminaba toda sospecha. Cuando se acercó a los guerreros mantuvo las manos atrás y dejó en manos del destino el que la débil luz de la única antorcha que estaba situada junto al umbral de la puerta no revelara sus pies, que no eran los de un pal-ul-doniano. En realidad, estaban tan acostumbrados a las idas y venidas de los sacerdotes que apenas le prestaron atención y entró en el recinto de palacio sin un momento de retraso.

Su objetivo ahora era el Jardín Prohibido y poco le costó llegar allí, aunque había decidido entrar por encima de la pared en lugar de arriesgarse a despertar sospechas por parte de los guardias de la entrada interior, ya que no se le ocurrió ninguna razón por la que un sacerdote quisiera entrar allí a altas horas de la noche.

Encontró el jardín desierto, y tampoco vio señales de aquella a la que buscaba. Se había enterado por la conversación entre Lu-don y Pan-sat de que la habían llevado allí, y estaba seguro de que no hubo ni tiempo ni oportunidad de que el sumo sacerdote la sacara del recinto de palacio. Él sabía que el jardín estaba dedicado exclusivamente al uso de la princesa y sus mujeres, y era razonable suponer por lo tanto que si hubieran llevado a Jane a ese jardín sólo había podido ser por una orden de Ko-tan. Si era así, lo natural era suponer que la encontraría en alguna otra parte de los aposentos de O-lo-a.

Dónde estaban éstos sólo podía conjeturarlo, pero parecía razonable creer que se encontrarían contiguos al jardín; así que una vez más escaló el muro, lo rodeó y dirigió sus pasos hacia la entrada que juzgó debía de conducir a la parte de palacio más próxima al Jardín Prohibido.

Para su sorpresa vio que no había guardias en el lugar y luego llegó a sus oídos, procedente de un aposento interior, el sonido de voces airadas y excitadas. Guiado por el ruido cruzó a toda prisa varios corredores y cámaras hasta que estuvo ante las colgaduras que le separaban de la estancia de la que procedían los ruidos de un altercado. Apartando un poco las pieles miró dentro. Había dos mujeres peleando con un guerrero ho-don. Una era la hija de Ko-tan y la otra Pan-at-lee, la kor-ul-ja.

En el momento en que Tarzán apartó las colgaduras, el guerrero arrojó

perversamente a O-lo-la al suelo y cogió a Pan-at-lee por el pelo, sacó su cuchillo y lo levantó por encima de la cabeza de la muchacha. El hombre-mono se quitó el molesto tocado del sacerdote muerto y de un salto salvó el espacio que quedaba entre él y el bruto, agarró a éste por detrás y le asestó un golpe terrible.

Cuando el hombre cayó hacia adelante, muerto, las dos mujeres reconocieron a Tarzán al mismo tiempo. Pan-at-lee se hincó de rodillas y le habría besado los pies si él, con un gesto de impaciencia, no le hubiera ordenado que se levantara. No tenía tiempo para escuchar sus palabras de gratitud o responder a las numerosas preguntas que sabía pronto saldrían de aquellas dos bocas femeninas.

—Decidme —dijo—, ¿dónde está la mujer de mi raza a quien Ja-don ha traído del templo?

—Hace un momento que se ha ido —exclamó O-loa—. Mo-sar, el padre de esta cosa —y señaló el cuerpo de Bu-lot con un dedo desdeñoso— la ha cogido y se la ha llevado.

—¿Por dónde? —preguntó—. Decidme enseguida en qué dirección se la ha llevado.

—Por allí —gritó Pan-at-lee, señalando el umbral por el que Mo-sar se había marchado—. Se habrían llevado a la princesa y a la mujer extranjera a Tu-lur, la ciudad de Mo-sar junto al lago Oscuro.

—Iré a buscarla —dijo a Pan-at-lee—, es mi compañera. Y si sobrevivo encontraré la manera de liberarte a ti también y devolverte a Om-at.

Antes de que la muchacha pudiera responder él había desaparecido tras las colgaduras de la puerta. El pasillo por el que corrió estaba mal iluminado y, como casi todos los de su clase en la ciudad Ho-don, serpenteaba a un lado y a otro y subía y bajaba, pero por fin terminó de pronto tras un recodo que le llevó a un patio lleno de guerreros, una parte de la guardia de palacio que acababa de ser convocada por uno de los jefes inferiores de palacio para unirse a los guerreros de Ko-tan en la batalla que se estaba librando en el salón de banquetes.

Al ver a Tarzán, que en su prisa había olvidado recuperar su tocado, se alzó un fuerte grito.

—¡Blasfemo! ¡Profanador del templo! —gritaban las salvajes gargantas, y mezclados con estas palabras se oía a unos pocos que gritaban: «¡Dor-ul-Otho!», lo que ponía de manifiesto que algunos de entre ellos aún se empeñaban en creer en su divinidad.

Cruzar el patio armado sólo con un cuchillo, frente a esta turba de luchadores salvajes, parecía, incluso para el gigantesco hombre-mono, algo imposible de conseguir. Tenía que utilizar su ingenio y además hacerlo deprisa, pues los hombres se estaban cerrando sobre él. Habría podido dar media vuelta y huir por el corredor, pero huir ahora, incluso ante la pura necesidad, le retrasaría en su persecución de Mo-sar y su compañera.

—¡Basta! —gritó, levantando la palma de la mano ante ellos—. Soy el Dor-ul-Otho y he venido a vosotros con una palabra de Ja-don, quien según la voluntad de mi padre debe ser vuestro rey ahora que Ko-tan ha muerto. Lu-don, el sumo sacerdote, ha planeado capturar el palacio y destruir a los leales guerreros para que Mo-sar pueda ser rey; Mo-sar, que será la herramienta y la criatura de Lu-don. Seguidme. No hay tiempo que perder si queréis impedir que los traidores a los que Lu-don ha organizado en la ciudad entren en palacio por un pasadizo secreto y subyuguen a Ja-don y al grupo de leales que están allí.

Por un momento vacilaron. Al fin uno habló.

—¿Qué garantía tenemos —preguntó— de que no eres tú quien nos traicionará y, alejándonos ahora de la pelea en el salón de banquetes, hará que los que luchen al lado de Ja-don sean derrotados?

—Mi vida será vuestra garantía —respondió Tarzán—. Si descubrís que no he dicho la verdad sois un número suficiente para ejecutar sobre mí cualquier castigo que deseéis. Pero vamos, no hay tiempo que perder. Los sacerdotes inferiores ya están reuniendo a sus guerreros en la ciudad.

Y sin esperar ninguna otra respuesta se dirigió a grandes pasos hacia ellos en dirección a la puerta, situada al otro lado del patio, que conducía a la entrada principal del palacio. Más lentos mentalmente que él, se vieron barridos por su mayor iniciativa y aquel poder autoritario inherente a los líderes natos. Y así pues siguieron al gigantesco hombre-mono que arrastraba detrás de sí una cola muerta; un semidios donde otro habría sido ridículo.

Les condujo a la ciudad y hacia el modesto edificio que ocultaba el pasadizo secreto de Lu-don que iba de la ciudad al templo, y cuando doblaron el último recodo vieron ante ellos un grupo de guerreros que aumentaba de tamaño rápidamente a medida que los traidores de A-lur, movilizados ante la llamada de los sacerdotes, acudían procedentes de todas partes.

—Has dicho la verdad, extranjero —dijo el jefe que marchaba al lado

de Tarzán—, pues ahí están los guerreros con los sacerdotes, como nos has dicho.

—Y ahora que he cumplido mi promesa —replicó el hombre-mono—, iré tras Mo-sar, quien me ha hecho mucho daño. Dile a Ja-don que Jad-ben-Otho está de su lado, y no olvides decirle también que ha sido el Dor-ul-Otho quien ha frustrado los planes de Lu-don de apoderarse del palacio.

—No lo olvidaré —respondió el jefe—. Sigue tu camino. Nosotros somos suficientes para vencer a los traidores.

—Dime —pidió Tarzán—, ¿cómo conoceré la ciudad de Tu-lur?

—Está en la costa sur del segundo lago que está bajo A-lur —respondió el jefe—, el lago que se llama Jad-in-lul.

Ahora se acercaban a la banda de traidores, que evidentemente creían que se trataba de otro contingente de su propia facción, ya que no hicieron ningún esfuerzo ni para defenderse ni para retirarse. De pronto el jefe alzó la voz lanzando un salvaje grito de guerra que fue imitado por sus seguidores, y simultáneamente, como si el grito fuera una orden, el grupo entero emprendió un enloquecido ataque a los sorprendidos rebeldes.

Satisfecho con el resultado del plan que había concebido y seguro de que tendría efectos negativos para Lu-don, Tarzán torció por una calle lateral y dirigió sus pasos hacia las afueras de la ciudad en busca del rastro que le llevaría en dirección sur, hacia Tu-lur.

Lady Greystoke, se deslizó en silencio por la popa de la canoa.

CAPÍTULO XVII

POR JAD-BAL-LUL

MIENTRAS Mo-sar se llevaba a Jane Clayton del palacio de Ko-tan, el rey, la mujer forcejeaba sin cesar para recuperar su libertad. Él intentó obligarla a andar, pero pese a sus amenazas e insultos ella no quería dar un solo paso voluntariamente en la dirección en que él deseaba que fuera. En cambio ella se arrojaba al suelo cada vez que él intentaba ponerla de pie, y así pues se vio obligado a acarrearla aunque al final le ató las manos y la amordazó para ahorrarse él mismo más heridas, pues la belleza y esbeltez de la mujer engañaban respecto a su fuerza y valor. Cuando por fin llegó a donde sus hombres se habían reunido se alegró de entregarla a un par de fornidos guerreros, pero éstos también se vieron forzados a acarrearla ya que el miedo de Mo-sar a la venganza de los partidarios de Ko-tan no permitía retraso alguno.

Y así salieron de las colinas en las que está excavada A-lur hacia las praderas que bordean el extremo inferior del Jad-ben-lul; llevaban a Jane Clayton entre dos hombres de Mo-sar. En la orilla del lago se encontraba una flota de resistentes canoas, hechas con troncos de árboles vaciados, en cuyas popas y proas estaban talladas grotescas figuras de fieras y aves y pintadas de vivos colores por algún maestro de esa escuela de arte primitivo, que afortunadamente no carece de partidarios en la actualidad.

Los guerreros arrojaron a su cautiva a la popa de una de estas canoas a una señal de Mo-sar, quien se acercó y se quedó junto a ella mientras los guerreros ocupaban sus lugares en las canoas y elegían sus remos.

—Ven, hermosa —dijo—, seamos amigos y no sufrirás ningún daño. Verás que Mo-sar es un amo bueno si haces lo que él te dice —y para causarle buena impresión le quitó la mordaza de la boca y las ligaduras de las muñecas, pues sabía que no podía escapar ya que estaba rodeada de guerreros y después, cuando dejaran el lago, se hallaría tan prisionera tan a salvo como si estuviera entre rejas.

La flota partió con el acompañamiento de los suaves chapoteos de un centenar de remos, para seguir las tortuosidades de los ríos y lagos a través de los que las aguas del valle de Jad-ben-Otho desembocan en el gran pantano del sur. Los guerreros, con una rodilla al suelo, iban de cara a la proa y en la última canoa Mo-sar, cansado de sus infructuosos intentos de conseguir respuestas de su hostil cautiva, se acuclilló en el suelo de la canoa con la espalda vuelta hacia ella y apoyó la cabeza en el borde, tratando de dormir.

Avanzaron en silencio entre las orillas cargadas de vegetación del pequeño río a través del cual se vaciaban las aguas de Jad-ben-lul; ora a la luz de la luna, ora en densa sombra donde grandes árboles colgaban sobre el río, y al fin en las aguas de otro lago, cuyas negras orillas parecían lejanas bajo la extraña influencia de una noche con luna.

Jane Clayton permanecía sentada alerta en la popa de la última canoa. Durante meses había estado en constante vigilancia, primero prisionera de una cruel raza y ahora prisionera de otra. Desde aquel lejano día en que el capitán Fritz Schneider y su banda, formada por tropas alemanas nativas, había llevado a cabo la obra del káiser de rapiña y destrucción del bungaló de los Greystoke y se la había llevado a ella cautiva, no había tenido un respiro de libertad. Atribuía el hecho de haber sobrevivido ilesa a los incontables peligros por los que había pasado únicamente a la beneficencia de una providencia bondadosa y vigilante.

Al principio la habían retenido por orden del Alto Mando Alemán por su valor como rehén, y durante esos meses no fue sometida ni a penalidades ni opresión; pero cuando los alemanes fueron presionados para poner fin a su fracasada campaña en África oriental habían decidido llevarla más al interior, y ahora había un elemento de venganza en sus motivos, ya que debía de resultar evidente que ella ya no poseía ningún valor militar.

Amargados estaban en verdad los alemanes con su compañero medio salvaje que astutamente les había irritado y molestado con una diabólica persistencia e ingenuidad, que había producido una perceptible pérdida de moral en el sector elegido para sus operaciones [2]. Tenían que cargarle con la vida de ciertos oficiales a los que había matado con sus propias manos, y una sección entera de trincheras que había hecho posible un movimiento desastroso por parte de los británicos. Tarzán los superaba en todos los aspectos. Había pagado astucia con astucia y crueldad con crueldades hasta

el punto que le temían y odiaban su nombre. La astuta estratagema que habían empleado al destruir su hogar, asesinando a sus criados y disfrazando el secuestro de su esposa para hacerle creer que la habían matado, la habían lamentado un millar de veces, pues un millar de veces habían pagado el precio de su insensata crueldad, y ahora, incapaces de vengarse directamente en él, estaban dispuestos a causar más sufrimiento a su compañera.

Al enviarla al interior para evitar el camino de los británicos victoriosos habían elegido para escoltarla al teniente Erich Obergatz, que fue segundo en el mando de la compañía de Schneider y el único de sus oficiales que escapó a la venganza del hombre-mono. Durante largo tiempo Obergatz la había retenido en una aldea nativa, cuyo jefe aún se hallaba bajo el dominio del miedo a los crueles opresores alemanes. Mientras permaneció allí sólo experimentó penalidades e incomodidades, ya que el propio Obergatz estaba presionado bajo las órdenes de su distante superior, pero a medida que pasaba el tiempo la vida en la aldea se convirtió en un verdadero infierno de crueldades y opresiones practicadas por el arrogante prusiano sobre los aldeanos y los miembros de su mando nativo, pues el tiempo pendía pesadamente sobre las manos del teniente, y con la ociosidad combinada con las incomodidades personales que se veía obligado a soportar, su no demasiado agradable temperamento halló salida, primero en pequeñas interferencias con los jefes y más tarde en la práctica de absolutas crueldades con ellos.

Lo que el autosuficiente alemán no veía era evidente para Jane Clayton: las simpatías de los soldados nativos de Obergatz estaban con los aldeanos y todos estaban tan hartos de sus abusos, que no se precisaba más que una mínima chispa para que estallara el polvorín de odio y venganza que el tudesco con cara de cerdo había estado fabricando sin cesar bajo su persona.

Y al final llegó, pero tuvo un origen inesperado en la forma de un alemán nativo desertor del campo de batalla. Con los pies llagados, harto y agotado, una tarde se arrastró hasta la aldea, y antes de que Obergatz siquiera fuera consciente de su presencia, la aldea entera supo que el poder de Alemania en África había terminado. No tardaron mucho los soldados nativos del teniente en darse cuenta de que la autoridad a la que habían servido ya no existía y que con ella desaparecía el poder de pagarles su mísero salario. O al menos eso razonaban. Para ellos Obergatz ya no

representaba nada más que un extranjero indefenso y odiado, y poca en verdad habría sido la compasión que habría recibido de no ser por una mujer nativa que había concebido un afecto perruno hacia Jane Clayton y que acudió enseguida a ella a informarle del plan asesino, pues el destino de la inocente mujer blanca pendía en equilibrio junto al del teutón culpable.

—Ya están discutiendo cuál de ellos te poseerá —dijo a Jane.

—¿Cuándo vendrán por nosotros? —preguntó Jane—. ¿Les has oído decirlo?

—Esta noche —respondió la mujer—, pues incluso ahora que no tiene a nadie que luche por él temen al hombre blanco. Y por eso vendrán por la noche y le matarán mientras duerma.

Jane dio las gracias a la mujer y la instó a que se marchara, para no levantar sospechas entre los suyos cuando descubrieran que los dos blancos se habían enterado de sus intenciones. La mujer fue enseguida a la cabaña ocupada por Obergatz. Nunca había ido, y el alemán la miró sorprendido cuando vio quién era su visitante. En pocas palabras ella le contó lo que había oído. Al principio él se inclinó por alardear arrogantemente, con gran despliegue de fanfarronadas, pero ella le apremió para que se callara.

—Toda esta charla es inútil —dijo—. Te has ganado el odio de esta gente. Independientemente de que sea cierta o falsa la información que les ha llegado, ellos la creen, y ahora tu única opción es la huida. Los dos estaremos muertos antes de mañana si no podemos escapar de la aldea sin que nos vean. Si ahora vas a ellos con tus estúpidas protestas de autoridad estarás muerto un poco antes, eso es todo.

—¿Crees que es tan grave? —dijo él, con una perceptible alteración en su tono de voz y actitud.

—Es exactamente tal y como te lo he contado —respondió ella—. Vendrán esta noche y te matarán mientras duermas. Búscame pistolas y un rifle y munición y fingiremos que vamos a la jungla a cazar. Lo has hecho a menudo. Quizá levantará sospechas el que yo te acompañe, pero debemos arriesgarnos a ello. Y procura, mi querido teniente, gritar, maldecir e insultar a tus criados para que no noten ningún cambio en tu actitud y al darse cuenta de tu miedo sepan que sospechas de sus intenciones. Si todo va bien, podemos salir a la jungla a cazar y no regresar. Pero antes, ahora mismo, debes jurarme que jamás me harás daño, de lo contrario será mejor que llame al jefe y te entregue a él y luego me meta una bala en la cabeza,

porque si no me juras lo que te he pedido, no estaré mejor sola contigo en la jungla que aquí a merced de estos negros degradados.

—Juro —respondió él solemnemente—, en el nombre de Dios y de mi káiser, que mis manos no te inflingirán ningún daño.

—Muy bien —dijo ella—, haremos el pacto de ayudarnos el uno al otro para regresar a la civilización, pero que quede claro que no hay ni habrá nunca ni siquiera señales de respeto hacia ti por mi parte. Yo me estoy ahogando y tú eres un clavo ardiendo. Ten esto siempre presente, alemán.

Si Obergatz albergaba alguna duda respecto a la sinceridad de sus palabras habría quedado completamente disipada por el desprecio que había en su tono. Obergatz, sin decir nada más, consiguió pistolas y un rifle de más para Jane, así como bandoleras de cartuchos. Con su actitud usual arrogante y desagradable llamó a sus criados y les dijo que él y la *kali* blanca iban a salir a cazar. Los ojeadores irían al norte hacia la pequeña colina y luego darían la vuelta hacia el este y hacia la aldea. Los portadores de las armas recibieron la orden de llevarse piezas de más y de precederles a él y a Jane despacio hacia el este, y de esperarles en el vado situado aproximadamente a unos ochocientos metros de distancia. Los negros respondieron con mayor prontitud que de costumbre y fue perceptible para Jane y Obergatz que se marchaban de la aldea susurrando y riendo.

—Esos canallas encuentran divertido —gruñó Obergatz— que la tarde antes de morir salga a cazar para darles carne a ellos.

En cuanto los portadores de las armas desaparecieron en la jungla, los dos europeos siguieron el mismo camino, y no hubo ningún intento por parte de los soldados nativos de Obergatz, ni de los guerreros del jefe, de detenerles, pues ellos también estaban más que dispuestos a que los blancos les llevaran una buena ración de carne antes de resultar muertos a manos de ellos.

A unos cuatrocientos metros de la aldea, Obergatz torció hacia el sur desde el sendero que conducía al vado y, avanzando apresurados, los dos blancos pusieron toda la distancia que les fue posible entre ellos y la aldea antes de que cayera la noche. Sabían, por las costumbres de sus antiguos anfitriones, que existía poco peligro de ser perseguidos por la noche ya que los aldeanos tenían demasiado respeto a Numa, el león, para aventurarse innecesariamente a salir de la empalizada durante las horas en que el rey de las fieras tenía tendencia a salir a cazar.

Así comenzó una secuencia aparentemente interminable de días

horribles y noches cargadas de horror mientras los dos se abrían paso hacia el sur, afrontando penalidades casi inconcebibles, privaciones y peligros. La costa este estaba más cerca, pero Obergatz se negó en redondo a arriesgarse a caer en manos de los británicos volviendo al territorio que ahora controlaban ellos, insistiendo en cambio en intentar abrirse camino a través de una selva desconocida hasta Sudáfrica, donde, entre los bóers, estaba convencido de que encontraría simpatizantes que hallarían la manera de devolverle sano y salvo a Alemania, y la mujer se vio obligada a acompañarle.

Cruzaron la gran estepa árida y llena de espinos y llegaron al fin a la orilla del pantano frente a Pal-ul-don. Habían alcanzado este punto justo antes de la estación lluviosa, cuando las aguas del pantano se hallaban en su nivel más bajo. En esta época se forma una dura corteza sobre la superficie seca del pantano y sólo el agua estancada en el centro impide materialmente el avance. Es una condición que existe quizá tan sólo durante unas semanas, o incluso días, al finalizar los largos períodos de sequía, y así los dos cruzaron la barrera que de otro modo sería infranqueable sin darse cuenta de sus latentes terrores. Incluso existía la posibilidad de que el agua estancada en el centro estuviera desierta en aquella época, debido a que sus terribles habitantes hubieran sido empujados por la sequía y las aguas en receso hacia el sur, hacia la desembocadura del mayor rio de Pal-ul-don que lleva las aguas del valle de Jad-ben-Otho.

Su periplo les llevó por las montañas y hasta el valle de Jad-ben-Otho, en el nacimiento de uno de los ríos más anchos que lleva las aguas de la montaña hasta el valle para desembocar en el río principal, justo debajo del Gran Lago, en cuya orilla norte está situada A-lur. Al descender de las montañas fueron sorprendidos por un grupo de cazadores ho-don. Obergatz escapó mientras que Jane fue hecha prisionera y llevada a A-lur. No había visto ni oído nada del alemán desde entonces, y no sabía si había perecido en esta tierra extraña o si había logrado eludir a sus salvajes habitantes y llegar hasta Sudáfrica.

Por su parte, ella fue encarcelada alternativamente en el palacio y el templo según fuera ko-tan o lu-don quien lograra arrebatársela al otro mediante diversos golpes de astucia e ingenio. Ahora se hallaba en poder de un nuevo captor, alguien de quien sabía por las murmuraciones del templo que era cruel y degradado. Se encontraba en la popa de la última

canoa y todos los enemigos iban tras ella, mientras que, casi a sus pies, los fuertes ronquidos de Mo-sar daban amplia evidencia de que no era consciente de lo que le rodeaba.

La oscura costa apareció más cerca al sur cuando Jane Clayton, lady Greystoke, se deslizó en silencio por la popa de la canoa a las frías aguas del lago. Apenas se movió más que para mantener las ventanas de la nariz fuera de la superficie mientras la canoa era aún visible en los últimos rayos de la luna. Luego partió hacia la costa sur.

Sola, desarmada, semidesnuda en una región dominada por bestias salvajes y hombres hostiles, sentía no obstante por primera vez en muchos meses una sensación de alegría y alivio. ¡Era libre! Si el instante siguiente le traía la muerte, al menos habría conocido de nuevo un breve instante de libertad. La sangre le producía hormigueo al experimentar aquella sensación casi olvidada, y con dificultad reprimió un grito de triunfo cuando salió de las tranquilas aguas y se puso en pie en la silenciosa playa.

Ante ella se erguía un bosque, oscuro, y de sus profundidades le llegaban sonidos que formaban parte de la vida nocturna de la jungla: el crujir de hojas al viento, el roce de las ramas contiguas, el movimiento apresurado de un roedor, todo magnificado por la oscuridad en proporciones siniestras y atemorizantes; el ulular de una lechuza, el grito distante de un felino, los ladridos de perros salvajes, daban fe de la presencia de vida que ella no podía ver: la vida salvaje, la vida en libertad de la que ahora ella formaba parte. Y entonces le llegó, posiblemente por primera vez desde que el gigantesco hombre-mono había entrado en su vida, la comprensión más plena de lo que la jungla significaba para él, pues, aunque sola y desprotegida de sus espantosos peligros, percibía su atracción y una exaltación que no se había atrevido a esperar que volvería a sentir.

¡Ah, si aquel fuerte compañero suyo estuviera a su lado! Su alegría y felicidad sería completa. No deseaba otra cosa. El desfile de ciudades, las comodidades y los lujos de la civilización no la tentaban ni la mitad de lo que lo hacía la gloriosa libertad de la jungla.

Un león gimió en la negrura a su derecha, provocando deliciosos escalofríos que le recorrieron la espalda. El pelo de la nuca pareció erizársele, sin embargo, no tenía miedo. Los músculos legados por algún antepasado primitivo reaccionaron instintivamente a la presencia de un antiguo enemigo, eso era todo. Ahora la mujer se dirigió lenta y

pausadamente hacia el bosque. De nuevo gimió el león; esta vez más cerca. Ella buscó una rama baja y cuando la encontró saltó fácilmente al amistoso refugio que le ofrecía el árbol. El largo y peligroso viaje con Obergatz le había entrenado los músculos y los nervios para estos desacostumbrados hábitos. Encontró un lugar de descanso seguro como Tarzán le había enseñado que era mejor y allí se acurrucó, a nueve metros del suelo, para disfrutar de una noche de descanso. Tenía frío y estaba incómoda y no obstante durmió, pues en su corazón latía la renovada esperanza y su cansado cerebro se hallaba temporalmente libre de preocupaciones.

Durmió hasta que el calor del sol, alto en el cielo, la despertó. Había descansado y ahora su cuerpo estaba bien y su corazón cálido. Una sensación de tranquilidad, comodidad y felicidad invadió su ser. Se incorporó en el oscilante diván y se desperezó generosamente, sus miembros desnudos y cuerpo ágil moteados por la luz del sol que se filtraba entre el follaje combinado con el gesto perezoso le daban un aspecto parecido al del leopardo. Con ojo cauteloso examinó el suelo y con oído atento escuchó para captar cualquier ruido que pudiera sugerirle la presencia cercana de enemigos, ya fueran hombres o bestias. Satisfecha por fin porque cerca no había nada que temer, bajó al suelo. Tenía ganas de bañarse, pero hacerlo en el lago era demasiado expuesto y se hallaba un poco demasiado lejos de la seguridad que le ofrecían los árboles para arriesgarse hasta que se hubiera familiarizado un poco con los alrededores. Vagó sin rumbo fijo por el bosque en busca de comida, la cual encontró en abundancia. Comió y descansó, pues no tenía objetivo todavía. Su libertad le resultaba demasiado nueva para estropearla con planes para el futuro. El acoso del hombre civilizado ahora le parecía vago e inalcanzable, como el contenido medio olvidado de un sueño. Si pudiera vivir allí en paz, esperando, aguardándole… a él. Era la vieja esperanza reavivada. Ella sabía que algún día vendría, si estaba vivo. Siempre lo había sabido, aunque recientemente había creído que llegaría demasiado tarde. ¡Si estaba vivo! Sí, si estaba vivo llegaría, y si no lo estaba ella se encontraba tan bien allí como en cualquier otra parte, pues nada importaba, sólo esperar el final con toda la paciencia posible.

Sus vagabundeos la llevaron hasta un arroyo cristalino y allí bebió y se bañó bajo un árbol de colgantes ramas que le ofrecía su rápido asilo en caso de peligro. Era un lugar tranquilo y hermoso y le gustó desde el primer momento. El fondo del arroyo estaba pavimentado con bonitas piedras y

trozos de vidriosa obsidiana. Cuando recogió un puñado de piedras y las levantó para mirarlas observó que uno de sus dedos sangraba debido a un corte limpio. Se puso a buscar la causa y la descubrió en uno de los fragmentos de vidrio volcánico que revelaba un borde afilado casi como una hoja de afeitar. Jane Clayton se llenó de euforia. Allí, como llovido del cielo, estaba el primer principio con el que a la larga podría llegar a tener armas y herramientas: un filo cortante. Todo era posible para quien lo poseía; nada para quien no.

Buscó hasta que acumuló muchos de estos precioso trozos de piedra, hasta que la bolsa que le colgaba a la derecha estuvo casi llena. Luego se encaramó al gran árbol para examinarlas con tranquilidad. Había algunas que parecían hojas de cuchillo, y otras que no le resultaría difícil convertir en puntas de lanza, y muchas más pequeñas que la naturaleza parecía haber previsto para las puntas de flechas.

Primero probaría la lanza; sería lo más fácil. El árbol tenía un hueco en el tronco, en una gran horcadura de arriba. Allí escondió su tesoro excepto un fragmento que parecía un cuchillo. Descendió con éste hasta el suelo, buscó un arbolito delgado que creciera recto, lo cortó y serró hasta que pudo romperlo sin astillar la madera. Tenía el diámetro exacto para el mango de una lanza; una lanza de caza que a su amado Waziri le hubiera encantado. Con cuánta frecuencia les había observado cuando las confeccionaban, y ellos le habían enseñado también a usarlas (lanzas de caza y las más pesadas de guerra) riendo y aplaudiendo a medida que mejoraba su habilidad.

Jane conocía las hierbas que daban las fibras más largas y duras, las buscó y se las llevó a su árbol con lo que sería el mango de la lanza. Trepó a su horcadura y se puso a trabajar, tarareando suavemente una cancioncilla. Se dio cuenta de ello y sonrió: era la primera vez en todos aquellos amargos meses que brotaba de sus labios una canción o una sonrisa.

—Me siento —suspiró— casi como si John estuviera cerca de mí; mi John… ¡mi Tarzán!

Cortó el mango de la lanza a la longitud adecuada y arrancó los tallos, ramitas y corteza, rascando los nudos hasta que la superficie fue lista y recta. Luego partió un extremo e insertó una punta de lanza, dando forma a la madera hasta que encajó a la perfección. Hecho esto, dejó el mango a un lado y se puso a partir los tallos de hierba gruesos y a golpearlos y

retorcerlos hasta que consiguió separar y limpiar parcialmente las fibras. Se las llevó al arroyo, las lavó y las ató fuertemente alrededor del extremo hendido del mango de la lanza (en el que había hecho unas muescas para acogerlas), y añadió la cabeza de la lanza, en la que también había hecho unas pequeñas muescas con un trozo de piedra. Era una lanza tosca, pero lo mejor que pudo conseguir en tan poco tiempo. Se prometió a sí misma que más adelante tendría muchas, otras muchas, y que serían lanzas de las que incluso el mejor de los lanceros waziri pudiera estar orgulloso.

CAPÍTULO XVIII

EL FOSO DEL LEÓN DE TU-LUR

AUNQUE Tarzán registró las afueras de la ciudad hasta casi el amanecer, no descubrió en sitio alguno el rastro de su compañera. La brisa que venía de las montañas llevaba a su olfato una diversidad de olores, pero ninguno entre ellos sugería lo más mínimo a la que él buscaba. La deducción natural era, por tanto, que se la habían llevado en alguna otra dirección. En su búsqueda había cruzado muchas veces las huellas frescas de muchos hombres que iban hacia el lago y sacó la conclusión de que debían de pertenecer a los secuestradores de Jane Clayton. Sólo para reducir al mínimo las probabilidades de error por el proceso de eliminación había reconocido atentamente todas las vías que iban de A-lur hacia el sudoeste, donde se encontraba la ciudad de Mo-sar, Tu-lur, y ahora siguió el rastro hasta las orillas de Jad-ben-lul donde el grupo había embarcado en las tranquilas aguas en sus resistentes canoas.

Encontró otras muchas embarcaciones amarradas en la costa y cogió una de ellas con el fin de iniciar la persecución. Era de día cuando atravesó el lago situado bajo el Jad-ben-lul y remando con fuerza pasó por delante del árbol en que su compañera perdida dormía.

Si el suave viento que acariciaba el lago hubiera soplado de una dirección del sur el gigantesco hombre-mono y Jane Clayton se habrían reunido, pero un malvado destino había decidido otra cosa y la oportunidad pasó de largo con la canoa que después sus fuertes golpes de remo alejaron de la vista en un extremo más bajo del lago.

Siguiendo el sinuoso río que recorría una considerable distancia hacia el norte, antes de girar para desembocar en el Jad-in-lul, al hombre-mono se le pasó por alto un atajo por tierra que le habría ahorrado horas de remo.

En el extremo superior de este atajo fue donde Mo-sar y sus guerreros habían desembarcado y el jefe descubrió la ausencia de su cautiva. Como Mo-sar había estado dormido desde poco después de partir de A-lur, y

como ninguno de los guerreros recordaba cuándo la había visto por última vez, era imposible conjeturar con un mínimo de exactitud el lugar donde había escapado. La opinión mayoritaria era, sin embargo, que había sido en el río estrecho que conectaba el Jad-ben-lul con el lago que le seguía, que se llama Jad-bal-lul, que traducido libremente significa «el lago de oro». Mo-sar se puso muy nervioso y, como la culpa era sólo suya, buscó con gran diligencia alguien a quien echársela.

Habría regresado en busca de ella de no temer encontrarse con una compañía de persecución enviada por Ja-don o por el sumo sacerdote, los cuales sabía que tenían motivos de queja contra él. Tampoco emplearía una barca llena de guerreros de su propia protección para regresar en busca de la fugitiva, sino que se apresuró a avanzar con el mínimo retraso posible por el atajo y en las aguas del Jad-in-lul.

El sol de la mañana empezaba a rozar las blancas cúpulas de Tu-lur cuando los remeros de Mo-sar acercaron sus canoas a la costa de la ciudad. A salvo una vez más tras sus muros y protegido por sus muchos guerreros, el valor del jefe volvió a él, lo suficiente al menos para permitirle enviar tres canoas en busca de Jane Clayton y también para ir hasta A-lur para enterarse de qué era lo que había retrasado a Bu-lot, cuya ausencia en el momento de la huida de la ciudad del norte en modo alguno había retrasado la partida de Mo-sar, pues su propia seguridad era mucho más importante que la de su hijo.

Cuando las tres canoas llegaron al atajo, al regresar de su viaje, los guerreros que las sacaban a rastras del agua se vieron de pronto sorprendidos por la aparición de dos sacerdotes que llevaban una canoa ligera en la dirección del Jad-in-lul. Al principio creyeron que se trataba de la guardia avanzada de una fuerza mayor de los seguidores de Lu-don, aunque esta teoría no podía ser correcta pues sabían que los sacerdotes nunca aceptaban los riesgos o peligros de la vocación de un guerrero, ni peleaban hasta que eran acorralados y se veían obligados a hacerlo. En secreto, los guerreros de Palul-don despreciaban a los sacerdotes y por tanto en lugar de hacer frente a la ofensiva de inmediato, como habría hecho si los dos hombres hubiesen sido guerreros de A-lur en lugar de sacerdotes, esperaron para interrogarles.

Al ver a los guerreros, los sacerdotes hicieron la señal de la paz, y al ser preguntados si iban solos respondieron afirmativamente.

El cabecilla de los guerreros de Mo-sar les permitió acercarse.

—¿Qué hacéis aquí —preguntó—, en la región de Mo-sar, tan lejos de vuestra ciudad?

—Traemos un mensaje de Lu-don, el sumo sacerdote, para Mo-sar —explicó uno.

—¿Es un mensaje de paz o de guerra? —preguntó el guerrero.

—Es un ofrecimiento de paz —respondió el sacerdote.

—¿Y Lu-don no envía guerreros detrás de vosotros? —preguntó el luchador.

—Estamos solos —le aseguró el sacerdote—. Nadie en A-lur salvo Lu-don sabe que hemos venido con este recado.

—Entonces marchaos —dijo el guerrero.

—¿Quién es? —preguntó uno de los sacerdotes de pronto, señalando hacia el extremo superior del lago, en el punto donde el río procedente del Jad-bal-lul penetraba en él.

Todos los ojos se volvieron en la dirección que indicaba y vieron a un guerrero solitario remando rápidamente en el Jad-in-lul, con la proa de su canoa apuntando hacia Tu-lur. Los guerreros y los sacerdotes se ocultaron entre los arbustos a ambos lados del camino.

—Es el hombre terrible que se hace llamar el Dor-ul-Otho —susurró uno de los sacerdotes—. Reconocería esa figura entre una gran multitud.

—Tienes razón, sacerdote —exclamó uno de los guerreros que había visto a Tarzán el día en que entró por primera vez en el palacio de Ko-tan.

—Daos prisa, sacerdotes —ordenó el cabecilla del grupo—. Vosotros sois dos remando en una canoa ligera. Os será fácil llegar a Tu-lur antes que él y advertir a Mo-sar, pues él acaba de entrar en el lago.

Por un momento los sacerdotes vacilaron pues no tenían estómago para un encuentro con este hombre terrible, pero el guerrero insistió e incluso llegó a amenazarles. Les quitaron la canoa y la empujaron en el lago, y ellos fueron levantados en vilo y colocados a bordo. Pese a sus protestas fueron empujados en el agua donde de inmediato se encontraron a plena vista del remero solitario. Ahora no les quedaba alternativa. La ciudad de Tu-lur ofrecía la única seguridad disponible y los dos sacerdotes hundieron sus remos en el agua y pusieron su embarcación rápidamente rumbo a la ciudad.

Los guerreros se retiraron de nuevo para ocultarse tras el follaje. Si Tarzán les había visto y se acercaba a investigar eran treinta hombres contra uno y, como es natural, no temían el resultado, pero no consideraron

necesario ir al lago a reunirse con él ya que les habían enviado a buscar a la prisionera huida y no a interceptar al guerrero extranjero, cuyas historias de ferocidad y fortaleza sin duda les ayudaron a tomar la decisión de no provocar ninguna disputa con él.

Si les había visto no daba muestras de ello, sino que siguió remando fuerte y regularmente hacia la ciudad; tampoco aumentó su velocidad mientras los dos sacerdotes se encontraban en plena vista. En el momento en que la canoa de los sacerdotes tocó la orilla junto a la ciudad, sus ocupantes bajaron de un salto y se apresuraron hacia la puerta de palacio, echando miradas temerosas hacia atrás. Pidieron audiencia inmediata con Mo-sar, tras advertir a los guerreros de guardia que Tarzán se acercaba.

Fueron llevados enseguida a presencia del jefe, cuya sala de audiencia era una réplica más pequeña de la del rey de A-lur.

—Venimos de parte de Lu-don, el sumo sacerdote —explicó el portavoz—. Él desea la amistad de Mo-sar, quien siempre ha sido su amigo. Ja-don está reuniendo guerreros para proclamarse rey. En todas las aldeas de los ho-don hay miles que obedecerán las órdenes de Lu-don, el sumo sacerdote. Sólo con la ayuda de Lu-don podrá Mo-sar ser rey, y el mensaje de Lu-don es que si Mo-sar quiere conservar la amistad de Lu-don debe devolver inmediatamente a la mujer que se llevó de los alojamientos de la princesa O-lo-a.

En ese momento entró un guerrero. Su excitación era evidente.

—El Dor-ul-Otho ha venido a Tu-lur y exige ver a Mo-sar enseguida —dijo.

—¡El Dor-ul-Otho! —exclamó Mo-sar.

—Éste es el mensaje que me ha dado —respondió el guerrero—, y en verdad no es como los de Pal-ul-don. Él es, creemos, el mismo a quien los guerreros que han regresado hoy de A-lur nos han dicho, y al que algunos llaman Tarzán-jad-guru y algunos Dor-ul-Otho. Pero en verdad sólo el hijo de dios se atrevería a venir solo a una ciudad extraña, así que debe de ser verdad lo que dice.

Mo-sar, con el corazón lleno de terror e indecisión, se volvió con aire interrogador a sus sacerdotes.

—Recíbele de buen grado, Mo-sar —aconsejó el que había hablado antes, aconsejado por la escasa inteligencia de su cerebro defectuoso, el cual, bajo la influencia añadida de Lu-don, se inclinaba siempre hacia la duplicidad—. Recíbele de buen grado y cuando esté convencido de tu

amistad bajará la guardia; entonces puedes hacer con él lo que te plazca. Pero si es posible, Mo-sar, y te ganarías con ello la gratitud eterna de Lu-don, el sumo sacerdote, guárdalo vivo para mi señor.

Mo-sar hizo un gesto de asentimiento y se volvió al guerrero al que ordenó que condujera el visitante a su presencia.

—La criatura no debe vernos —dijo uno de los sacerdotes—. Danos tu respuesta para Lu-don, Mo-sar, y nos marcharemos.

—Decidle a Lu-don —respondió el jefe— que habría perdido a la mujer de no ser por mí. Yo la traje a Tu-lur para salvarla para él de las garras de Ja-don, pero durante la noche se ha escapado. Decidle a Lu-don que he enviado treinta guerreros en su busca. Es extraño que no les hayáis visto al venir.

—Les hemos visto —respondieron los sacerdotes—, pero no nos han dicho nada del propósito de su viaje.

—Es como os he dicho —dijo Mo-sar—, y si la encuentran, asegurad a vuestro amo que permanecerá a salvo en Tu-lur para él. Decidle también que enviaré a mis guerreros para que se unan a él contra Ja-don cuando me envíe recado de que los quiere. Ahora marchad, pues Tarzán-jad-guru pronto estará aquí.

Señaló a un esclavo.

—Acompaña a los sacerdotes al templo —ordenó— y pide al sumo sacerdote de Tu-lur que les dé de comer y les permita regresar a A-lur cuando quieran.

Los dos sacerdotes fueron conducidos fuera del aposento por el esclavo a través de una puerta distinta a aquella por la que habían entrado, y un momento más tarde Tarzán-jad-guru llegaba con grandes pasos ante Mo-sar, seguido de los guerreros cuya misión era acompañarle y anunciarle. El hombre-mono no hizo ninguna señal de saludo o de paz, sino que se dirigió directamente hacia el jefe quien, sólo ejerciendo sus máximos poderes de voluntad, ocultó el terror que llenó su corazón al ver la figura gigantesca y el rostro ceñudo.

—Soy el Dor-ul-Otho —dijo el hombre-mono con una voz sin inflexión que llevó a la mente de Mo-sar la impresión del frío acero—. Soy Dor-ul-Otho y he venido a Tu-lur por la mujer que robaste de los aposentos de O-lo-a, la princesa.

La osadía de la entrada de Tarzán en esta ciudad hostil había producido el efecto de darle una gran ventaja moral sobre Mo-sar y los guerreros

salvajes situados a ambos lados del jefe. Verdaderamente, a ellos les parecía que sólo el hijo de Jad-ben-Otho se atrevería a realizar un acto tan heroico. ¿Algún guerrero mortal actuaría con tanto atrevimiento, y entraría solo a la presencia de un poderoso jefe y, en medio de una veintena de guerreros, exigiría arrogantemente una explicación? No, escapaba a toda razón. A Mo-sar empezaba a fallarle su decisión de traicionar al extranjero aparentando amistosidad. Incluso palideció ante un repentino pensamiento: Jad-ben-Otho lo sabía todo, incluso nuestros pensamientos más íntimos. ¿No era, por tanto, posible que esta criatura, si después de todo resultaba cierto que era el Dor-ul-Otho, pudiera incluso en ese mismo momento estar leyendo el perverso plan que los sacerdotes habían implantado en el cerebro de Mo-sar y que él acariciaba favorablemente? El jefe se removió en el banco de roca que era su trono.

—Rápido —espetó el hombre-mono—. ¿Dónde está?

—No está aquí —gritó Mo-sar.

—Mientes —replicó Tarzán.

—Jad-ben-Otho es testigo de que no está en Tu-lur —insistió el jefe—. Puedes registrar el palacio, el templo y la ciudad entera y no la encontrarás, porque no está aquí.

—¿Dónde está, entonces? —preguntó el hombre-mono—. Te la llevaste del palacio de A-lur. Si no está aquí, ¿dónde está? Dime que no le ha sucedido ningún daño —y de pronto dio un amenazador paso hacia Mo-sar que hizo que éste se encogiese de miedo.

—Espera —dijo—, si de verdad eres el Dor-ul-Otho, sabrás que digo la verdad. Me la llevé del palacio de Ko-tan para salvarla para Lu-don, el sumo sacerdote, para que muerto Ko-tan, Ja-don no la capturara. Pero durante la noche ha escapado entre aquí y A-lur, y acabo de enviar tres canoas con hombres en su busca.

Algo en el tono de voz y la actitud del jefe aseguró al hombre-mono que decía la verdad en parte, y que una vez más había superado peligros incalculables y sufrido una pérdida de tiempo inútilmente.

—¿Qué querian los sacerdotes de Lu-don que me han precedido aquí? —preguntó Tarzán aventurándose a lanzar la osada suposición de que los dos a los que había visto remando frenéticos para evitar un encuentro con él venían en verdad del sumo sacerdote de A-lur.

—Han venido por un recado similar al tuyo —respondió Mo-sar— para pedir que devuelva a la mujer a quien Lu-don creía que le había robado,

equivocándose profundamente, oh Dor-ul-Otho, igual que tú.

—Quiero interrogar a los sacerdotes —dijo Tarzán—. Tráelos.

Su actitud perentoria y arrogante dejó a Mo-sar dudando de si enojarse o aterrarse, pero tal como ocurre con los que son como él, decidió que la primera consideración era su propia seguridad. Si podía desviar la atención y la ira de este hombre terrible a los sacerdotes de Lu-don, se sentiría aliviado, y si ellos conspiraran para hacerle daño, entonces Mo-sar estaría a salvo a los ojos de Jad-ben-Otho si finalmente resultaba que el extranjero era el hijo de dios. Se sentía incómodo en presencia de Tarzán y este hecho acentuaba sus dudas, pues así debían de sentirse los mortales en presencia de un dios. Ahora veía una vía de escape, al menos temporal.

—Iré a buscarles yo mismo, Dor-ul-Otho —dijo, y salió del aposento a toda prisa. Sus pasos apresurados le llevaron enseguida al templo, pues el recinto del palacio de Tu-lur, que también incluía el templo como en todas las ciudades ho-don, englobaba una zona mucho más pequeña que los de la ciudad de A-lur. Encontró a los mensajeros de Lu-don con el sumo sacerdote de su templo y pronto les transmitió las órdenes del hombre-mono.

—¿Qué intenciones tienes con respecto a él? —preguntó uno de los sacerdotes.

—No tengo nada en contra de él —respondió Mo-sar—. Ha venido en son de paz y puede partir en paz, pues ¿quién sabe si no es en verdad el Dor-ul-Otho?

—Sabemos que no lo es —respondió el emisario de Lu-don—. Tenemos pruebas de que es un mortal, una criatura extranjera de otra región. Lu-don ya ha ofrecido su vida a Jad-ben-Otho si esta equivocado en su creencia de que esta criatura no es el hijo de dios. Si el sumo sacerdote de A-lur, que es el sumo sacerdote de todos los sumos sacerdotes de Pal-ul-don, está tan seguro de que esa criatura es un impostor como para poner en juego su vida, ¿quiénes somos nosotros para dar crédito a las pretensiones de este extranjero? No, Mo-sar, no tienes que temerle. No es más que un guerrero que puede ser vencido con las mismas armas que doblegan a tus guerreros. De no ser por la orden de Lu-don de atraparle vivo, te animaría a que tus guerreros le prendieran y le mataran, pero las órdenes de Lu-don son las órdenes del propio Jad-ben-Otho, y ésas no podemos desobedecerlas.

Pero un resto de duda se agitaba en el cobarde pecho de Mo-sar y le

urgía a dejar que otro tomara la iniciativa contra el extranjero.

—Entonces, es vuestro —respondió—; haced con él lo que queráis. Yo no tengo nada contra él. Lo que ordenéis será la orden de Lu-don el sumo sacerdote, y después yo no tendré nada que ver en el asunto.

Los sacerdotes se volvieron a él, que guiaba los destinos del templo de Tu-lur.

—¿No tienes ningún plan? —preguntaron—. Alta será sin duda la posición en los consejos de Lu-don y a los ojos de Jad-ben-Otho del que encuentre el medio de capturar vivo a este impostor.

—Está el foso del león —dijo en un susurro el sumo sacerdote—. Ahora está vacío y lo que albergará al *ja* y al *jato* albergará a este extraño si no es el Dor-ul-Otho.

—Le albergará —lijo Mo-sar—; indudablemente también albergaría un *gryf*, pero antes tendríais que meterlo allí dentro.

Los sacerdotes reflexionaron un poco sobre esta verdad y luego uno de los de A-lur dijo:

—No sería difícil si utilizáramos el ingenio que Jad-ben-Otho nos dio, en lugar de los mundanos músculos que nos fueron entregados por nuestros padres y que no poseen ni el poder que tienen las bestias que corren a cuatro patas.

—Lu-don comparó su ingenio con el del extranjero y perdió —sugirió Mo-sar—. Pero es asunto vuestro. Hacedlo como queráis.

—En A-lur, Ko-tan dio mucha importancia a este Dor-ul-Otho y los sacerdotes le llevaron a recorrer el templo. No levantarías sus sospechas si hicieras lo mismo y dejaras que el sumo sacerdote de Tu-lur le invitara al templo y a reunirse con los sacerdotes para fingir que creemos en su parentesco con Jad-ben-Otho. Y nada más natural que el sumo sacerdote desee mostrarle el templo como hizo Lu-don en A-lur cuando Ko-tan mandaba, y si por casualidad fuera conducido por el foso del león, sería fácil que los que portan las antorchas las apagaran de pronto y antes de que el extranjero se diera cuenta de lo que ocurría, bajaran las puertas de piedra y le encerraran.

—Pero en el foso hay ventanas que dejan penetrar la luz —objetó el sumo sacerdote—, y aunque las antorchas se apagaran aún vería y podría escapar antes que se bajara la puerta de piedra.

—Envía a alguien que cubra las ventanas fuertemente con pellejos —dijo el sacerdote de A-lur.

—El plan es bueno —aceptó Mo-sar, viendo una oportunidad de librarse por completo de cualquier sospecha de complicidad—, pues no requerirá la presencia de guerreros, y así, si sólo está rodeado de sacerdotes, su mente no sospechará ningún daño.

En ese momento fueron interrumpidos por un mensajero de palacio que traía recado de que el Dor-ul-Otho se estaba impacientando, y si los sacerdotes de A-lur no eran llevados a su presencia de inmediato vendría él mismo al templo a buscarlos. Mo-sar sacudió la cabeza. No concebía tamaña osadía en un mortal y se alegraba de que el plan ideado para capturar a Tarzán no precisara su participación activa.

Mientras Mo-sar se iba a un rincón secreto del palacio dando un rodeo, tres sacerdotes fueron enviados a Tarzán y con palabras quejumbrosas, que no le engañaron en absoluto, le reconocieron su parentesco con Jad-ben-Otho y le rogaron en el nombre del sumo sacerdote que honrara el templo con una visita, cuando los sacerdotes de A-lur fueran llevados a su presencia y respondieran a las preguntas que él les formulara.

Seguro de que seguir su farsa seria lo mejor para sus fines, y también de que si las sospechas contra él se cristalizaban en la convicción por parte de Mo-sar y sus seguidores de que él no estaría peor en el templo que en el palacio, el hombre-mono aceptó con arrogancia la invitación del sumo sacerdote. Entró en el templo y fue recibido de una manera que hacía honor a sus pretensiones. Interrogó a los dos sacerdotes de A-lur, de los que obtuvo sólo una repetición de la historia que Mo-sar le había contado, y luego el sumo sacerdote le invitó a inspeccionar el templo.

Primero le llevaron a la sala del altar, de la que sólo había una en Tu-lur. Era casi idéntica en todos los aspectos a la de A-lur. Había un altar manchado de sangre en el extremo oriental y la cavidad con agua en el oeste, y los grises adornos en los tocados de los sacerdotes daban fe de que el altar oriental era un elemento importante en los ritos del templo. Le guiaron a través de las cámaras y corredores y por fin, iluminados sus pasos por los portadores de antorchas, entraron en un húmedo y lúgubre laberinto, a un nivel bajo y de allí a una gran cámara en cuyo aire aún perduraba el fuerte olor de leones. Los hábiles sacerdotes de Tu-lur pusieron en práctica su astuto plan.

De pronto las antorchas se apagaron. Hubo una confusión de pies descalzos que se movían rápidamente en el suelo de piedra. Se oyó un fuerte estrépito, como de un gran peso de piedra que caía sobre piedra, y

luego el hombre-mono quedó rodeado tan sólo de una oscuridad y un silencio sepulcrales.

CAPÍTULO XIX

DIANA DE LA JUNGLA

JANE había capturado su primera presa y estaba muy orgullosa de ello. No era un animal formidable, sólo una liebre; pero marcó un hito en su existencia. Igual que en el oscuro pasado el primer cazador había dado forma a los destinos de la humanidad, así parecía que este acontecimiento podía dar forma al suyo de alguna manera diferente. Ya no dependía de los frutos silvestres para comer. Ahora podía comer carne, que le daría la fuerza y resistencia necesarias para hacer frente con éxito a las necesidades de su primitiva existencia.

El siguiente paso era el fuego. Podía aprender a comer carne cruda como su amo y señor; pero le repugnaba esa idea. Sin embargo, tenía un plan para conseguir fuego. Había pensado bastante en ello, pero había estado demasiado ocupada para ponerlo en práctica, ya que el fuego podía no ser de uso inmediato para ella. Ahora era diferente; ahora tenía algo que cocinar y la boca se le hacía agua al pensar en la carne que había cazado. La asaría sobre relucientes brasas. Jane se apresuró a ir a su árbol. Entre los tesoros que había recogido en el lecho del río se hallaban varias piezas de vidrio volcánico, transparente como el cristal. Buscó hasta que encontró el que buscaba, que era convexo. Bajó enseguida al suelo y recogió un montoncito de corteza en polvo que estaba muy seca, y algunas hojas muertas y hierbas que se habían abrasado bajo el fuerte sol. Cerca de ella dejó una provisión de ramitas secas, pequeñas y grandes.

Vibrando de excitación contenida mantuvo el trocito de vidrio sobre la madera, moviéndolo lentamente hasta que tuvo enfocados los rayos del sol sobre un trocito. Esperó casi sin aliento. ¡Qué lento era! ¿Sus esperanzas iban a verse frustradas pese a su hábil plan? ¡No! Un fino hilo de humo se elevó por fin en el aire tranquilo. Entonces la madera relució y de pronto estalló en llamas. Jane aplaudió con las manos bajo la barbilla exhalando una exclamación de placer. ¡Había conseguido hacer fuego!

Hizo un montoncito con ramitas secas, arrastró un pequeño tronco a las ramas y empujó un extremo hasta el fuego, que crepitaba alegre. Era el sonido más agradable que había oído desde hacía meses. Pero no podía esperar a tener la masa de ascuas que necesitaba para cocer su liebre. Tan deprisa como pudo despellejó y limpió el animal cazado, y enterró la piel y las entrañas. Eso lo había aprendido de Tarzán. Servía para dos cosas: una era la necesidad de mantener la higiene en el campamento y la otra evitar el hedor que más deprisa atrae a los devoradores de hombres.

Luego clavó un palo en el cuerpo del animal y lo sostuvo sobre las llamas. Le daba la vuelta a menudo para evitar que se quemara y al mismo tiempo permitir que la carne se cociera bien por todas partes. Cuando estuvo hecha trepó a la seguridad de su árbol para disfrutar de su comida en paz y tranquilidad. Nunca sus labios, pensó lady Greystoke, habían probado nada más delicioso. Dio unas palmaditas afectuosas a su lanza. Ella le había proporcionado este sabroso bocado, y con una sensación de mayor confianza y seguridad de la que había experimentado desde aquel horrible día en que ella y Obergatz usaron su último cartucho.

Jamás olvidaría aquel día; había parecido una horrible sucesión de bestias espantosas. No hacía mucho tiempo que se hallaban en aquella región extraña, sin embargo les parecía que estaban expuestos a más peligros, pues a diario se tropezaban con criaturas felices; pero este día… se estremeció cuando pensó en ello. Con su último cartucho había matado a una especie de león a rayas negras y amarillas con grandes colmillos afilados como sables cuando estaba a punto de saltar sobre Obergatz, quien había vaciado inútilmente su rifle disparándole su último cartucho. Durante otro día habían acarreado los rifles ahora inútiles, pero por fin los habían dejado y habían tirado también las engorrosas bandoleras. Cómo lograron sobrevivir durante la semana siguiente, ella no lo entendía, y entonces los ho-don se habían lanzado sobre ellos y la habían capturado. Obergatz escapó; ahora lo revivió todo otra vez. Sin duda debía de estar muerto, a menos que hubiera sido capaz de llegar a este lado del valle, que era evidente estaba habitado por menos bestias salvajes.

Los días de Jane ahora eran muy completos, y las horas diurnas se le hacían demasiado cortas para realizar las muchas cosas que había decidido hacer, pues llegó a la conclusión de que ése era el lugar ideal en el que vivir hasta que confeccionara las armas necesarias para obtener carne y defenderse.

Consideraba indispensables, además de una buena lanza, un cuchillo y un arco con flechas. Posiblemente, cuando los consiguiera podría pensar en serio en un intento de abrirse camino hacia uno de los puestos avanzados más cercanos a la civilización. Entretanto, era necesario construir alguna especie de refugio protector en el que tener una mayor sensación de seguridad por la noche, pues sabía que existía la posibilidad de recibir la visita de alguna pantera que merodeara por allí, aunque aún no había visto ninguna en este lado del valle. Aparte de este peligro, se sentía relativamente a salvo en su refugio.

Cortar las largas varas para su hogar le ocupaba todas las horas diurnas que no dedicaba a la búsqueda de comida. Las llevó a su árbol y con ellas construyó un suelo entre dos ramas robustas y ató las varas juntas y también a las ramas con fibras sacadas de las duras hierbas que crecían abundantemente cerca del río. De forma similar construyó paredes y un techo, este último con muchas capas de hojas verdes. La confección de las ventanas con barrotes y la puerta eran asuntos de gran importancia. Las ventanas, había dos, eran grandes y los barrotes estaban fijos; pero la puerta era pequeña, una abertura lo bastante grande para poder pasar por ella fácilmente a gatas, lo que facilitaba el formar barricada. Perdió la cuenta de los días que tardó en construir la casa; pero el tiempo era un producto barato; tenía más que de cualquier otra cosa. Significaba tan poco para ella que ni siquiera tenía interés en medirlo. Cuánto hacía que ella y Obergatz habían huido de la ira de los aldeanos negros, no lo sabía, y sólo podía hacer toscas conjeturas respecto a las estaciones. Trabajó duramente por dos razones: darse prisa en la finalización de su pequeño refugio, y el deseo de estar agotada físicamente por la noche para dormir todas aquellas horas temidas hasta el nuevo día. En realidad, la casa estuvo terminada en menos de una semana; es decir, estuvo hecha lo más segura que podía ser, y, con independencia de cuánto tiempo la ocuparía, no paraba de añadirle detalles y refinamientos.

Su vida cotidiana la llenaban la construcción de su casa y la caza, a la que se añadía una ocasional chispa de excitación aportada por leones errantes. Al conocimiento del bosque que había adquirido con Tarzán, se sumaba una considerable cantidad de experiencia práctica derivada de sus propias aventuras en la jungla y los largos meses pasados con Obergatz, y ahora ningún día carecía de algún conocimiento útil más. A esto podía atribuirse su aparente inmunidad al daño, ya que le indicaban cuándo se

acercaba unja antes de que se acercara lo suficiente para un ataque y, asimismo, la mantenían cerca de esos puertos de refugio que nunca fallaban: los árboles.

Las noches, llenas de extraños ruidos, eran solitarias y deprimentes. Sólo su capacidad, de dormirse rápida y profundamente las hacía soportables. La primera noche que pasó en su casa terminada tras las ventanas con barrotes y la puerta fuerte como una barricada fue de casi pura paz y felicidad. Los ruidos nocturnos parecían lejanos e impersonales y el aullido del viento entre los árboles resultaba levemente calmante. Antes transportaba una nota lastimosa y era siniestro, podía ocultar la aproximación de algún peligro. Aquella noche sí que durmió.

Ahora se adentraba más en la selva en busca de comida. Hasta entonces sólo habían caído en su lanza roedores; su ambición era un antílope, ya que además de la carne que le proveería, y la tripa para su arco, la piel resultaría de gran valor durante los días más fríos que sabía que acompañarían a la estación lluviosa. Había vislumbrado algunos de estos cautos animales y estaba segura de que siempre cruzaban el arroyo en determinado lugar, más arriba de su campamento. Allí fue a cazarlos. Con el sigilo y la astucia de una pantera avanzó por el bosque, dando un rodeo para ir con el viento, parándose a menudo para mirar y escuchar por si algo la amenazaba… a ella, la personificación de un ciervo acosado. Se movía en silencio por el lugar elegido. ¡Qué suerte! Un hermoso gamo estaba bebiendo en el arroyo. La mujer avanzó serpenteando. Estaba sobre su estómago detrás de un pequeño arbusto, a tiro de piedra de la presa. Tenía que levantarse y arrojarle la lanza casi al mismo instante, y tenía que arrojarla con gran fuerza y perfecta exactitud. La excitación del momento la embargaba, aunque tenía los músculos fríos cuando se levantó y lanzó su misil. Apenas por un dedo la punta no se clavó en el punto al que ella había apuntado. El gamo dio una gran salto, cayó en la orilla del río y se desplomó. Jane Clayton dio un salto hacia su presa.

—¡Bravo!

Una voz masculina habló desde los arbustos del otro lado del arroyo. Jane se paró en seco, casi paralizada por la sorpresa. La figura extraña de un hombre apareció ante sus ojos. Al principio no la reconoció, pero cuando lo hizo, instintivamente dio un paso atrás.

—¡Teniente Obergatz! —exclamó—. ¿Eres tú?

—Lo soy —respondió el alemán—. Soy una extraña visión, no cabe

duda; pero aun así soy yo, Erich Obergatz. ¿Y tú? Tú también has cambiado, ¿no?

Él le miraba los miembros desnudos y su peto dorado, el taparrabo confeccionado con un pellejo de *jato*, el arnés y los ornamentos que constituían el atavío de una mujer ho-don; las cosas que Lu-don le había dado para vestirse cuando su pasión por ella aumentó. Ni siquiera la hija de Ko-tan tenía mejor atuendo.

—Pero ¿por qué estás aquí? —insistió Jane—. Creía que estabas a salvo entre hombres civilizados, si aún vivías.

—¡Dios! —exclamó él—. No sé por qué sigo viviendo. He rezado para morir y sin embargo me aferro a la vida. No hay esperanzas. Estamos condenados a permanecer en esta horrible tierra hasta que muramos. ¡El pantano! ¡Ese horrible pantano! He registrado sus orillas en busca de un lugar por donde cruzarlo hasta rodear por completo esta espantosa región. Entramos con mucha facilidad; pero desde entonces han llegado las lluvias y ningún hombre podría cruzar ese pantano lleno de viscoso barro y hambrientos reptiles. ¡Cuántas veces lo he intentado! Y las bestias que merodean por esta tierra maldita… Me acosan día y noche.

—Pero ¿cómo has escapado a ellas? —preguntó Jane.

—No lo sé —respondió con aire triste—. He huido y huido y huido. He pasado hambre y sed en la copa de los árboles durante días enteros. He confeccionado armas (palos y lanzas) y he aprendido a utilizarlas. He matado a un león con el garrote. Igual habría peleado una rata acorralada. Y ahora no somos mejores que ratas en esta tierra de terribles peligros, tú y yo. Pero háblame de ti. Si te sorprende que yo viva, cuánto más me sorprende a mí que vivas tú.

En pocas palabras se lo contó todo, y mientras tanto se preguntaba qué podría hacer para deshacerse de él. No podía concebir una prolongada existencia con él como único compañero. Mejor, mil veces mejor, era estar sola. Su odio y desprecio por él no habían disminuido durante los largos meses de su compañía, y ahora que no le era posible devolverla a la civilización, le asustaba la idea de verle cada día. Y le temía. No confiaba en él; pero ahora había un extraño brillo en sus ojos que no estaba cuando le había visto por última vez. No sabía interpretarlo; lo único que sabía era que le inspiraba cierta aprensión, un temor innombrable.

—¿Has vivido mucho tiempo en la ciudad de A-lur? —preguntó él, hablando en la lengua de Pal-ul-don.

—¿Has aprendido esta lengua? —preguntó ella—. ¿Cómo?

—Tropecé con una banda de seminativos —respondió—, miembros de una raza proscrita que reside en el estrecho rodeado de rocas a través del que el río principal del valle desemboca en el pantano. Se llaman waz-ho-don y su aldea está hecha en parte de cuevas y en parte de casas excavadas en la roca blanda del pie del risco. Son muy ignorantes y supersticiosos, y cuando me vieron por primera vez y se dieron cuenta de que no tenía cola y de que mis manos y pies no eran como los suyos me tuvieron miedo. Creyeron que era dios o el demonio. Como me hallaba en una situación en que no podía ni escapar de ellos ni defenderme, hice un movimiento atrevido y logré impresionarles hasta el extremo de que me condujeron a su ciudad, a la que llaman Bu-lur, y allí me alimentaron y me trataron bien. Al aprender su lengua quise impresionarles cada vez más con la idea de que era un dios, y también lo conseguí; hasta que un viejo tipo que era algo así como un sacerdote o un hechicero se puso celoso de mi creciente poder. Eso fue el principio del fin y estuvo a punto de ser el final. Les dijo que si yo era un dios no sangraría si me clavaban un cuchillo; si sangraba eso demostraría que no era ningún dios. Sin que yo lo supiera cierta noche organizó la representación de la prueba ante toda la aldea; era una de esas numerosas ocasiones en que comen y beben por Jad-ben-Otho, su deidad pagana. Bajo la influencia de su infame licor estarían preparados para cualquier plan sangriento que el hechicero preparara. Una de las mujeres me habló del plan; no con la intención de advertirme del peligro, sino instigada simplemente por la curiosidad femenina en cuanto a si yo sangraría si me clavaban una daga. Al parecer, no podía esperar al momento de la prueba sino que quería saberlo enseguida; y cuando la atrapé intentando deslizar un cuchillo en mi costado la interrogué y me explicó todo el asunto con la mayor ingenuidad. Los guerreros ya habían empezado a beber; habría sido inútil efectuar cualquier clase de llamamiento a su intelecto o a sus supersticiones. No quedaba más que una alternativa a la muerte, la huida. Le dije a la mujer que estaba muy ofendido porque dudaban de mi divinidad y que como muestra de mi desaprobación iba a abandonarles a su sino.

»«¡Regresaré al cielo de inmediato!», exclamé. Ella quería quedarse para verme partir, pero le dije que sus ojos se quemarían por el fuego que rodearía mi partida y que debía marcharse enseguida y no volver allí hasta al menos pasada un hora. También le dije que si cualquier otro se acercaba

a esta parte de la aldea en ese lapso de tiempo, no sólo ellos, sino también ella serían devorados por las llamas. Quedó muy impresionada y se marchó enseguida, diciendo que si en verdad me había ido al cabo de una hora ella y toda la aldea sabrían que yo era el propio Jad-ben-Ohto, y por tanto deben darme las gracias, pues te aseguro que me había ido mucho antes de que transcurriera una hora, ni me he aventurado a acercarme a la ciudad de Bu-lur desde entonces —y se echó a reír con unas carcajadas roncas que hicieron estremecer a la mujer.

Mientras Obergatz hablaba, Jane había recuperado la lanza del antílope muerto y empezó a despellejar al animal. El hombre no hizo ningún gesto de ayudarla, sino que se quedó de pie hablando y observándola, mientras se pasaba constantemente sus sucios dedos por el cabello y la barba. Tenía el rostro y el cuerpo cubiertos de terrones de barro e iba desnudo salvo por un pellejo desgarrado y manchado de grasa en la entrepierna. Sus armas consistían en un garrote y un cuchillo waz-don, que había robado en la ciudad de Bu-lur; pero lo que más preocupaba a la mujer, más que su suciedad o su armamento, eran su risa y la extraña expresión de sus ojos.

Sin embargo, prosiguió su tarea, separando las partes del gamo que quería, cogiendo sólo la carne que pudiera consumir antes de que se estropease, ya que no estaba suficientemente integrada en la jungla para saborearla en aquel escenario, y luego se irguió y se encaró al hombre.

—Teniente Obergatz —dijo—, por una casualidad de la vida hemos vuelto a encontrarnos. Seguramente tú no habrías buscado este encuentro más que yo. No tenemos nada en común aparte de los sentimientos que pueden haber sido engrendrados por mi natural desagrado y sospechas de ti, uno de los autores de toda la desdicha y tristeza que he soportado durante interminables meses. Este pequeño rincón del mundo es mío por derecho de descubrimiento y ocupación. Vete y déjame disfrutar aquí de la paz que pueda. Es lo mínimo que puedes hacer para compensar el mal que nos has hecho a mí y a los míos.

El hombre la miró un momento fijamente con sus ojos como de pez en silencio; luego brotó de sus labios una extraña carcajada sin alegría.

—¡Irme! ¡Dejarte sola! —exclamó—. Te he encontrado. Vamos a ser buenos amigos. No hay en el mundo nadie más que nosotros. Nadie sabrá jamás lo que hacemos o qué es de nosotros, y ahora me pides que me marche y viva solo en esta diabólica soledad.

Volvió a reírse, aunque ni los músculos de los ojos ni los de la boca

reflejaban alegría alguna; era sólo un sonido hueco que imitaba la risa.

—Recuerda tu promesa —dijo ella.

—¡Promesa! ¡Promesa! ¿Qué son las promesas? Están hechas para incumplirlas; enseñamos eso al mundo en Lieja y Lovaina. ¡No, no! No me iré. Me quedaré y te protegeré.

—No necesito tu protección —insistió ella—. Ya has visto que sé utilizar la lanza.

—Sí —dijo él—, pero no estaría bien dejarte aquí sola… no eres más que una mujer. No, no; soy oficial del káiser y no puedo abandonarte.

Una vez más se echó a reír.

—Podríamos ser muy felices juntos —añadió.

La mujer no pudo reprimir un estremecimiento, ni, en realidad, trató de ocultar la profunda aversión que sentía.

—¿No te gusto? —preguntó—. Ah, bueno; qué pena. Pero algún día me amarás —y volvió a reír de aquel espantoso modo.

La mujer había envuelto los pedazos de gamo en el pellejo del animal; alzó el paquete y se lo echó al hombro. En la otra mano sostenía la lanza y se enfrentó al alemán.

—¡Vete! —ordenó—. Hemos malgastado demasiadas palabras. Esto es mío y lo defenderé. Si vuelvo a verte por aquí te mataré. ¿Lo entiendes?

Una expresión de ira deformó las facciones de Obergatz. Alzó su garrote y echó a andar hacia ella.

—¡Párate! —ordenó ella, echando la lanza hacia atrás para arrojársela —. Me has visto matar a este gamo y has dicho que nadie sabrá jamás lo que hacemos aquí. Junta esos dos hechos, alemán, y saca tus propias conclusiones antes de dar otro paso en mi dirección.

El hombre se detuvo y bajó el garrote.

—Vamos —le rogó en lo que pretendía ser un tono conciliador—. Seamos amigos, lady Greystoke. Podemos sernos de gran ayuda el uno al otro, y te prometo que no te haré daño.

—Recuerda Lieja y Lovaina —le recordó ella con una sonrisa—. Ahora me marcho; no me sigas. Toda la distancia que puedas recorrer en un día desde este lugar en cualquier dirección puedes considerarlo los límites de mi dominio. Si alguna vez vuelvo a verte dentro de estos límites, te mataré.

No cabía duda de que hablaba en serio y el hombre pareció convencido, pues se quedó de pie con expresión malhumorada mirándola marcharse y desaparecer de su vista tras un recodo del camino que cruzaba el vado en el

que se habían encontrado.

CAPÍTULO XX

EL SILENCIO DE LA NOCHE

EN A-LUR las vicisitudes habían sido muchas. El grupo de guerreros leales a Ko-tan que Tarzán había conducido a la entrada del pasadizo secreto había encontrado el desastre. Su primer ataque fue recibido con palabras suaves de los sacerdotes. Les exhortaron a defender la fe de sus padres contra los blasfemos. Ja-don les era pintado como un profanador de templos, y era profetizada la ira de Jad-ben-Otho para aquellos que abrazaran su causa. Los sacerdotes insistían en que el único deseo de Lu-don era impedir que Ja-don se apoderara del trono hasta que fuera elegido un nuevo rey según las leyes de los ho-don.

El resultado fue que muchos de los guerreros de palacio se unieron a sus compañeros de la ciudad, y cuando los sacerdotes vieron que aquellos en los que podían influir sobrepasaban en número a los que permanecían leales al palacio, hicieron que los primeros cayeran sobre los segundos con la consecuencia de que muchos resultaron muertos y sólo unos pocos lograron llegar a la seguridad de las puertas de palacio, que se cerraron enseguida.

Los sacerdotes dirigieron sus propias fuerzas a través del pasadizo secreto hasta el templo, mientras algunos de los leales buscaban a Ja-don y le contaban todo lo sucedido. La pelea en el salón de banquetes se había extendido por el palacio y había desembocado en la derrota temporal de los que se oponían a Ja-don. Esta fuerza, aconsejada por segundos sacerdotes enviados con tal fin por Lu-don, se retiró dentro del recinto del templo, de modo que ahora el asunto estaba claramente definido como una lucha entre Ja-don por un lado y Lu-don por el otro.

Al primero le habían contado todo lo ocurrido en los aposentos de O-lo-a, de cuya seguridad se había ocupado en la primera oportunidad que tuvo, y también se enteró del papel que Tarzán había desempeñado para llevar a sus hombres al encuentro de los guerreros de Lu-don.

Estas cosas naturalmente habían aumentado las anteriores inclinaciones de amistad hacia el hombre-mono, y ahora lamentaba que hubiera partido de la ciudad.

El testimonio de O-lo-a y Pan-at-lee reforzaba la creencia en la divinidad del extranjero que Ja-don y algunos guerreros habían acariciado anteriormente, pero ahora existía una fuerte tendencia entre esta facción de palacio a apoyar a Lu-don en su pelea con el Dor-ul-Otho. Si esto ocurrió como consecuencia de las repetidas narraciones de las hazañas del hombre-mono (que no perdían nada con la repetición), junto con la enemistad de Lu-don hacia él, o si era el astuto plan de algún viejo guerrero como Ja-don (que comprendía el valor de añadir una causa religiosa a la suya personal), era difícil de deteminar; pero el hecho era que los seguidores de Ja-don desarrollaron un odio amargo hacia los seguidores de Lu-don, debido al antagonismo del sumo sacerdote con Tarzán.

Lamentablemente, sin embargo, Tarzán no se hallaba allí para inspirar a los seguidores de Ja-don con el sagrado celo que pronto habría zanjado la disputa en favor del viejo jefe. En cambio, se encontraba a kilómetros de distancia, y como sus repetidas plegarias para que acudiera a ellos quedaron sin respuesta, los espíritus más débiles de entre ellos empezaron a sospechar que su causa no gozaba del favor divino. Había además otra poderosa causa para desertar de las filas de Ja-don. Surgió de la ciudad donde los amigos y parientes de los guerreros de palacio, que eran también los partidarios de las fuerzas de Lu-don, encontraron el medio, instados por los sacerdotes, de hacer circular por palacio propaganda perniciosa contra la causa de Ja-don.

El resultado fue que el poder de Lu-don aumentó mientras que el de Ja-don disminuyó. Luego siguió una salida del templo que desembocó en la derrota de las fuerzas de palacio, y aunque pudieron retirarse en orden decente, se retiraron dejando el palacio a Lu-don, quien ahora era prácticamente quien mandaba en Pal-ul-don.

Ja-don, llevándose consigo a la princesa, a las mujeres de ésta y a sus esclavas, incluida Pan-at-lee, así como las mujeres e hijos de sus leales seguidores, se retiró no sólo del palacio sino de la ciudad de A-lur, y regresó a su ciudad de Ja-lur. Allí se quedó, reclutando fuerzas de las aldeas de los alrededores que, como estaban lejos de la influencia de los sacerdotes de A-lur, se convertían en entusiastas partidarios de cualquier causa que el viejo capitán emprendiese, ya que durante años había sido

reverenciado como su amigo y protector.

Y mientras estos acontecimientos se difundían por el norte, Tarzán-jad-guru yacía en el foso del león en Tu-lur, mientras los mensajeros iban y venían de Mo-sar a Lu-don ya que los dos pugnaban por el trono de Pal-ul-don. Mo-sar era lo bastante astuto para adivinar que si se abría una brecha entre él y el sumo sacerdote, podría utilizar a su prisionero en beneficio propio, pues había oído rumores incluso entre su gente que sugerían que algunos estaban más que un poco inclinados a creer en la divinidad del extranjero. Lu-don quería a Tarzán. Quería sacrificarle en el altar oriental con sus propias manos ante una muchedumbre, ya que no carecía de pruebas de que su propia posición y autoridad se habían reducido debido a las pretensiones de la osada y heroica figura del extranjero.

El método que el sumo sacerdote de Tu-lur había empleado para atrapar a Tarzán había dejado al hombre-mono en posesión de sus armas, aunque parecía poco probable que le sirvieran de nada. También tenía su bolsa, que contenía diversos objetos producto de la acumulación natural que suele haber en todos los receptáculos desde una bolsa de malla de oro a un desván. Había fragmentos de obsidiana y plumas de flecha, algunos trozos de pedernal y un par de acero, un viejo cuchillo, una gruesa aguja de hueso y tiras de intestino seco. Nada muy útil para usted o para mí, quizá; pero nada inútil para la vida salvaje del hombre-mono.

Cuando Tarzán se dio cuenta de la trampa que tan limpiamente le habían tendido aguardó expectante la llegada del león, pues aunque el olor del *ja* ya era antiguo, estaba seguro de que tarde o temprano soltarían a una de las bestias sobre él. Lo primero que hizo fue explorar a fondo su prisión. Se había fijado en las ventanas tapadas con pellejos, e inmediatamente los retiró para dejar entrar la luz, y así vio que aunque la cámara se hallaba muy por debajo del nivel de los patios del templo, estaba a varios metros por encima de la base de la colina en la que estaba excavado el templo. Las ventanas tenían los barrotes tan apretados que no veía por encima del borde del grueso muro en el que estaban cortados para determinar qué había bajo él. A poca distancia estaban las azules aguas del Jad-in-lul, y más allá, la orilla más lejana llena de vegetación, y más allá aún, las montañas. Era una hermosa vista la que vio, una imagen de paz, armonía y tranquilidad. En ningún sitio vio la más leve sugerencia del hombre salvaje y las bestias que reclamaban como suyo este hermoso paisaje. ¡Qué paraíso! Y algún día llegaría el hombre civilizado y… ¡lo echaría a perder! Despiadadas hachas

talarían los árboles centenarios; humo negro y pegajoso saldría de feas chimeneas hacia el cielo azul; pequeños botes con ruedas detrás o a ambos lados removerían el barro del fondo del Jad-in-lul, tiñendo sus aguas azules de un sucio marrón; espantosos malecones se adentrarían en el lago con escuálidos edificios de hierro corrugado, indudablemente, pues así son las ciudades pioneras del mundo.

Pero ¿vendría el hombre civilizado? Tarzán esperaba que no. Durante incontables generaciones la civilización se había extendido por todo el globo; había enviado emisarios al Polo Norte y al Sur; había dado la vuelta a Pal-ul-don una vez, quizá muchas, pero nunca la había tocado. Ojalá Dios no permitiera que eso ocurriera jamás. Quizá conservaba este pequeño lugar para que fuera siempre como Él lo había creado, pues las excavaciones de los ho-don y los waz-don en sus rocas no habían alterado el rostro de la naturaleza.

Por la ventana entraba suficiente luz para mostrar a Tarzán todo el interior. La habitación era bastante grande y había una puerta en cada extremo, una grande para los hombres y otra más pequeña para los leones. Ambas estaban cerradas con grandes masas de piedra que habían sido bajadas por unas ranuras que iban hasta el suelo. Las dos ventanas eran pequeñas y tenían muchos barrotes, que eran el primer hierro que Tarzán veía en Pal-ul-don. Los barrotes estaban metidos en agujeros hechos en el revestimiento, y el conjunto era tan sólido que huir parecía imposible. Sin embargo, al cabo de unos minutos de su encarcelación, Tarzán había empezado a emprender la huida. Sacó el viejo cuchillo que llevaba en la bolsa y lentamente el hombre-mono empezó a rascar y a astillar la piedra de alrededor de los barrotes de una de las ventanas. Era un trabajo lento pero Tarzán tenía la paciencia de un santo.

Cada día le traían agua y comida y se la deslizaban rápidamente por debajo de la puerta más pequeña, que se levantaba tan sólo lo suficiente para que pasaran los receptáculos de piedra. El prisionero empezó a creer que le estaban reservando para algo que no eran leones. Sin embargo, no podía saberlo. Si le retenían unos días más podrían elegir qué destino darle; pero él no estaría allí cuando fueran a anunciárselo.

Un día llegó Pan-sat, la principal arma de Lu-don, a la ciudad de Tu-lur. Llegó ostensiblemente con un claro mensaje para Mo-sar procedente del sumo sacerdote de A-lur. Lu-don había decidido que Mo-sar fuera rey e invitaba a Mo-sar a ir de inmediato a A-lur y luego Pan-sat, tras haber

entregado el mensaje, preguntó si podría ir al templo de Tu-lur y rezar, y allí buscó al sumo sacerdote de Tu-lur para quien era el verdadero mensaje que Lu-don enviaba. Los dos se encerraron solos en una pequeña cámara y Pan-sat susurró al oído del sumo sacerdote.

—Mo-sar desea ser rey —dijo—, y Lu-don desea ser rey. Mo-sar desea retener al extranjero que afirma ser el Dor-ul-Otho y Lu-don desea matarle, y enseguida. —Se inclinó un poco más al oído del sumo sacerdote de Tu-lur—. Si quieres ser sumo sacerdote de A-lur, está en tus manos.

Pan-sat dejó de hablar y esperó una respuesta. El sumo sacerdote. ¡El sumo sacerdote de A-Iur! Eso era casi tan bueno como ser rey de todo Pal-ul-don, pues grandes eran los poderes del que dirigía los sacrificios en los altares de A-lur.

—¿Cómo? —preguntó en un susurro el sumo sacerdote—. ¿Cómo puedo convertirme en sumo sacerdote de A-lur?

Pan-sat volvió a acercarse a él:

—Matando a uno y llevando al otro a A-lur —respondió. Entonces se levantó y salió, sabiendo que el otro había mordido el anzuelo y podía confiar en que haría lo que era preciso para conseguir el gran premio.

Sólo se equivocaba Pan-sat en una consideración sin importancia. Este sumo sacerdote cometería asesinato y traición para alcanzar el alto cargo de A-lur; pero había entendido mal a cuál de las víctimas tenía que matar y a cuál tenía que entregar a Lu-don. Pan-sat, que conocía todos los detalles de los planes de Lu-don, había cometido el error, por otra parte natural, de suponer que el otro entendía perfectamente que sólo sacrificando en público al falso Dor-ul-Otho podría el sumo sacerdote de A-lur reforzar su poder y que el asesinato de Mo-sar, el pretendiente al trono, eliminaría del campo de Lu-don el único obstáculo a la posibilidad de combinar los cargos de sumo sacerdote y rey. El sumo sacerdote de Tu-lur pensó que le habían encargado matar a Tarzán y llevar a Mo-sar a A-lur. También creyó que cuando hubiera hecho estas cosas le harían sumo sacerdote de A-lur; pero no sabía que ya había sido elegido el sacerdote que iba a asesinarle en el momento en que llegara a A-lur, y tampoco sabía que le habían preparado una tumba secreta en el suelo de una cámara subterránea en el templo mismo que él soñaba controlar.

Cuando debería estar preparando el asesinato de su jefe, estaba conduciendo a una docena de guerreros fuertemente sobornados a través de los oscuros corredores subterráneos del templo para matar a Tarzán en el

foso de los leones. Había caído la noche. Una única antorcha guiaba los pasos de los asesinos que avanzaban con sigilo, pues sabían que estaban haciendo una cosa contra la voluntad de su jefe y sus conciencias culpables les advertían de que fueran con sigilo.

En la oscuridad de su celda el hombre-mono trabajaba en su tarea aparentemente interminable de rascar y astillar. Su agudo oído percibió los pasos que se acercaban por el corredor, pasos que se aproximaban a la puerta grande. Siempre habían venido por la puerta más pequeña; los pasos de un solo esclavo que le traía la comida. Esta vez eran muchos y su llegada a esas horas de la noche sugería algo siniestro. Tarzán siguió rascando y astillando. Les oyó detenerse tras la puerta. Reinaba el silencio roto únicamente por el rascar del incansable cuchillo del hombre-mono.

Los que estaban fuera lo oyeron y escucharon para explicárselo. Hablaron en susurros haciendo planes. Dos levantarían la puerta rápidamente y los otros se precipitarían dentro y arrojarían sus garrotes al prisionero. No pensaban correr ningún riesgo, pues las historias que circulaban en A-lur habían llegado hasta Tu-lur, historias de la gran fuerza y magnífica potencia de Tarzán-jad-guru que hicieron que el sudor asomara sobre las cejas de los guerreros, aunque en el húmedo corredor hacía frío y ellos eran doce contra uno.

El sumo sacerdote dio la señal: la puerta se abrió de golpe y diez guerreros entraron precipitadamente en la cámara blandiendo los garrotes. Tres de las pesadas armas volaron por el aire hacia una sombra más oscura que se observaba en la pared opuesta, luego el resplandor de la antorcha que portaba el sacerdote iluminó el interior y vieron que aquello a lo que habían arrojado sus garrotes era un montón de pieles arrancadas de las ventanas y que, salvo por ellos, la cámara se hallaba vacía.

Uno de ellos se precipitó a una ventana. Todos los barrotes menos uno habían desaparecido y a éste estaba atado el extremo de una cuerda trenzada hecha con tiras de las colgaduras de piel de la ventana.

A los peligros corrientes en la existencia de Jane Clayton se añadía ahora la amenaza que representaba el hecho de que Obergatz conociera su paradero. El león y la pantera le habían dado menos motivos de ansiedad que el regreso de este tudesco sin escrúpulos, de quien siempre había desconfiado y al que temía, y cuya degradación se veía ahora inconmensurablemente aumentada por su aspecto descuidado y sucio, su

extraña risa sin alegría y su conducta poco natural. Ahora le temía con un nuevo miedo, como si de pronto se hubiera convertido en la personificación de algún horror sin nombre. La vida al aire libre que ella había llevado había reforzado su sistema nervioso, sin embargo le parecía que si este hombre la tocaba alguna vez se pondría a gritar, y, posiblemente, incluso se desmayaría. Una y otra vez durante el día siguiente a su encuentro inesperado, la mujer se reprochaba no haberle matado como habría hecho con un *ja* o un *jato* o con cualquier otra bestia depredadora que hubiera amenazado su existencia o su seguridad. No intentaba autojustificarse por estas siniestras reflexiones, pues no necesitaban justificación. Las pautas por las que los actos de aquellos como usted o como yo pueden ser juzgados no eran aplicables a ella. Nosotros recurrimos a la protección de amigos y parientes y al ejército civil que sostiene la majestad de la ley y que puede ser invocada para proteger al honrado débil contra el honrado fuerte; pero Jane Clayton comprendía en sí misma no sólo al honrado débil sino a todas las diversas instituciones para la protección del débil. Para ella, entonces, el teniente Erich Obergatz no presentaba ningún problema distinto al del ja, el león, aparte de considerar al primero más peligroso. Y así decidió que, en caso de que él no hiciera caso de su aviso, no se avendría a razones cuando volvieran a encontrarse: la misma lanza veloz que respondería a los avances del *ja* responderían a los de él.

Aquella noche su acogedor nidito situado en lo alto del gran árbol le pareció menos seguro. Lo que resistiría las intenciones sanguinarias de una pantera podía no ser una gran barrera para el hombre, e influida por este pensamiento durmió peor que en noches anteriores. El más leve ruido que quebraba el monótono murmullo de la jungla nocturna la sobresaltaba y la hacía permanecer alerta, completamente despierta, con el oído aguzado en un intento por clasificar el origen de la perturbación, y una vez la despertó así un ruido que parecía proceder de algo que se movía en su mismo árbol. Escuchó con atención, sin respirar apenas. Sí, ahí estaba otra vez. El arrastrar de algo blando sobre la dura corteza del árbol. La mujer alargó el brazo en la oscuridad y cogió su lanza. Percibió que una de las ramas que soportaban su refugio se hundía un poco, como si la cosa, fuese lo que fuese, estuviera alzando su peso sobre la rama. Se acercó un poco. Creía percibir su aliento. Se hallaba ante la puerta. Lo oía hurgar en la frágil barrera. ¿Qué podía ser? No hacía ningún ruido por el que ella pudiera identificarlo. Se puso a gatas y se arrastró con sigilo por la escasa distancia

que la separaba de la pequeña puerta, la lanza aferrada con fuerza en la mano. Era evidente que algo intentaba entrar sin despertarla. Se hallaba justo detrás del pequeño artilugio hecho de ramas estrechas que había atado junto con hierbas y a lo que denominaba puerta: sólo quedaban unos centímetros entre la cosa y ella. Alargó la mano izquierda y palpó hasta que encontró un punto en que una rama curvada había dejado una abertura de unos cinco centímetros de ancho cerca del centro de la barrera. En ella insertó la punta de la lanza. La cosa debió de oír que se movía dentro, pues de pronto abandonó sus esfuerzos por mantenerse sigiloso y con furia intentó abatir el obstáculo. En el mismo instante Jane arremetió con su lanza con todas su fuerzas. Notó cómo penetraba en la carne. Se oyó un grito y una maldición desde fuera, seguidos por el estrépito de un cuerpo al caer entre ramas y follaje. Casi arrastró la lanza en su caída, pero Jane la sostuvo hasta que se liberó de la cosa en la que había penetrado.

Era Obergatz; la maldición se lo indicó. Desde abajo no llegó ningún otro ruido. ¿Le había matado? Liberarse de la amenaza de aquella odiosa criatura era un verdadero alivio. Durante el resto de la noche Jane yació despierta, escuchando. Imaginaba que abajo veía al hombre muerto con su espantoso rostro bañado a la fría luz de la luna, boca arriba y con la mirada fija hacia arriba, hacia ella.

Rogó que viniera un *ja* y se lo llevara a rastras, pero durante el resto de la noche no oyó ningún otro ruido por encima del monótono murmullo de la jungla. Se alegraba de que aquel hombre estuviera muerto, pero temía la horrible prueba que le esperaba por la mañana, pues debía enterrar aquella cosa que había sido Erich Obergatz y vivir allí, sobre la tumba poco profunda del hombre al que había matado.

Se reprochó entonces su debilidad, repitiéndose una y otra vez que le había matado en defensa propia, que su acto estaba justificado; pero ella era una mujer de hoy, y llevaba consigo los mandatos de hierro del orden social en el que ella había nacido, sus prohibiciones y sus supersticiones.

Por fin llegó el alba. Lentamente el sol coronó las distantes montañas más allá del Jad-in-lul. Y sin embargo vacilaba en aflojar las ataduras de su puerta y mirar a la cosa de abajo. Pero tenía que hacerlo. Se armó de valor y desató la correa hecha de pellejo que aseguraba la barrera. Miró abajo y sólo la hierba y las flores la miraron. Salió de su refugio y examinó el suelo en el lado opuesto del árbol; allí no había ningún hombre muerto, ni en ningún sitio que ella pudiera ver. Poco a poco descendió, con cautela y el

oído alerta listo para la primera insinuación de peligro.

Al pie del árbol había un charco de sangre y un pequeño rastro de gotas rojas sobre la hierba, que se alejaban paralelas a la orilla del Jad-ben-lul. ¡Entonces no le había matado! Percibió vagamente una peculiar sensación doble de alivio y de pesar. Ahora siempre tendría dudas. Él podía regresar; pero al menos ella no tendría que vivir sobre su tumba.

Pensó en seguir el rastro de sangre por si se hubiera alejado a rastras para morir más tarde, pero abandonó la idea por miedo a encontrarle muerto por allí cerca, o, peor aún, gravemente herido. ¿Qué podía hacer, pues? No podía rematarle con su lanza; no, sabía que no podía hacerlo, y tampoco podía hacerle volver y cuidarle, ni podía dejarle allí para que muriera de hambre o de sed, o para que fuera presa de alguna bestia salvaje. Era mejor no buscarle, pues tenía miedo de encontrarle.

Aquel día se sobresaltaba nerviosa a cada ruido súbito que oía. El día anterior habida dicho que tenía nervios de acero; pero no hoy. Sabía la conmoción que había sufrido y que ésta era la reacción. Al día siguiente tal vez fuera diferente, pero algo le decía que jamás serían lo mismo su pequeño refugio y la parcela de bosque y jungla que ella llamaba suyos. Siempre se cerniría sobre ella la amenaza de aquel hombre. Ya no pasaría noches de profundo sueño. La paz de su pequeño mundo se había hecho añicos para siempre.

Aquella noche reforzó la puerta con correas adicionales hechas de piel en bruto, cortada del pellejo del gamo que había matado el día en que se encontró con Obergatz. Estaba muy cansada, pues la noche anterior había perdido mucho sueño; pero durante largo rato yació con los ojos abiertos de par en par contemplando la oscuridad. ¿Qué veía allí? Visiones que provocaron lágrimas en aquellos valientes y hermosos ojos, visiones de una cabaña laberíntica que había sido su hogar y que ya no existía, destrozado por la misma fuerza cruel que ahora la acosaba en este remoto rincón de la tierra; visiones de un hombre fuerte cuyo brazo protector jamás volvería a apretarla contra sí, visiones de un hijo alto y erguido que la miraba de un modo adorable con unos ojos sonrientes que eran iguales que los de su padre. Siempre la visión de la sencilla cabaña y no de los lujosos salones que habían formado parte de su vida igual que el primero. Pero a él le gustaba más el bungaló y los extensos acres de libertad y por eso a ella también le gustaban más.

Por fin se durmió, el sueño del agotamiento total. Cuánto duró, no lo

sabía; pero de pronto estuvo completamente despierta y otra vez oyó el arrastrarse de un cuerpo contra la corteza del árbol, y de nuevo la rama se dobló bajo un fuerte peso. ¡Había regresado! Ella se quedó helada, temblando. ¡Era él, Dios mío! ¿Le había matado y esto era…? Trató de alejar de su mente este horrible pensamiento, pues sabía que esto conducía a la locura.

Una vez más se arrastró hasta la puerta, pues la cosa estaba justo fuera como la noche anterior. Las manos le temblaban cuando colocó la punta de su lanza en la abertura. Se preguntó si la cosa gritaría al caer.

CAPÍTULO XXI

EL MANÍACO

TARZÁN había quitado el último barrote que haría la abertura lo bastante grande para que su cuerpo pasara, cuando oyó a los guerreros susurrando tras la puerta de piedra de su prisión. Hacía rato que la cuerda hecha de pellejo estaba trenzada. Asegurar un extremo al barrote restante que había dejado con este fin fue cuestión de un momento, y mientras los guerreros hablaban en susurros fuera, el cuerpo tostado del hombre-mono se deslizó por la pequeña abertura y desapareció bajo el antepecho de la ventana.

La huida de Tarzán de la celda le dejó aún dentro de la zona amurallada que comprendía los jardines y edificios de palacio y del templo. Hizo un reconocimiento lo mejor que pudo desde la ventana después de sacar suficientes barrotes para asomarse por la abertura, así que sabía lo que había inmediatamente delante de él: un callejón sinuoso y en general desierto que conducía a la puerta que comunicaba el palacio con la ciudad.

La oscuridad le facilitaría la huida. Incluso podría salir de palacio y de la ciudad sin que le descubrieran. Si podía eludir la guardia apostada en la puerta del palacio, el resto sería fácil. Anduvo a zancadas, seguro de sí mismo, sin exhibir ningún miedo a ser descubierto, pues razonó que así no levantaría sospechas. En la oscuridad pasaría sin problemas por un ho-don y, a decir verdad, aunque pasó por delante de varios al salir del callejón desierto, nadie se le acercó ni le detuvo, y así llegó por fin a la guardia formada por media docena de guerreros ante la puerta de palacio. Intentó pasar por delante de ellos con la misma actitud indiferente, y lo habría logrado de no ser porque alguien venía corriendo desde el templo gritando:

—¡Que nadie salga! ¡El prisionero se ha escapado del *pal-ul-ja*!

Al instante un guerrero le impidió el paso y simultáneamente el tipo le reconoció.

—*Xot tor!* —exclamó—. Aquí está. ¡A por él! ¡A por él! ¡Atrás! ¡Atrás

antes de que te mate!

Los otros se acercaron. No puede decirse que se precipitaran. Si era su deseo lanzarse contra él, hubo una perceptible falta de entusiasmo, aparte del que dirigió sus esfuerzos para persuadir a otro de que se lanzara sobre él. Su fama de luchador hacía mucho tiempo que era tema de conversación por el bien de la moral de los guerreros de Mo-sar. Era más seguro mantener la distancia y lanzarle sus porras, y esto es lo que hicieron, pero el hombre-mono había aprendido algo del uso de esta arma desde que había llegado a Pal-ul-don. Grande era el respeto que sentía por esta primitiva arma. Se dio cuenta de que los salvajes negros que había conocido no apreciaban las posibilidades de sus palos con protuberancias, y tampoco él; y había descubierto también por qué los pal-ul-don habían convertido sus antiguas lanzas en arados y se aferraban solamente al garrote de punta pesada. En la ejecución mortal era mucho más eficaz que una lanza y también servía de escudo protector, combinando ambas cosas en una y reduciendo así la carga del guerrero. Arrojados como ellos los arrojan, a la manera de los lanzadores de martillo de los juegos olímpicos, un escudo comente resultaría más un estorbo que una ventaja, mientras que uno que fuera lo bastante fuerte para proteger tendría que ser demasiado pesado. Sólo otro garrote, hábilmente forjado para desviar el curso de un misil enemigo, es eficaz contra estas formidables armas y, asimismo, el garrote de guerra de Pal-ul-don puede arrojarse con exactitud a una mayor distancia que cualquier lanza.

Se ponía a prueba lo que Tarzán había aprendido de Om-at y Ta-den. Sus ojos y sus músculos, entrenados gracias a toda una vida de necesidad, se movieron con la rapidez de la luz y su cerebro funcionó con una celeridad inaudita que sugería nada menos que presciencia, y estas cosas eran más que suficientes para compensar su falta de experiencia con el garrote de guerra que tan diestramente manejaba. Fue rechazando arma tras arma y siempre se movía con una sola idea en la cabeza: colocarse al alcance de uno de sus adversarios. Pero ellos eran cautos, pues temían a esta extraña criatura a quien los temores supersticiosos de muchos de ellos atribuían el milagroso poder de la deidad. Consiguieron mantenerse entre Tarzán y la puerta de la ciudad, y todo el tiempo gritaban a pleno pulmón pidiendo refuerzos. En caso de que estos llegaran antes de que él escapara, el hombre-mono sabía que sus oportunidades serían mínimas, y por eso redobló sus esfuerzos para llevar a cabo su plan.

Siguiendo su acostumbrada táctica, dos o tres de los guerreros siempre se mantenían detrás de él, recogiendo los garrotes arrojados cuando la atención de Tarzán estaba dirigida hacia otra parte. Él mismo recogió algunos y los lanzó, con tan mortal efecto que eliminó a dos de sus adversarios, pero ahora oía que se acercaban guerreros a toda prisa, el patear de sus pies descalzos sobre el pavimento de piedra y luego los gritos salvajes que lanzaban para alentar el valor de sus compañeros y llenar de temor al enemigo.

No había tiempo que perder. Tarzán sostenía un garrote en cada mano; hizo oscilar uno y lo lanzó a un guerrero que tenía delante, y cuando el hombre se agachó se abalanzó sobre él y le agarró, al tiempo que arrojaba su segundo garrote a otro de sus adversarios. El ho-don con el que forcejeaba se llevó la mano al cuchillo pero el hombre-mono le agarró la muñeca. De repente se la retorció, se oyó el chasquido de un hueso al romperse y un grito aterrador; luego levantó al guerrero y lo utilizó como escudo protector entre sus compañeros y él, mientras retrocedía y salia por la puerta. Al lado de Tarzán había la única antorcha que iluminaba la entrada al recinto del palacio. Los guerreros avanzaban en socorro de sus compañeros cuando el hombre-mono alzó a su cautivo por encima de su cabeza y lo lanzó dándole de lleno en la cara del atacante que iba en primer lugar. El tipo se desplomó y dos que iban directamente detrás de él cayeron de bruces sobre su compañero, momento que el hombre-mono aprovechó para coger la antorcha y lanzarla al recinto de palacio para extinguirse cuando chocó con el cuerpo de los que encabezaban los refuerzos atacantes.

En la oscuridad que siguió Tarzán desapareció por las calles de Tu-lur tras la puerta de palacio. Durante un rato oyó que le perseguían, pero el hecho de que los ruidos se alejaran y extinguieran en dirección del Jad-in-lul le indicó de que buscaban en la dirección equivocada, pues él había girado hacia el sur de Tu-lur a propósito para despistarles. En las afueras de la ciudad giró hacia el noroeste, en cuya dirección se encontraba A-lur.

Sabía que en su camino se encontraba el Jad-bal-lul, cuya orilla se vio obligado a rodear, y habría que cruzar un río en el extremo inferior del gran lago en cuyas orillas se alzaba A-lur. Qué otros obstáculos encontraría en su camino, no lo sabía, pero creía que ganaría tiempo si iba a pie en lugar de intentar robar una canoa y seguir río arriba con un solo remo. Su intención era poner tanta distancia como le fuera posible entre él y Tu-lur

antes de dormirse, pues estaba seguro de que Mo-sar no aceptaría fácilmente su pérdida, sino que al llegar el día, o posiblemente incluso antes, enviaría guerreros en su busca.

A unos dos o tres kilómetros de la ciudad penetró en un bosque y allí por fin se sintió en cierta medida seguro como nunca se sentía en los espacios abiertos o en las ciudades. El bosque y la jungla eran su patria. Ninguna criatura que anduviera a cuatro patas, trepara por los árboles o se arrastrara sobre su estómago tenía ninguna ventaja sobre el hombre-mono en su patria chica. Como incienso y mirra eran los fuertes olores de la vegetación putrefacta para el olfato del gran tarmangani. Irguió sus anchos hombros, levantó la cabeza y llenó sus pulmones del aire que más amaba. La densa fragancia de las flores tropicales, la mezcla de olores múltiples de la vida de la jungla acudieron a su cabeza provocándole una agradable intoxicación mucho más potente que la contenida en las cosas más antiguas de la civilización.

Ahora se subió a los árboles, no por necesidad sino por puro amor a la libertad salvaje que le había sido negada tanto tiempo. Aunque estaba oscuro y la selva era extraña, se movía con una seguridad y una facilidad que indicaban más un extraño sentido de la percepción que una habilidad maravillosa. Oyó al *ja* gemir en alguna parte más adelante y una lechuza ululó tristemente a su derecha, sonidos familiares que no le causaban ninguna sensación de soledad como le ocurriría a usted o a mí, sino que, al contrario, le ofrecían compañía al indicar la presencia de sus compañeros de la jungla, y que fuera amigo o enemigo le importaba poco al hombre-mono.

Al fin llegó a un pequeño arroyo en un lugar donde los árboles no se juntaban arriba, por lo que se vio obligado a descender a tierra y meterse en el agua para llegar a la otra orilla, donde se detuvo como si de pronto su figura como de dios se hubiera transmutado de carne en mármol. Sólo las ventanas de su nariz dilatándose mostraban su vitalidad. Durante un largo momento se quedó así y luego veloz, pero con la precaución y el silencio inherentes en él, avanzó de nuevo; toda su actitud denotaba ahora que había una nueva urgencia. Había un propósito definido e imperioso en cada movimiento de aquellos músculos de acero que se tensaban suavemente bajo la lisa piel morena. Ahora se dirigía hacia determinada meta que evidentemente le llenaba de mucho más entusiasmo que un posible regreso a A-lur.

Por fin llegó al pie de un gran árbol y allí se detuvo y miró hacia arriba, donde, entre el follaje, vislumbró los débiles contornos de un bulto toscamente rectangular. Tarzán tuvo una sensación de ahogo en la garganta cuando subió con cuidado a las ramas. Era como si el corazón se le estuviera dilatando, de mayor felicidad o de mayor temor.

Ante el rústico refugio construido entre las ramas se detuvo a escuchar. Procedente del interior llegó a su sensible olfato el mismo delicado aroma que había detenido su atención en aquel pequeño arroyo a poco más de un kilómetro de distancia. Se puso en cuclillas sobre una rama junto a la pequeña puerta.

—Jane —llamó—, amor de mis amores, soy yo.

La única respuesta que le llegó desde dentro fue el ruido de alguien que de pronto contenía el aliento, un medio jadeo y medio suspiro, y el ruido de un cuerpo que caía al suelo. Tarzán se apresuró a buscar la forma de liberar las ataduras que sujetaban la puerta, pero estaban atadas desde el interior, y al fin, impaciente, cogió la frágil barrera con una gigantesca mano y con un solo esfuerzo la desgarró por completo. Entró y vio el cuerpo aparentemente sin vida de su compañera tirado en el suelo.

La cogió en sus brazos; el corazón de ella latía; aún respiraba, y entonces él se dio cuenta de que sólo se había desmayado.

Cuando Jane Clayton recobró el conocimiento se encontró estrechada con fuerza por dos fuertes brazos, la cabeza apoyada en el ancho hombro donde antes tan a menudo había calmado sus temores y consolado sus tristezas. Al principio no estaba segura de que no fuera un sueño. Tímidamente le acercó la mano a la mejilla.

—John —murmuró—, dime, ¿eres tú realmente?

Como respuesta él la atrajo más hacia sí.

—Lo soy —respondió—. Pero tengo algo en la garganta —dijo vacilante— que me impide hablar con facilidad.

Ella sonrió y se acurrucó junto a él.

—Dios ha sido bueno con nosotros, Tarzán de los Monos —dijo.

Durante un rato ninguno de los dos habló. Les bastaba estar juntos y que cada uno supiera que el otro estaba vivo y a salvo. Pero al fm recuperaron la voz y cuando salió el sol aún estaban charlando, tanto tenían que contarse, tantas preguntas que hacerse.

—Y Jack —preguntó ella—, ¿dónde está?

—No lo sé —respondió Tarzán—. Lo último que supe de él es que

estaba en el frente de Argona.

—Entonces nuestra felicidad no es completa —dijo ella con una leve nota de tristeza en la voz.

—No —coincidió él—, pero actualmente ocurre lo mismo en innumerables hogares ingleses, y en ellos el orgullo está aprendiendo a ocupar el lugar de la felicidad.

Ella meneó la cabeza.

—Yo quiero a mi chico —dijo.

—Y yo también —convino Tarzán—, y quizás aún lo tengamos. Lo último que supe era que estaba sano y salvo. Y ahora —prosiguió—, debemos planear nuestro regreso. ¿Te gustaría reconstruir la cabaña y reunir a los waziri que queden, o preferirías regresar a Londres?

—Sólo quiero encontrar a Jack —respondió ella—. Siempre sueño con la cabaña y nunca con la ciudad pero, John, sólo podemos soñar, pues Obergatz me dijo que había dado la vuelta a toda esta región y no había encontrado ningún sitio por donde cruzar el pantano.

—Yo no soy Obergatz —le recordó Tarzán, sonriendo—. Hoy podemos descansar, y mañana partiremos hacia el norte. Es una región salvaje, pero la hemos cruzado una vez y podemos volver a hacerlo.

Y así, a la mañana siguiente, el tarmangani y su compañera emprendieron viaje a través del valle de Jad-ben-Otho; al frente tenían hombres fieros y bestias salvajes, y las elevadas montañas de Pal-ul-don, y detrás de las montañas los reptiles y el pantano, y detrás la árida estepa cubierta de espinos y otras bestias salvajes y kilómetros y kilómetros de hostil tierra virgen que les separaban de las ruinas carbonizadas de su hogar.

El teniente Obergatz se arrastró por la hierba, dejando un rastro de sangre tras de sí después de que la lanza de Jane le enviara al suelo bajo el árbol donde ella se encontraba. Después del único grito que había proferido, que indicaba la gravedad de su herida, no hizo ningún ruido. Permanecía en silencio debido a un gran miedo que se había apoderado de su pervertido cerebro de que la mujer diablesa le persiguiera y le matara. Por eso se arrastró como cualquier asquerosa bestia depredadora, buscando un arbusto donde tumbarse y esconderse.

Creyó que moriría, pero no fue así, y al llegar el nuevo día descubrió que su herida era superficial. La tosca lanza con punta de obsidiana había

penetrado en los músculos del costado debajo del brazo derecho y le causaba dolor, pero no era una herida fatal. Al darse cuenta de este hecho acudió a él un renovado deseo de poner la máxima distancia posible entre él y Jane Clayton. Siguió avanzando a gatas, debido a una persistente alucinación de que de este modo podría escapar a la observación. Sin embargo, pese a que huía, su mente daba vueltas a un deseo central: mientras huía de ella seguía planeando perseguirla, y a su deseo de poseerla se añadió el deseo de vengarse. Ella pagaría por el sufrimiento que le había infligido. Pagaría por rechazarle, pero por alguna razón que no trató de explicarse se alejó a gatas para ocultarse. Pero volvería. Volvería y, cuando hubiese acabado con ella, cogería aquella suave garganta en sus manos y le arrebataría la vida.

Siguió repitiéndose eso una y otra vez para sus adentros y luego se echó a reír con aquellas fuertes y espantosas carcajadas que habían aterrado a Jane. Después se dio cuenta de que le sangraban las rodillas y de que le dolían. Miró atrás con cautela. No se veía a nadie. Aguzó el oído. No oyó nada que indicara que le perseguían, así que se puso en pie y prosiguió su camino, cubierto de polvo y sangre, la barba y el pelo enmarañados y apelmazados y llenos de erizos y terrones de barro seco y una suciedad indecible. No controlaba el tiempo. Comió frutas, bayas y tubérculos que había arrancado de la tierra con sus dedos. Siguió la orilla del lago y el río para estar cerca del agua, y cuando el *ja* rugía o gemía se encaramaba a un árbol y se ocultaba allí, temblando.

Al cabo de un tiempo llegó a la orilla sur del Jad-ben-lul hasta que un ancho río detuvo su avance. Al otro lado del agua azul una ciudad blanca relucía bajo el sol. La contempló largo rato, parpadeando como una lechuza. Poco a poco acudió a su confuso cerebro un recuerdo. Esto era A-lur, la Ciudad de la luz. La asociación de ideas le hizo recordar Bu-lur y los waz-ho-don. Le habían llamado Jad-ben-Otho. Echó a reírse en voz alta, se irguió y echó a andar arriba y abajo junto a la orilla.

—Soy Jad-ben-Otho —exclamó—. Soy el Gran Dios. En A-lur están mi templo y mis sumos sacerdotes. ¿Qué está haciendo Jad-ben-Otho aquí solo en la jungla?

Entró en el agua y, alzando la voz, lanzó un alarido hacia A-lur.

—¡Soy Jad-ben-Otho! —gritó—. Venid, esclavos, y llevad a vuestro dios a su templo.

Pero se hallaba a gran distancia y no le oyeron; nadie acudió, y su

mente débil estaba distraída con otras cosas: un pájaro que volaba en el aire, un enjambre de pececillos que nadaban alrededor de sus pies. Se abalanzó sobre ellos tratando de capturarlos, y se puso a cuatro patas para avanzar por el agua intentando agarrar inútilmente a los esquivos peces.

Entonces se le ocurrió que era un león marino y se olvidó de los peces y se tumbó, tratando de nadar retorciendo los pies en el agua como si fueran una cola. Las penalidades, las privaciones, los terrores y, durante las últimas semanas, la falta de nutrición adecuada habían reducido a Erich Obergatz a poco más que un balbuceante idiota.

Una serpiente de agua avanzaba en el agua y el hombre la persiguió, avanzando a gatas. La serpiente nadó hacia la orilla justo en la desembocadura del río, donde crecían altos juncos, y Obergatz la siguió, emitiendo gruñidos como un cerdo. Perdió a la serpiente entre los densos juncos pero tropezó con otra cosa: una canoa escondida cerca de la orilla. La examinó con grandes risotadas. Dentro había dos remos que él cogió y arrojó al agua. Los observó un rato y luego se sentó al lado de la canoa y empezó a salpicar con las manos en el agua. Le gustaba oír el ruido y ver las pequeñas salpicaduras. Se frotó el antebrazo izquierdo con la mano derecha y la suciedad salió y dejó una mancha blanca que le llamó la atención. Se frotó de nuevo la sangre y la mugre que cubría su cuerpo. No intentaba lavarse; simplemente le divertían los extraños resultados.

—Me estoy volviendo blanco —exclamó.

Apartó la mirada de su cuerpo, ahora que la porquería y la sangre habían salido, y volvió a ver la blanca ciudad que relucía bajo el ardiente sol.

—¡A-lur, Ciudad de la luz! —aulló, y eso le recordó de nuevo Tu-lur, y por el mismo proceso de asociación de ideas que antes se lo había sugerido, recordó que los waz-ho-don le habían tomado por Jad-ben-Otho.

—¡Soy Jad-ben-Otho! —gritó, y entonces bajó los ojos de nuevo a la canoa. Se le ocurrió una nueva idea. Se miró a sí mismo, examinando su cuerpo, y viendo el sucio taparrabo que llevaba, ahora empapado de agua y más andrajoso que antes, se lo arrancó y lo arrojó al lago—. Los dioses no llevan sucios harapos —dijo en voz alta—. No llevan nada más que coronas y guirnaldas de flores, y yo soy un dios; soy Jad-ben-Otho, y me dirijo a mi ciudad santa de A-lur.

Se pasó los dedos por la enmarañada barba. El agua había ablandado los erizos pero no los había hecho caer. El hombre sacudió la cabeza. El

pelo y la barba no armonizaban con sus otros atributos divinos. Ahora empezaba a pensar con más claridad, pues la gran idea se había apoderado de su dispersa mente y se concentró en un solo fin, pero seguía siendo un maníaco. La única diferencia radicaba en que ahora era un maníaco con una idea fija. Salió a la orilla y recogió flores y helechos y los tejió entre su pelo y su barba (vistosas flores de diferentes colores) verdes helechos que le colgaban por las orejas o se elevaban erguidos como las plumas en el sombrero de una dama.

Cuando le pareció que su aspecto causaría en el más indiferente observador la impresión de que era un dios, volvió a la canoa, la empujó desde la orilla y se metió en ella de un salto. El ímpetu le llevó a la comente del río y la corriente le arrastró al lago. El hombre desnudo se mantenía erecto en el centro de la pequeña embarcación, con los brazos cruzados sobre el pecho. Proclamaba a gritos su mensaje a la ciudad:

—¡Soy Jad-ben-Otho! ¡Que el sumo sacerdote y los segundos sacerdotes me atiendan!

Cuando la corriente del río se disipó en las aguas del lago el viento empujó al hombre y su embarcación y los arrastró hacia adelante. A veces se dejaba llevar dando la espalda a A-lur y a veces de cara a ésta, y gritaba su mensaje y sus órdenes. Aún se encontraba en medio del lago cuando alguien le descubrió desde la muralla de palacio y, cuando estuvo más cerca, una multitud de guerreros y mujeres y niños se había congregado para observarle y junto a los muros del templo había muchos sacerdotes y entre ellos Lu-don, el sumo sacerdote. Cuando el barco se hubo acercado lo suficiente para distinguir la extravagante figura que iba de pie en ella y captar el significado de sus palabras, Lu-don entrecerró sus ojos taimados. El sumo sacerdote se había enterado de la huida de Tarzán y temía que si se unía a las fuerzas de Ja-don, como parecía probable, atraería a muchos que aún creerían en él, y, aunque falso, el Dor-ul-Otho en las filas enemigas fácilmente causaría estragos en los planes de Lu-don.

El hombre se estaba acercando. Su canoa pronto sería atrapada en la corriente que discurría cerca de la orilla y hacia el río que vaciaba las aguas del Jad-ben-lul en el Jad-bal-lul. Los segundos sacerdotes miraban a Lu-don aguardando instrucciones.

—¡Traedlo aquí! —ordenó—. Si es Jad-ben-Otho quiero conocerle.

Los sacerdotes acudieron presurosos al recinto de palacio y reunieron guerreros.

—Id, llevad el extranjero a Lu-don. Si es Jad-ben-Otho queremos conocerle.

El teniente Erich Obergatz fue llevado ante el sumo sacerdote de A-lur. Lu-don examinó de cerca al hombre desnudo con aquel fantástico tocado.

—¿De dónde vienes? —preguntó.

—Soy Jad-ben-Otho —gritó el alemán—. Vengo del cielo. ¿Dónde está mi sumo sacerdote?

—Yo soy el sumo sacerdote —respondió Lu-don.

Obergatz batió palmas.

—Que me bañen los pies y me traigan comida —ordenó.

Lu-don entrecerró los ojos hasta que fueron simples ranuras en una expresión de hábil astucia. Hizo una profunda reverencia hasta tocar con la frente los pies del extranjero. Lo hizo ante los ojos de muchos sacerdotes y guerreros de palacio.

—¡Eh, esclavos! —gritó—, id por agua y comida para el Gran Dios —y así el sumo sacerdote reconoció ante su gente la divinidad del teniente Erich Obergatz, y la historia no tardó mucho en correr como la pólvora por todo el palacio, y en la ciudad, y más allá, hasta las más remotas aldeas, y hasta Tu-lur.

El verdadero dios había venido; el propio Jad-ben-Otho, y había abrazado la causa de Lu-don, el sumo sacerdote. Mo-sar no perdió tiempo y se puso enseguida a disposición de Lu-don, sin mencionar sus reclamaciones del trono. La opinión de Mo-sar era que podía considerarse afortunado si se le permitía seguir su pacífica ocupación de la jefatura de Tu-lur, y Mo-sar no se equivocaba en sus deducciones.

Pero Lu-don aún podía utilizarle y por eso le dejó vivir y le envió recado de que fuera a A-lur con todos sus guerreros, pues se rumoreaba que Ja-don estaba reuniendo un gran ejército en el norte y pronto podría marchar sobre la Ciudad de la luz.

Obergatz disfrutaba plenamente de ser un dios. La abundante comida, la paz mental y el descanso le devolvieron en parte la razón que tan rápidamente se le había escapado; pero en un aspecto estaba más loco que nunca, ya que ahora ningún poder en la tierra sería jamás capaz de convencerle de que no era un dios. Pusieron esclavos a su disposición y les dio órdenes al modo de los dioses. La misma porción de su mente, cruel por naturaleza, se encontró en terreno común con la mente de Lu-don, de modo que los dos parecían siempre de acuerdo. El sumo sacerdote veía en

el extranjero una fuerza poderosa a la que aferrar para siempre su poder en todo Pal-ul-don, y el futuro de Obergatz estaba asegurado siempre que interpretara el papel de dios para el sumo sacerdote Lu-don.

Erigieron un trono en el salón del templo principal ante el altar oriental donde Jad-ben-Otho se sentaba en persona y contemplaba los sacrificios que le eran ofrecidos allí cada día al ponerse el sol. Tanto disfrutaba aquella mente cruel y medio enloquecida con estos espectáculos, que en ocasiones incluso insistía en utilizar él mismo el cuchillo del sacrificio, y en tales ocasiones los sacerdotes y el pueblo bajaban el rostro sobrecogidos ante aquella espantosa deidad.

Si bien Obergatz les enseñó a no amar más a su dios, les enseñó a temerle como nunca lo habían hecho antes, de modo que el nombre de Jad-ben-Otho se pronunciaba entre susurros en la ciudad y se hacía obedecer a los niños pequeños simplemente mencionándolo. Lu-don, a través de sus sacerdotes y esclavos, hizo circular el rumor de que Jad-ben-Otho había ordenado a todos sus leales seguidores que se atuvieran a las indicaciones del sumo sacerdote de A-lur y que todos los demás fueran malditos, en especial Ja-don y el impostor que había fingido ser el Dor-ul-Otho. La maldición cobrarla la forma de pronta muerte después de terribles sufrimientos, y Lu-don hizo que se publicara que el nombre de cualquier guerrero que se quejara de dolor debía serle comunicado, pues podría ser considerado sospechoso, ya que los primeros efectos de la maldición darían como resultado ligeros dolores que atacarían a los impíos. Aconsejó a los que sentían dolores que examinaran atentamente su lealtad. El resultado fue notable e inmediato: media nación sin dolor, y voluntarios que acudían en tropel a A-lur a ofrecer sus servicios a Lu-don mientras esperaban en secreto que los leves dolores que habían sentido en un brazo, una pierna o el estómago no se repitieran en forma más grave.

CAPÍTULO XXII

VIAJE EN *GRYF*

TARZÁN y Jane rodearon la orilla del Jad-bal-lul y cruzaron el río en la cabecera del lago. Se movían con un ojo puesto en la comodidad y la seguridad, pues el hombre-mono, ahora que había encontrado a su compañera, estaba decidido a no correr ningún riesgo que pudiera volver a separarles, retrasarles o impedirles huir de Pal-ul-don. Cómo iban a cruzar de nuevo el pantano, era algo que le preocupaba poco por entonces; tendría tiempo suficiente para pensar en ello cuando se acercara el momento. Sus horas estaban llenas de la felicidad y el contento que le producían la reunión con Jane tras la larga separación; tenían mucho de que hablar, pues los dos habían superado muchas pruebas y vicisitudes y extrañas aventuras, y no podían dejar de explicarse ninguna hora importante ocurrida desde que se habían visto por última vez.

La intención de Tarzán era elegir un camino por encima de A-lur y las aldeas dispersas de los ho-don, pasando a medio camino entre éstas y las montañas, evitando así, en la medida de lo posible, a los ho-don y a los waz-don, pues en esta zona se hallaba el territorio neutral habitado por ambos. Así viajaría al noroeste hasta el otro lado del Kor-ul-ja, donde tenía intención de detenerse a saludar a Om-at, darle al *gund* recuerdos de Pan-at-lee y contarle un plan que Tarzán tenía para asegurar el regreso de ésta sana y salva. Era el tercer día de su viaje y casi habían llegado al río que pasa por A-lur, cuando de pronto Jane agarró el brazo de Tarzán y señaló adelante hacia la linde de un bosque al que se acercaban. Bajo las sombras de los árboles se erguía un gran bulto que el hombre-mono reconoció al instante.

—¿Qué es? —preguntó Jane en susurros.

—Un *gryf* —respondió el hombre-mono—, y lo hemos encontrado en el peor sitio posible. No hay ningún árbol grande en medio kilómetro, aparte de esos entre los que está él. Vamos, tenemos que volver atrás, Jane;

no puedo arriesgarme yendo contigo. Lo mejor que podemos hacer es rezar para que no nos descubra.

—¿Y si nos descubre?

—Entonces tendré que arriesgarme. ¿Arriesgarte a qué?

—A la posibilidad de poder subyugarle como hice con uno de los suyos —respondió Tarzán—. Te lo conté, ¿te acuerdas?

—Sí, pero no me imaginaba una criatura tan enorme. John, es grande como un portaaviones. El hombre-mono se rió.

—No tanto, pero admito que cuando embiste parece igual de formidable.

Se alejaban lentamente para no llamar la atención de la bestia.

—Creo que vamos a conseguirlo —susurró la mujer, la voz tensa por la emoción contenida.

Les llegó un rugido bajo como el trueno lejano desde el bosque. Tarzán meneó la cabeza.

—«El gran espectáculo está a punto de empezar en la carpa principal» —citó, sonriendo. De pronto atrajo a la mujer a su pecho y la besó—. Nunca se sabe, Jane —dijo—. Haremos lo que podamos. Dame tu lanza, y… no eches a correr. La única esperanza que tenemos reside más en ese pequeño cerebro que en el nuestro. Si pudiera controlarlo… bueno, veamos.

La bestia había salido del bosque y miraba alrededor con sus ojos débiles, evidentemente buscándoles a ellos. Tarzán alzó la voz en las extrañas notas del grito de los tor-o-don:

—*¡Whee-oo! Whee-oo!*

Por un momento la gran bestia se quedó inmóvil, atraída por la llamada. El hombre-mono avanzó directo hacia él, Jane Clayton a su lado.

—*¡Whee-oo!* —volvió a gritar. Un rugido bajo les llegó procedente del cavernoso pecho del *gryf* en respuesta a la llamada, y la bestia avanzó lentamente hacia ellos.

—¡Bien! —exclamó Tarzán—. Ahora tenemos la fortuna de cara. ¿Puedes conservar la calma?, bueno, no necesito preguntártelo.

—No conozco el miedo cuando estoy con Tarzán de los Monos —respondió ella con voz tierna, y él sintió la presión de sus suaves dedos en su brazo.

Se acercaron al gigantesco monstruo de una época olvidada hasta que se hallaron a la sombra de un inmenso hombro.

—*¡Whee-oo!* —gritó Tarzán, y cogiendo a Jane de la mano le hizo dar la vuelta al monstruo por detrás y subirse a la ancha cola hasta el gran lomo con cuernos—. Ahora cabalgaremos de la forma en que nuestros antepasados hacían, ante la que la pompa de los reyes modernos palidece y se convierte en baratija e insignificancia. ¿Te gustaría pasear por *Hyde Park* en una montura como ésta?

—Me temo que los agentes de policía se quedarían perplejos al ver nuestras costumbres, John —dijo ella, riendo.

Tarzán guió al *gryf* en la dirección en la que deseaban ir. Fuertes pendientes y profundos ríos no resultaban el más mínimo obstáculo para la enorme criatura.

—Es un tanque prehistórico —dijo Jane, y riendo y charlando prosiguieron su viaje.

Una vez se toparon inesperadamente con una docena de guerreros hodon cuando el *gryf* entró en un pequeño claro. Los tipos estaban tumbados a la sombra de un árbol que crecía solitario. Cuando vieron a la bestia se pusieron en pie de un salto con gran consternación, y al oír sus gritos el *gryf* emitió su espantoso bramido y les embistió. Los guerreros huyeron despavoridos en todas direcciones mientras Tarzán trataba de controlar a la bestia pinchándole en el hocico con la lanza.

Finalmente lo logró, justo cuando el *gryf* estaba casi sobre un pobre diablo al que parecía haber elegido como presa especial. Con un rugido de enojo el *gryf* se detuvo y el hombre, echando una única mirada atrás que mostró un rostro blanco de terror, desapareció en la jungla a la que quería llegar.

El hombre-mono rebosaba de alegría. Había dudado de si podría controlar a la bestia si se le metía en la cabeza atacar a una víctima, y había tenido intención de abandonar la idea antes de llegar al kor-ul-ja. Ahora alteró sus planes: cabalgarían hasta la aldea misma de Om-at en el *gryf*, y el kor-ul-ja tendría motivo de conversación durante muchas generaciones venideras. No sólo era el instinto espectacular del hombre-mono lo que le hacía preferir este plan. La seguridad de Jane tenía algo que ver pues sabía que ella se encontraría a salvo de hombre y bestia por igual si se hallaba a lomos de la criatura más formidable de Pal-ul-don.

Mientras avanzaban lentamente en dirección al kor-ul-ja, pues el paso natural del *gryf* está lejos de ser rápido, un puñado de aterrados guerreros llegaron jadeantes a A-lur, difundiendo una extraña historia del Dor-ul-

Otho, sólo que ninguno se atrevía a llamarle el Dor-ul-Otho en voz alta. En cambio, se referían a él como Tarzán-jad-guru y contaron que le habían visto montado en un poderoso *gryf* al lado de la hermosa mujer extranjera a quien Ko-tan habría hecho reina de Pal-ul-don. La historia llegó a oídos de Lu-don, quien hizo que los guerreros fueran llevados a su presencia, y entonces les interrogó hasta que por fin se convenció de que decían la verdad. Cuando le informaron de la dirección en la que viajaban, Lu-don supuso que se dirigían a Ja-lur para unirse a Ja-don, contingencia que él creía debía evitar a toda costa. Como solía hacer ante una emergencia, llamó a consulta a Pan-sat y durante largo rato permanecieron reunidos. Cuando acabaron habían trazado un plan. Pan-sat fue de inmediato a sus aposentos, donde se quitó el tocado y las correas de sacerdote y se puso el arnés y las armas de un guerrero. Luego volvió con Lu-don.

—¡Dios mío! —exclamó este último cuando le vio—. Ni siquiera tus compañeros sacerdotes o los esclavos que te sirven a diario te reconocerían. No pierdas el tiempo, Pan-sat, pues todo depende de la velocidad con que tires y… ¡recuerda! Mata al hombre si puedes; pero en cualquier caso, tráeme a la mujer viva. ¿Comprendes?

—Sí, señor —respondió el sacerdote, y así fue que un guerrero solitario partió de A-lur y emprendió camino hacia el noroeste, hacia Ja-lur.

La garganta que se levanta al lado del Kor-ul-ja está deshabitada, y allí el astuto Ja-don había decidido movilizar a su ejército para su descenso sobre A-lur. Dos consideraciones influyeron en él: una era el hecho de que si podía mantener sus planes secretos al enemigo, tendría la ventaja de atacar por sorpresa a las fuerzas de Lu-don desde una dirección de la que no esperarían ser atacados, y entretanto podría mantener a sus hombres lejos de los chismorreos de las ciudades donde ya circulaban extrañas historias relativas a la llegada de Jad-ben-Ohto en persona para ayudar al sumo sacerdote en su guerra contra Ja-don. Se precisaron corazones duros y otros leales para no hacer caso de las implícitas amenazas de venganza divina que estas historias sugerían. Ya se habían producido algunas deserciones y la causa de Ja-don parecía destinada a la destrucción.

Tal era el estado de las cosas cuando un centinela apostado en el montículo de la boca de la garganta envió recado de que había observado en el valle lo que desde lejos parecía nada menos que dos personas montadas a lomos de un *gryf*. Dijo que sólo les había divisado cuando

pasaban por los espacios abiertos, y parecían viajar río arriba en la dirección al Kor-ul-ja.

Al principio Ja-don se inclinó por dudar de la veracidad de esta información; pero, como todos los buenos generales, no podía permitir que ni siquiera algo visiblemente falso quedara sin ser investigado. Decidió visitar él mismo el montículo y enterarse con detalle de qué era lo que el centinela había observado a través de las deformadas lentes del miedo. Apenas había ocupado su lugar al lado del hombre cuando el tipo le tocó en el brazo y dijo:

—Ahora están más cerca —susurró—, se les puede ver claramente.

Y ya seguro, a menos de doscientos metros, vio Ja-don lo que en su larga experiencia en Pal-ul-don jamás había visto: dos humanos montados en el ancho lomo de un *gryf*. Al principio apenas podía dar crédito a sus propios ojos, pero pronto comprendió que aquellas criaturas no podían ser más que lo que aparentaban, y entonces reconoció al hombre y se puso en pie lanzando un fuerte grito.

—¡Es él! —anunció a los que le rodeaban—. ¡Es el Dor-ul-Otho en persona!

El *gryf* y los que lo montaban oyeron el grito aunque no entendieron las palabras. El primero lanzó un rugido terrorífico y echó a andar en dirección al montículo, y Ja-don, seguido por unos cuantos de sus más intrépidos guerreros, corrió para reunirse con él. Tarzán, poco dispuesto a enzarzarse en una discusión innecesaria, intentó que el animal diera la vuelta, pero como la bestia no era nada tratable, siempre se precisaban unos minutos para que la voluntad de su amo le doblegara; y los dos grupos se hallaban bastante cerca antes de que el hombre-mono lograra impedir la enloquecida embestida de su furiosa montura.

Ja-don y sus guerreros, sin embargo, habían comprendido que esta atronante criatura se dirigía hacia ellos con malas intenciones, y supusieron que lo mejor era encaramarse a los árboles. Bajo esos árboles detuvo por fin Tarzán al *gryf*. Ja-don le llamó desde arriba.

—Somos amigos —gritó—. Soy Ja-don, jefe de Ja-lur. Yo y mis guerreros nos inclinamos a los pies de Dor-ul-Otho y rogamos que nos ayude en nuestra justa lucha contra Lu-don, el sumo sacerdote.

—¿Todavía no le habéis derrotado? —preguntó Tarzán—. Vaya, creía que serías rey de Pal-ul-don mucho antes.

—No —replicó Ja-don—. La gente teme al sumo sacerdote y, ahora

que tiene en el templo a uno que afirma ser Jad-ben-Otho, muchos de mis guerreros tienen miedo. Si supieran que el Dor-ul-Otho ha regresado y que ha bendecido la causa de Ja-don, estoy seguro de que la victoria sería nuestra.

Tarzán pensó durante un largo minuto y luego habló:

—Ja-don fue uno de los pocos que creyeron en mí —dijo, y deseaba darme un tratamiento justo. Estoy en deuda con Ja-don y tengo una cuenta pendiente con Lu-don, no sólo por mi parte, sino principalmente por la de mi compañera. Iré contigo, Ja-don, para castigar a Lu-don como se merece. Dime, jefe, ¿cómo puede el Dor-ul-Otho servir mejor a la gente de su padre?

—Viniendo conmigo a Ja-lur y a las aldeas vecinas —se apresuró a responder Ja-don—, para que la gente vea que en verdad eres el Dor-ul-Otho y que sonríes a la causa de Ja-don.

—¿Crees que creerán más en mí ahora que antes? —preguntó el hombre-mono.

—¿Quién se atrevería a dudar de que quien monta el gran *grYf* es menos que un dios? —replicó el viejo jefe.

—Y si voy contigo a la batalla de A-lur —preguntó Tarzán—, ¿puedes garantizarme la seguridad de mi compañera mientras esté lejos de ella?

—Permanecerá en Ja-lur con la princesa O-lo-a y mis propias mujeres —respondió Ja-don—. Allí estará a salvo, pues dejaré a guerreros de confianza para protegerlas. Di que vendrás, oh Dor-ul-Otho, y mi copa de felicidad estará llena, pues ahora mismo Ta-den, mi hijo, marcha hacia A-lur con una fuerza procedente del noroeste y, si podemos atacar con el Dor-ul-Otho a la cabeza desde el nordeste, nuestras armas saldrán victoriosas.

—Será como tú lo deseas, Ja-don —respondió el hombre-mono—, pero primero debes hacer que traigan carne para mi *gryf*.

—Hay muchas bestias muertas en el campamento, arriba —dijo Ja-don —, pues mis hombres tienen pocas ocupaciones aparte de cazar.

—Bien —exclamó Tarzán—. Que las traigan enseguida.

Y cuando trajeron la comida y la dejaron a cierta distancia, el hombre-mono se deslizó del lomo de su fiera montura y lo alimentó con sus propias manos.

—Procurad que siempre haya mucha carne para él —dijo a Ja-don, pues suponía que su dominio duraría poco si la perversa bestia estaba demasiado hambrienta.

Era ya de mañana cuando pudieron partir para Ja-lur, pero Tarzán encontró al *gryf* tumbado donde le había dejado la noche anterior junto a los cuerpos de dos antílopes y un león; pero ahora sólo estaba el *gryf*.

—Los paleontólogos dicen que era herbívoro —dijo Tarzán cuando se acercaba con Jane a la bestia.

Hicieron el viaje a Ja-lur a través de las aldeas dispersas donde Ja-don esperaba despertar un mayor entusiasmo por su causa. Un grupo de guerreros precedía a Tarzán para que la gente estuviera preparada, no sólo para ver al *gryf* sino para recibir al Dor-ul-Otho como correspondía a su categoría. Los resultados fueron todo lo que Ja-don esperaba, y en ninguna aldea por la que pasaron dudó nadie de la divinidad del hombre-mono.

Cuando se acercaban a Ja-lur un extraño guerrero se unió a ellos, uno a quien ninguno de los que seguían a Ja-don conocía. Dijo que procedía de una de las aldeas situadas al sur y que había sido tratado injustamente por uno de los jefes de Lu-don. Por este motivo había desertado y acudía al norte con la esperanza de encontrar un hogar en Ja-lur. Como toda suma a sus fuerzas era recibida con agrado, el viejo jefe permitió que el extranjero les acompañara, y por eso entró en Ja-lur con ellos.

Surgió entonces la cuestión de qué había que hacer con el *gryf* mientras se hallaran en la ciudad. Tarzán tuvo dificultades para impedir que la bestia salvaje atacara a todos los que se acercaban a ella cuando entraron por primera vez en el campamento de Ja-don, en la garganta deshabitada junto al kor-ul-ja, pero durante la marcha a Ja-lur la criatura había parecido acostumbrarse a la presencia de los ho-don. Estos últimos, sin embargo, no le daban motivos de irritación ya que se mantenían lo más lejos posible de él, y cuando pasaba por las calles de la ciudad era contemplado desde la seguridad de altas ventanas y tejados. Aunque parecía haberse vuelto tratable, no existió mucho entusiasmo para secundar la sugerencia de dejarle suelto por la ciudad. Por fin se sugirió que fuera encerrado en un recinto tapiado dentro del recinto de palacio, y esto fue lo que se hizo. Tarzán le hizo entrar después de que Jane hubiera desmontado. Le arrojaron más carne y lo dejaron solo, pues los sobrecogidos habitantes de palacio ni siquiera se atrevían a encaramarse a las paredes para mirarlo.

Ja-don acompañó a Tarzán y Jane a los aposentos de la princesa O-lo-a quien, en cuanto vio al hombre-mono, se arrojó al suelo y puso la frente sobre sus pies. Pan-at-lee estaba con ella y también pareció alegrarse de ver de nuevo a Tarzán-jad-guru. Cuando descubrieron que Jane era su

compañera la miraron casi con igual sobrecogimiento, ya que incluso los guerreros de Ja-don más escépticos estaban ahora convencidos de que estaban agasajando a un dios y a una diosa en la ciudad de Ja-lur, y que con la ayuda del poder de estos dos, la causa de Ja-don pronto vencería y el viejo hombre león se sentaría en el trono de Pal-ul-don.

Por O-lo-a se enteró Tarzán de que Ta-den había regresado y que iban a unirse en matrimonio con los extraños ritos de su religión y de acuerdo con la costumbre de su pueblo en cuanto Ta-den regresara de la batalla que iba a librarse en A-lur.

Los que iban a participar en la batalla se estaban congregando en la ciudad y se decidió que al día siguiente Ja-don y Tarzán regresaran al cuerpo principal en el campamento escondido y al caer la noche se efectuaría el ataque sobre las fuerzas de Lu-don en A-lur. Se envió recado de esto a Ta-den adonde él esperaba con sus guerreros en el lado norte del Jad-ben-lul, a pocos kilómetros de A-lur.

Para llevar a cabo estos planes era necesario dejar a Jane en el palacio de Ja-don en Ja-lur, pero O-loa y sus mujeres estaban con ella y había muchos guerreros para protegerlas, así que Tarzán se despidió de su compañera sin ninguna aprensión en cuanto a su seguridad, y de nuevo se sentó en el *gryf* y salió de la ciudad con Ja-don y sus guerreros.

En la boca de la garganta el hombre-mono abandonó su enorme montura, ya que había servido para su propósito y ya no le era de ningún valor para su ataque sobre A-lur, que tenía que efectuarse justo antes del amanecer del día siguiente cuando, como no habría sido visto por el enemigo, el efecto de su entrada montado en el *gryf* no habría servido para nada. Un par de fuertes golpes con la lanza hicieron marchar al enorme animal, rugiendo, en dirección al Kor-ul-gryf, y el hombre-mono no lamentaba verlo partir ya que nunca había sabido en qué instante su mal genio e insaciable apetito de carne podía volverse sobre alguno de sus compañeros.

A su llegada a la garganta, se inició la marcha sobre A-lur.

El *gryf* emitió su espantoso bramido y les embistió.

CAPÍTULO XXIII

ATRAPADO VIVO

CUANDO caía la noche un guerrero del palacio de Ja-lur se deslizó al recinto de palacio. Se encaminó hacia donde se alojaban los sacerdotes inferiores. Su presencia no despertó sospechas ya que no era insólito que los guerreros tuvieran asuntos dentro del templo. Al fin llegó a una cámara donde varios sacerdotes estaban congregados tras su comida nocturna. Los ritos y ceremonias del sacrificio habían finalizado y no había nada de naturaleza más religiosa que velar hasta los ritos de la salida del sol.

Ahora el guerrero sabía, como en realidad casi todo Pal-ul-don, que no existía ningún vínculo fuerte entre el templo y el palacio de Ja-lur, y que Ja-don sólo toleraba la presencia de los sacerdotes y permitía sus crueles y horrendos actos porque eran costumbre de los ho-don de Pal-ul-don desde tiempo inmemorial, y temerario sin duda habría sido el hombre que intentara interferir en el trabajo de los sacerdotes o en sus ceremonias. Que Ja-don nunca entraba en el templo era algo conocido por todos, y también que su sumo sacerdote nunca entraba en palacio, pero la gente acudía al templo con sus ofrendas y los sacrificios se hacían noche y día como en cualquier otro templo de Pal-ul-don.

El guerrero sabía estas cosas, las sabía mejor quizá que cualquier otro guerrero. Y así, buscó en el templo la ayuda que necesitaba para llevar a cabo su plan.

Cuando entró en el aposento donde se encontraban los sacerdotes les saludó de la manera habitual en Pal-ul-don, pero al mismo tiempo hizo una señal con el dedo que habría llamado poco la atención, o apenas habría sido captada, por alguien que desconociera su significado. Que en la habitación había algunos que repararon en ella y la interpretaron, pronto se vio por el hecho de que dos sacerdotes se levantaron y se acercaron a él, que se había quedado junto a la puerta, y cada uno de ellos, cuando llegó, devolvió la señal que el guerrero había hecho.

Los tres hablaron un momento y luego el guerrero se volvió y salió del aposento. Un poco más tarde uno de los sacerdotes que había hablado con él también salió y poco después lo hizo el otro.

En el corredor encontraron al guerrero esperando y le condujeron a una pequeña cámara que se abría a un corredor más pequeño, justo detrás de donde se unía con el más grande. Aquí los tres mantuvieron una conversación en susurros durante un rato y luego el guerrero regresó al palacio y los dos sacerdotes a sus aposentos.

Los aposentos de las mujeres del palacio de Ja-lur se hallan en el mismo lado de un largo corredor recto. Cada uno tiene una sola puerta que se abre al corredor y en el extremo opuesto varias ventanas que dan a un jardín. Jane dormía sola en una de estas habitaciones. En cada extremo del corredor había un centinela, y el cuerpo principal de la guardia se encontraba en una habitación cercana a la entrada a los aposentos de las mujeres.

El palacio dormía, pues donde gobernaba Ja-don se retiraban temprano. El *pal-e-don-so* del gran capitán del norte no conocía orgías salvajes como las que resonaban por el palacio del rey de A-lur. Ja-lur era una ciudad tranquila en comparación con la capital, aunque siempre se mantenía una guardia a la entrada de los aposentos de Ja-don y su familia, así como a la puerta que daba al templo y la que se abría a la ciudad.

Esta guardia, sin embargo, era escasa y solía consistir en no más de cinco o seis guerreros, uno de los cuales permanecía despierto mientras los otros dormían. Éstas eran las condiciones cuando dos guerreros, uno a cada extremo del corredor, se presentaron, a los centinelas que vigilaban la seguridad de Jane Clayton y de la princesa O-lo-a, y cada uno de ellos repitió a los centinelas las palabras estereotipadas que anunciaban que eran relevados y que estos otros ocupaban su lugar. Nunca un guerrero es reacio a ser relevado de la obligación de hacer de centinela. Aunque en diferentes circunstancias podría hacer numerosas preguntas, en esa ocasión se siente demasiado satisfecho de escapar a la monotonía de aquella obligación odiada por todos. Así pues, estos dos hombres aceptaron su relevo sin hacer preguntas y se dieron prisa en marcharse.

Un tercer guerrero entró en el corredor y todos los recién llegados se acercaron juntos a la puerta de la compañera del hombre-mono. Y uno era el guerrero extranjero que se había reunido con Ja-don y Tarzán fuera de la ciudad de Ja-lur cuando se aproximó a ella el día anterior; y era el mismo

guerrero que había entrado en el templo una hora antes, pero las caras de sus compañeros no eran conocidas, ni siquiera ellos se conocían entre sí, ya que raras veces un sacerdote se quitaba su tocado en presencia de nadie, ni siquiera sus compañeros.

En silencio, levantaron las colgaduras que ocultaban el interior de la habitación de la vista de los que pasaban por el corredor y entraron con sigilo. Sobre un montón de pieles, en un rincón al fondo, yacía dormida lady Greystoke. Los pies descalzos de los intrusos no hicieron ningún ruido al aproximarse a ella. Un rayo de luz de la luna que penetraba por una ventana cercana a su diván la iluminaba de lleno, revelando la hermosa silueta de un brazo y un hombro con gran claridad sobre el fondo oscuro de la piel sobre la que dormía, y el perfecto perfil que estaba vuelto hacia los tres intrusos.

Pero ni la belleza ni la indefensión de la mujer dormida despertaron sentimientos de pasión o misericordia como ocurriría con cualquier hombre normal. Para los tres sacerdotes, ella no era más que un montón de barro, y tampoco podían concebir la pasión que incitaba a los hombres a intrigar y asesinar para poseer a aquella guapa norteamericana, y que incluso en aquellos momentos estaba influyendo en el destino del pal-ul-don desconocido.

En el suelo de la cámara había numerosos pellejos, y cuando el cabecilla del trío estuvo cerca de la mujer dormida se detuvo y recogió uno de los más pequeños. Se quedó de pie cerca de la cabeza de la mujer y mantuvo la alfombra extendida por encima de su cara.

—Ahora —ordenó en un susurro, y al mismo tiempo que él arrojaba la alfombra sobre la cabeza de la mujer, sus dos compañeros se abalanzaron sobre ella, agarrándole los brazos e inmovilizándole el cuerpo mientras el cabecilla ahogaba sus gritos con el pellejo. Rápidamente y en silencio le ataron las muñecas y le taparon la boca, y durante el breve período de tiempo preciso para su trabajo no hicieron ruido alguno que pudieran oír los ocupantes de los aposentos contiguos.

Obligándola a ponerse en pie la empujaron hacia una ventana, pero ella se negó a caminar y se arrojó al suelo. Ellos estaban muy enfadados y habrían recurrido a crueldades para obligarla a obedecerles pero no se atrevieron, pues la ira de Lu-don podía caer pesadamente sobre quienquiera que mutilara a su preciado trofeo.

Se vieron obligados a levantarla y a cargar con su cuerpo. La tarea no

era fácil, ya que la cautiva daba patadas y forcejeaba lo mejor que podía, entorpeciendo en lo posible su trabajo. Pero por fin lograron hacerla pasar por la ventana que daba al jardín, más allá de donde uno de los dos sacerdotes del templo de Ja-lur dirigió sus pasos hacia una pequeña puerta con barrotes, en la pared sur del recinto.

Inmediatamente detrás de ésta, un tramo de escaleras de piedra bajaba hacia el río, y al pie de la escalera estaban amarradas varias canoas. Realmente, Pan-sat había tenido suerte al pedir ayuda a los que conocían tan bien el templo y el palacio, de lo contrario jamás habrían escapado de Ja-lur con su cautiva. Dejaron a la mujer en el fondo de una canoa ligera y Pan-sat entró en ella y cogió el remo. Sus compañeros desataron los amarres y empujaron la pequeña embarcación hacia la corriente del río. Finalizado su trabajo traidor, se dieron la vuelta y regresaron hacia el templo, mientras Pan-sat, remando con fuerza con la corriente, avanzaba rápidamente por el río que le llevaría al Jad-ben-lul y a A-lur.

La luna se había puesto y el horizonte oriental aún no insinuaba que se acercaba el día, cuando una larga fila de guerreros que serpenteaba con sigilo a través de la oscuridad entraron en la ciudad de A-lur. Sus planes estaban trazados y no parecía probable que se estropearan. Habían enviado un mensajero a Ta-den, cuyas fuerzas se hallaban al noroeste de la ciudad. Tarzán, con un pequeño contingente, tenía que entrar en el templo por el pasadizo secreto, cuya ubicación sólo él conocía, mientras Ja-don, con el mayor contingente de guerreros, tenía que atacar las puertas de palacio.

El hombre-mono, acaudillando su pequeña banda, avanzó con sigilo por los sinuosos callejones de A-lur y llegó sin ser descubierto al edificio que escondía la entrada al pasadizo secreto. Este lugar gozaba de la mejor protección porque su existencia era desconocida a los que no eran sacerdotes, y no había centinelas en él. Para facilitar el paso de su pequeña compañía a través del estrecho túnel, tortuoso e irregular, Tarzán encendió una antorcha que había traído con este fin, y precediendo a sus guerreros, abrió la marcha hacia el templo.

El hombre-mono sabía bien que tendría un éxito mayor si llegaba a las cámaras interiores del templo con su pequeña banda de guerreros escogidos, ya que un ataque en este punto sembraría la confusión y provocaría la consternación a los sacerdotes que fácilmente serían vencidos, y permitiría a Tarzán atacar a las fuerzas de palacio de la parte trasera al mismo tiempo que Ja-don se ocupaba de ellos ante las puertas de

palacio, mientras Ta-den y sus fuerzas acudían en tropel a las murallas del norte. Ja-don concedía un gran valor al efecto moral de la misteriosa aparición del Dor-ul-Otho en el corazón del templo, y había instado a Tarzán a que aprovechara todo lo que pudiera la creencia del viejo jefe de que muchos de los guerreros de Lu-don aún vacilaban en su lealtad entre el sumo sacerdote y el Dor-ul-Otho, adhiriéndose al primero más por el miedo que engendraba en el corazón de sus seguidores que por ningún amor o lealtad que pudieran sentir hacia él.

Existe un proverbio pal-ul-doniano que declara una verdad similar a la que contiene el viejo adagio escocés que dice: *The best laid schemes o' mice and men gang aft a gley*. En traducción libre podría ser: «El que sigue el buen camino llega a veces a un destino equivocado», y éste, aparentemente, era el sino en los pasos del gran capitán del norte y su aliado divino.

Tarzán, más familiarizado con las sinuosidades de los corredores que sus compañeros, y con la ventaja de disponer de la luz completa de la antorcha (que a lo sumo no era más que algo débil y vacilante), iba un poco más adelante que los demás, y en su ansiedad por encontrarse con el enemigo pensó poco en los que tenían que apoyarle. No es esto extraño, ya que desde su infancia el hombre-mono estaba acostumbrado a pelear solo, de modo que para él depender únicamente de su astucia y habilidad era lo habitual.

Y así fue que llegó al corredor superior que comunicaba con las cámaras de Lu-don y los sacerdotes inferiores mucho antes que sus guerreros. Cuando entró en este corredor con los fanales de débil y vacilante luz, vio frente a él a un guerrero que medio acarreaba y medio arrastraba la figura de una mujer. Tarzán reconoció al instante a la cautiva amordazada y atada a quien creía a salvo en el palacio de Ja-don en Ja-lur.

El guerrero con la mujer había visto a Tarzán al mismo tiempo que éste le había descubierto a él. Oyó con pavor el gruñido bajo, como de bestia, que brotó de los labios del hombre-mono cuando dio un salto hacia adelante para arrancar a su compañera de los brazos de su captor e infligir sobre éste la venganza que anidaba en el corazón salvaje del tarmangani. Al otro lado del corredor donde estaba Pan-sat había la entrada a una cámara más pequeña. Hacia ésta saltó llevándose consigo a la mujer.

Muy de cerca le siguió Tarzán de los Monos. Había dejado a un lado su antorcha y empuñaba el largo cuchillo que perteneció a su padre. Con la

impetuosidad de un toro al atacar se precipitó en la cámara en persecución de Pan-sat para encontrarse, cuando las colgaduras cayeron tras él, en la más absoluta oscuridad. Casi de inmediato se oyó un estrépito de piedra sobre piedra ante él seguido un instante después por un estrépito parecido detrás. No fue necesaria mayor evidencia para anunciar al hombre-mono que volvía a estar prisionero en el templo de Lu-don.

Se quedó absolutamente inmóvil donde se había parado al oír el primer ruido de la piedra que descendía. No volvería a ser arrojado fácilmente al foso del *gryf*, ni a ningún peligro similar, como ocurrió cuando Lu-don le atrapó en el templo del *Gryf*. Allí de pie, mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, se dio cuenta de que en la cámara penetraba una débil luz a través de alguna abertura, aunque tardó varios minutos en descubrir su origen. En el techo de la cámara distinguió por fin una pequeña abertura, posiblemente de unos noventa centímetros de diámetro, y a través de ésta lo que realmente era tan sólo una menor oscuridad y no verdadera luz penetraba en la absoluta negrura de la cámara en la que se hallaba prisionero.

Desde que las puertas cayeron no llegó ningún ruido, aunque su sensible oído estaba constantemente aguzado en un esfuerzo por descubrir una pista de la dirección tomada por el secuestrador de su compañera. Entonces distinguió los contornos de su celda. Era una habitación pequeña, de no más de cuatro metros y medio de largo. Puesto a cuatro patas, con la mayor precaución, examinó toda la superficie del suelo. En el centro exacto, directamente bajo la abertura del techo, había una trampilla, pero por lo demás el suelo era sólido. Sabiendo esto sólo era necesario evitar este punto (en lo que se refería al suelo). Las paredes recibieron entonces su atención. Sólo había dos aberturas. Una era la puerta por la que había entrado, y en el lado opuesto estaba aquella por la que el guerrero se había llevado a Jane Clayton. Ambas estaban cerradas por las losas de piedra que el guerrero había soltado al huir.

Lu-don, el sumo sacerdote, se pasó la lengua por sus finos labios y se frotó las manos blancas y huesudas en gesto de satisfacción cuando Pan-sat llevó a Jane Clayton a su presencia y la dejó en el suelo de la cámara ante él.

—¡Bien, Pan-sat! —exclamó—. Serás recompensado por este servicio. Ahora, si tuviéramos al falso Dor-ul-Otho en nuestro poder todo Pal-ul-don

se rendiría a nuestros pies.

—Señor, lo tengo —declaró Pan-sat.

—¿Qué? —exclamó Lu-don—. ¿Tienes a Tarzán-jad-guru? ¿Quizá le has matado? Dime, mi querido Pan-sat, dímelo enseguida. Ardo en deseos de saberlo.

—Lo he atrapado vivo, Lu-don, mi señor —respondió Pan-sat—. Está en la pequeña cámara que los antiguos construyeron para atrapar a los que eran demasiado poderosos para cogerlos vivos en un encuentro cara a cara.

—Has hecho bien, Pan-sat, yo…

Un sacerdote asustado irrumpió en el aposento.

—Rápido, señor, rápido —exclamó—, los corredores están llenos de guerreros de Ja-don.

—Estás loco —replicó el sumo sacerdote—. Mis guerreros guardan el palacio y el templo.

—Digo la verdad, señor —insistió el sacerdote—, hay guerreros en el corredor viniendo hacia este aposento, y proceden de la dirección del pasadizo secreto que llega aquí desde la ciudad.

—Es posible que sea como dice —intervino Pan-sat. Tarzán-jad-guru venía de esa dirección cuando le he descubierto y atrapado. Conducía a sus guerreros al interior del templo.

Lu-don se dirigió apresuradamente hacia la puerta y miró en el corredor. Vio enseguida que los temores del asustado sacerdote eran fundados. Una docena de guerreros avanzaban por el corredor hacia él pero parecían confusos y desorientados. El sumo sacerdote adivinó que, privados del liderazgo de Tarzán, estaban poco menos que perdidos en el desconocido laberinto subterráneo del templo.

Entró de nuevo en su aposento y asió una correa de cuero que pendía del techo. Tiró de ella con fuerza y en el templo resonaron los tonos profundos de un gong de metal. Cinco veces resonaron las estruendosas notas por los corredores; luego se volvió hacia los dos sacerdotes.

—Coged a la mujer y seguidme —ordenó.

Cruzaron la cámara y pasó por una pequeña puerta; los otros sacerdotes levantaron a Jane Clayton del suelo y le siguieron. Pasaron por un estrecho corredor y subieron un tramo de escaleras; luego torcieron a la derecha y a la izquierda y volvieron sobre sus pasos por un laberinto de pasadizos sinuosos que terminaban en una escalera de caracol que daba a la superficie del suelo en el más grande de los patios interiores de los altares junto al

altar oriental.

Procedentes de todas direcciones, de los corredores de abajo y del piso de arriba, llegaba el ruido de pasos apresurados. Los cinco golpes del gran gong habían convocado a los leales a la defensa de Lu-don en sus cámaras privadas. Los sacerdotes que conocían el camino guiaban a los guerreros menos familiarizados con él al lugar, y después, los compañeros de Tarzán se encontraron, no sólo sin jefe, sino frente a una fuerza ampliamente superior. Eran hombres valientes pero, dadas las circunstancias, se encontraban indefensos y por eso se retiraron por donde habían venido; y cuando llegaron a los estrechos confines del pasadizo más pequeño se sintieron seguros, ya que sólo podía atacarles de uno en uno. Pero sus planes se vieron frustrados, y posiblemente también perdida su causa; tan seguro estaba Ja-don del éxito de su aventura.

Al oír el estruendo del gong del templo, Ja-don supuso que Tarzán y su grupo habían dado el golpe inicial y lanzó su ataque a la puerta de palacio. A los oídos de Lu-don, en el patio interior del templo, llegaron los salvajes gritos de guerra que anunciaban el inicio de la batalla. Dejó a Pan-sat y al otro sacerdote para vigilar a la mujer y se precipitó hacia palacio para dirigir personalmente a su fuerza. Cuando cruzó el recinto de palacio envió un mensajero a enterarse del resultado de la pelea originada en los corredores de abajo, y otros mensajeros a difundir la noticia entre sus seguidores de que el falso Dor-ul-Otho se hallaba prisionero en el templo.

Cuando el estrépito de la batalla se extendió por A-lur, el teniente Erich Obergatz se volvió en su lecho de suaves pieles y se incorporó. Se frotó los ojos y miró alrededor. Fuera aún era de noche.

—Soy Jad-ben-Otho —gritó—, ¿quién se atreve a perturbar mi sueño?

Una esclava que estaba en cuclillas al pie de su diván se estremeció y acercó la frente al suelo.

—Debe de ser que ha llegado el enemigo, oh Jad-ben-Otho.

Habló de un modo tranquilizador pues conocía bien los terroríficos ataques de locura del Gran Dios, aparentemente injustificado.

De pronto irrumpió en la estancia un sacerdote, que se puso a cuatro patas y frotó su frente contra el suelo de piedra.

—Oh Jad-ben-Otho —exclamó—, los guerreros de Ja-don han atacado el palacio y el templo. Ahora mismo están peleando en los corredores cerca de los aposentos de Lu-don, y el sumo sacerdote te ruega que vayas a palacio y alientes con tu presencia a los leales guerreros.

Obergatz se puso en pie de un salto.

—Soy Jad-ben-Otho —gritó—. Con el rayo destruiré a los blasfemos que osan atacar la ciudad santa de A-lur.

Por un momento se paseó sin rumbo y como un loco por la habitación, mientras el sacerdote y la esclava permanecían con las rodillas, manos y frente en el suelo.

—Vamos —gritó Obergatz, propinando una perversa patada en el costado a la esclava—. ¡Vamos! ¿Esperaréis aquí todo el día mientras las fuerzas de las tinieblas se apoderan de la Ciudad de la luz?

Terriblemente asustados, como todos los que se veían obligados a servir al Gran Dios, los dos se levantaron y siguieron a Obergatz hacia palacio.

Por encima del clamor de los guerreros se oía constantemente a los sacerdotes del templo gritar:

—Jad-ben-Otho está aquí y el falso Dor-ul-Otho está prisionero en el templo.

Los persistentes gritos llegaron incluso a oídos del enemigo, como pretendían que ocurriera.

CAPÍTULO XIV

EL MENSAJERO DE LA MUERTE

EL SOL se elevó para ver las fuerzas de Ja-don aún retenidas ante la puerta de palacio. El viejo guerrero se había apoderado de la alta estructura que se erguía justo detrás de palacio y en la cima mantenía apostado a un guerrero para vigilar la pared norte de palacio donde Ta-den iba a efectuar su ataque; pero a medida que los minutos se convertían en horas no aparecía señal alguna de la otra fuerza, y ahora, a plena luz del nuevo sol, sobre el tejado de uno de los edificios de palacio aparecieron Lu-don, el sumo sacerdote, Mo-sar, el pretendiente al trono, y la extraña figura de un hombre desnudo, cuyos largos cabellos y barba estaban trenzados con helechos y flores frescas. Detrás de ellos había una veintena de sacerdotes inferiores que entonaban al unísono:

—Éste es Jad-ben-Otho. Dejad las armas y rendíos.

Lo repitieron una y otra vez, alternando estas frases con el grito:

—¡El falso Dor-ul-Otho es nuestro prisionero!

En uno de estos intervalos de calma, comunes en las batallas entre fuerzas provistas sólo de armas que requieren un gran esfuerzo físico para su uso, de pronto se alzó una voz entre los seguidores de Ja-don:

—Mostradnos al Dor-ul-Otho. ¡No te creemos!

—Espera —gritó Lu-don—. Si no os lo muestro antes de que el sol haya recorrido su propia anchura, las puertas de palacio se abrirán para vosotros y mis guerreros entregarán las armas.

Se volvió a uno de sus sacerdotes e impartió breves instrucciones.

El hombre-mono paseaba en los confines de su pequeña celda. Se reprochaba amargamente la estupidez que le había conducido a esta trampa, y sin embargo ¿era estupidez? ¿Qué otra cosa habría hecho cualquiera sino abalanzarse sobre el secuestrador de su compañera? Se preguntó cómo la habrían raptado de Ja-lur y entonces, de pronto, acudieron a su mente las

facciones del guerrero a quien acababa de ver con ella. Le resultaban extrañamente familiares. Se estrujó el cerebro para recordar dónde había visto antes a aquel hombre y por fin lo recordó. Era el extraño guerrero que se unió a las fuerzas de Ja-don fuera de Ja-lur el día en que Tarzán cabalgó a lomos del gran *gryf* desde la garganta deshabitada junto al kor-ul-ja hasta la principal ciudad de la jefatura del norte. Pero ¿quién podía ser aquel hombre? Tarzán sabía que nunca le había visto.

Entonces oyó el estruendo de un gong procedente del corredor de fuera y, muy débilmente, el ruido de pasos apresurados y gritos. Supuso que sus guerreros habían sido descubiertos y se estaba produciendo una pelea. Se impacientó y se irritó por el azar que le había negado participar en ella.

Una y otra vez probó con las puertas de su prisión y la trampilla em el centro del suelo, pero ninguna respondió a sus ímprobos esfuerzos. Forzó su mirada hacia la abertura superior pero no pudo ver nada, y entonces continuó con sus inútiles paseos de acá para allá, como un león enjaulado. [3]

Los minutos transcurrieron lentamente y se convirtieron en horas. Le llegaron débiles sonidos como de hombres gritando a gran distancia. Se estaba desarrollando la batalla. Se preguntó si Ja-don saldría vencedor y, en ese caso, ¿le descubrirían sus amigos en esta cámara secreta en las entrañas de la colina? Lo dudaba.

Volvió a mirar hacia la abertura del techo y le pareció que había algo colgando del centro. Se acercó un poco y aguzó la vista. Sí, allí había algo. Daba la impresión de ser una cuerda. Tarzán se preguntó si había estado allí todo el rato. Debía de ser así, razonó, ya que no había oído ningún ruido procedente de arriba y estaba tan oscuro allí dentro que fácilmente podía haberlo pasado por alto.

Acercó la mano. El extremo se hallaba justo a su alcance. Se colgó de ella para saber si aguantaría su peso. Luego la soltó y retrocedió, sin dejar de observar la cuerda, como hacen los animales tras investigar algún objeto desconocido, una de las pequeñas características que diferenciaba a Tarzán de los otros hombres y que acentuaba su similitud con las bestias salvajes de su jungla nativa. Una y otra vez tocó y probó la cuerda de cuero trenzado, y cada vez escuchó por si oía algún ruido arriba.

Tuvo mucho cuidado de no pisar la trampilla en ningún momento, y cuando por fin se colgó con todo su peso de la cuerda y separó los pies del suelo, los mantuvo separados para que si se caía lo hiciera a horcajadas de

la trampilla. La cuerda le sostuvo. Arriba no se oía nada, ni tampoco debajo de la trampilla.

Muy despacio y con gran cautela se impulsó hacia arriba trepando por la cuerda. Cada vez estaba más cerca del techo. En un momento sus ojos estarían por encima del nivel del suelo del piso superior. Ya sus brazos extendidos se introducían en la cámara superior cuando de pronto algo se cerró sobre sus antebrazos, inmovilizándole con fuerza y dejándole colgado en el aire, incapaz de avanzar o de retroceder.

Inmediatamente apareció una luz en la habitación de arriba y entonces vio la espantosa máscara de un sacerdote que le miraba a través de ella. El sacerdote llevaba en las manos unas correas de cuero y ató con ellas las muñecas y los antebrazos de Tarzán hasta que estuvieron completamente atados desde los codos hasta casi los dedos. Detrás del sacerdote Tarzán vio entonces a otros, y pronto varios de ellos le agarraron y le hicieron salir por el agujero.

Casi en el instante en que sus ojos se encontraron por encima del nivel del suelo comprendió cómo le habían atrapado. Había dos nudos corredizos alrededor de la abertura que daba a la celda de abajo. En el extremo de cada una de estas cuerdas, en lados opuestos de la cámara, esperaba un sacerdote. Cuando hubo trepado a suficiente altura y sus brazos estuvieron dentro de los lazos, los dos sacerdotes tiraron deprisa de sus cuerdas y le hicieron cautivo fácilmente, sin darle oportunidad de defenderse o causar algún daño a sus capturadores.

Le ataron las piernas de los tobillos a las rodillas, le levantaron del suelo y le sacaron de la cámara. No le dijeron una sola palabra mientras lo llevaban al patio del templo.

El fragor de la batalla se había reanudado, pues Ja-don animaba a sus guerreros a renovar sus esfuerzos. Ta-den no había llegado y las fuerzas del viejo jefe ponían de manifiesto en sus menores esfuerzos su creciente desmoralización, y entonces fue cuando los sacerdotes llevaron a Tarzán-jad-guru al tejado del palacio y le exhibieron a la vista de los guerreros de ambas facciones.

—Aquí está el falso Dor-ul-Otho —gritó Lu-don.

Obergatz, cuya mente destrozada no había comprendido plenamente el significado de lo que estaba ocurriendo, echó una mirada indiferente al prisionero atado e indefenso, y cuando sus ojos se toparon con las nobles facciones del hombre-mono, se abrieron de par en par a causa del asombro

y el miedo, y su semblante pálido se volvió de un azul enfermizo. Una sola vez había visto a Tarzán de los Monos, pero muchas veces había soñado que le veía, y siempre el gigantesco hombre-mono se vengaba de las atrocidades que habían cometido con él y los suyos las despiadadas manos de los tres oficiales alemanes que dirigieron las tropas nativas en el saqueo del pacífico hogar de Tarzán. El capitán Fritz Schneider había pagado el castigo de sus innecesarias crueldades; el subteniente Von Goss también lo había pagado; y ahora Obergatz, el último de los tres, se hallaba cara a cara con la *Némesis* que le había perseguido en sueños durante largos y extenuantes meses. Que estuviera atado e indefenso no disminuía el terror del alemán; parecía no comprender que el hombre no podía hacerle ningún daño. Se quedó de pie, encogiéndose de miedo, y Lu-don lo vio y le llenó de aprensión el que los otros le vieran y al verlo comprendieran que este idiota bigotudo no era ningún dios, y que de los dos Tarzán-jad-guru era el que ofrecía una figura menos divina. El sumo sacerdote ya notaba que algunos de los guerreros de palacio que se hallaban cerca susurraban entre sí y señalaban. Se acercó un poco a Obergatz.

—¡Tú eres Jad-ben-Otho —le dijo en un susurro—, denúnciale!

El alemán se estremeció. La mente se le quedó en blanco salvo por este gran terror y las palabras del sumo sacerdote le dieron la llave de la seguridad.

—¡Soy Jad-ben-Otho! —gritó.

Tarzán le miró a los ojos.

—Eres el teniente Obergatz del ejército alemán —dijo en excelente alemán—. Eres el último de los tres a los que tanto tiempo llevo buscando y en tu pútrido corazón sabes que Dios no nos ha reunido por fin para nada.

La mente del teniente Obergatz por fin funcionaba clara y rápidamente. También él vio la expresión interrogadora en los rostros de algunos de los que les rodeaban. Vio a los guerreros de ambas ciudades de pie junto a la puerta, inactivos; todos los ojos fijos en él y en la figura inmovilizada del hombre-mono. Se dio cuenta de que la indecisión ahora significaba la ruina, y la ruina, la muerte. Alzó la voz hasta un tono agudo y ladrador, típico de un oficial prusiano tan diferente de sus anteriores gritos maníacos, lo que llamó la atención de todos los oídos y provocó una expresión de asombro en el rostro astuto de Lu-don.

—Soy Jad-ben-Otho —espetó Obergatz—. Esta criatura no es hijo mío. Como lección para todos los blasfemos, morirá en el altar a manos del dios

al que ha profanado. Apartadlo de mi vista, y cuando el sol se halle en el cenit dejad que los fieles se congreguen en el templo y sean testigos de la ira de esta mano divina —y mantuvo en alto la mano derecha.

Los que habían traído a Tarzán se lo llevaron como Obergatz había ordenado, y el alemán se volvió una vez más a los guerreros situados junto a la puerta.

—Arrojad vuestras armas, guerreros de Ja-don —gritó—, o dejaré caer mis rayos para que os destruyan ahí donde estéis. Los que hagan lo que les pido serán perdonados. ¡Vamos! ¡Arrojad las armas!

Los guerreros de Ja-don se rebulleron inquietos, lanzando miradas suplicantes a su jefe y de aprensión hacia las figuras situadas sobre el tejado de palacio. Ja-don se adelantó entre sus hombres.

—Que los cobardes y los bellacos arrojen sus armas y entren en palacio —gritó—, pero jamás Ja-don y los guerreros de Ja-lur bajarán la frente a los pies de Lu-don y su falso dios. Decidid ahora —instó a sus seguidores.

Unos cuantos arrojaron sus armas y con expresión sumisa cruzaron la puerta para entrar en palacio, y animados por el ejemplo de éstos, otros se unieron a la deserción del viejo jefe del norte, pero la mayoría de sus guerreros permanecieron fieles a su alrededor, y cuando el último cobarde hubo dejado sus filas, Ja-don emitió el grito salvaje con que incitaba a sus seguidores al ataque; una vez más la batalla estalló cerca de la puerta de palacio.

A veces las fuerzas de Ja-don empujaban a los defensores hacia el interior del recinto de palacio y luego la ola de combatientes retrocedía y franqueaba de nuevo la puerta hacia la ciudad. Y aun así Ta-den y los refuerzos no llegaban. Se estaba acercando el mediodía. Lu-don había reunido dentro del templo a todos los hombres disponibles que no eran necesarios para la defensa de la puerta y los envió, acaudillados por Pan-sat, a la ciudad por el pasadizo secreto, y allí cayeron sobre las fuerzas de Ja-don por la retaguardia mientras los que estaban en la puerta los machacaban por la parte delantera.

Atacado por dos lados por una fuerza ampliamente superior, el resultado era inevitable, y por fin lo que quedaba del pequeño ejército de Ja-don capituló y el viejo jefe fue hecho prisionero ante Lu-don.

—Llevadle al patio del templo —ordenó el sumo sacerdote—. Presenciará la muerte de su cómplice y quizá Jad-ben-Otho emita una sentencia similar para él también.

El patio interior del templo estaba abarrotado de gente. A ambos lados del altar occidental se encontraban Tarzán y su compañera, atados e indefensos. Los ruidos de la batalla habían cesado y el hombre-mono vio cómo conducían a Ja-don al patio interior, las muñecas atadas con fuerza. Tarzán volvió sus ojos a Jane e hizo una seña afirmativa en dirección a Ja-don.

—Parece que esto es el fin —dijo con voz suave—. Él era nuestra última y única esperanza.

—Al fin nos hemos encontrado tú y yo, John —replicó ella—, y hemos pasado juntos nuestros últimos días. Mi última plegaria ahora es que si se te llevan a ti no me dejen a mí.

Tarzán no respondió a esto pues su corazón albergaba el mismo amargo pensamiento: no el miedo de que le mataran a él sino de que no la mataran a ella. El hombre-mono forcejeó con sus ataduras, pero eran demasiadas y demasiado fuertes. Un sacerdote que estaba cerca de él lo vio y con una estridente carcajada pegó al indefenso hombre-mono en la cara.

—¡Bruto! —exclamó Jane Clayton.

Tarzán sonrió.

—No es la primera vez que me golpean así, Jane —dijo—, y siempre el que me ha golpeado ha muerto.

—¿Aún tienes esperanzas? —preguntó.

—Aún estoy vivo —dijo como si eso fuera respuesta suficiente.

Ella era una mujer y no tenía el valor de este hombre que no conocía el miedo. En el fondo de su corazón sabía que él moriría en el altar a mediodía, pues él le había comunicado, ya en el patio interior, la sentencia de muerte que Obergatz había emitido contra él, y también sabía que Tarzán sabía que él moriría, pero que era demasiado valiente para admitirlo incluso ante sí mismo. Cuando le vio allí de pie, tan erguido, maravilloso y valiente entre sus salvajes capturadores, el corazón de la mujer protestó por la crueldad del destino. Parecía un error muy grande y espantoso que aquella magnífica criatura, ahora tan exuberante de vida, fuerza y determinación, tuviera que convertirse en nada más que un montón de huesos ensangrentados; y todo tan inútilmente. De buena gana habría ofrecido su vida por la de él, pero sabía que sería una pérdida de tiempo, puesto que sus capturadores no les infligirían lo que tenían planeado: para él la muerte; para ella… se estremeció al pensarlo.

Y entonces llegaron Lu-don y Obergatz desnudo, y el sumo sacerdote

condujo al alemán a su sitio detrás del altar, quedándose él de pie a su izquierda. Lu-don susurró una palabra a Obergatz, al tiempo que hacía un gesto de asentimiento en dirección a Ja-don. El teutón lanzó una mirada ceñuda al viejo guerrero.

—Y después del falso dios —grito—, el falso profeta —y señaló con un dedo acusador a Ja-don. Luego sus ojos se posaron en Jane Clayton.

—¿Y la mujer también? —preguntó Lu-don.

—El caso de la mujer lo atenderé más tarde —respondió Obergatz—. Hablaré con ella esta noche, cuando haya meditado sobre las consecuencias que puede tener el despertar la ira de Jad-ben-Otho.

Elevó los ojos hacia el sol.

—Se acerca el momento —dijo dirigiéndose a Lu-don—. Prepara el sacrificio.

Lu-don hizo una seña afirmativa a los sacerdotes que estaban reunidos en torno a Tarzán. Cogieron al hombre-mono y lo levantaron hasta el altar donde le dejaron de espaldas con la cabeza en el extremo sur del monolito, pero a poca distancia de donde se encontraba Jane Clayton. Impulsivamente, y antes de que pudieran contenerla, la mujer se abalanzó hacia él e inclinándose rápidamente besó a su compañero en la frente.

—Adiós, John —susurró.

—Adiós —respondió él, sonriendo.

Los sacerdotes la agarraron y se la llevaron a rastras. Lu-don entregó el cuchillo del sacrificio a Obergatz.

—Soy el Gran Dios —gritó el alemán—. ¡Que la ira divina caiga sobre todos mis enemigos!

Alzó los ojos al sol y luego levantó el cuchillo por encima de su cabeza.

—¡Así mueren los blasfemos! —gritó, y en el mismo instante sonó una nota aguda por encima de la silenciosa multitud hechizada. Se oyó un estridente silbido en el aire y Jad-ben-Otho se derrumbó sobre el cuerpo de su pretendida víctima. Volvió a oírse el mismo ruido alarmante y Lu-don cayó, un tercero y Mo-sar se desplomó al suelo. Los guerreros y la gente localizaron la dirección de este sonido nuevo y desconocido, y se volvieron hacia el extremo occidental del patio. En lo alto de la pared del templo vieron dos figuras: un guerrero ho-don y a su lado una criatura semidesnuda de la raza de Tarzán-jad-guru, que llevaba en bandolera y alrededor de la cintura unas extrañas correas anchas llenas de bonitos cilindros que relucían bajo el sol de mediodía, y en sus manos tenía una

cosa de madera y metal de cuyo extremo surgía un fino reguero de humo gris azulado.

La voz del guerrero ho-don resonó con claridad a los oídos de la silenciosa multitud.

—Así habla el verdadero Jad-ben-Otho —gritó—, a través de su Mensajero de la Muerte. Desatad a los prisioneros. Desatad al Dor-ul-Otho y a Ja-don, rey de Pal-ul-don, y a la mujer que es la compañera del hijo de dios.

Pan-sat, con el frenesí del fanatismo, vio el poder y la gloria del régimen al que había servido derrumbado y desaparecido. A uno solo atribuía la culpa del desastre que acababa de abrumarle. Era la criatura que yacía sobre el altar del sacrificio quien había llevado a Lu-don a la muerte y desmoronado los sueños de poder que día a día habían ido minando el cerebro del segundo sacerdote. El cuchillo del sacrificio se encontraba sobre el altar donde había caído de la mano muerta de Obergatz. Pan-sat se acercó con sigilo y entonces se abalanzó de repente y cogió el mango del cuchillo, y en el momento mismo en que sus dedos quedaban suspendidos en el aire, la extraña cosa en manos de la criatura extranjera encaramada al muro del templo exhaló su estridente palabra aciaga y Pan-sat, el segundo sacerdote, lanzando un grito, cayó de espaldas sobre el cuerpo muerto de su señor.

—Apresad a todos los sacerdotes —ordenó Ta-den a los guerreros— y que ninguno vacile o el mensajero de Jad-ben-Otho enviará más rayos.

Los guerreros y la gente presenciaban una exhibición de poder divino que habría convencido al menos supersticioso y más iluminado, y como la mayoría de ellos últimamente había vacilado entre el Jad-ben-Otho de Lu-don y el Do-ul-Otho de Ja-don, no les resultó difícil volverse rápidamente a este último, en especial en vista del argumento incontestable en poder de aquel a quien Ta-den había descrito como el mensajero del Gran Dios.

Los guerreros se lanzaron al frente con la mayor prontitud y rodearon a los sacerdotes, y cuando volvieron a mirar hacia lo alto del muro occidental del patio del templo vieron que se llenaba de guerreros. Y lo que les desconcertó y asustó fue el hecho de que muchos de ellos eran negros y peludos waz-don.

A la cabeza iba el extranjero con el arma reluciente y a su derecha se encontraba Ta-den, el ho-don, y a su izquierda Om-at, el *gund* de los kor-ul-ja.

Un guerrero había cogido el cuchillo del sacrificio y cortó las ataduras de Tarzán y también las de Ja-don y Jane Clayton, y los tres permanecieron juntos al lado del altar. Cuando los recién llegados se abrieron paso hacia ellos, los ojos de la mujer se abrieron de par en par con una mezcla de asombro, incredulidad y esperanza. Y el extraño se colgó su arma a la espalda con una correa de cuero, se precipitó hacia ella y la estrechó en sus brazos.

—¡Jack! —exclamó ella, ahogando los sollozos sobre su hombro—. ¡Jack, hijo mío!

Tarzán de los Monos los rodeó a ambos con el brazo, y el rey de Pal-uldon, los guerreros y toda la gente se arrodillaron en el patio del templo y llevaron su frente al suelo ante el altar donde permanecían los tres.

CAPÍTULO XXV

EN CASA

AL CABO de una hora de la caída de Lu-don y Mo-sar, los jefes y principales guerreros de Pal-ul-don se reunieron en el gran salón del trono del palacio de A-lur y, tras situar a Ja-don en el ápice, le proclamaron rey. A un lado del viejo jefe se hallaba Tarzán de los Monos, y en el otro Korak, *«el matador»*, digno hijo del poderoso hombre-mono.

Cuando la breve ceremonia terminó y los guerreros, levantando sus garrotes, juraron lealtad a su nuevo gobernador, Ja-don envió un grupo de confianza a Ja-lur a buscar a O-lo-a, Pan-at-lee y las mujeres de su hogar.

Y entonces los guerreros discutieron el futuro de Pal-ul-don y se planteó la cuestión de la administración y de los templos y el destino de los sacerdotes, quienes, prácticamente sin excepción, habían sido desleales al gobierno del rey buscando siempre su propio poder, comodidad y engrandecimiento. Y Ja-don se volvió a Tarzán y dijo:

—Que el Dor-ul-Otho transmita a su gente los deseos de su padre.

—Vuestro problema es sencillo —declaró el hombre-mono—, si deseáis hacer lo que agradará a los ojos de Dios. Vuestros sacerdotes, para aumentar su poder, os han enseñado que Jad-ben-Otho es un dios cruel; que sus ojos se complacen en la sangre y en el sufrimiento. Pero la falsedad de sus enseñanzas ha quedado demostrada hoy con la absoluta derrota del sacerdocio.

»Quitad los templos a los hombres y dádselos a las mujeres para que sean administrados con bondad, caridad y amor. Lavad la sangre de vuestro altar oriental y desaguad para siempre el occidental.

»En una ocasión di a Lu-don la oportunidad de hacer estas cosas, pero él no hizo caso de mis órdenes, y de nuevo el corredor del sacrificio está lleno de víctimas. Liberadlas de todos los templos de Pal-ul-don. Traed ofrecimientos de lo que guste a la gente y colocadlos sobre los altares de vuestro dios. Y allí, él lo bendecirá y las sacerdotisas de Jad-ben-Otho lo

distribuirán entre los que más lo necesiten.

Cuando calló, un murmullo de evidente aprobación recorrió la multitud. Estaban hartos de la avaricia y crueldad de los sacerdotes, y ahora que la autoridad tenía un origen superior y un plan factible para deshacerse de la vieja orden religiosa sin precisar ningún cambio de fe de la gente, lo recibieron con agrado.

—Y los sacerdotes —gritó uno—, les daremos muerte en sus propios altares si complace al Dor-ul-Otho dar la orden.

—No —exclamó Tarzán—, que no se derrame más sangre. Dadles la libertad y el derecho de ocuparse en lo que deseen.

Aquella noche se celebró un gran festín en el *pale-don-so*, y por primera vez en la historia de Pal-ul-don, guerreros negros se sentaron en paz y amistad con blancos. Y Ja-don y Om-at sellaron el pacto de que su tribu y los ho-don serían para siempre aliados y amigos.

Allí Tarzán se enteró de la causa por la que Ta-den no había logrado atacar a la hora estipulada. Había llegado un mensajero de Ja-don con instrucciones de retrasar el ataque hasta mediodía, y no habían descubierto hasta casi demasiado tarde que el mensajero era un sacerdote de Lu-don disfrazado. Le dieron muerte, escalaron los muros y acudieron al patio interior del templo sin perder un instante.

Al día siguiente llegaron O-lo-a y Pan-at-lee y las mujeres de la familia de Ja-don al palacio de A-lur, y en el gran salón del trono Ta-den y O-lo-a se casaron, así como Om-at y Pan-at-lee.

Durante una semana Tarzán, Jane y Korak fueron huéspedes de Ja-don, igual que Om-at y sus guerreros negros. Y entonces el hombre-mono anunció que partiría de Pal-ul-don. En la mente de sus anfitriones quedaba confusa la ubicación del cielo y también el medio por el que los dioses viajaban entre sus hogares celestiales y las guaridas de los hombres, y por eso no se planteó ninguna cuestión cuando se descubrió que el Dor-ul-Otho, con su compañera e hijo, viajarían por tierra a través de las montañas y se marcharían de Pal-ul-don hacia el norte.

Se fueron por el Kor-ul-ja acompañados por los guerreros de esa tribu y un gran contingente de guerreros ho-don bajo el mano de Ta-den. El rey y muchos guerreros y una multitud de gente les acompaño más allá de los límites de A-lur y, después de despedirse y de que Tarzán invocara las bendiciones de Dios sobre ellos, los tres europeos vieron a sus leales y sencillos amigos postrarse en el polvo detrás de ellos hasta que la cabalgata

salió de la ciudad y desapareció entre los árboles del cercano bosque.

Descansaron una jornada entre los kor-ul-ja mientras Jane investigaba las antiguas cuevas de esta gente extraña, y luego siguieron su camino, evitando el escarpado lomo de Pastar-ul-ved y descendiendo la sinuosa ladera opuesta hacia el gran pantano. Avanzaban con comodidad y seguros, rodeados por su escolta de ho-don y waz-don.

En la mente de muchos anidaba sin duda la pregunta de si los tres cruzarían el gran pantano, pero el menos preocupado por el problema era Tarzán. En el transcurso de su vida se había enfrentado a muchos obstáculos sólo para aprender que el que quiere siempre puede superarlos. Le rondaba por la mente una solución fácil para pasar, pero dependía por entero de la casualidad.

Era la mañana del último día cuando, mientras levantaban el campamento para emprender la marcha, resonó un profundo rugido procedente de un bosquecillo próximo. El hombre-mono sonrió. La casualidad se había producido. Dignamente partirían, pues, de la remota Pal-ul-don el Dor-ul-Otho, su compañera y su hijo.

Aún conservaba la lanza que Jane había fabricado, que apreciaba mucho porque era ésta la que había hecho que él hiciera registrar el templo de A-lur en su busca después de ser liberado. Le había dicho riendo que debería ocupar el lugar de honor sobre su chimenea, como el antiguo trabuco de chispa de su abuelo puritano ocupaba un lugar de honor similar sobre la chimenea del profesor Porter, el padre de Jane.

Al oír el rugido los guerreros ho-don, algunos de los cuales habían acompañado a Tarzán desde el campamento de Ja-don hasta Ja-lur, miraron con aire interrogador al hombre-mono mientras que los waz-don de Om-at buscaron árboles, ya que el *gryf* era la única criatura de Pal-ul-don que no podía ser confrontada ni siquiera por una gran multitud de guerreros sin correr peligro. Su duro pellejo blindado era inmune a sus cuchillos mientras que los garrotes que le lanzaban rebotaban y eran tan inútiles como si se lanzaran a la cara rocosa de Pastar-ul-ved.

—Esperad —dijo el hombre-mono, y con su lanza en la mano avanzó hacia el *gryf* pronunciando en voz alta el extraño grito de los tor-o-don.

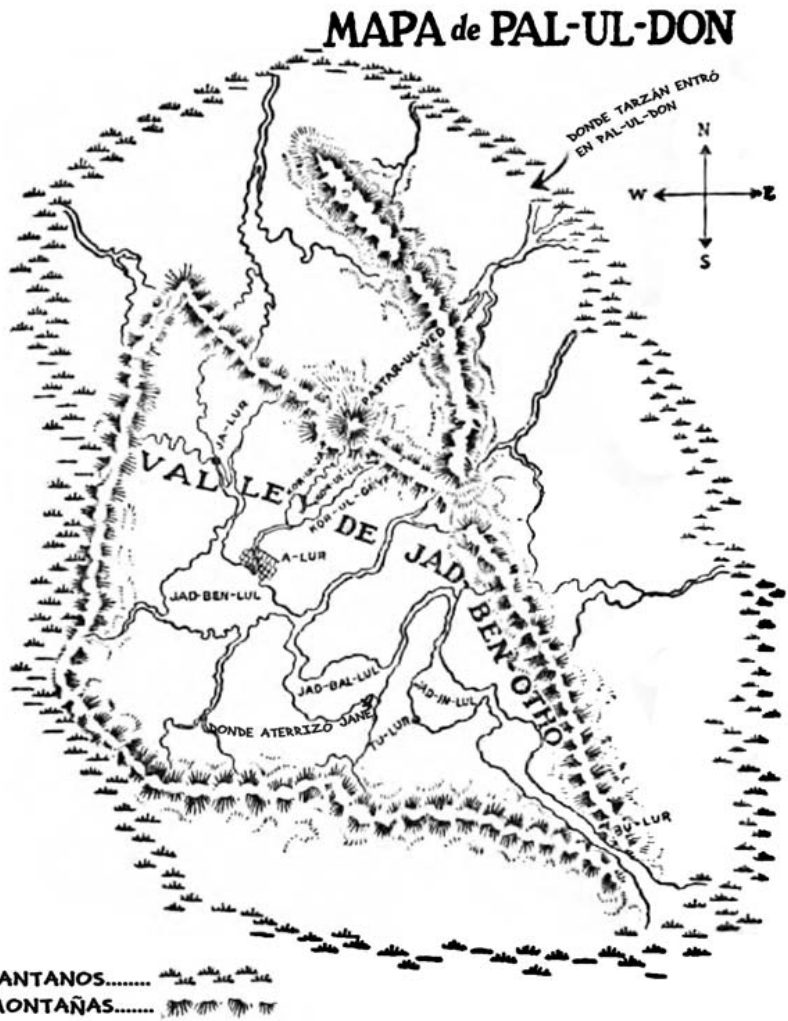
Los bramidos cesaron y se convirtieron en rugidos bajos, y después apareció la enorme bestia. Lo que siguió fue una repetición de la experiencia previa del hombre-mono con estas enormes y feroces criaturas.

Y así Jane, Korak y Tarzán cruzaron el pantano que bordea Pal-ul-don a

lomos de un triceratops prehistórico, mientras los reptiles inferiores del pantano huían siseando de terror. En la orilla opuesta se volvieron y dirigieron gritos de despedida a Ta-den y Om-at y a los valientes guerreros a los que habían aprendido a admirar y respetar. Y entonces Tarzán arreó a su titánica montura para que siguiera adelante hacia el norte, y la abandonaron cuando estuvo seguro de que los waz-don y los ho-don habían tenido tiempo de llegar a un punto de relativa seguridad entre los escarpados barrancos de las colinas.

Hicieron volver la cabeza de la bestia hacia Pal-ul-don y los tres desmontaron; un fuerte golpe en el grueso pellejo envió a la criatura tambaleándose majestuosamente de nuevo en dirección a su lugar de origen. Durante un rato se quedaron contemplando la tierra que acababan de abandonar: la tierra del tor-o-don y del *gryf*, del *ja* y el *jato*; de los waz-don y los ho-don; una tierra primitiva de terror y muerte súbita, de paz y belleza; una tierra que todos habían aprendido a amar.

Y entonces se volvieron una vez más hacia el norte y, con el corazón alegre y valeroso, emprendieron su largo viaje hacia la mejor tierra de todas, la del propio hogar.



El mapa de arriba ha sido copiado y, en cierta medida, redibujado a partir de un esbozo encontrado entre las notas sobre sus aventuras en Pa-ul-don dejadas por Lord Greystoke

GLOSARIO

Por conversaciones mantenidas con lord Greystoke y a partir de sus notas, se han podido conocer algunas cosas interesantes relativas a la lengua y las costumbres de los habitantes de Pal-ul-don que no se revelan en la historia. Para beneficio de aquellos a los que les guste ahondar en la derivación de los nombres propios utilizados en el texto, y obtener así alguna comprensión de la lengua de la raza, he aquí un glosario incompleto sacado de algunas de las notas de lord Greystoke.

Un punto de particular interés reside en el hecho de que los nombres de todos los pitecántropos lampiños masculinos empiezan por consonante, poseen un número par de sílabas y acaban en consonante, mientras que los nombres de las hembras de la misma especie empiezan por vocal, tienen un número impar de sílabas y terminan en vocal. Por el contrario, los nombres de los pitecántropos peludos negros masculinos, aunque tienen un número par de sílabas, empiezan por vocal y terminan en consonante, mientras que los nombres de las hembras de esta especie tienen un número impar de sílabas y empiezan siempre por consonante y terminan en vocal.

A: Luz.
Ab: Muchacho.
Ab-on: Actuar como *gund* de kor-ul-ja.
Ad: Tres.
Adad: Seis.
Adadad: Nueve.
Adaden: Siete.
Aden: Cuatro.
Adenaden: Ocho.
Adenen: Cinco:
A-lur: Ciudad de la luz.
An: Lanza.
An-un: Padre de Pan-at-lee.
As: El sol.

At: Cola.
Bal: Oro o dorado.
Bar: Batalla.
Ben: Grande.
Bu: Luna.
Bu-lot (cara de la luna): Hijo del jefe Mo-sar.
Bu-lur (ciudad de la luna): La ciudad de los waz-ho-don.
Dak: Grasa.
Dak-at (cola gorda): Jefe de una aldea ho-don.
Dak-lot: Uno de los guerreros de palacio de Ko-tan.
Dan: Roca.
Den: Tres.
Don: Hombre.
Dor: Hijo.
Dor-ul-Otho (hijo de dios): Tarzán.
E: Donde.
Ed: Setenta.
Ed: Gracia o lleno de gracia.
En: Uno.
Enen: Dos.
Es: Áspero.
Es-sat (piel áspera): Jefe de la tribu de negros peludos de Om-at.
Et: Ochenta.
Far: Treinta.
Ged: Cuarenta.
Go: Claro.
Gryf: Tricerátopo. Género de enormes dinosaurios herbívoros del grupo Ceratopsia. El cráneo tenía dos grandes cuernos sobre los ojos, un cuerno central sobre el hocico, un pico calloso y una gran capucha huesuda o cresta transversal por encima del cuello. Sus dedos, cinco delante y cinco detrás, estaban provistos de cascos, y la cola era grande y fuerte. El *gryf* de Pal-ul-don es similar excepto en que es omnívoro y tiene fuertes y poderosas mandíbulas y garras en lugar de cascos. Coloración: rostro amarillo con franjas azules alrededor de los ojos; capucha roja encima, amarilla debajo; vientre amarillo; cuerpo de un azul pizarra, sucio; las patas lo mismo. Protuberancias óseas excepto a lo largo de la columna vertebral; éstas son rojas. La

cola se ajusta al cuerpo y vientre. Cuernos, color marfil.

Gund: Jefe.

Guru: Terrible.

Het: Cincuenta.

Ho: Blanco.

Ho-don: Los hombres blancos lampiños de Pal-ul-don.

Id: Plata.

Id-an: Uno de los dos hermanos de Pan-at-lee.

In: Oscuro.

In-sad: Guerrero kor-ul-ja que acompaña a Tarzán, Om-at y Ta-den en busca de Pan-at-lee.

In-tan: Kor-ul-lul que se queda para vigilar a Tarzán.

Ja: León.

Jad: El, la.

Jad-bal-lul: El lago dorado.

Jad-ben-lul: El gran lago.

Jab-ben-Otho: El Gran Dios.

Jad-guru-don: El hombre terrible.

Jad-in-lul: El lago oscuro.

Ja-don (el hombre-león): Jefe de una aldea ho-don y padre de Ta-den.

Jad Pele ul Jad-gen-Otho: El valle del Gran Dios.

Ja-lur (ciudad del león): Capital de Ja-don.

Jar: Extraño.

Jar-don: Nombre dado a Korak por Om-at.

Jato: Híbrido de colmillos largos y afilados.

Ko: Poderoso.

Kor: Garganta.

Kor-ul-gryf: Garganta del *gryf*

kor-ul-ja: Nombre de la tribu y garganta de Es-sat.

Kor-ul-lul: Nombre de otra garganta y tribu waz-don.

Ko-tan: Rey de los ho-don.

Lav: Carrera o correr.

Lee: Gama.

Lo: Estrella.

Lot: Rostro.

Lu: Fiero.

Lu-don (hombre fiero): Sumo sacerdote de A-lur.

Lul: Agua.
Lur: Ciudad.
Ma: Niño.
Mo: Corto.
Mo-sar (nariz corta): Jefe y pretendiente al trono.
Mu: Fuerte.
No: Arroyo.
0: Igual o similar.
Od: Noventa.
O-dan: Guerrero kor-ul-ja que acompaña a Tarzán, Om-at y Ta-den en la búsqueda de Pan-at-lee.
Og: Sesenta.
O-lo-a (como la luz de las estrellas): Hija de Ko-tan.
Om: Largo.
Om-at (larga cola): Un negro.
On: Diez.
Otho: Dios.
Pal: Lugar; tierra; país.
Pal-e-don-so (lugar donde los hombres comen): Salón de banquetes.
Pal-ul-don (tierra del hombre): Nombre del país.
Pal-ul ja: Lugar de leones.
Pan: Blando.
Pan-at-lee: La novia de Om-at.
Pan-sat (piel suave): Un sacerdote.
Pastar: Padre.
Pastar-ul-ved: Padre de las Montañas.
Pele: Valle.
Ro: Flor.
Sad: Bosque.
San: Un centenar.
Sar: Nariz.
Sat: Piel.
So: Comer.
Sod: Comido.
Sog: Comiendo.
Son: Comido.
Ta: Alto.

Ta-den (árbol alto): Un blanco.
Tan: Guerrero.
Tarzán-jad-guru: Tarzán el Terrible.
To: Púrpura.
Ton: Veinte.
Tor: Bestia.
Tor-o-don: Hombre parecido a una bestia.
Tu: Brillante.
Tu-lur (ciudad brillante): La ciudad de Mo-sar.
Ul: De.
Un: Ojo.
Ut: Maíz.
Ved: Montaña.
Waz: Negro.
Waz-don: Los hombres negros peludos de Pal-ul-don Waz-ho-don (hombres blancos negros): Una raza mixta.
Xot: Un millar.
Yo: Amigo.
Za: Muchacho.

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 - Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

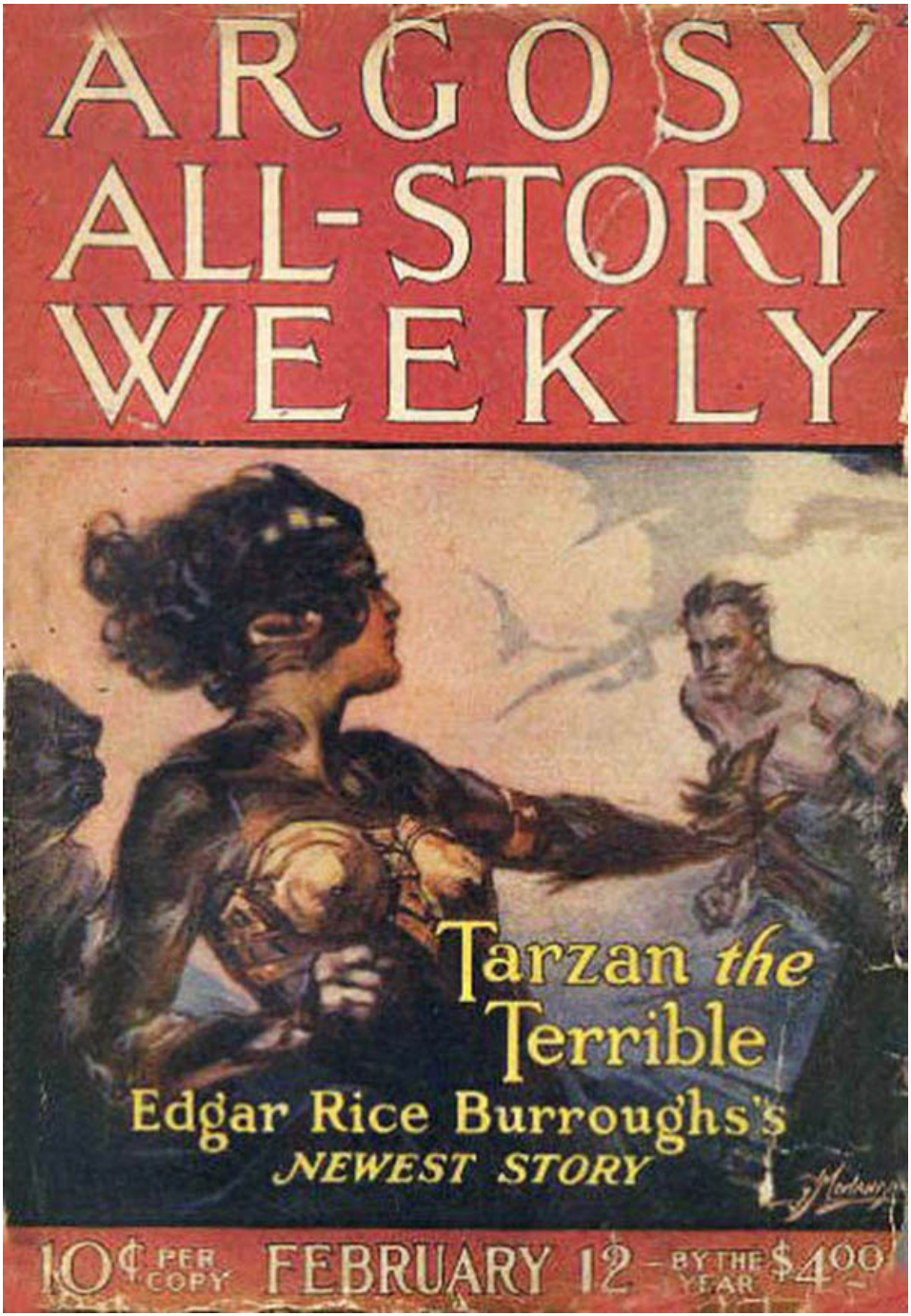
Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

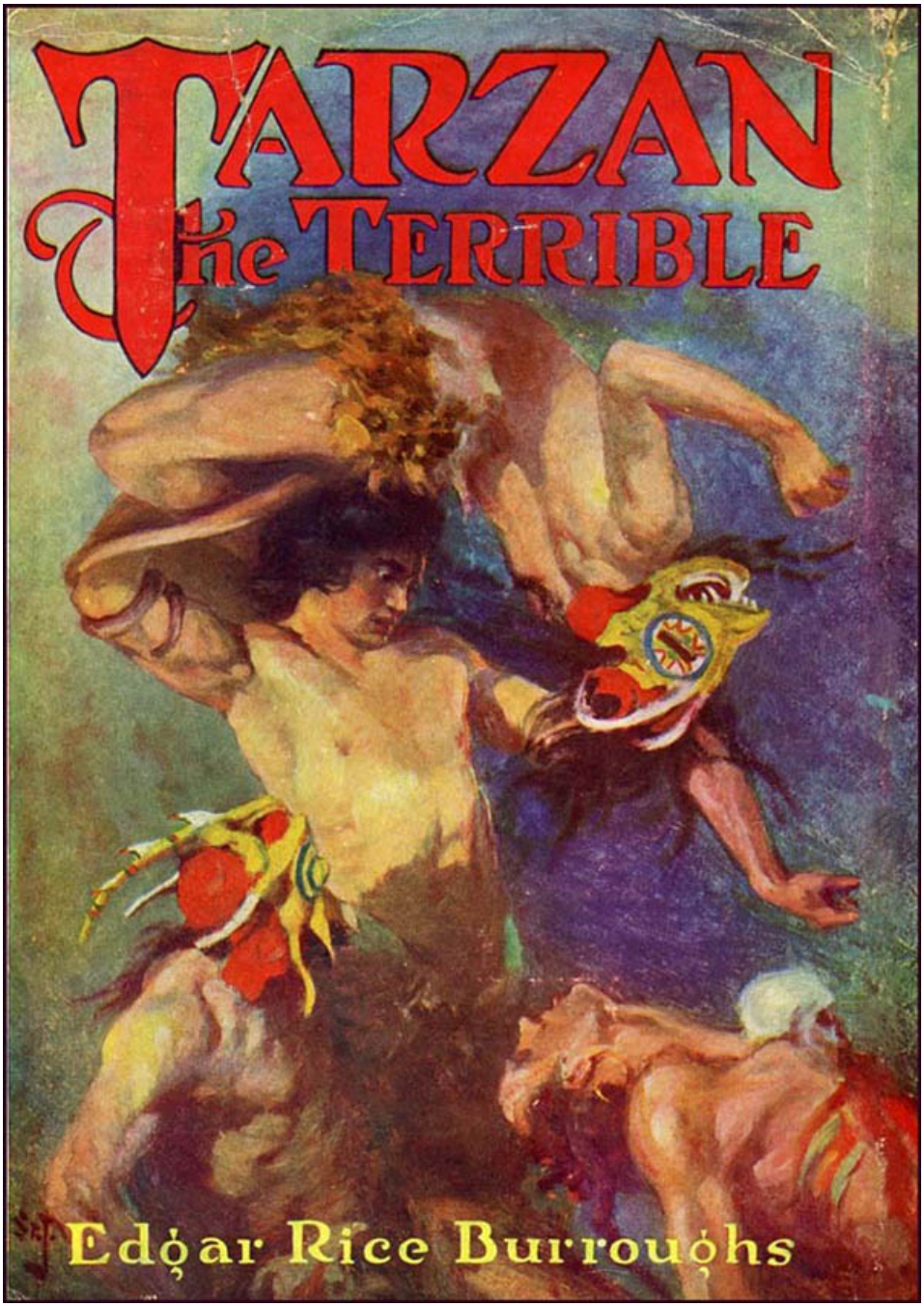
de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Borroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.



Cubierta original edición en revista *pulp*, 1921, P. J. Monahan



Cubierta original 1.ª edición EE.UU., 1921, J. Allen St. John.

Tarzán el terrible

Edgar Rice Burroughs

Cubierta 1.ª edición en España, 1928, de autor desconocido.

Notas

[1] Se ha utilizado la palabra en idioma de Pal-ul-don para *desfiladero* en plural habitual, que no es la forma nativa correcta. Ésta, así me lo parece, es incómoda para nosotros por lo que se ha ignorado a lo largo del manuscrito, usándose, por ejemplo, kor-ul-ja tanto para el singular como para el plural. Sin embargo, para aquellos interesados en estas cuestiones, debo deciros que en el idioma de Pal-ul-don, todos los plurales se forman simplemente duplicando la letra inicial de la palabra, como *K'kor*, *desfiladeros*, pronunciado como *kakor*. Así *leones* sería *j'ja*, o *hombres*, *d'don* (esta nota no está incluida la edición española originaria de este epub; ha sido traducida por el editor desde el original inglés). <<

[2] Ver *Tarzán el Indómito*.<<

[3] Párrafo no incluido en la edición española originaria de este epub; ha sido traducido por el editor desde el original inglés. <<